

DE LOS CREADORES DE A PRUEBA DE FUEGO Y RETO DE VALIENTES

CUARTO DE GUERRA

LA ORACIÓN ES UN ARMA PODEROSA



Dios es amor.

UNA NOVELIZACIÓN POR
CHRIS FABRY

BASADA EN LA PELÍCULA POR
ALEX KENDRICK Y STEPHEN KENDRICK

CUARTO DE GUERRA

LA ORACIÓN ES UN ARMA PODEROSA



God is love



TYNDALE HOUSE PUBLISHERS, INC.
CAROL STREAM, ILLINOIS, EE. UU.

UNA NOVELIZACIÓN POR
CHRIS FABRY

BASADA EN LA PELÍCULA POR
ALEX KENDRICK Y STEPHEN KENDRICK

Otras novelas escritas por Chris Fabry

Dogwood (Cornejo)

June Bug (Escarabajo de junio)

Almost Heaven (Casi el cielo)

Not in the Heart (No en el corazón)

Borders of the Heart (Fronteras del corazón)

Every Waking Moment (En cada despertar)

A Marriage Carol (Un villancico del matrimonio) (con el Dr. Gary Chapman)

The Song (La canción) (basado en el libreto de Richard L. Ramsay)

Visite Tyndale en Internet: www.tyndaleespanol.com y www.BibliaNTV.com.

Visite el sitio web de Chris Fabry en www.chrisfabry.com.

Para más información acerca de *Cuarto de guerra*, visite cuartodeguerralapelicula.com y www.kendrickbrothers.com.

TYNDALE y el logotipo de la pluma son marcas registradas de Tyndale House Publishers, Inc.

Cuarto de guerra

© 2015 por Kendrick Bros., LLC. Todos los derechos reservados.

Originalmente publicado en inglés en 2015 como *War Room* por Tyndale House Publishers, Inc., con ISBN 978-1-4964-0728-3.

La fotografía de la portada y del interior es cortesía de AFFIRM Films/Provident Films. Fotos: David Whitlow. Todos los derechos reservados.

Diseño: Dean H. Renninger

Edición del inglés: Sarah Mason

Traducción al español: Mayra Urizar de Ramírez

Edición del español: Charles M. Woehr

Publicado en asociación con la agencia literaria Working Title Agency, WTA Services, LLC, Franklin, TN.

El texto bíblico sin otra indicación ha sido tomado de la *Santa Biblia*, Nueva Traducción Viviente, © Tyndale House Foundation, 2010. Usado con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

Santiago 5:16 ha sido tomado de LA BIBLIA DE LAS AMERICAS®, © 1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation. Usado con permiso.

Cuarto de guerra es una obra ficticia. Donde aparecen personas, acontecimientos, lugares, organizaciones o locales reales, se utilizan de manera ficticia. Todos los demás elementos de la novela son producto de la imaginación del autor.

Library of Congress Cataloging-in-Publication Data

Fabry, Chris, date.

[War room. Spanish]

Cuarto de guerra : La oración es un arma poderosa / por Chris Fabry ; basada en la película de Alex Kendrick y Stephen Kendrick.

pages cm

ISBN 978-1-4964-0730-6 (sc : alk. paper)

1. Dysfunctional families—Fiction. 2. Marriage—Fiction. 3. Christian fiction. 4. Domestic fiction. I. Kendrick, Alex, date. II. Kendrick, Stephen, date. III. Title.

PS3556.A26W3717 2015

813'.54—dc23 2015024677

Build: 2015-07-28 11:38:13

Para Angela Yuan, guerrera de oración.

—CHRIS FABRY

Para Christina, mi preciosa esposa. Anhele y aprecio tu amor, tu apoyo y tus oraciones. Que esto sea de aliento para ti.

—ALEX KENDRICK

Para Jill, mi persona favorita en toda la tierra. Eres una respuesta viva a mis oraciones. Te amo y estoy agradecido por haberme casado con una permanente compañera de oración para toda la vida.

—STEPHEN KENDRICK

*Para lograr que las naciones vuelvan a estar
de pie, primero debemos caer nosotros sobre
nuestras rodillas.*

BILLY GRAHAM

CONTENIDO

Otras novelas escritas por Chris Fabry

La señora Clara 1

Capítulo 1

La señora Clara 2

Capítulo 2

La señora Clara 3

Capítulo 3

Capítulo 4

La señora Clara 4

Capítulo 5

La señora Clara 5

Capítulo 6

La señora Clara 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

La señora Clara 7

Capítulo 10

La señora Clara 8

[Capítulo 11](#)

[La señora Clara 9](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[La señora Clara 10](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[La señora Clara 11](#)

[Capítulo 16](#)

[La señora Clara 12](#)

[Capítulo 17](#)

[La señora Clara 13](#)

[Capítulo 18](#)

[La señora Clara 14](#)

[Capítulo 19](#)

[La señora Clara 15](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[La señora Clara 16](#)

[*Reconocimientos*](#)

[*Acerca de los autores*](#)

[*Preguntas de discusión*](#)

[*Fotos instantáneas de la película*](#)

La señora Clara



Era una anciana de pelo gris y piel oscura, y dio un suspiro de alivio cuando entró conduciendo al estacionamiento del cementerio, como si el simple hecho de aplicar los frenos fuera una respuesta a la oración. Caminó lentamente entre las lápidas con determinación, asintiendo con la cabeza en señal de reconocimiento al pasar junto a nombres conocidos. Se le hacía cada vez más difícil traer a la memoria los rostros junto con los nombres. Su caminar era firme y cada paso la acercaba más a su destino, una lápida con la leyenda *Williams*. Cuando llegó, se quedó parada y dejó que el olor fresco de la tierra la inundara. Se sentía como si fuera a llover.

«Siempre te encantó la lluvia, ¿verdad, Leo? —dijo en voz alta—. Sí, así era. Te encantaba la lluvia».

En estos momentos sagrados de la vida de Clara Williams, ella sabía que no hablaba con su esposo. Sabía dónde estaba el alma de Leo, y no era en la tierra verde debajo de ella. Aun así, el ejercicio le aclaraba la mente y la conectaba con el pasado mejor que cualquier otra cosa. Podía mirar fotos de Leo en su uniforme militar y unos cuantos retratos deslucidos que él había llevado consigo después de su regreso de Vietnam, y esos la acercaban más a él, pero no había nada como la sensación de pasar su mano por la piedra cortada y tocar el nombre tallado y ajustar la pequeña bandera que estaba encima de su tumba. Siempre tenía que haber una bandera allí.

Clara no tenía nociones de la guerra militar, excepto por esas fotos que su esposo guardaba. No tenía el valor de ver películas de guerra, especialmente los documentales con imágenes borrosas de hombres en combate, el napalm cayendo y el recular de las M16 contra los hombros desnudos. Pasaba tan rápido como podía el canal de PBS que los transmitía. Le tocaba un nervio sensible.

Pero Clara sí conocía otro conflicto. Uno peleado cada día en los seis mil millones de campos de batalla del corazón humano. Sabía suficiente de la guerra como para darse cuenta de que, bien escondido en alguna parte, protegido del ataque de balas y bombas, alguien había desarrollado una estrategia.

Ella imaginaba a su esposo mirando mapas y coordenadas. Sudados y cansados y asustados, él y sus hombres analizaban lo que el enemigo estaba haciendo y movilizaban recursos para repeler su avance. Durante los años desde su muerte, ella había oído historias de su valentía, de su sacrificio por sus hombres.

«Hoy necesitamos hombres con una columna vertebral de acero, Leo —dijo ella—. Como tú. Una columna vertebral de acero y un corazón de oro».

Pero el corazón de Leo se había agotado prematuramente y la había dejado sola, con un hijo de diez años. Su muerte había sido repentina. Ella no se había preparado para eso. A sus treinta y tantos años pensaba que tenía suficiente tiempo y que la vida se extendería para siempre. Pero la vida no había funcionado de esa manera. La vida tenía su propia estrategia y el tiempo, como un río, había hecho un corte en su corazón.

Clara se arrodilló cuidadosamente al lado de la tumba y arrancó la hierba mala, pensando en un día, cuarenta años atrás, cuando se paró en este mismo lugar con su único hijo.

«Quisiera que pudieras ver a Clyde —dijo ella—. Se parece tanto a ti, Leo. Habla como tú. Tiene algunos de tus gestos. La forma en que se ríe, con un tono un tanto bajo y relajado. Quisiera que pudieras ver al hombre en que se ha convertido».

Cuarenta años atrás, ella había estado parada allí con Clyde, observando las piedras que cubrían el panorama y a los seres amados.

—¿Por qué se tiene que morir la gente, Mamá? —había dicho él.

Ella le había respondido demasiado rápido. Le dijo que la muerte les llega a todos y citó el versículo que habla de que los hombres están destinados a morir una sola vez y, después de eso, el juicio. Entonces se dio cuenta de que él no buscaba teología sino algo totalmente distinto. Ella se arrodilló en ese mismo lugar y le dijo la verdad más absoluta que sabía.

—No sé por qué la gente tiene que morir, hijo. No creo que la muerte era lo que Dios quería. Pero sin duda era el plan de alguien. Creo que Dios es lo suficientemente grande y poderoso para usarla. Aquí está ocurriendo más de lo que podemos ver.

Clyde solo la había mirado con lágrimas en sus ojos. Ella lo había abrazado y había llorado con él, y mientras más preguntas hacía, más fuertemente lo abrazaba. Las palabras se elevaron por encima de los árboles y se fueron con el viento. Ella todavía podía sentir su abrazo allí al lado de la lápida.

«Nunca pensé en mi envejecimiento —le dijo a su esposo, mirando la piel arrugada de sus manos desgastadas—. Traté de seguir adelante y enfrentarme a la vida. Y ahora cuatro décadas han pasado como un viento fuerte. He tratado de aprender las lecciones que Dios me ha enseñado».

Se levantó y se sacudió la grama de sus rodillas. «Lo siento, Leo. Quisiera poder volver atrás e intentarlo de nuevo. Quisiera tener otra oportunidad. Pero está bien ahora. Tú descansa tranquilo. Te estaré viendo pronto, supongo».

Se demoró unos momentos más —sus recuerdos regresaban como una marea—, y después empezó la larga caminata hasta el automóvil, escuchando voces en la distancia. A unos veinticinco metros, una pareja discutía. Clara no podía oír las palabras, no podía detectar de qué trataba la discusión, pero quería sacudirlos y señalarles las lápidas y decirles que estaban peleando la batalla equivocada. Decirles que vieran al verdadero enemigo. Y que las victorias no llegan por casualidad, llegan con estrategia y la movilización de recursos.

La pareja entró a su automóvil y se fue, y Clara llegó lentamente al de ella y se subió, repentinamente sin aliento. «Si no lo supiera bien, pensaría que este cementerio se está poniendo más grande y más largo cada vez que vengo», murmuró para sí misma.

Podía oír a Leo riéndose, ese eco agridulce a través de los años.

CAPÍTULO 1



Elizabeth Jordan observó que todo estaba mal en la casa que estaba vendiendo, antes de siquiera llamar a la puerta principal. Vio desperfectos en las áreas verdes, rajaduras en la entrada para autos y un problema con el drenaje del techo cerca del garaje. Justo antes de golpear tres veces, vio pintura descascarada en el alféizar de una ventana. Este era su trabajo. La presentación lo era todo. Uno tenía solamente una oportunidad para dar una primera impresión a un cliente potencial.

Vio su reflejo en una ventana y enderezó los hombros, estirando su chaqueta oscura. Tenía el cabello hacia atrás, lo cual acentuaba su rostro firme: nariz prominente, frente alta y piel achocolatada. Elizabeth tenía un linaje que podía trazar hacia atrás hasta más de 150 años. Había hecho un viaje con su esposo y su hijita hacía diez años a una plantación en el Sur Profundo, donde había vivido la madre de su tatarabuela. La pequeña cabaña había sido reconstruida junto con otras instalaciones para esclavos de la propiedad, y los dueños habían buscado familiares en todo el país. Tan solo caminar adentro la había hecho sentir que tocaba el corazón de sus antepasados, y luchó por contener las lágrimas mientras imaginaba sus vidas. Había abrazado fuertemente a su hija y le había agradecido a Dios por la perseverancia de su gente, por su legado y por las oportunidades que ella tenía y que ellos nunca podrían haber imaginado.

Elizabeth esperó hasta que se abrió la puerta, luego le sonrió a la mujer ligeramente más joven que tenía enfrente. Melissa Tabor tenía una caja de artículos del hogar y batallaba para mantener el equilibrio del teléfono celular en su hombro. Con su boca formó una «O».

—Mamá, tengo que colgar —dijo al teléfono.

Elizabeth sonrió y esperó pacientemente.

Por encima de su hombro, Melissa dijo: —¡Jason y David, dejen la pelota y ayúdenme con estas cajas!

Elizabeth quería extender su mano y ayudarla, pero tuvo que agacharse cuando una pelota le pasó volando por la cabeza. Rebotó sin hacer daño en el patio detrás de ella, y ella se rió.

—Ay, lo siento mucho —dijo Melissa—. Usted debe ser Elizabeth Jordan.

—Lo soy. ¿Y usted es Melissa?

La caja casi se cayó cuando Melissa le dio la mano a Elizabeth. —Sí. Lo siento. Es que acabamos de comenzar a empacar.

—No hay problema. ¿Puedo ayudarla con eso?

Un hombre con un portafolios y una carpeta de trabajo pasó junto a ellas:

—Cielo, tengo que estar en Knoxville a las dos. Pero terminé con el clóset. —Levantó un oso de peluche y lo dejó caer en la caja—. Esto estaba en el refrigerador.

Pasó por donde estaba Elizabeth en las gradas de la entrada y se detuvo, señalándola.

—Agente de bienes raíces —dijo, sonando orgulloso de sí mismo. No le puso un nombre sino un título. Para él, ella era alguien a quien debía clasificar en su mente.

Elizabeth sonrió y señaló de vuelta:

—Representante de *software*.

—¿Cómo lo supo? —dijo él con los ojos muy abiertos.

—Lo dice en la carpeta que tiene en la mano.

Ella era igual de buena para clasificar y comentar. Tenía que esforzarse para conectarse con los demás. Especialmente con su esposo.

Él miró la carpeta y asintió con la cabeza con una suave risa conocedora, como si sus poderes de observación lo hubieran impresionado.

—Me encantaría quedarme pero tengo que irme. Mi esposa puede responder todo acerca de la casa. Nos damos cuenta de que es un desastre y hemos acordado echarles la culpa a nuestros hijos —miró a Melissa—. Entonces, te llamo a la noche.

—Te amo —dijo Melissa, con la caja todavía en sus manos.

Con eso, él se fue caminando hacia el automóvil. Pasó por donde estaba la pelota y pareció no darse cuenta.

—Entiendo —dijo Elizabeth—. Mi esposo hace lo mismo. Las farmacéuticas.

—Ah —dijo Melissa—. ¿Y no se cansa de viajar?

—Parece que no. Creo que le gusta poder conducir y aclarar su mente, sabe. En lugar de estar encerrado en una oficina todo el día.

—Mientras tanto usted enseña casas y trata con la gente que está en grandes transiciones.

Elizabeth entró y observó doce cosas que tendrían que cambiar si querían hacer una venta. Más primeras impresiones. Pero no las enumeraría todas en ese momento porque también vio algo en el rostro de Melissa que era parecido al pánico.

—Ya sabe, dicen que fuera de la muerte y el divorcio, mudarse es el cambio más estresante por el que uno pasa —puso una mano en el hombro de la mujer—. Y probablemente esta no es la primera vez que usted se ha mudado en los últimos años.

Melissa sacudió la cabeza. —Estas son las mismas cajas que usamos la última vez.

Elizabeth asintió con la cabeza y vio que faltaba pintura en una abolladura en la pared, pero trató de enfocarse.

—Va a superar esto.

Justo entonces, bajó las escaleras un niño de cabello rubio con puntas, seguido de cerca por otro que agitaba una raqueta de tenis. Ambos eran como de la misma edad de la hija de Elizabeth y tenían suficiente energía como para iluminar una pequeña ciudad por un año. ¿Quién necesitaba plantas de energía y molinos de viento cuando tenía hijos preadolescentes?

Melissa suspiró.

—¿Está segura de eso?



Tony Jordan había comenzado el día en un hotel de suites lujosas en Raleigh. Se había levantado temprano y había hecho ejercicios solo en la sala de pesas. Le encantaba la tranquilidad, y la mayoría de los viajeros no hacía ejercicio a las 5 a.m. Después se duchó y se vistió, y comió un tazón de fruta y bebió un poco de jugo en el área del desayuno. Otros viajeros pasaron apresurados, comiendo donas o gofres o cereal azucarado. Él tenía que mantenerse en forma y cuidar la ventaja para poder permanecer al tope, y su salud era una gran parte de eso. Siempre había creído que si se tiene salud, se tiene todo.

Tony se miró en el espejo mientras se dirigía a la puerta. Su cabello muy corto tenía precisamente el largo apropiado. La camisa y la corbata estaban bien planchadas y rodeaban su cuello de deportista, fuerte y ancho. Su bigote estaba bien recortado por encima de su labio superior, con una barba de candado en su mentón. Se veía bien. Seguro. A manera de ensayo para la reunión más tarde, lanzó una sonrisa, sacó una mano y dijo: «Hola, señor Barnes».

Como afroamericano, siempre había sentido que estaba un paso detrás de sus compañeros de trabajo y competidores blancos; no porque careciera de habilidades, capacidades o elocuencia, sino simplemente debido al color de su piel. Si era una realidad o no, él no podía decirlo. ¿Cómo podía meterse en la mente de alguien que lo estaba conociendo por primera vez? Pero había sentido las miradas cuestionadoras, la vacilación de una fracción de segundo de alguien a quien le estrechaba la mano por primera vez. Hasta lo había sentido con sus jefes de Brightwell, especialmente con Tom Bennett, uno de los vicepresidentes. Tony lo veía como parte de la red de influencia. Otro tipo blanco más que conocía a alguien que conocía a alguien más, y así había llegado fácilmente a estar en la administración, ascendiendo los rangos con demasiada rapidez. Tony había intentado impresionar al hombre con su capacidad de ventas, con su comportamiento llevadero, con la actitud que comunicaba: *Lo tengo bajo control; confíe en mí*. Pero a Tom no se le convencía fácilmente y Tony no podía evitar preguntarse si el color de su piel tenía algo que ver.

Al aceptar la realidad que percibía, Tony juró que simplemente trabajaría más arduamente, pondría más esfuerzo y que estaría a la altura de cualquier expectativa. Pero en lo profundo de su mente sentía que ese impedimento oculto no era justo. Otra gente con piel más clara no tenía que lidiar con eso, entonces ¿por qué él sí?

Hoy, el obstáculo frente a él era Holcomb. No había manera de pasar por alto la dificultad de la venta. Pero ¿qué era una venta fácil? Hasta los rápidos requerían tiempo, preparación, conocimiento y visión. Ese era su secreto: las cosas intangibles. Recordar nombres. Recordar detalles de la vida del cliente. Cosas como el palo de golf marca Ping que tenía en el baúl del auto.

A Calvin Barnes iba a hacérsele agua la boca cuando Tony le entregara ese palo de golf, y no era para menos. A Tony le había costado unos cientos de dólares, pero era un precio bajo a pagar por la expresión en el rostro de su jefe cuando oyera que Tony había sellado el trato.

La sala de reuniones estaba decorada con buen gusto, el olor del cuero invadía el pasillo cuando entró y puso su caja de muestras en la mesa de secoya. Calvin Barnes, a quien no le gustaba que lo llamaran Calvin, entraría por la puerta y le estrecharía la mano a Tony, por lo que el palo de golf tenía que estar apoyado en la silla, a la izquierda de Tony, fuera de la vista. Lo colocó allí; luego lo puso en la silla y dejó que el agarrador sobresaliera por encima del respaldo. Cuando oyó voces en el pasillo, puso el palo de golf de regreso en el suelo. Tenía que ser más sutil.

El señor Barnes entró con otro hombre, un rostro familiar, pero por un momento Tony se quedó pasmado, incapaz de recordar el nombre del hombre. Intentó relajarse, para recordar el nombre utilizando su dispositivo nemotécnico. Había imaginado al hombre parado sobre un libro gigante de filosofía, usando una gorra de la marca John Deere. Dearing. Ese era el apellido. Pero no podía recordar por qué estaba parado sobre un libro de fil...

—Tony, se acuerda de...

—Phil Dearing —dijo Tony, y extendió una mano—. Qué agradable verlo otra vez.

El hombre lo miró anonadado y después sonrió mientras le estrechó la mano.

El señor Barnes lanzó la cabeza para atrás y se rió.

—Acaba de hacer que me gane veinte dólares. Le dije que se acordaría, Phil. —Sus ojos cayeron en el palo de golf—. ¿Y qué tenemos aquí?

—Este es el palo del que le hablé, señor Barnes —dijo Tony—. Me sorprendería si no le agrega por lo menos veinticinco metros a cada tiro. Su trabajo es asegurarse de que sean rectos.

El señor Barnes levantó el palo de golf y lo sostuvo. Era un excelente golfista que jugaba tres veces por semana y tenía planes de vivir en Florida cuando se jubilara. Unos veinticinco metros adicionales en sus tiros significaba que Barnes podía explotar su juego corto, lo cual representaba que setenta y dos golpes por dieciocho hoyos podrían bajar a setenta. Tal vez menos en un buen día.

—El peso es sencillamente perfecto, Tony. Y el equilibrio es fenomenal.

Tony lo vio sostener el palo y estaba seguro de que tenía la venta asegurada incluso antes de abrir su caja. Cuando habían firmado los papeles y terminado las partes legales de la transacción, Tony se puso de pie. Sabía que era una figura impresionante con su traje y corbata, con su constitución atlética.

—Tengo que hacer que regrese al campo de golf y trabaje en sus golpes cortos —dijo el señor Barnes.

—Tal vez la próxima vez que venga —dijo Tony, sonriendo.

—¿No le importa venir hasta aquí, incluso así de temprano?

—No, no me importa. Disfruto el trayecto.

—Pues estamos emocionados de hacer negocios con usted, Tony —dijo el señor Barnes—. Dígale a Coleman que le envío saludos.

—Lo haré.

—Ah, y gracias por el nuevo palo de golf.

—Oiga, disfrútelo, ¿de acuerdo? —Tony les estrechó la mano—.

Estaremos en contacto, caballeros.

Salió del salón casi flotando. No había otro sentimiento como el de hacer una venta. A medida que se acercaba al ascensor, podía oír a Calvin Barnes alardeando de su nuevo palo de golf y de cuánto quería tomarse la tarde libre y jugar los últimos nueve hoyos en el club campestre más cercano. Mientras

esperaba, Tony revisó su teléfono para ver si se había perdido algo durante la reunión, cuando se aseguraba de mantenerlo en su bolsillo. Esta era otra cosa que siempre trataba de hacer. Valorar a los clientes lo suficiente como para hacerlos el foco central. Nunca hacer que los clientes sientan que hay alguien en el planeta más importante que ellos. Ellos son la prioridad. Cada vez.

Una mujer joven bajó las gradas blancas delante de él, llevando una carpeta de cuero y sonriendo. Él guardó su teléfono y le devolvió la sonrisa.

—Veo que hizo la venta —dijo ella.

Él asintió con la cabeza confiadamente. —Por supuesto.

—Estoy impresionada. La mayoría de tipos salen corriendo con la cola entre las piernas.

Tony extendió una mano. —Soy Tony Jordan.

—Verónica Drake —dijo ella, y le estrechó la mano. Su mano era cálida y suave—. Trabajo para el señor Barnes. Seré su contacto para la compra.

Ella le entregó su tarjeta y rozó su mano levemente. Nada explícito, pero él sintió que algo hizo clic con su contacto. Verónica era vivaz y delgada, y Tony se imaginó junto a ella en algún restaurante, hablando. Luego se imaginó con ella a la luz romántica de una chimenea, Verónica inclinada hacia él, con sus labios húmedos y suplicantes. Todo esto ocurrió en un segundo, mientras miraba fíjamente su tarjeta de presentación.

—Bueno, Verónica Drake, creo que la veré de nuevo cuando vuelva dentro de dos semanas.

—Lo esperaré con anticipación —dijo ella, y por la forma en que sonrió lo hizo pensar que lo decía en serio.

Ella se alejó, él se volteó y la miró con intensidad.

Mientras esperaba el elevador, su teléfono sonó y él miró la pantalla.

Notificación bancaria: Transferencia.

Allí estaba él con la venta más grande en meses, algo por lo que había trabajado y que había planificado detalladamente, y justo en el apogeo de su júbilo por la venta, su esposa le había dado otro golpe bajo.

—Elizabeth, me estás matando —susurró.



Elizabeth se sentó en la otomana blanca a los pies de su cama, frotándose los pies. El tiempo con Melissa había sido bueno, había hecho una lista de todas las reparaciones que debían hacer y las decisiones que debían tomar para ponerlo en escena. Los dos niños no habían hecho que las cosas fueran más fáciles, pero los niños siempre encontraban una manera de complicar la venta de casas. Era algo con lo que simplemente había que trabajar y esperar poder navegar.

Había sido un día largo, con otra reunión en la tarde, y luego llegar a casa antes de que Danielle llegara de su último día de la escuela. Para cuando se sentó, Elizabeth estaba exhausta y lista para acurrucarse y dormir, pero había algo más que hacer. Siempre había más que hacer.

—¿Mamá?

Elizabeth no podía moverse.

—Aquí estoy, Danielle.

Su hija de diez años entró cargando algo. Había crecido varios centímetros en el último año, su cuerpo delgado y largo creciendo como la mala hierba. Tenía puesta una bonita cinta morada en la cabeza que hacía resaltar su rostro. Elizabeth podía ver a su padre allí, esa sonrisa radiante, los ojos llenos de vida. Solo que sus ojos estaban un poco tristes.

—Aquí está mi último reporte de calificaciones. Pero saqué una C.

Elizabeth lo tomó y lo examinó, mientras Danielle se sentó y se quitó su mochila.

—Ay, cariño. Tienes una A en todo lo demás. Una C en matemáticas no es tan malo. Y tienes un descanso por el verano, ¿verdad?

Danielle se inclinó hacia delante y su rostro dejó ver algo. Inhaló y luego reaccionó como si la habitación estuviera llena de amoníaco.

—¿Son tus pies?

Elizabeth vergonzosamente retiró sus pies.

—Lo siento, cariño. Se me acabó el talco para los pies.

—Eso huele horrible.

—Lo sé, Danielle. Solamente necesitaba quitarme los zapatos por un minuto.

Su hija miró los pies de su madre como si fueran desecho tóxico.

—Eso es, digamos, horrible —dijo con repulsión.

—Bueno, no te quedes allí sentada mirándolos. ¿Por qué no me ayudas y los frotas justo allí?

—¡Guácala! ¡Eso sí que no!

Elizabeth se rió.

—Niña, ve a poner la mesa para la cena. Cuando tu papi llegue a casa, puedes mostrarle tu reporte de calificaciones, ¿está bien?

Danielle llevó su reporte de calificaciones a la cocina y Elizabeth se quedó sola otra vez. El olor no había sido problema hasta hacía unos cuantos años, y el talco para pies parecía encargarse de eso. Pero tal vez ella se engañaba a sí misma. Tal vez el olor era la señal de un problema más profundo.

¿En qué estaba pensando? ¿Alguna enfermedad? ¿Algún problema con su hígado que se filtraba por los poros de sus pies? Tenía una amiga, Missy, que constantemente se enteraba por Internet de diferentes dolores y dolencias y los relacionaba con sus propios síntomas. Un día se preocupaba por un problema en la piel y concluía que tenía un melanoma. Al día siguiente, un dolor de cabeza lo autodiagnosticaba como un tumor. Elizabeth había jurado que no llegaría a ser hipocondríaca. Solamente tenía pies apestosos.

Recogió uno de sus zapatos e inhaló. Había habido un queso en el hotel donde ella y Tony habían estado de luna de miel que olía precisamente así. Dejó caer el zapato. Era raro cómo un olor podía estimular su cerebro a pensar en algo que había ocurrido dieciséis años antes.

Pasó la mano por el edredón y pensó en esa primera noche juntos. Toda la anticipación. Toda la emoción. Ella no había dormido en dos días y la boda había sido una borrosidad. Cuando su cabeza dio en la almohada en la suite de la luna de miel, simplemente se quedó dormida. Tony se había molestado, ¿y qué varón de sangre caliente no se habría molestado? Pero lo que necesitaban las mujeres de sangre caliente era un poco de comprensión, un poco de gracia.

Ella había compensado su adormecimiento el día siguiente, pero fue algo que ellos tuvieron que conversar. Tony había hablado mucho en el año que habían salido juntos y que habían estado comprometidos, pero no mucho

tiempo después de los *acepto*, algo se apoderó de su lengua y el río de palabras se redujo a un goteo. Ella deseaba poder encontrar la válvula o adivinar dónde colocar el émbolo para desatascarlo.

No tenían un mal matrimonio. No era como esas celebridades de la televisión que iban de una relación a la siguiente, o la pareja de su vecindario que tiraba cosas al césped después de cada discusión. Ella y Tony habían producido una hija bella y tenían carreras estables. Sí, él estaba un poco distante y ellos habían perdido un poco el contacto, pero ella estaba segura de que esa tendencia no duraría para siempre. No podía ser así.

Elizabeth guardó sus zapatos en el clóset, lo más adentro posible, y después se fue a la cocina a preparar la cena. Llenó una olla con agua, la puso sobre la estufa y echó el espagueti. El agua comenzó a hervir lentamente y ella revolvió la salsa de tomate en una sartén al lado.

Elizabeth miró el espagueti, y sintió que algo ocurría, que algo hervía dentro de ella. Una agitación que no podía identificar. Llámese intranquilidad o anhelo. Llámese temor. Tal vez esto era todo lo que podía esperar. Tal vez era lo mejor posible que podía ser el matrimonio o, incluso, la vida. Tal vez estaban destinados a ir cada uno por su propio camino y ocasionalmente juntarse en el centro. Pero tenía una sensación molesta de que se perdía algo. De que su matrimonio podía ser más que dos personas con una casa bonita que rara vez pasaban tiempo juntos.

Elizabeth estaba ocupada con la ensalada y Danielle ponía servilletas al lado de cada plato en la mesa cuando la puerta del garaje comenzó su ruido odioso, un golpeteo que en el último año había empeorado. Si Elizabeth hubiera estado intentando vender su propia casa, habría sugerido que la revisara el hombre que reparaba puertas de garaje. Pero Tony estaba contento con dejar que hiciera ruido y resonara.

Al igual que su matrimonio.

—Acabo de oírlo entrar, Danielle.

—¿Se va a enojar con mi C? —dijo Danielle. La mirada en sus ojos hizo que Elizabeth se quedara pensando. Quería ir al garaje y decirle a Tony que apoyara a su hija, que dijera algo positivo, que viera lo lleno que estaba el vaso, y que no viera la única cosa pequeña que era menos que perfecta.

—Ya te lo dije, cariño. Sacar una C no es tan malo. Está bien.

Lo dijo para convencer no solo a Danielle, sino para convencerse a sí misma. Porque sabía que su esposo no sentiría lo mismo.

La señora Clara



Clara estaba en su cuarto de guerra, como ella lo llamaba, cuando tuvo la impresión singular de que su vida estaba a punto de cambiar. Era una sensación de que estaba a punto de hacer algo drástico, pero no tenía idea alguna de qué era ni de por qué debía hacerlo. ¿Caída libre? Se rió. A su edad, el suelo ya estaba demasiado lejos. ¿Buscar en la esquina cerca de la tienda de abarrotes a una mujer sin hogar y darle un sándwich? Había hecho eso el día anterior.

Clara sabía que la oración fácilmente podría convertirse en una lista de cosas para que Dios las hiciera. Simplemente pasar por la gama de deseos, necesidades o cosas que se esperan y poner un *amén* al final. Sea como fuere que lo pusiera, pensó ella, era egoísta. En el centro de cada corazón humano había alguien que quería agradarse a sí mismo, creía ella, y esa verdad batallaba contra el poder de la oración.

A su nivel más básico, la oración era rendirse. Al igual que Jesús en el huerto, decir: «que se haga Tu voluntad, no la Mía». Lo irónico era que, cuando una persona rendía toda su voluntad, obtenía la de Dios, y entonces recibía lo que en realidad había buscado todo el tiempo. Eso es lo que ella creía.

Muchos años atrás, había visto la oración como hablar con Dios y decirle cosas a Él. Era como subirse al regazo de un papá y explicarle sus dolores, penas y decepciones. Pero después de un tiempo, descubrió la parte de la oración que es escuchar, permitir que el Espíritu Santo se mueva y la ayude a recordar y desear cosas que no había pedido.

En su cuarto de guerra, el pequeño clóset del segundo piso de su casa, algo comenzó a agitarse. No había ninguna voz audible, ninguna letra misteriosa que sobresaliera de la sopa de letras del periódico de la mañana.

Simplemente era la sensación de que Dios se estaba moviendo, sacándola de su zona de comodidad. No tenía idea qué significaba, y cuanto más oraba y le preguntaba a Dios qué era esa sensación, más callado parecía ponerse el Todopoderoso.

«Cualquier cosa que quieras hacer, Señor, estoy dispuesta a ir contigo. Solamente guíame».

Y entonces esperó.

CAPÍTULO 2



Tony entró al garaje y apagó el motor. Presionó el control remoto y vio cómo la puerta del garaje bajaba lentamente detrás de él. Había estado cambiando estaciones de radio en su camino a casa, tratando de reducir el enojo con alguna canción vieja, pero en lugar de eso, en un programa deportivo de entrevistas escuchó una conversación acerca de otro jugador de fútbol acusado de dopaje. El jugador también había tenido un conflicto en público con su esposa. A cualquier parte que Tony mirara, algo le recordaba su situación con Elizabeth. ¿Por qué tenía que hacer eso con el dinero de ellos? ¿Por qué gastó...?

Había apagado la radio y el asunto le había dado vueltas en la cabeza mientras conducía por las calles conocidas de Concord, Carolina del Norte. Era curioso cómo podía abstraerse en sus pensamientos y no recordar haber virado en las esquinas o haber pasado por sitios conocidos. Así era la vida cuando se viajaba tanto.

Él amaba a Elizabeth. Siempre la había amado. Pero ahora no le agradaba y no podía recordar la última vez que los dos habían pasado una noche juntos sin entrar en una discusión. Tal vez la vida de casados llegaba a ser así. Quizás esta era la rutina en la que uno quedaba estancado y en la que tenía que permanecer por el resto de su vida. Pero él no se había comprometido a eso.

Cuando la puerta del garaje se cerró, Tony tomó su maletín y la tarjeta de presentación que Verónica le había dado se cayó al suelo. La recogió, sacó su teléfono y buscó la aplicación donde guardaba nombres y números importantes que tenía que recordar. Esto registraría la información y cualquier nota en su teléfono, pero también podía acceder la información desde cualquier dispositivo. Levantó la tarjeta a la altura de su nariz y percibió un leve indicio del perfume de Verónica que persistía. Era tan

delicada: delgada, dinámica y más joven. Y estaba interesada. Ella le había dado la clara impresión de que estaba interesada. No había sentido eso de parte de alguien en mucho tiempo. Especialmente de Elizabeth.

Puso la tarjeta en su maletín e inhaló profundamente. No iba a gritar. No iba a perder los estribos. No iba a estar en «otro lugar», que era algo de lo que Elizabeth lo acusaba frecuentemente. Estaría presente para Danielle y su esposa. Pero antes de poder estar presente, necesitaba arreglar el asunto financiero. Si podía quitar eso del camino, él estaría bien. Podría seguir adelante con la vida y no sentirse tan... tenso, tan restringido.

Caminó hacia adentro y fue recibido con el olor familiar de que se cocinaba espagueti. Había llegado a detestar el espagueti porque era el símbolo de su matrimonio. Algo rápido y fácil de poner en la mesa. ¿No podía Elizabeth aprender a cocinar otra cosa?

Danielle lo saludó con una mirada esperanzada. Sostenía algo enfrente de ella.

—Hola, Papi.

—Hola, Danielle. —Quería sonar más afectuoso, pero había cosas en su mente.

Tony puso su maletín sobre la mesa y se volteó hacia donde estaba Elizabeth.

—Tengo mi reporte de calificaciones. Y en todo saqué una A, excepto por una C.

—Pues, acabo de recibir una notificación de que trasladaste cinco mil dólares de nuestra cuenta de ahorros a tu cuenta de cheques —dijo Tony, ignorando a Danielle.

Elizabeth dejó de servir ensalada en los tres tazones sobre el gabinete y lo miró como una niña asustada. Danielle se quedó callada.

Él miró fijamente a Elizabeth, su voz con un tono severo.

—Mejor que no sea para ayudar a tu hermana otra vez.

Y con eso, ella se enderezó. Él había tratado de contenerse, pero cinco mil dólares y la historia de su hermana lo llevaron al extremo.

—Acabas de darle esa cantidad de dinero a tu familia el mes pasado —dijo Elizabeth—. Y mi hermana lo necesita más que tus padres.

—Mis padres son ancianos —dijo Tony, sus latidos acelerando—. Tu hermana se casó con un holgazán, y yo no voy a apoyar a alguien que es demasiado haragán como para trabajar.

—Darren no es un holgazán. Solo se le está siendo difícil encontrar trabajo.

—¡Liz, es un holgazán! Ni siquiera puedo recordar cuándo fue la última vez que tuvo un trabajo.

El rostro de Elizabeth se puso tenso cuando miró a Danielle. Él observó a su hija alejarse de ellos, dejando la hoja de papel sobre la isla de la cocina. ¿Qué había dicho? ¿Un reporte de calificaciones?

El efecto en Elizabeth fue instantáneo. Ella se apaciguó rápidamente y le lanzó una mirada para avergonzarlo.

—¿Podemos hablar de esto después?

Tony se mantuvo firme.

—No, hablaremos de esto ahora. Porque si tú quieres darles lo que tú ganas, está bien. Pero no les vas a dar mi dinero.

—¿Tu dinero? —con eso salieron a relucir los colmillos—. La última vez que revisé, los dos habíamos puesto dinero en esa cuenta.

—Y la última vez que yo revisé, yo ganaba alrededor de cuatro veces más que tú. Así que tú no sacas ni un centavo de esa cuenta sin preguntármelo primero.

Hasta allí llegó tratar de mantener la calma. Hasta allí los planes de «estar presente». Tony quería darse una patada a sí mismo por haber explotado, pero habían llegado demasiado lejos como para echarse atrás. Y ella tenía que oír la verdad, de una vez por todas, acerca de las finanzas de ellos.

Elizabeth apartó la mirada por un momento, y él sintió que la vieja herida se había abierto otra vez. Al principio del matrimonio había oído que una vez que llegaban los hijos, la esposa volcaba su corazón a los hijos y el esposo volcaba su corazón al trabajo. Se había dicho a sí mismo que eso no les ocurriría a ellos. No permitiría que ocurriera. Ella no permitiría que ocurriera. Pero allí estaban.

—Por favor, ¿podemos simplemente cenar? —dijo Elizabeth con un tono mesurado, como si estuviera tratando de calmar a un comprador de casa que se puso nervioso después de haber visto los intereses de una hipoteca de treinta años.

Tony miró la mesa, los platos y las servilletas, la ensalada y el espagueti, y no pudo soportarlo. Había algo en su interior que no le permitía simplemente sentarse, morderse la lengua y preguntarle a Danielle acerca de sus calificaciones o cualquier otra cosa, debido a esos cinco mil dólares. Estaba muy molesto. ¡Eran cinco mil dólares!

—¿Sabes qué? Coman ustedes —dijo, tomando su chaqueta y su maletín—. Yo me voy al gimnasio.



Elizabeth vio a Tony darle la espalda y dirigirse al dormitorio. Quería gritarle. Quería salir corriendo y de un salto entrar en su auto e irse ella al gimnasio. ¿Por qué no podía ser ella la que huyera? Pero huir de sus problemas no ayudaba en nada. Ella quería estar cara a cara y discutir hasta que él la oyera, que finalmente *oyera* lo que ella le decía, en lugar de acusarla e irse. Eso era lo que él siempre hacía y la enfurecía. Simplemente terminaba la conversación como si estuviera cerrando la puerta de un golpe a un vendedor de láminas de aluminio.

Lo que había evitado que ella explotara era la imagen de Danielle. Ella había estado parada allí, mirando su reporte de calificaciones. Tantas calificaciones A y lo único que había hecho era mirar la C. No era de sorprenderse. Danielle había estado nerviosa por la reacción de su padre, pero él no reaccionó. Él casi ni se dio cuenta de su presencia, mucho menos de su preocupación. ¿Por qué no podía ver lo que le hacía a ella? Cualquier persona con medio corazón podría verlo.

Elizabeth sintió un olor acre, un alboroto en los aparatos de la cocina, y miró hacia el horno. Una voluta de humo salió del respiradero y el alma se le cayó a los pies. Abrió el horno y sacó los panecillos que supuestamente

tenían que verse mantecosos y dorados por arriba, pero estaban tan negros como el carbón. Tomó uno con las tenazas y lo revisó.

—Bueno, quemé los panecillos —dijo, más para sí misma que para cualquiera. Tiró el panecillo a la basura y luego tiró todos los demás.

—Está bien, Mamá.

—Sí, lo sé —dijo ella. Le sirvió espagueti y salsa a Danielle, le puso el tazón de ensalada al lado y se fue al dormitorio a hablar con Tony.

—Mira, si solamente vinieras a comer con nosotras...

—No puedo —dijo bruscamente—. Esto me ha dado vueltas todo el día. Tan pronto como recibí la notificación... ¡No puedo creer que pasemos por esto otra vez! ¡Precisamente hoy!

—¿Precisamente hoy? —dijo ella.

—Hice una venta hoy. Una grande. La que había estado intentando hacer. Es decir, me sentí de lo mejor al sellar ese trato y estrechar la mano de ese tipo. Y luego, recibo la noticia de que tú hiciste...

—Tony, por favor. Danielle necesita oír que todo está bien. Que ella está bien.

—Hablaré con ella más tarde —dijo él—. Se lo diré más tarde. Y no necesito que me digas lo que tengo que hacer. Tengo una relación con mi hija, ¿de acuerdo? Tú no tienes que meterte entre nosotros así.

—Yo no me estoy metiendo entre ustedes, ¡estoy tratando de ayudarte a entender!

Él tomó su bolso del gimnasio y salió enfurecido de la habitación. La puerta al garaje se cerró de un golpe como un trueno. Y luego ella oyó el golpeteo familiar y el sonido del automóvil de Tony que se alejaba.



Tony condujo rápido al gimnasio e hizo estiramientos mientras esperaba que se iniciara un partido informal de baloncesto, y luego estaba en la cancha, driblando y moviendo el balón tan rápido como podía. Era agresivo, dirigiéndose hacia la canasta cada vez que tocaba el balón, esforzándose por encontrar una vía abierta. Cuando una se cerraba, retrocedía y buscaba otra.

En la defensa buscaba robar el balón, cometía faltas fuertes y se provocó una buena sudada a expensas de sus oponentes, mayormente tipos blancos más lentos. Se sentía bien de estar en la cancha, de estar en un juego que podía controlar en lugar de en algo que no podía controlar.

Estaban en el punto decisivo, jugando a veinte, del tercer encuentro, cuando su amigo de toda la vida, Michael, le pidió el balón en la esquina. La defensa se deslizó levemente y Tony sacudió la cabeza. Finalmente le lanzó el balón y Michael dribló cerca de la línea de triple e hizo una seña. Tony asintió con la cabeza y siguió a Michael por la vía abierta.

Fue poesía en movimiento. Todo se desaceleró cuando Michael elevó e hizo el balón rebotar del tablero. Tony saltó, tomó el balón y lo metió con fuerza por la red.

—¡Partido ganado! —gritó Michael.

Cada jugador en la cancha y los que esperaban gritaron y vociferaron emocionados por la jugada. Tony fue rodeado por sus compañeros de equipo, quienes le dieron palmadas en la espalda y chocaron sus manos con él. Hasta sus oponentes lo felicitaron.

—Eso estuvo mortal —dijo uno.

—Hagámoslo otra vez —dijo alguien detrás de él.

—No —dijo Tony—, tengo que irme, hombre.

—Vamos, un partido más.

—Acabamos de ganarles tres veces. —Tony miró los graderíos y vio dos jugadores nuevos que esperaban—. Dejemos que esos tipos jueguen.

—Está bien, vengan, compañeros.

Tony se sentó en el graderío y se secó la cara con una toalla. Sus músculos ahora estaban relajados, y mucha de la tensión de la casa se había ido. Los cinco mil dólares todavía le daban vueltas y le punzaban las entrañas, pero se había tranquilizado un poco en cuanto a eso.

Michael se sentó a su lado y lo miró boquiabierto. —¿Estás bien, hombre?

—Sí —dijo Tony—. ¿Por qué?

—Se veía como que jugabas un poco enojado esta noche.

Michael era un buen jugador, rápido y capaz de ver toda la cancha. Pero no tenía el instinto asesino.

—¿Y qué? Solamente quiere decir que juego mejor —dijo Tony.

—¿Mejor quiere decir acaparador del balón? Hombre, no puedo conseguir que me des un pase. Sería más fácil bautizar a un gato.

—Solo necesitaba liberar un poco de estrés, ¿de acuerdo?

—Bueno, espero que lo hayas logrado.

Tony sonrió. Michael tenía razón, pero también estaba celoso. Había algunos que lo tenían todo y otros que no. En la cancha y en la vida.

—De todas formas, está bien, hombre —dijo Michael—. A veces todos tenemos que hacerlo.

Tony pudo darse cuenta de que Michael le había abierto la puerta para hablar del *por qué* necesitaba liberar un poco de estrés, y parte de él quería hablar de eso. Pero pensó que era mejor no hacerlo, especialmente con alguien de la iglesia. Los asuntos acerca de su familia, de su matrimonio, todo eso era mejor guardárselo. Y había otras cosas debajo de la superficie, tensión que se acumulaba en distintas partes de su vida y no podía dejar que se le escapara. No con alguien como Michael. Con nadie, en realidad.

—Oye, te veré en la iglesia, ¿verdad? —dijo Michael.

—Tal vez.

—Tal vez quiere decir que no.

Lo cual era cierto. Un tal vez en las ventas significaba un no. Uno seguía intentándolo hasta que obtenía un sí. Pero a Tony no le interesaba mucho la iglesia. La veía como un mal necesario. Algo que ataba sus domingos por la mañana, pero que era bueno para la familia, para su matrimonio y, supuestamente, para su alma. Contactos. Hacía contactos allí y mantenía su imagen intacta.

Era solo que la iglesia se había convertido en un intento de culparlo. Se sentía mal cuando estaba allí, como si algo estuviera fuera de equilibrio en su corazón, y sentarse en la banca viendo a toda la gente con su vida arreglada, hijos perfectos y matrimonios perfectos, señalaba lo mucho que él no tenía. Pero cuando no iba, recibía la mirada enojada de Elizabeth.

—Oye, Tony, tienes que hacer una por mí —dijo un jugador del otro equipo mientras se iba.

—Vamos, hombre, tengo que irme —dijo Tony sonriendo.

El tipo señaló con su pulgar por encima de su hombro para indicar a los jugadores que estaban detrás de él.

—Viejo, acabo de contárselo a todos estos tipos. Solo una.

Sabía a qué se refería el tipo y no tenía nada que ver con el baloncesto. Quería decirle que estaba cansado. Solo quería irse. Pero todos ya se habían volteado. Él estaba en el escenario.

Tony lanzó su bolso del gimnasio y su toalla al suelo y miró a los jugadores, como diciéndoles: *Vean esto cuidadosamente. Solamente voy a hacerlo una vez.* Se preparó, tensó los músculos de sus piernas y dejó que la memoria funcionara. De una posición de pie, se preparó, ejecutó un salto mortal y aterrizó perfectamente sobre sus pies, con sus brazos junto a su cuerpo.

Los tipos nuevos se quedaron parados con la boca abierta. Los que lo habían visto antes aplaudieron y ovacionaron.

—¡Se los dije! —gritó el jugador.

Michael sacudió la cabeza y Tony tomó sus cosas.

Cuando se acercaba a la puerta, Ernie Timms entró al gimnasio, hojeando un montón de páginas. Era un hombre delgado con mechones que él peinaba hacia un lado para tratar de cubrir su calvicie, pero no le estaba funcionando bien. Había sido el director del centro comunitario por algunos años y las cosas no iban bien. Siempre parecía haber alguna crisis que estaban tratando de evitar con fondos o programas.

—¿Cómo estás, Ernie? —dijo Tony, observando que el hombre parecía un poco turbado.

—Hola, Tony. ¿Sabes por cuánto tiempo reservaron ustedes el gimnasio hoy en la noche?

—Creo que era hasta las nueve y media —dijo Tony—. ¿Por qué?

Ernie frunció el ceño.

—Ay, vaya. Creo que hicimos la misma reserva para dos clientes. Bueno, entonces... está bien. Gracias.

Despistado. El tipo siempre andaba por ahí con alguna clase de confusión.
Tony estaba decidido a no ser como Ernie.

La señora Clara



Clara estaba en el pasillo de las frutas y los vegetales en Harris Teeter, tratando de escoger un tomate del tamaño adecuado, cuando Clyde dejó caer la bomba. Su hijo la llevaba de compras cada semana y pasaba tiempo con ella en esta tarea aburrida. Ella podía conducir, por supuesto, pero parecía que eso hacía que Clyde sintiera que hacía algo por ella; además, así ella podía pasar tiempo con él.

Después de que cumplió setenta años, las visitas al doctor aumentaron: ellos querían que fuera por cualquier cosa. Y los asesores de inversiones querían venderle alguna póliza nueva, y la gente del hogar de jubilados prácticamente se acampó en las gradas del frente. Pero ella no esperaba que la última oferta llegaría de su hijo.

—¿Qué pensarías de venirme a vivir con nosotros, Mamá? —dijo Clyde.

Clara encontró una parte suave que no le gustó en el tomate y lo puso de regreso.

—Ahora bien, ¿por qué razón querría yo hacer algo así?

—Pues, supongo que no vas a querer hacerlo inmediatamente. Pero Sarah y yo hemos estado hablando de esto. Y orando por esto.

Ella levantó la cabeza y lo miró. Podía recordar cuando lo sostenía en su regazo, le leía una historia, se arrodillaba a su lado. Luego llegaron los años que pasó de rodillas porque estaba preocupada de cómo resultaría él. Hacía mucho que esos años se habían terminado.

—Con todo lo que ya tienes para preocuparte, ¿oras para que yo me vaya a vivir contigo?

Ahora Clyde inspeccionó el tomate.

—Tal vez este no es el lugar apropiado para mencionarlo.

—¿Qué es lo que tanto te preocupa que pueda pasarme? —dijo Clara—. Vives a solo cuatro cuadras de distancia.

—Mamá, esa vieja casa y todas esas escaleras... nos preocupan. ¿Si pasa algo? ¿Si te caes? No quieres cargar el teléfono celular contigo como te lo hemos pedido.

—¿Quieres que me pare de manos? ¿Con eso será suficiente? Toma, sostén mi vestido abajo mientras yo...

—Mamá, ya basta.

—¿Qué se requiere para que te demuestre que puedo vivir sola sin problemas?

—Yo sé que amas esa casa. Sé que tus tesoros están allí.

—Mi tesoro está en el cielo, y si pudiera ir allá y no ser una carga para nadie, tomaría el carro ahora mismo.

—Y si eso es lo que Dios quisiera, te habría llevado hace mucho tiempo. Aparentemente, Él tiene cosas que tú debes hacer aquí.

Clara miró a Clyde directamente, con un leve tic en sus ojos.

—¿No crees que he vivido lo suficiente como para tener el derecho de vivir donde yo quiera? ¿No he hecho lo suficiente para merecer eso?

—Así es, Mamá. Y mereces mucho más. Solamente te pido que lo consideres por nosotros. No queremos que nada ocurra...

—No me va a pasar nada —dijo ella, y frunció el ceño—. No soy una vieja excéntrica que no puede andar por ahí. Deja de preocuparte por mí.

Él alejó la carretilla de ella y la llevó al pasillo del pan. Por alguna razón, todas las tiendas de abarrotes en las que ella hubiera comprado alguna vez ponían el pan y la leche en los extremos opuestos del universo. Los productos frescos y la carne también estaban lejos.

Ella tambaleó tras él hasta que lo alcanzó y puso el tomate en la carretilla. Podía darse cuenta de que esta conversación lo agobiaba.

—¿Quieres ese pan de pasas que siempre compras? —dijo Clyde.

—Olvídate del pan de pasas, date la vuelta y habla conmigo —dijo Clara, tomando una hogaza y revisando la fecha de vencimiento—. Ahora bien, ¿qué está pasando en esa cabeza tuya?

—Sabes que remodelamos un poco el garaje y agregamos un pequeño apartamento en la parte de atrás.

—Dijiste que ibas a rentarlo para tener un ingreso adicional. Que tal vez aceptarías a alguien que necesitara ayuda.

Él asintió con la cabeza.

—Bueno, eso era cierto en parte. Sarah y yo teníamos la esperanza de poder convencerte de que te mudaras.

—¿Eso es lo que pensabas todo el tiempo? —dijo ella—. Es lo más absurdo que he oído en toda mi vida. ¿Y qué se supone que debo hacer con mi casa?

—Véndela, Mamá. Los precios de las casas están buenos ahora mismo. Tendrías ahorros.

—Ahorros —dijo ella, como si las palabras hubieran dejado un mal sabor en su boca—. Mi seguro social, el seguro de vida de tu padre y la pensión es todo lo que necesito.

—Lo único que se requiere es una caída de esas escaleras...

—Vuelves con lo mismo otra vez —dijo ella interrumpiéndolo—. ¿No crees que puedo usar el pasamanos?

—Perdón —dijo una mujer más joven. Tenía a un bebé inquieto en un asiento de seguridad en medio de su carretilla—. Solo necesito una hogaza de pan integral.

—Alcánzale una recién hecha de allá arriba, Clyde, y revisa la fecha de vencimiento —dijo Clara—. Este es mi hijo. Cree que debo irme a vivir con él porque me estoy poniendo vieja y débil.

Clyde sacudió la cabeza mientras alcanzaba el pan.

—Yo no dije eso.

—¿Le parezco vieja y débil? —le dijo Clara a la joven mujer.

—Mamá, esta señora no quiere entrometerse en nuestros problemas.

La joven madre sonrió y le agradeció a Clyde el pan.

—No, señora. Usted se ve bastante saludable.

—¿Lo ves? Una madre sabe. —Clara hizo un gesto con la mano. Miró por sobre la orilla del asiento de seguridad—. Vaya, mira este bebé tan bello.

La madre le dijo a Clara el nombre del niño, y ver a la anciana pareció tranquilizar al niño.

—Voy a agregar a este pequeño a mi lista de oración, si no le importa — dijo.

—No me importaría en absoluto. Puede orar por mi esposo también — dijo la mujer con un poco de tristeza en su voz.

—Pues bien, puedo agregarlos a todos ustedes. ¿Cómo se llama usted?

Clara pasó los siguientes minutos aprendiendo el nombre de la mujer y dónde vivía. Clara le habló de su iglesia y metió a Clyde en la conversación. Cuando la joven madre se fue, parecía caminar con un paso más ligero.

—¿Alguna vez has conocido a algún extraño, Mamá? —dijo Clyde.

—Supongo que sí, en algún momento —dijo Clara.

Llevó a Clyde al pasillo de los lácteos por un poco de requesón bajo en grasa. Cuando llegó allí, se volteó hacia donde él estaba.

—Sé que me estás cuidando, hijo. Y no sabía que te ibas a tomar tantas molestias con ese apartamento para mí, por lo que me siento halagada. Cuando el Señor me diga que es hora de mudarme... —Se detuvo, pensando en la sensación que había tenido en su cuarto de guerra—. Puedo mantener el teléfono celular conmigo si eso te hace sentir mejor.

Clyde miró al suelo e inspeccionó las baldosas. Cuando levantó la mirada, había cierta humedad en sus ojos, y Clara podía jurar que vio un indicio de Leo en su rostro, la misma amabilidad y cortesía que se filtraba.

—Se trata de tu nieta. Hallie está pasando por un tiempo difícil.

—Oro por esa chica todos los días.

—Sé que lo haces.

—Le he pedido que vaya a hablar conmigo. Estoy justo en la misma calle.

—Y yo quisiera que lo hiciera, pero ella permanece en su habitación la mayor parte del tiempo. Lo hemos intentado todo. Sarah y yo pensábamos que si tú vivieras con nosotros, tal vez el hecho de que estuvieras más cerca haría... no sé.

Ella puso una mano sobre su brazo.

—Haces cosas importantes para la ciudad, todas esas decisiones, y una chica adolescente te va a desgastar.

Clyde asintió con la cabeza.

—Preferiría tratar con el contrato de los camioneros que tratar de entender a mi hija.

—¿Qué te hace pensar que ella iría a verme si me mudara?

—Ella te ama, Mamá. Siempre te ha amado. Creo que si tú estuvieras allí sería distinto. Lo único que necesitamos es una grieta en la puerta, solamente un poco de luz. ¿Entiendes?

El lado desconfiado de Clara pensó que eso podía ser un truco para apelar a sus emociones. Pero cuando vio el dolor en el rostro de su hijo, supo que no lo era.

—¿Y tú has estado orando para que yo me vaya a vivir con ustedes por causa de Hallie?

—Mentiría si dijera que es solo eso. Queremos que estés segura y no sola. Y no queremos obligarte ni coaccionarte. Pero el otro día me dio la impresión... y Sarah estuvo de acuerdo. Los dos queremos esto.

Clara lo miró a los ojos y vio lo que estaba buscando. Estaba allí, debajo de todas las capas. Amor. Por eso es que él había mencionado todo eso. Ella tenía que enfocarse en eso y no en la mala sensación de que la estaban haciendo a un lado en el camino de la vida. Aunque eso no era lo que él quería decir, ella se sentía así.

Cuando pagaron, ella vio a la joven madre delante de ellos y los saludó con la mano a ella y a su bebé.

—Tendrías privacidad —dijo Clyde, tomando una revista y hojeándola—. No te molestaríamos en absoluto.

Clara lo miró.

—¿De dónde sacas esta tendencia tan obstinada? Debe ser del lado de la familia de tu padre.

Clyde se rió y meneó la cabeza.

Después de que habían guardado las cosas en la casa y de que Clyde se había ido, Clara subió las escaleras y, cuando estaba arriba, se detuvo y se bamboleó; la habitación daba vueltas. Justo a tiempo alcanzó a aferrarse del

pasamanos para sostenerse. ¿Y si se hubiera caído? Ella podía ver a Clyde mirándola en una habitación de algún hospital y un doctor que estaba sugiriendo un reemplazo de cadera.

Cuando logró llegar a su cuarto de guerra, se arrodilló y abrió su corazón.

«Señor, si Tú quieres que me mude, te obedeceré. Tú lo sabes. Pero no es posible que quieras que deje todos estos recuerdos. Hay demasiadas respuestas a la oración en este cuarto. Juntos hacemos un buen trabajo aquí. ¿Por qué tendría yo que...?»

Las preguntas se acumulaban, una encima de la otra, hasta que lo único que podía oír era su propia voz que clamaba. Y entonces una ola de paz la inundó y le dijo que lo que importaba no era dónde viviera, sino que ella estuviera caminando con Él.

Comenzó a cantar suavemente, un canto antiguo. «Y vivir con Cristo, más dulce cada día será». Sus ojos se llenaron de lágrimas y asintió con su cabeza y puso sus manos juntas.

«Padre, yo quería envejecer en esta casa. Quería vivir aquí hasta el final. Tú sabes cuánto de mi corazón está envuelto en la vida que he vivido aquí».

Luego volvió a encontrarse preguntando por qué y se sentía como una lucha. Pero al final, ella supo que estaba luchando con su propia voluntad. Tenía un hijo y una nuera amorosos. Tenía una nieta que la amaba. Pero el cambio era difícil, especialmente para alguien que había definido «hogar» como un lugar preciso en el planeta por tantas décadas.

«Señor, si Tú vas a ir conmigo, no quiero estar en ninguna otra parte. Quiero caminar contigo adondequiera que Tú guíes. Así que, si este es Tu plan, debes tener alguna tarea para mí. Tal vez es Hallie. Tal vez es alguien más. Voy a confiar en Ti. Voy a seguirte. Eso es lo que voy a hacer, solamente seguirte, y si esto es un error, detenme».

Permaneció de rodillas, esperando oír alguna voz resonante que no llegó.

«Pues, está bien», dijo Clara, y se puso de pie.

Cuidadosamente bajó las escaleras a la cocina, donde todavía tenía las páginas amarillas metidas en una gaveta, al lado de los cubiertos. Se podía encontrar cualquier cosa en Internet, pero a ella le gustaban las notas que había hecho al lado de los plomeros y los electricistas que la habían ayudado

a lo largo de los años. Copiaba a mano las notas de antiguos directorios telefónicos a los nuevos que llegaban, pero nunca había tenido que recurrir a la sección de bienes raíces. ¿Cómo se hacía para elegir algo como eso?

«Ahora bien, si voy a trabajar con alguien, Señor —dijo en voz alta—, ¿por qué no trabajar con alguien que te siga, para que pueda bendecirlo con la comisión?»

Su mente zumbaba y giraba como un disco duro. Tal vez Dios quería usarla en la vida de alguien que no conocía a Jesús. Tal vez Dios quería que trabajara con alguien que no tenía religión en absoluto, o que estaba atrapado en alguna clase de mentira en cuanto a Él.

Clara le dio un vistazo a las páginas, a las frases llamativas que las compañías de bienes raíces solían usar para atraer a la gente, y pensó en la oración. Por supuesto. Todo regresaba al tema. Pensó que la mayoría de la gente lo hacía más complicado de lo que era en realidad. Ellos buscaban una fórmula o una ecuación matemática. Y creían que si uno no daba bien cada paso, no obtenía las cosas por las que oraba. Ella sabía que nada podía estar más lejos de la verdad, porque la oración se trataba de una relación. La oración era hablar y escuchar, y estar emocionado por pasar tiempo con alguien que lo ama a uno.

Dio la vuelta a la página y tuvo ganas de solo poner el dedo y dejar que ese fuera el factor determinante, dondequiera que el dedo aterrizara. Entonces sonó el timbre de la puerta. ¡Tal vez era Dios que le traía a algún agente de bienes raíces sin que ella llamara siquiera!

Abrió la puerta y vio al joven ante ella y se dio cuenta de que se había olvidado de la cita que había hecho. Buscó en su mente el nombre hasta que se acordó.

—Justin, ¿verdad?

—Sí, señora. Mi mamá dijo que usted necesitaba ayuda con el jardín.

—Es cierto —dijo ella—. Pero pasa adelante y deja que te sirva un vaso de limonada y hablaremos de las obligaciones y condiciones.

El chico adolescente no parecía entender, pero de todas formas entró.

—Tu mamá dice que tienes quince años, ¿es cierto?

—Sí, señora.

—Me gusta la forma en que hablas. Demuestra respeto, y eso es bueno.

Sirvió un vaso de limonada y lo puso frente a él, pensando en la conversación que había tenido con su madre el día anterior. La preocupación que ella tenía como madre soltera era que no podía pasar mucho tiempo con él como quería. ¡Cuántas malas decisiones podía tomar una persona joven en estos días!

—Tengo dos reglas —dijo ella—. Enorgullécete de ti mismo y del trabajo que haces.

—¿Señora?

—Quiero que hagas un trabajo bueno y cuidadoso en mi jardín. Nada de economizar ni de tomar atajos. No trates de apresurarte ni de ver cuán rápido lo terminas para que puedas hacer algo más. Tómame tu tiempo y enorgullécete de cómo se ve este jardín cuando te alejes de él.

—Sí, señora —dijo Justin—. Puedo hacer eso.

—La Biblia dice que todo lo que hagas, debes hacerlo para la gloria de Dios. Cualquier cosa que hagas con tus manos, hazlo con todo tu corazón.

—Sí señora. ¿Pero qué quiere decir en cuanto a enorgullecerme de mí mismo?

—La forma en que te vistes. La forma en que te paras recto y miras a la gente a los ojos. Puedo ver que tu madre ha hecho un buen trabajo. Quiero que mantengas eso en alto, junto con esos pantalones. Un hombre usa sus pantalones alrededor de su cintura, no caídos hasta sus rodillas.

Justin no pudo evitar una sonrisa, y Clara sabía que esta era la manera en que uno cambiaba al mundo. Primero, se deja que Dios lo cambie a uno. Y muy pronto, Él trae a alguien más. Y si se pone la suficiente atención para escuchar, y si se tiene la suficiente hambre, Él llevará a otros que no solo quieren ver un cambio sino que quieren vivir el cambio.

Clara le mostró a Justin el jardín y los lugares difíciles de alcanzar con la cortadora de césped. Cuando terminó, preguntó: —¿Acaso conoces a un buen agente de bienes raíces?

—No, señora. Pero los vecinos de al lado acaban de vender su casa y parece que a ellos les agradó uno.

—¿Cuál era la compañía?

—El rótulo tenía un número y luego unas rocas, creo. No, piedras. Eso es lo que decía. Piedra Doce.

Clara asintió con la cabeza, le agradeció y le dijo que regresara al día siguiente para comenzar el trabajo. Ella encontró el listado de Bienes Raíces Piedra Doce y llamó, y finalmente contactó a una mujer que se llamaba Elizabeth Jordan. Se oía joven y agradable. Alguien con quien sería fácil trabajar.

—Ahora bien, no estoy segura de cuándo quiero vender, pero necesito a alguien que me explique cómo hacerlo.

—Para mí será un placer ayudarla, señora Williams —dijo Elizabeth—. Le daré mi número de celular para que pueda comunicarse conmigo en cualquier momento.

CAPÍTULO 3



Elizabeth se levantó temprano el domingo en la mañana y salió a caminar para despejar su mente y su corazón. La explosión con Tony unos días antes todavía le afectaba. La desconfianza que él sentía en cuanto a su hermana y su cuñado era como un cuchillo en su costado. Pero la tensión en su relación no parecía que le molestara a Tony en absoluto. Estaba tan estoico y obstinado como siempre. Escapar al gimnasio y comer algo de volada, en lugar de comer con ellas, decía mucho. Era como un niño pequeño que no quería tratar con los problemas. Las cosas simplemente tenían que ser a su manera o se llevaba sus juguetes y jugaba en otro lugar.

Elizabeth tuvo la sensación inquietante de que podía estar pasándole algo más, mayor que las batallas de dinero o sus riñas constantes. Mayor que los problemas de comunicación y la manera en que se ponía inquieto y contestaba bruscamente. Pero ¿qué podría ser?

Pasó caminado junto al césped bien cuidado de un hombre de su iglesia. Carl siempre estaba apañando la podadora de grama o la desbrozadora, rociando la mala hierba o cavando un nuevo arriate para su esposa. La casa de ladrillo parecía una pintura de Thomas Kinkade, con todo podado y en su lugar. Una lámpara colgaba sobre el buzón. Hasta la acera enfrente de su casa, de alguna manera, se veía mejor. ¿Tenía alguien un matrimonio perfecto? ¿Era su familia la única que pasaba por esta clase de dolor?

Despertó a Danielle cuando regresó, pero decidió no molestar a Tony. No iba a hostigarlo, no iba a recordarle qué día era y que tenían que irse a eso de las 8:45 para llegar a tiempo a la iglesia. Pero para su sorpresa, él ya se había levantado y estaba en la ducha.

No hablaron mientras conducían, principalmente porque Tony puso la radio en una estación de deportes que estaba en cuenta regresiva para el partido de esa tarde. No le preguntó a ella qué quería oír. No le habló a

Danielle acerca de su reporte de calificaciones. Solo condujo y reaccionó a las noticias de deportes.

En la iglesia, Elizabeth se sentó con un brazo alrededor de Danielle y escuchó al pastor hablar acerca de un pasaje del Evangelio de Mateo. Le costaba concentrarse en el mensaje porque solo podía pensar en Tony. Él no tenía absolutamente nada de compasión, y no entendía en absoluto a Danielle, ni a ella. Él estaba molesto por el dinero y ni siquiera había preguntado por su hermana. Cynthia estaba pasando por un tiempo verdaderamente difícil, y Elizabeth quería apoyarla. Pero Tony se interponía entre ellas. Estaba muy obsesionado por salir adelante y tener suficiente en el banco, cuando sabía muy bien que nunca habría «suficiente». Mientras más ganaba, más quería ganar. Y cualquier retiro, sin importar lo necesario o compasivo que fuera, lo veía como una afrenta personal.

«Jesús da la cura para la ansiedad en este pasaje —dijo el pastor—. Él nos dice que veamos a las aves del cielo y la manera en que se ocupan de la vida. Ahora bien, no sé si a ustedes les ha pasado, pero yo nunca he visto un ave estresada, excepto las de las caricaturas».

La congregación se rió, y el pastor pasó a una historia de su niñez acerca de lo estresada que se ponía su madre cuando se iban de vacaciones. Su padre planificaba el trayecto del viaje con una exactitud precisa, y si algo salía mal, se ponía nervioso y enojado. Los dos juntos hacían una mezcla volátil y producían cualquier cosa, menos descanso. «Las vacaciones en nuestro hogar eran cosas de las que uno necesitaba un descanso».

Elizabeth miró a Danielle y sonrió. Su hija tenía apenas diez años, pero ya tenía un corazón abierto a las cosas de Dios. Ponía mucha atención mientras el pastor decía que Dios conocía cada corazón humano y que tenía un plan para cada uno de nosotros.

«A Dios no se le puede engañar para que haga lo que nosotros queremos que haga. El favor de Dios no se puede comprar, negociar ni manipular —continuó el hombre—. Así que si creen que ponerse su mejor ropa de domingo y tener una sonrisa indiferente en su cara le impresiona a Dios, ustedes se engañan a sí mismos. Y todos sabemos que podemos engañarnos a nosotros mismos. Ustedes y yo no podemos manipular la mano de Dios. Él

busca a los que lo buscan a Él de todo corazón, y Él hace cosas increíbles en sus vidas. Así que todo se reduce a esto: o lo buscamos verdaderamente, o no».

Elizabeth oyó que se abrió la puerta detrás de ellos y vio que una joven pasó por donde ellos estaban hacia un asiento cercano que estaba vacío. No le molestó que la mujer había llegado tarde ni que la hubiera distraído del mensaje. Era apenas una adolescente y el largo de su falda y el tamaño del escote que tenía eran demasiado reveladores para el gusto de Elizabeth, pero eso tampoco fue lo que la inquietó. Lo que la irritó fue que Tony miró a la joven mientras ella pasaba con la concentración de un arqueólogo que estudia un artefacto recién encontrado. Ella seguía esperando que él apartara la vista, pero no lo hizo. Sus ojos siguieron cada movimiento hasta que ella se sentó. Y luego la miró un poco más. Elizabeth no podía quitarse la sensación de que Tony andaba a la caza. Pero eso era absurdo. Tony nunca...

Después del servicio ella se escurrió al baño y se sobrepuso, luego caminó hacia su automóvil. Una mujer se acercó, la detuvo y se presentó como la mamá de uno de los compañeros de Danielle en la escuela. Se disculpó por detenerla.

—No es ningún problema —dijo Elizabeth—, ¿qué se le ofrece?

—He estado buscando una oportunidad para preguntarle algo.

—¿Acerca de qué?

—Sé que usted es agente de bienes raíces y siempre he estado fascinada con los bienes raíces. En realidad me gustaría obtener mi licencia, pero no estoy segura en cuanto al proceso.

Elizabeth respondió a sus preguntas y le sugirió un libro que ella había leído antes de entrar al mundo de los bienes raíces. Uno de sus colegas también impartía una clase en la biblioteca local. Le entregó una tarjeta a la mujer y le dijo que se pusiera en contacto por cualquier otra cosa que quisiera saber.

—¿Tal vez podríamos tomar un café en algún momento? —dijo la mujer.

—Eso sería excelente —dijo Elizabeth, consciente de que tiempo para «tomar café» no existía en su calendario tan ocupado. Sonrió amablemente y le dio un abrazo a la mujer.

—¿Quién era la señora con la que hablabas en el estacionamiento? — preguntó Tony mientras conducía a casa.

Elizabeth mantuvo sus ojos hacia el frente.

—Ella está interesada en ser agente de bienes raíces. ¿Por qué?

—Pude darme cuenta que habías activado tu voz profesional —dijo él.

Ella lo miró y él le dio una sonrisa de suficiencia.

—¿Dices que yo hago algo que tú no haces?

—Cuando vengo a la iglesia solo soy yo mismo —dijo él.

No salió vapor de sus oídos, pero ella podía sentir que sus latidos se aceleraban y que su rostro se sonrojaba.

—Supongo que simplemente estabas siendo tú mismo cuando examinabas a esa chica que pasó por donde estábamos sentados.

Ella lamentó haberlo dicho tan pronto como salió de su boca. Lamentó haberlo dicho delante de Danielle y no en privado. Lamentó haberla puesto en medio de una de sus disputas otra vez. Pero no lamentó darle a conocer a él lo que ella había visto claramente.

—Será mejor que tengas cuidado con ese tono, Liz —dijo Tony, con la voz demasiado monótona y poco emotiva.

Antes de que ella pudiera responder, su teléfono sonó. Lo miró por un momento y de reojo vio que Danielle se movía incómoda.

—Elizabeth Jordan —dijo ella, contestando con su «voz profesional».

Tony levantó una ceja.

—Elizabeth, habla Clara Williams. Hablé con usted acerca de mi casa.

—Sí, señora Williams, ¿cómo está?

—Estoy bien, gracias por preguntar. He tomado la decisión de seguir adelante con la venta. Y llamo para ver si usted podría venir en la mañana y darle un vistazo a la casa.

Elizabeth revisó su calendario en su teléfono.

—Sí, puedo ver la casa mañana a las 10:00 a.m.

—Perfecto. Eso me dará la oportunidad de arreglar la casa un poco.

—Muy bien. Será un gusto volver a encontrarnos.

—Bien, nos vemos.

—Bravo —dijo Tony sarcásticamente cuando la llamada terminó.

Elizabeth apretó la mandíbula y se esforzó por no responder. Se volteó y vio a Danielle ponerse los audífonos. Mejor escuchar música que oír a sus padres pelear otra vez.

Tony encendió la radio para escuchar el último reporte deportivo.



Tony puso sus pies en alto esa tarde y miró el partido. No podía creer que Elizabeth lo hubiera visto mirando a la chica en la iglesia. Ni siquiera se había dado cuenta de que la estaba mirando: era algo natural para los hombres, estaba seguro de eso. Solo estaba examinando la belleza de la creación.

Danielle dijo que era hora de almorzar, y él llegó a la mesa a tomar un poco de comida. Una mirada le dijo que Elizabeth estaba molesta. Sacudió la cabeza, apagó la televisión con el control remoto y se sentó, sacando su teléfono para ver el resultado del partido. Había un par de mensajes de texto que no había visto. Uno era de Calvin Barnes de Holcomb.

Nunca he lanzado una pelota así de lejos en toda mi vida.
¡Gracias, Tony!

Tony sonrió, imaginándose al «viejo» dando golpes con ese gran palo de golf.

Elizabeth rompió el silencio entre ellos.

—Danielle, tengo que reunirme con una cliente en la mañana, así que voy a dejarte temprano en el centro comunitario, ¿está bien?

—Está bien. ¿Podemos recoger a Jennifer en el camino?

—Claro, si su madre está de acuerdo —dijo Elizabeth.

Tony frecuentemente se sentía como que estaba mirando desde afuera la vida de su hija, y este momento era un buen ejemplo de ello.

—¿Quién es Jennifer?

—Ella está en mi equipo de salto con doble cuerda —dijo Danielle suavemente, mirando su comida.

Él bajó su teléfono por un momento y ladeó la cabeza.

—Pensé que jugabas baloncesto.

—Yo quería saltar la cuerda otra vez.

¿Saltar la cuerda? Pensó él. Eso no es lo que habían acordado que ella haría.

—Tony, deberías ir a verla practicar mañana —dijo Elizabeth rápidamente, y se metió en el espacio incierto entre ellos—. En verdad es muy buena.

Él sacudió la cabeza, tratando de procesar la información nueva junto con su calendario.

—Esta semana estaré fuera de la ciudad.

Elizabeth sostuvo su tenedor hacia abajo, con su rostro desconcertado.

—¿Y cuándo ibas a decírmelo?

—Acabo de hacerlo —dijo Tony con la mayor naturalidad.

Así es como siempre comenzaba. Ella quería saber todo lo que pasaba por su cabeza. Cada pequeño detalle. Como si él pudiera recordar contarle todo.

La frustración se dejó ver en el rostro de Elizabeth. Ella dejó su tenedor y se recostó en la silla.

—Tony, yo sé que eres el mejor vendedor de la compañía, pero para que esta familia funcione, tenemos que comunicarnos. Yo pensé que estarías aquí esta semana.

Lenta y mesuradamente, él preparó su respuesta como un jugador de tenis que lanza con efecto un derechazo a su lado débil.

—Bueno, si quieres seguir viviendo en esta casa, tengo que hacer ventas. Y eso significa ser flexible.

Él esperó su reacción. Pero ella dejó que el balón pegara y rebotara en la red sin decir nada, lo cual lo puso nervioso.

Bebió un sorbo de su té y se volteó hacia Danielle.

—¿No estás un poco grande como para saltar la cuerda?

Tenía buenas intenciones con la pregunta. Estaba tratando de estimularla a sobresalir en algo en lugar de cambiar de un deporte a otro, y con su altura y su coordinación, el baloncesto era claramente lo que debía elegir.

Decayó el semblante de Danielle. Miró a su plato y luego a su madre. Los labios de Elizabeth estaban tensos y ella sacudió la cabeza levemente, una señal como la que haría un compañero de equipo. Solo otro indicio de que él

estaba a un lado de la red y ellas al otro.

—¿Pueden excusarme, por favor?

—Sí —dijo Elizabeth—. Pondré esto en la refrigeradora para que te lo comas después.

Danielle se fue y Tony miró a Elizabeth desocupando la mesa.

Finalmente, él no pudo soportarlo más y lanzó sus manos hacia arriba.

—Oye, lo único que hice fue averiguar acerca de nuestra hija. ¿Por qué dejó el baloncesto?

—Ella quiere saltar la cuerda, Tony —dijo Elizabeth—. Es un buen ejercicio. Consiguió una buena amiga, Jennifer, que a ti obviamente no te interesa lo suficiente como para conocerla.

—¿De qué hablas? ¿Sabes cuántas cosas tengo que mantener en mi cabeza, cuántos platos tengo que mantener girando para hacer que todas las cosas se mantengan aquí? Así que no sé nada de una de sus amigas. ¿Es eso un delito ahora?

Ella le dio la espalda. Él llevó su plato al lavaplatos y ella le dijo que simplemente lo dejara allí.

—Yo me encargo de eso.

Fue una demanda, no un ofrecimiento. Ella quería que él se fuera. Así que eso hizo. Regresó a la televisión y miró el partido.



Elizabeth metió una carga de ropa en la lavadora y organizó su clóset, cualquier cosa con tal de estar ocupada y lejos del camino de Tony. Cuando ella se ponía así, ni siquiera quería verlo. Estaba molesta por la forma en que él había tratado a Danielle y por la mirada que le había dado a la chica en la iglesia, como si fuera un pedazo de carne, y todas las otras cosas que habían pasado en los últimos meses se acumularon como toallas mojadas desplomándose de un lado al otro en el tambor de su corazón.

Ella se sentó en la cama frente a su librero y divisó un libro sobre el matrimonio. Había comprado muchos de estos, pensando que eran una buena inversión. Había aprendido nuevas técnicas de comunicación y maneras de

mostrar respeto. Incluso había leído libros acerca de la intimidad, de pastores y consejeros que prometían el mejor sexo de todos los tiempos, pero no importaba cómo ellos formularan el tema, las páginas siempre la hacían sentir inadecuada, como si ella fuera el problema. Se había propuesto descubrir el lenguaje del amor de Tony, pero se dio cuenta de que era un lenguaje desconocido y que no había ningún traductor disponible.

Elizabeth se puso de pie y se retiró a su oficina, la habitación adicional de arriba. Buscó la información acerca de la casa Williams que vería al día siguiente, y miró las casas del área que se habían vendido recientemente. Esto era parte del trabajo que hacía con antelación para asegurarse de que pudieran proponer un buen precio de venta que no fuera demasiado alto ni demasiado bajo. La casa estaba en un buen vecindario y las ventas comparables habían resultado favorables, considerando cómo había estado el mercado de viviendas en los últimos meses.

Esto era parte de lo que le encantaba de su trabajo: no estaba en el negocio de vender casas sino que combinaba a la gente con las casas. Una persona podía trabajar con números todo el día, calcular metros cuadrados y habitaciones y las tasas fluctuantes de las hipotecas, pero esas cosas no eran las ecuaciones de la vida. Lo que le encantaba era combinar a una persona, a una familia, con una morada donde la vida funcionara bien, donde ellos encajaran, prosperaran, se establecieran y creyeran que finalmente estaban en su *hogar*. Por otra parte, le encantaba darle libertad al vendedor, la capacidad de volar, sea que se mudaba por un cambio de trabajo o para encontrar un lugar más reducido o a causa de un fallecimiento o un divorcio.

Puso los documentos de cotización en un paquete para darle a Clara Williams. No pretendía conseguir una firma para el contrato de cotización en su primera reunión. Haría un buen recorrido en la propiedad y explicaría todos los detalles del contrato. Si la señora Williams era tan anciana como se oía en el teléfono, probablemente tendría muchas preguntas en cuanto a qué esperar. Y por la información que había obtenido en Internet, la señora Williams había estado en la misma casa por décadas. ¿Por qué quería mudarse? ¿Una caída? ¿La muerte de su esposo? ¿Tal vez presión de los miembros de su familia?

Cada casa era una historia, un misterio para resolver. Cada casa tenía peculiaridades e idiosincrasias, y si uno miraba con atención, podía averiguar cosas de la gente que vivía allí. Ella había aprendido mucho vendiendo casas. A veces había aprendido demasiado.

Elizabeth vio en Internet una casa por la que un cliente había hecho una propuesta un año antes, un pequeño *bungalow* de tres dormitorios que todavía estaba en venta a un precio reducido. El trato había fracasado a último momento porque el comprador se arrepintió. ¿Cuántas veces había ocurrido eso en el último año? Todo ese trabajo, las múltiples visitas, el tiempo, los kilómetros recorridos, haber conseguido la firma del contrato, todo se perdió porque el comprador decidió que no era el tiempo apropiado. O que el patio de atrás no tenía suficiente espacio. O que el sol estaría en sus ojos mientras tomaban café en la mañana. En serio, un comprador se había echado atrás en un trato porque la cocina tenía demasiado sol tres meses del año. Pero la frustración era parte de la atracción. Ella nunca sabía adónde la llevaría un cliente, por qué cosas la haría pasar, o si alguna vez le pagaría por el trabajo que había hecho. Era un asunto de fe, de renunciar sus derechos. Elizabeth se resistía al impulso de enfadarse con algún cliente que se arrepentía. ¿Cuántas veces había sentido ella lo mismo? Sí, era difícil que no le pagaran por las búsquedas y por el tiempo y la energía invertidos, pero se decía que nunca lamentaría tratar a la gente amable y respetuosamente cuando ellos trataban de tomar la decisión financiera más grande de sus vidas.

A ella no le parecía correcto sobrecargar a los vendedores con folletos o impresos sofisticados que simplemente desecharían. Otros agentes de bienes raíces creían que inundar a los vendedores con información era la mejor manera de hacerlo: cuanto más, mejor. Pero Elizabeth creía en la simplicidad. Alguien que vendía una casa quería saber dos cosas: cuánto valía su casa y cuánto le costaría venderla. En otras palabras, cuando todo se hubiera acabado, ¿cuánto dinero le quedaría? Esas parecían ser preguntas justas que merecían respuestas directas, por lo que ella siempre era sincera con sus clientes.

Miró su reloj, pasó la ropa a la secadora y caminó por la cocina, alcanzando a ver que Tony estaba en su teléfono y mirando un partido simultáneamente. Él la miró y ella hizo un esfuerzo de no fruncir el ceño ni reaccionar de forma negativa.

—Hola —dijo ella.

Él tomó el control remoto y silenció los presentadores.

—Hola.

—No era mi intención hablarte ásperamente por viajar. Es que me sorprendió.

—Debí haber dicho algo antes —dijo él en voz baja—. Puedo ver tu punto de vista. Pero no quiero sentirme culpable por trabajar. No quiero que me censure porque estoy tratando de proveer para nuestras necesidades.

—Yo no estoy en contra de que proveas para las necesidades, Tony.

Ella quería discutir con él, pero algo le dijo que lo dejara pasar. Que siguiera adelante. Que dejara que la pregunta se desplomara como ropa mojada y que se enfocara en otra cosa.

—Entonces, ¿adónde tienes que ir? —dijo ella.

—A Asheville. Hay un doctor de un centro médico que está interesado en uno de nuestros productos. No es tan emocionante como vender casas, por supuesto, pero paga las cuentas.

¿Qué quiso decir con que «no es tan emocionante como vender casas»? ¿Estaba menospreciando la profesión que ella había escogido? Ella no podía mirarlo sin sentirse recelosa u ofendida, y había un nudo en su estómago que cada vez era mayor, porque Tony había tenido razón antes. Si ella quería quedarse allí, en la casa que le encantaba, tenía que acceder, simplemente estar de acuerdo con él.

Mientras más tiempo se quedaba allí parada, con él dando miradas a la pantalla para ver la próxima jugada, más crecía el nudo.

CAPÍTULO 4



Elizabeth vio a *Tony* vestirse a la carrera y dirigirse al garaje el lunes en la mañana. Ese era su patrón últimamente: nada de desayuno, ni siquiera café para iniciar el día. Él nunca dejaría que *Danielle* anduviera así con el tanque vacío, pero él lo hacía todo el tiempo. Por lo menos cuando estaba en casa.

—¿No vas a desayunar? —dijo *Elizabeth*.

—No tengo tiempo. Comeré algo en el camino a *Ashville*. Nos vemos.

Elizabeth despertó a *Danielle* y las llevó a ella y a su amiga *Jennifer* al centro comunitario un poco después en la mañana. Le recordó a *Danielle* de su reunión y le dijo que ella y *Jennifer* debían esperar en el centro hasta que *Elizabeth* regresara al mediodía. Las niñas parecían estar emocionadas con la idea de esperarla allí juntas después de la práctica.

Elizabeth llegó a la casa de la señora *Williams* y vio a un adolescente con unas podadoras y una carretilla, parado en el césped del frente. Él era tan alto como ella, delgado, sudoroso por el trabajo, y tenía unos guantes de jardinería en su bolsillo de atrás. Una anciana contó un poco de dinero para pagarle y él se marchó.

Lo primero que *Elizabeth* pensó cuando vio la casa fue que se vendería rápidamente. Estaba en una buena parte de la ciudad. Tenía árboles maduros y un césped bien mantenido. La bandera estadounidense suspendida junto a las gradas de enfrente era un detalle maravilloso. En el vecindario había mayormente casas antiguas. *Elizabeth* escogió el punto en el césped que sería el mejor para el rótulo de *Bienes Raíces Piedra Doce*.

Cuando *Elizabeth* salió del automóvil, oyó que la señora *Williams* decía:

—Saluda a tu mamá de mi parte y te veré la próxima semana.

—Sí, señora. Gracias.

El chico partió con una sonrisa tan amplia como la calle, sosteniendo el dinero y los agarraderos de la carretilla.

—¿Señora Williams?

—Esa soy yo —dijo la mujer—. Usted debe ser Elizabeth.

Ella tenía un acento completamente sureño. Y una manera de apretar su boca cuando hablaba que parecía como que estuviera intentado evitar que se le escaparan unas canicas. Elizabeth le estrechó la mano y trató de ser delicada, en caso de que la señora sufriera de artritis, pero la señora Williams le apretó la mano como si estuviera exprimiendo un limón. Le pidió a Elizabeth que la llamara Clara, luego la invitó a entrar para mostrarle su casa.

Tenía un salto en su andar, y movía hacia fuera los codos mientras subía con entusiasmo las gradas de concreto. Llevaba puesto un suéter verde azulado sobre una blusa rosada y pantalones negros. Hacía mucho tiempo que su pelo se había puesto gris, pero había rastros del color original.

Tan pronto como entraron, Elizabeth sintió calidez. Se paró en el recibidor y miró la sala a su izquierda y el estudio a su derecha. Podía ver su propio reflejo en el piso de madera. Todo estaba pulcro y ordenado, aunque los muebles eran algo antiguos, y la alfombra, donde había alfombra, se veía un poco desgastada. Se había vivido en ella, de eso no había duda, pero no había señal de descuido, y su primera impresión fue que la casa reflejaba una sensación de distinción: tenía una sensación de realeza.

—Tengo que encender la cafetera. ¿Puedo ofrecerle algo?

—Oh, no, gracias. Me tomé uno en casa. Esta es una bella casa.

—Yo también creo lo mismo —dijo Clara desde la cocina—. Fue construida en 1905, y yo he vivido aquí casi cincuenta años. Leo agregó ese porche en la parte de atrás, y lo construyó él solo.

Elizabeth examinó las habitaciones del frente, y entonces encontró una foto en la pared de una Clara mucho más joven, parada al lado de un hombre con uniforme militar. Por la edad de la foto adivinó que era de alrededor de finales de la década de 1960 o a principios de la de 1970. Había otras fotos de él solo y dos águilas de tamaños distintos colocadas en la pared.

—Oh, él debe ser Leo —dijo Elizabeth.

Clara entró doblando la esquina y le sonrió a la foto.

—Ese es Leo. Estuvimos casados catorce años antes de que él muriera. Acababa de ser ascendido a capitán antes de que tomaran esa foto. Se veía tan guapo con ese uniforme. Se ve muy bien, ¿verdad?

Clara sonrió y Elizabeth sintió algo grato en su interior con la voz de la anciana. La palabra *uniforme* la pronunciaba *unifome*.

—Sí, queríamos cinco o seis hijos, pero el Señor solo nos dio a Clyde — Clara la miró con los ojos muy abiertos—. Porque él era más que suficiente para mantenerme ocupada.

Elizabeth sonrió. A ella ya le agradaba la anciana. Y esa era la mitad de la batalla en una transacción de bienes raíces. Que le gustara la gente con la que trabajaba era una enorme ventaja. Le iba a dar gran satisfacción obtener el precio que pedía por esta casa.

Clara giró hacia la sala de estar y señaló el techo.

—¿Puede ver esa gran rajadura allá en la pared? Fue Clyde.

Llevó a Elizabeth a la sala, que estaba inundada de luz. El sofá y las sillas estaban rodeados de lámparas viejas que daban una sensación de antigüedad.

—Este es mi tercer lugar favorito. Es mi sala de estar.

—¿Y qué hace aquí? —dijo Elizabeth.

—Principalmente, estar —dijo Clara con un poco de tristeza, girando la cabeza a un lado.

Elizabeth silenció una sonrisa. Si estaba tratando de ser divertida, el cálculo de tiempo de la mujer era perfecto, pero Elizabeth no estaba segura. No quería ofenderla riéndose.

—Bueno, venga por aquí —dijo Clara, y salió como un tren de primera hora. —Permítame enseñarle el comedor.

Elizabeth la siguió a un salón aún más brillante, con paredes verde pálido y una mesa grande de madera con sus sillas. Había candeleros en la repisa de la chimenea, y un delicado centro de mesa sobre la mesa.

—Ahora bien, este es mi segundo lugar favorito —dijo Clara y miró alrededor—. Amo este salón.

—En verdad es bello, y me encanta esa chimenea.

Clara pasó sus manos por la parte de arriba de las sillas de madera, como si estuviera tocando otra vez el pasado, como lo haría con un piano.

—Tengo muchos buenos recuerdos aquí. Sí, los tengo. Muchas buenas pláticas ocurrieron aquí —pronunció *aquí* con un acento muy particular—. Muchas risas. Y unas cuantas lágrimas también.

Miró a Elizabeth como si estuviera tratando de decir más.

Elizabeth se preguntó qué recuerdos serían esos, si eran de su esposo, de su hijo o otros más. Era difícil saberlo. Miró a la anciana con una sensación de asombro por su tranquila forma de ser. Había algunas personas en el mundo que, al momento de conocerlas, a uno lo hacían sentir bienvenido, como si uno las conociera de toda la vida. Clara parecía ser una de esas personas.

Elizabeth siguió a la señora mientras subía lentamente las escaleras al segundo piso. La escalera se sentía estrecha, como en muchas casas antiguas que había vendido durante los últimos años.

—La cocina necesita pintura nueva, pero todavía está en muy buena condición.

Bajó la velocidad en el descanso y se agarró de una de las enormes piezas decorativas del pasamanos. Su respiración se aceleró un poco a medida que subía.

—Ahora bien, por eso es que me voy a vivir con Clyde a unas cuantas cuadras. ¡Vaya! Se pone más difícil negociar con estas escaleras.

Elizabeth tomó notas acerca de la casa en su teléfono mientras se desplazaron de una habitación a la siguiente. Observó dos pelucas en el tocador de Clara, pero no preguntó por ellas. También había una amplia cantidad de cruces y otros símbolos cristianos por toda la casa, no puestos al azar, sino ubicados con buen gusto.

—Listo, entonces son tres habitaciones y dos baños completos. ¿Le importa si tomo algunas fotos?

—Adelante, está bien.

Clara se quedó parada con sus manos detrás de ella, como un centinela. Entonces se inclinó hacia delante.

—Ah, veo que tiene uno de esos teléfonos inteligentes. He tenido la intención de comprarme uno de esos. No puedo hacer nada con el mío más que llamar a la gente. Debe ser un teléfono tonto.

Se apoyó en la baranda y esperó que Elizabeth terminara.

Clara ofreció bajar la escalera del techo del pasillo para tener acceso al ático, pero Elizabeth dijo que no sería necesario. Cuando terminaron arriba, las dos regresaron abajo a la cocina.

Elizabeth se volteó y le ofreció su mano a la señora cuando llegó a las últimas gradas.

—¿Puede sola?

—Puedo —dijo Clara—. Dicen que si uno vive en una casa con escaleras vivirá más. Así que yo debería llegar a los 180 años.

Elizabeth se detuvo ante un marco grande en el pasillo. Arriba del marco estaban las palabras *Oraciones respondidas*. En él había varias fotos pequeñas de gente, con fechas y leyendas garabateadas que conmemoraban acontecimientos a lo largo de los años. Examinó las fotos y los rostros. Martin Luther King Jr. estaba allí. Había fotos desteñidas de familias.

—Esto es fascinante, señora Clara.

La anciana se paró hombro a hombro con ella.

—Esa es mi Pared de conmemoración. Y cuando las cosas no van tan bien, vuelvo a verla y me recuerda que Dios todavía tiene el control.

Pronunciaba *Dios*, como si fuera una palabra de dos sílabas, alargando la *o* como si fuera por reverencia.

Clara cruzó los brazos.

—Eso me anima.

Elizabeth revisó más fotos.

—Ciertamente yo podría usar un poco de eso —murmuró.

Tan pronto como sus palabras salieron de su boca, lamentó haberlas dicho. Trataba de no permitir que su vida personal entrara en las relaciones de negocios que tenía con los clientes. Se trataba de ellos, no de ella. Pero algo en la casa, las fotos y el comportamiento de la anciana la hacían querer abrirse.

La señora Clara se volteó hacia ella y la miró fijamente.

—Oh, lo siento. Entonces, tengo algunas preguntas acerca de los servicios públicos y entonces probablemente deberíamos hablar del precio de venta.

—Está bien —dijo Clara.

Clara tardó un rato en encontrar sus facturas de los servicios públicos y otra información adicional. Elizabeth registró los números y pensó en mostrarle las comparaciones del área y luego revisó su teléfono. Tenía que regresar a la oficina antes de recoger a Danielle y Jennifer. Sentía que solo había estado con la señora Clara una hora, pero había sido más tiempo.

—¿Tiene una cantidad en mente que le gustaría obtener por su casa?

—¿No es ese su trabajo?

—Sí, lo es, pero a veces el dueño de una casa tiene buen conocimiento de lo que quiere pedir. No quiero lanzar un número que sea mucho más bajo de lo que usted cree que vale la propiedad.

La mujer se mordió el labio por un momento.

—Estoy segura de que usted pensará en una cantidad justa.

Elizabeth sonrió.

—Permítame darle otra mirada a las ventas comparables del área antes de que decidamos. ¿Le parece bien?

Clara inclinó la cabeza.

—De acuerdo. He estado en este lugar por mucho tiempo y ya hace años que pagué la hipoteca.

Caminaron hacia la puerta del frente.

—Listo. Entonces creo que tengo todo lo que necesito por ahora. Fue un gusto conocerla, señora Clara. Oiga, si tiene tiempo mañana, me gustaría venir y mostrarle algunas comparaciones del área.

—Bueno, ¿por qué no viene a tomar café mañana en la mañana y hablamos de eso entonces? Digamos, a las diez.

Elizabeth revisó su teléfono y pensó en su calendario. Tony le vino a la mente. Él estaría fuera de la ciudad. ¿Y Danielle?

—Está bien, sí, puedo hacerlo. La veo a las diez.

Comenzó a caminar hacia su auto, pero algo la molestaba. En toda la conversación ella había pasado por alto una información importante. Desde la grada de arriba se volteó.

—A propósito, ¿cuál es su habitación favorita?

Clara sonrió y Elizabeth podría haber jurado que los ojos de la señora brillaron.

—Se lo diré mañana.

Elizabeth le devolvió la sonrisa.

—Y yo esperaré ansiosamente hasta mañana.



Tony llegó a Asheville a tiempo para detenerse por un café y una rosquilla de desayuno. Se la comió en su auto en el estacionamiento, mientras escuchaba un programa matutino del zoológico para llenar el silencio. Algo que el pastor había dicho el día anterior en su mensaje lo hacía sentirse intranquilo. «*Dios busca a los que lo buscan a Él con todo su corazón*». Se le quedó pegado; no lo podía asimilar. Además, eso de que la gente se engañaba a sí misma. Había mucha gente que probablemente hacía eso, pero él no era uno de ellos.

Puso la radio un poco más fuerte y terminó su desayuno, luego condujo hacia el Centro Médico de Asheville, alrededor de la hora que abrían para la atención al público. Levantó la escotilla de su Tahoe negro y sacó la caja de muestras médicas que estaba dentro. Abrió el estuche de Predizim, sacó dos cajitas de la caja de ocho, las puso a un lado, y luego reorganizó las cajitas restantes. Miró a su alrededor para asegurarse de que nadie lo hubiera visto, luego puso las dos cajitas en su bolso de cuero. Tomó el estuche de Predizim, cerró la escotilla, y caminó hacia el edificio, sacando su teléfono.

«Comienza con una *L*—se dijo a sí mismo—. Lorna... no. ¿Leslie...?». Fue al listado de Asheville y encontró la lista de contactos y sonrió al ver que se había acordado bien de la letra.

La recepcionista era bonita y joven y tenía una sonrisa estupenda.

—Lindsey Thomas, ¿cómo está? —dijo Tony, encendiendo su encanto.

—Estoy bien —dijo Lindsay, titubeando—, señor...

—Tony Jordan. Nos conocimos hace unos meses. Vine a ver al doctor Morris.

—Por supuesto —dijo ella, ruborizándose—. No puedo creer que recuerde mi nombre.

—Me gusta el nombre Lindsay, por lo que fue fácil.

Más sonrisas. Ella levantó el teléfono.

—Permítame ver si puedo hacer que lo vea.

Tony sonrió y se inclinó un poco más cerca, lo suficiente como para oler el perfume de Lindsay.



Elizabeth llegó a Bienes Raíces Piedra Doce y terminó el proceso de ingresar la casa de Clara al servicio de listado múltiple. Se reunió con Mandy y Lisa, que hablaban del último chisme de la ciudad: el administrador municipal que se había encargado de algunas casas viejas deterioradas y de las áreas dañadas de la ciudad y le había dado vuelta a las cosas.

—Necesitamos más líderes como C. W. Williams —dijo Mandy—. Yo votaría por ese hombre para presidente.

Elizabeth habló del tema de la propiedad de la señora Clara, les mostró las comparaciones del área y el precio de venta con el que había estado trabajando, pero su conversación rápidamente giró a asuntos más personales. Eso es lo que generalmente pasaba en el trabajo. Una o más comenzaban a hablar de asuntos personales y seguirían por ese camino hasta que una llamada telefónica interrumpiera a alguna de ellas.

Mandy era socia administrativa de la firma. Siempre vestía bien y se enorgullecía de hacer que Piedra Doce fuera una de las firmas más destacadas de la región. Ningún detalle se le escapaba en sus contratos y solo contrataba a los que pasaban su lista de requisitos.

Lisa era una de ellas: había estado trabajando en la firma dos años antes de que contrataran a Elizabeth. Era más joven que Mandy pero cuidaba de todos los detalles para los que Mandy no tenía tiempo. Las tres trabajaban como equipo, aunque tenían sus momentos de desacuerdo.

Mandy revisó algunos directorios en su computadora portátil mientras Elizabeth las hacía regresar a la propiedad Williams. Lisa tomó notas e hizo buenas preguntas.

—¿Está motivada para vender? —dijo Lisa.

—Creo que esperará tranquila la oferta adecuada —dijo Elizabeth—. Posee la casa de manera completa.

—¿Adónde se va a mudar? —dijo Mandy.

—Con su hijo. Evidentemente, él vive bastante cerca de ella.

Mandy miró a Lisa y algo pasó entre ellas. Las dos parecían percibir que algo andaba mal con Elizabeth. ¿Era la mirada en su rostro? Ellas habían preguntado, cuando Elizabeth entró, y había dicho que había tenido un fin de semana difícil en casa, pero trató de dejarlo ahí.

—¿Por favor podrías decirnos qué pasa en casa? —dijo Mandy—. Tu rostro dice que has pasado por una tragedia.

Elizabeth suspiró y contó la historia de Tony y sus conversaciones nada estelares. Lisa se sentó un poco más cerca de la orilla de su silla e hizo presión en la verdad de que la contienda mayor estaba en el dinero que Elizabeth quería darle a su hermana.

—Lo sabía —dijo Lisa—. Siempre todo se reduce al dinero.

—Ah, pero es más profundo que eso —dijo Mandy—. El dinero es un asunto superficial.

—Ya hemos pasado por esto una y otra vez —dijo Elizabeth—. Mi hermana y su esposo han pasado por un tiempo difícil y yo creo que merecen la ayuda.

—¿Y qué dice Tony? —dijo Mandy.

—Tony dice que Cynthia se casó con un holgazán.

—¿Es un holgazán? —dijo Lisa—. Porque sí hay holgazanes por allí.

—No traigamos tu vida personal a esto —le dijo Mandy a Lisa, sonriendo por el comentario.

Lisa puso los ojos en blanco y miró a Elizabeth.

—¿Y qué hiciste? Transferiste el dinero a la cuenta de tu hermana, ¿verdad?

—No, pasé dinero de la cuenta de ahorros a la cuenta de cheques. Iba a hacerle un cheque, pero por la manera en que Tony reaccionó creo que necesito transferirlo de regreso.

—¿Y qué se espera que hagas con tu hermana? —dijo Mandy.

Elizabeth suspiró.

—No sé qué hacer. A Darren le está costando encontrar trabajo. Pero Tony lo ha juzgado como incapaz. Y él cree que es culpa de mi hermana. ¿Pueden creer eso?

—Bueno, si mi hombre me dijera eso, yo también me enojaría —dijo Mandy—. Nosotros ya no peleamos mucho. Después de treinta y un años de estancamiento, simplemente no vale la pena.

—Ah, yo no lo toleraría —dijo Lisa—. Su dinero se convirtió en tu dinero cuando él dijo «acepto». Por lo que yo se lo daría a mi hermana de cualquier manera —hizo una pausa—. Ni siquiera me agrada mi hermana.

Mandy levantó la mirada de su computadora.

—Solo ten cuidado, Elizabeth. No quieres que estalle la Tercera Guerra Mundial en tu hogar.

—No, no quiero eso. Pero hay días, Mandy. Hay días...

Mandy la miró con compasión.

Elizabeth no tuvo el ánimo de contarles lo que había pasado en la iglesia y el sentimiento nauseabundo que tuvo por la mirada lujuriosa de Tony hacia la joven que pasó cerca de ellos. Hizo a un lado el recuerdo y se dijo que había sido solo una vez. Un pequeño desliz. No había ningún patrón allí. Ella simplemente tenía que seguir adelante. Dejar de pensar en eso.

—Es difícil someterse a un hombre como ese —dijo Elizabeth.

—¿Saben lo que solía decirme mi mamá? —dijo Mandy—. Solía decir que la sumisión a veces es aprender a agacharse para que Dios pueda golpear a tu esposo.

Elizabeth se rió, pero el dolor permaneció.

—Es difícil ser mujer.

—En eso sí que tienes razón —dijo Mandy.

Elizabeth miró su reloj.

—Tengo que recoger a Danielle y a su amiga en el centro comunitario. ¿Estarán bien sin mí?

—Nos llevaremos bien —dijo Mandy—. La pregunta es, ¿qué va a pasar contigo y con Tony cuando él regrese a casa?



Lindsay dejó que Tony pasara por la puerta que llevaba a la oficina del doctor Morris. Él le agradeció y la vio irse. Ella había llamado primero a una enfermera, quien lo recibió y lo llevó al escaparate de las muestras.

—Puede simplemente usar la tercera repisa contando desde arriba —dijo ella mientras le quitaba el seguro a la puerta—. Deje la puerta abierta y yo vendré después a asegurarla.

Él encontró el escaparate lleno de muestras, pero había un espacio al frente donde podría poner la literatura y su tarjeta de presentación. Sacó las cajitas de Predizim de la caja y las colocó en el estante. Si las hubiera dejado en la caja habría sido fácil ver que faltaban algunos, pero de esta manera nadie podría darse cuenta. ¿Y qué doctor iba a revisar si le habían dado seis u ocho muestras?

—¿Usted debe ser el señor Jordan? —dijo el doctor Morris cuando Tony pasó.

Tony sonrió y le estrechó la mano al hombre mayor. Tenía el cabello gris y se estaba quedando calvo.

—Doctor Morris, sí, soy Tony Jordan, de la Farmacéutica Brightwell. Nos conocimos el marzo pasado.

—Me acuerdo. ¿Cómo está?

—Estoy bien. Vi su reseña acerca de los estimulantes nuevos y usted mostró interés en Predizim, por lo que traje una caja, saqué las cajitas y se las dejé en el escaparate de las muestras.

El doctor Morris sonrió.

—Fantástico. Lo aprecio.

—Ningún problema. Las encontrará fácilmente. Están en el tercer nivel del estante, tapas azules. Lo único que necesito que haga es que firme este recibo para demostrar que se las dejé.

Le alcanzó su dispositivo digital y el doctor firmó la pantalla con un dedo.

—Ahora, doctor Morris, si necesita más, solo hágamelo saber y con mucho gusto le traeré algunas más.

—Gracias, Tony. Vamos a probarlas.

Tony le estrechó la mano al hombre y sonrió.

—Me parece bien. Hasta la próxima.

Se volteó para irse y dijo por encima de su hombro:

—Estaré esperando el próximo artículo.

El hombre rió y le agradeció, y Tony rápidamente caminó hacia su auto.



Tony llegó al estacionamiento de una vista panorámica y tomó una foto con su teléfono. La vista era asombrosa; las montañas ondulantes y los árboles se fusionaban en una simetría perfecta con las nubes bajas. Parecía una tarjeta postal. Pasaba tanto tiempo viajando del punto A al punto B que rara vez se detenía para apreciar verdaderamente la belleza de la naturaleza. En realidad, rara vez bajaba la velocidad, punto.

El paisaje lo hizo sentirse pequeño, de la manera en que uno se siente cuando se compara con algo enorme como el océano. Tal vez por eso era que los artistas llegaban a lugares como este, a grabarse a sí mismos en comparación con aquello que en realidad no puede captarse en un lienzo o a través de una lente.

El pastor había hablado de que la vida de la gente era como un vapor, hoy está aquí y mañana ya no está. Y aunque Tony todavía era joven, tenía la sensación de que los años pasaban demasiado rápido. Parecía que Danielle había sido una bebé apenas la semana pasada. Ahora tenía diez años. Mañana estaría casándose.

Cuando ellos se casaron, tanto él como Elizabeth habían sido felices, iniciando una trayectoria juntos y desplazándose en la misma dirección. Pero, de alguna manera, la trayectoria los había llevado a un lugar donde ninguno de los dos era feliz y él sentía como que se desplazaban en direcciones opuestas, que se desintegraban. ¿No se suponía que la vida se trataba de felicidad? ¿No era la vida demasiado corta como para discutir todo el tiempo? Estaba claro que estaban en desacuerdo en mucho, no solo en la situación de la hermana de Elizabeth. Ella lo criticaba por cosas muy pequeñas, cosas que no la habían molestado antes pero que ahora parecían demasiado grandes para ella.

Se quedó mirando su teléfono, y después sacó la tarjeta de presentación que le había dado Verónica Drake. Ver a Lindsay en el centro médico le había recordado cuántos peces había en el mar, por así decirlo. Y, aunque él no le sería infiel a su esposa, el solo meter el dedo del pie en el agua sería muy grato, grandioso.

Miró la expansión que tenía enfrente. Había belleza en el mundo y él se la estaba perdiendo. Si no la aprovechaba, su ventana de oportunidad se cerraría. Marcó el número de ella y oyó que sonó, luego respondió un mensaje de voz. «Habla Verónica Drake. Por favor deje un mensaje».

Él le puso una sonrisa en su voz mientras hablaba. «Verónica, habla Tony Jordan. Nos conocimos hace algunos días, después de que me reuní con el señor Barnes. Escuche, la semana entrante iré a la ciudad y me preguntaba si podría recomendarme un par de restaurantes buenos. Le agradeceré que responda a mi llamada a este número. Cuídese».

Tony terminó la llamada e hizo andar al auto, mirando la belleza del panorama. En la distancia, dirigiéndose hacia la cordillera, había oscuras nubes amenazadoras.

La señora Clara



Tan pronto como Clara conoció a Elizabeth Jordan, supo que ella era la persona que Dios le había enviado. Elizabeth era bella, correcta y formal, bien vestida, competente y estaba en control de las cosas. Se veía como si acabara de salir de las páginas de *Revista del éxito*, si existiera algo así.

Pero Clara podía percibir que Elizabeth usaba una máscara. No era algo que la gente pudiera ver en la superficie, sino algo más profundo.

Dios no le hablaba a Clara de la gente que conocía por primera vez. De hecho, la gente que jugaba con la carta de «Dios me dijo» la contrariaba. Ella creía que uno se metía en problemas cuando Dios llegaba a ser su genio personal, que quería que todo en la vida resultara de la manera en que *uno* quería y que hablaba con uno en cada momento del día.

Sin embargo, sí creía que, desde el momento en que Elizabeth puso un pie en su casa, Dios la había llevado allí por alguna razón. Clara no sabía por qué o qué ocurría en su corazón, su familia o su matrimonio. Pero tenía la suficiente fe como para no necesitar saber nada de eso.

Clara agregó el nombre de Elizabeth a una lista en la pared de su clóset y le pidió a Dios que la ayudara a ver qué era lo que más necesitaba Elizabeth.

«Señor, ayúdame a decir lo preciso. No demasiado ni muy poco. Atráela a Ti mismo a través de mí, si esa es Tu voluntad. Y hazme un testigo fiel de Ti porque, Señor, Tú has sido fiel conmigo».

Al final de la oración, Clara le pidió a Dios que la ayudara a vender su casa. Casi se había olvidado de esa parte. Pero había descubierto que eso era lo que Dios hacía en su alma, Él tomaba las cosas que parecían muy grandes y le mostraba lo que en realidad era importante.

«Oh, Señor, Tú sabes que tengo una boca muy grande. Pero Tú puedes usar cualquier cosa que es rendida a Ti».

La vida era mejor en el punto de rendición. Era allí donde veía a Dios hacer Su obra especial. Y era esa rendición lo que Clara esperaba ver en Elizabeth.

Esa noche llamó a Clyde y hablaron del clima, del trabajo de Clyde para la ciudad y de una gran decisión que él tenía que tomar, y de lo que Sarah estaba haciendo. Al final de la conversación ella dijo:

—Entonces, ¿de qué color es la alfombra que pusiste en ese apartamento que hiciste en el garaje?

—¿Alfombra? —dijo Clyde—. ¿Por qué razón querrías saber de qué color...?

—Porque quiero saber si mis cortinas van a hacer juego o no con la combinación de colores.

Clyde hizo una pausa por un momento.

—Mamá, ¿estás diciendo lo que creo que estás diciendo?

—No sé qué es lo que crees que estoy diciendo, pero esta mañana vino una agente de bienes raíces y tengo que firmar unos papeles mañana.

Clyde se rió a carcajadas y llamó a Sarah al teléfono.

—Tienes que decirle a ella lo que acabas de decirme. No va a creerlo si no lo oye de ti.

Fue lo más feliz que Clara había oído a su hijo por mucho tiempo. Y eso la hizo sentir un grato calorcito por todo su cuerpo.

CAPÍTULO 5



Para Elizabeth, entrar a la casa de Clara era, de alguna manera, como llegar a casa. Las dos se sentaron en el comedor mientras Clara esperaba que su café terminara de percolar. El olor del brebaje recién preparado invadía toda la casa. A la anciana sin duda le encantaba su café.

Elizabeth puso una carpeta frente a Clara.

—Hice un reporte de ventas del área y anoté un precio de venta sugerido para la casa.

Empujó la carpeta hasta el otro lado de la mesa.

Clara la tomó, ajustó su cabeza para ver la escritura más claramente y emitió un pequeño murmullo de asentimiento. Elizabeth dejó que leyera y esperó. Era importante no apresurar a la gente que consideraba un contrato, la jerga legal y, especialmente, el precio solicitado. Todo era estándar, pero a la gente mayor, en particular, le costaban más los cambios y la sensación de que alguien estaba tratando de engañarlos.

—Bueno, ¿qué le parece? —dijo Elizabeth después de un rato.

Más ruidos de la garganta de la señora, pero nada de palabras. Al estudiar la página como un cirujano que revisa una herida en el pecho, Clara dijo:

—¿Qué dijo que hace su esposo para ganarse la vida?

La pregunta tomó por sorpresa a Elizabeth. Pensó que la señora preguntaría algo de la casa, lo rápido que pensaba que podían tener una oferta, cómo había llegado a ese precio.

Elizabeth rápidamente recobró la compostura y respondió.

—Bueno, en realidad no hemos hablado de eso, pero es representante de ventas de la Farmacéutica Brightwell.

—Mmm-mmm —dijo Clara, todavía pegada a las páginas—. ¿Y adónde dice usted que asisten a la iglesia?

—Ocasionalmente vamos a Riverdale Community.

—Ajá —dijo Clara con un gruñido positivo, como si le agradara oírlo. Levantó la cabeza—. ¿Entonces diría usted que conoce al Señor?

Elizabeth se sintió confundida. ¿Era una sesión de consejería o estaban tratando de vender la casa de la señora? Pero sonrió y puso buena cara.

—Sí, diría que conozco al Señor. —Cuando Clara no contestó, Elizabeth se inclinó hacia adelante—. ¿Cree que al Señor le parece bien este precio de venta?

Clara ignoró la pregunta y se escuchó como si estuviera tarareando alguna clase de tonada santa para sí misma.

—¿Y tiene hijos?

Elizabeth estaba tanto molesta como entretenida por las preguntas. Había pasado por muchas de estas reuniones, pero era la primera vez que alguien la interrogaba en cuanto a su vida espiritual y personal antes de finalizar el precio de venta.

—Señora Clara, mi esposo Tony y yo hemos estado casados por dieciséis años. Tenemos una hija; se llama Danielle y tiene diez años. Le gusta la música pop, el helado y saltar la cuerda.

La cara de la señora se iluminó con el brillo de la nueva información.

—Vaya, es bueno saber eso —dijo Clara, asintiendo con la cabeza y sonriendo. En lugar de quedar satisfecha con la información y volver al contrato, redobló su enfoque en la vida espiritual de Elizabeth—. Entonces, dice usted que asiste a la iglesia ocasionalmente. ¿Se debe a que su pastor solamente predica ocasionalmente?

Lo que había sido entretenido y un poco lindo, viniendo de una señora mayor, comenzaba a inclinarse hacia lo ofensivo. Elizabeth respiró profundamente y trató de elegir sus palabras cuidadosamente. No quería que el proceso de la venta se echara a perder, pero tenía que trazar una línea en la arena. Tenía que ser clara.

—Señora Clara, en realidad me gustaría ayudarla a vender su casa. Por eso es que estoy aquí. En lo que a mi fe respecta, creo en Dios, así como la mayoría de la gente. Él es muy importante para mí.

La señora inclinó su cabeza y con las manos unidas, hizo un gemido de dolor.

—Mmmm —se levantó de la silla y dijo— Permítame ir por nuestro café. Elizabeth la miró pasar lentamente y se preguntó si ese sería el final de la intensa indagación espiritual.

Desde la cocina, la voz de Clara se elevó para atravesar tres habitaciones.

—Así que, si le preguntara cómo es su vida de oración, ¿diría usted que es fría o caliente?

¿Por qué razón querría saber la señora acerca de la vida de oración de Elizabeth? Clara continuaba pasándose de la línea que Elizabeth había trazado. Pero estaba segura de que Clara no tenía la intención de ofenderla. Ella era amigable y amable. Sin lugar a dudas era más fácil trabajar con ella que con algunos de los demás clientes que eran hiperactivos y que le pedían que recortara su comisión para hacer la venta. En lugar de aplacarla, Elizabeth decidió responder con la verdad. Solamente para seguirle la corriente.

Elizabeth habló en voz alta para que la anciana pudiera oír, aunque no parecía tener problemas de audición.

—No sé si diría que es caliente. Es decir, somos como la mayoría de la gente. Tenemos los calendarios llenos. Trabajamos. Pero me consideraría una persona espiritual. No soy caliente, pero tampoco soy fría. Solamente en alguna parte del medio.

Se sentía orgullosa de la respuesta. Era sincera y franca. Había dejado claro que tomaba en serio la espiritualidad, pero no al punto del fanatismo. Esperaba que eso pusiera la conversación en la dirección correcta.

Clara regresó a la mesa con dos tazas.

—Tengo crema y azúcar si los necesita.

—Ah, no, gracias. Me gusta negro —Elizabeth tomó la taza mientras Clara se sentaba. Dio un sorbo y puso la taza en la mesa otra vez—. Señora Clara, ¿a usted le gusta su café a temperatura ambiente?

La señora tenía la taza en sus manos, frente a ella.

—No, cariño, el mío está caliente.

Sopló en su taza y dio un buen sorbo.

Elizabeth la miró como si estuviera loca, y luego se dio cuenta de lo que había hecho la señora.

Clara se inclinó, acercándose, y miró a Elizabeth directamente a los ojos.
—Elizabeth, la gente toma su café caliente o frío. Pero a nadie le gusta tibio. Ni siquiera al Señor.

Algo circuló por todo el cuerpo de Elizabeth, una mezcla de vergüenza y humildad, supuso. Recordó algo de un versículo que decía que el Señor lo escupe fuera a uno, si uno no es frío ni caliente. Era una buena descripción gráfica, pero todavía un poco desconcertante.

—De acuerdo, señora Clara. Pero ¿por qué siente la necesidad de examinar mi vida personal?

—Porque yo he estado donde usted está. —Dijo las palabras enérgicamente, pero con amabilidad, como si supiera que lo que decía era duro pero bueno—. Y no tiene que pisar los mismos campos minados que pisé yo. Es una pérdida de tiempo.

Elizabeth sintió que el aire escapaba de la habitación. ¿En qué campos minados se había parado Clara? ¿Qué sabía de la vida de Elizabeth?

Clara señaló el papel.

—Y este precio de venta... está muy bien.

Se paró y se dirigió a la cocina otra vez.

—Deje que le traiga una taza de café caliente. —Se carcajeó mientras caminaba—. Actué un poco solapadamente en lo anterior.

Elizabeth sintió algo en su interior parecido a un latigazo cervical. Clara había pasado de su vida personal al tema de la casa sin dar ninguna señal. Con la señora afuera del salón, Elizabeth tuvo tiempo para pensar. Ahora más curiosa que herida, habló.

—¿Y qué campos minados cree usted que yo podría pisar?

—Dígame usted —dijo Clara—. Ahora, si hay algo en su vida que usted pudiera mejorar, ¿qué sería eso?

Que buena pregunta. Como una de esas cosas que el líder de un seminario podría lanzarle a un grupo pequeño para hacerlos hablar, para ir de la superficie a lo profundo y real.

—¿Solamente una? —dijo Elizabeth, sonriendo—. Probablemente tendría que decir mi matrimonio. Si hay algo que hacemos bien, es pelear.

Clara regresó al salón, dejó la taza de café caliente en la mesa y se sentó.

—No, no lo creo.

—¿Perdón?

—Solo porque discuten mucho no quiere decir que peleen bien. Todas las parejas tienen un poco de fricción de vez en cuando, pero apuesto a que usted nunca siente que ha ganado después de haber tenido una discusión con su esposo.

Clara tenía toda la razón. No importaba lo segura que Elizabeth estuviera en cuanto a algún asunto que surgiera, no importaba cuántos comentarios cáusticos hiciera a expensas de Tony, aunque sintiera que tenía la razón en un cien por ciento y que él estaba equivocado en un cien por ciento, nunca se sentía bien después de una discusión. Siempre tenía una sensación de pérdida después de una confrontación. Se recostó en la silla y pensó en la discusión acerca de Cynthia y el dinero que ella había trasladado a la cuenta de cheques.

—¿Puedo preguntarle cuánto ora por su esposo? —dijo Clara.

¿Orar por Tony? Ella miró nerviosamente a la señora. En ese momento se sintió desprevenida y expuesta, como si toda su vida estuviera expuesta bajo el microscopio Clara Williams.

—Pues, muy poco —dijo Elizabeth finalmente.

Clara la miró tiernamente, con sus ojos llenos de algo cercano a la empatía. Colocó una mano sobre la mano de Elizabeth y se inclinó hacia delante.

—Elizabeth, creo que es hora de que le enseñe mi lugar favorito de esta casa.

Elizabeth la siguió por la escalera hasta la habitación de arriba. Clara tuvo que columpiar sus brazos para darse impulso cuando llegaba al descanso, y su respiración se puso un poco trabajosa. La habitación era pequeña, con una cama individual bien tendida y la foto de un joven en la mesa de noche. Los pasos de la señora Clara hacían que la madera se pandeara. Entró a la habitación, abrió la pequeña puerta del clóset y encendió la luz de arriba. Elizabeth dio un vistazo dentro de lo que parecía ser un clóset vacío, excepto

por la pequeña silla que había en la esquina. No había ropa ni artículos guardados en la parte de arriba, ningún planchador ni paraguas. Solamente un cojín, la silla, una Biblia y notas pegadas en las paredes.

—Ahora bien, aquí es donde yo peleo mis batallas.

—Un clóset —dijo Elizabeth.

—Lo llamo mi cuarto de guerra.

Elizabeth entró y sintió una sensación de paz como una brisa sobre ella. Miró los pedazos de papel que estaban pegados en la pared, con nombres y frases escritos con buena letra. Algunas páginas con versículos bíblicos en ellas. Otros tenían fotos en tarjetas de notas. Algunas de las notas parecían haber estado allí durante años.

—¿Entonces usted escribió oraciones para cada área de su vida?

—Una estrategia de oración. Sí. Yo solía hacer lo que usted y su esposo hacen, pero no me llevó a ninguna parte. Luego comencé a estudiar verdaderamente lo que dicen las Escrituras, y Dios me hizo ver que no era mi trabajo llevar las cargas pesadas. No. Eso era algo que solo Él podía hacer. Era mi trabajo buscarlo a Él, confiar en Él y pararme firme en Su Palabra.

Era como pararse en algún lugar santo, en una especie de santuario, y correr la cortina que separaba lo rutinario de lo santo.

Elizabeth salió del clóset con los brazos cruzados, y se volteó.

—Señora Clara, nunca he visto algo como esto. Y lo admiro, de verdad. Es que yo no tengo tiempo para orar tanto todos los días.

—Pero aparentemente tiene tiempo para pelear batallas perdidas con su esposo.

La señora podía ser inmisericorde. Pero tenía razón. Ellos desperdiciaban su relación con palabras de enojo que llevaban a la amargura y el distanciamiento. Elizabeth bajó la mirada sin saber cómo responder, cómo llegar al meollo del asunto con la perspectiva de esta anciana.

Clara volvió a hablar, su voz llena de pasión.

—Elizabeth, si me da una hora a la semana, puedo enseñarle a pelear de la manera correcta, con las armas adecuadas.

Elizabeth no respondió. Solo se quedó parada allí, pensando, mirando a Clara. Luego comenzó a bajar las escaleras, agarrándose del pasamanos para afianzarse. Tomó su bolso y los documentos y salió por la puerta del frente agradeciéndole a Clara el café.

En el porche, se volteó.

—Ya que le parece bien el precio de venta, seguiré adelante y pondré la casa en la lista —dijo Elizabeth—. Me gustaría pensar en nuestra otra discusión.

El rostro de la anciana exhibía preocupación.

—Elizabeth, por favor, perdóneme por ser tan directa. Veo en usted una guerrera que necesita ser despertada. Pero respetaré cualquier decisión que tome.

—Gracias, señora Clara. Espero que tenga un buen día.

—Usted también.

Elizabeth entró a su auto y se fue. Pero no pudo evitar mirar hacia atrás a la señora en su porche, con la bandera ondeando encima de ella. Parecía alguna clase de soldado en servicio, velando los muros del fuerte. Elizabeth no se podía sacudir la imagen de su cuarto de guerra, como ella lo había llamado. Y el hecho de que había visto su propio nombre en una de las notas pegadas en la pared.

Elizabeth se fue a la oficina e hizo unas cuantas llamadas, luego tuvo que mostrar una casa al otro lado de la ciudad. Para cuando llegó a casa estaba exhausta, y no solo físicamente. El tiempo en la casa de Clara le había quitado algo. Se sentó a los pies de la cama, sin poder cambiarse de ropa y ponerse algo más cómodo, inmersa en sus pensamientos. Su celular sonó y ella revisó el mensaje. Era la mamá de Jennifer para confirmar si Elizabeth estaba en casa. Le respondió con un texto:

Estoy aquí.

Elizabeth se frotó el pie y miró fijamente la pared; una especie de parálisis emocional y espiritual comenzó a activarse. Era curioso cómo unas cuantas palabras de una anciana podían hacer tanta presión en el corazón

de una persona, en su alma. Miró su Biblia en el estante, una Biblia de estudio que rara vez había sido estudiada. Había mucha información allí, tanto contenido que estaba sin ser atendido.

Oyó que la puerta del frente se abría y Danielle y Jennifer entraron. La mamá de Jennifer había prometido traerlas para que pudieran practicar saltar la cuerda.

—Si ellas hacen esa escena acrobática en la competencia, van a ganar —dijo Danielle.

—Oye, ¿por qué no le pides a tu papá que nos ayude a conseguir uniformes?

—Él no está aquí. De todas formas, a él no le intere-saría.

—¿Puedes pedírselo a tu mamá? Mi mamá ya dio parte del dinero.

—Ella no está aquí. Está afuera vendiendo casas. Vamos, podemos ir a mi habitación.

Elizabeth fue a saludarlas, pero las dos ya estaban arriba en alguna otra conversación.

—Entonces le dije a mi papá que podía saltar con nosotras, y él comenzó a reírse —dijo Jennifer—. Dijo que lo haría solo si Mamá lo hace con él, lo cual, por supuesto, ella nunca haría.

Elizabeth siguió hacia las escaleras, atraída por la inocencia en sus voces.

—Entonces ellos como que comenzaron a hablar de hacer la peor rutina de todos los tiempos —siguió Jennifer—, como que en una manera divertida, y ella empezó a reírse tan fuerte que su cara se puso roja, y después simplemente comenzó a hacer un chirrido, porque no podía respirar... ¡Fue divertidísimo!

Las dos niñas se rieron. Cuando Elizabeth llegó a la puerta de Danielle, se detuvo. Su hija estaba acostada boca abajo abrazando a un panda de peluche. Jennifer estaba sentada en la cama, a su lado.

—Quisiera vivir en tu casa —dijo Danielle—. Siempre que mis papás estén juntos, solamente pelean.

Las palabras fueron una punzada. No, fueron una puñalada en el corazón. El dolor fue inmediato, y Elizabeth quería agredir a Danielle por decir algo así. Por exponer a su familia de esa manera. Y entonces se dio cuenta de que

su hija solamente decía la verdad. Compartía con una amiga sentimientos que no podía compartir con sus propios padres.

Elizabeth quería retirarse y bajar las escaleras, pero Danielle la vio y Jennifer miró también. Hubo un momento incómodo de silencio, y luego, como lo haría cualquier buena madre, Elizabeth lo llenó cambiando de tema.

—Jennifer, ¿cómo está tu familia?

La cara de la niña se sonrojó.

—Bien.

¿Qué se suponía que debía decir? ¿«*Todos somos felices, nos reímos y tenemos unas relaciones muy buenas comparados con usted, señora Jordan*»?

—¿Te gustaría quedarte a cenar? Eres bienvenida a comer con nosotros.

—Está bien —dijo Jennifer tentativamente. Las dos se veían como si las hubieran atrapado saltando sobre sábanas de satén con zapatos enlodados.

—Está bien, voy a cambiarme —dijo Elizabeth—. Las llamaré para que bajen en unos minutos.

Ella hizo sándwiches y sirvió un poco de ensalada de papas en sus platos. Las niñas llegaron más calladas de lo normal. Hubo mucho ruido de cubiertos y suspiros en la mesa. Las niñas no hablaron y Elizabeth no vio la necesidad de hablar por hablar. Se podía untar la incomodidad en un pedazo de pan y todavía tener sobras para el desayuno del día siguiente.

Elizabeth no podía sacarse de la cabeza la voz de Clara. Y la revelación de cómo Danielle se sentía en cuanto a su familia solo le presionaba más fuerte el corazón.

Después de que la madre de Jennifer la recogiera y de que Danielle se preparara para la cama, Elizabeth entró a la habitación de su hija y se sentó en la cama, y lentamente hizo la pregunta que temía hacer.

—Danielle, tú sabes que te amamos, ¿verdad?

La respuesta fue poco confortante. Solo asintió con la cabeza en silencio.

—Eso no fue muy convincente.

—Pues creo que tú me amas un poquito.

—¿Un poquito? —dijo Elizabeth—. Danielle, tú eres mi hija. Eres lo más importante del mundo para mí. Tienes que creer eso.

Danielle la miró fijamente y le hizo una pregunta a su vez.

—¿Cuál es el nombre de mi equipo?

Las preguntas de Clara habían sido suficientes para un día. Ahora aquí había otra que embargó su corazón porque no estaba segura de la respuesta.

—Mmm... Las Dinamitas.

—Ese fue el año pasado —dijo Danielle. Su voz comenzó a ahogarse de emoción mientras continuaba—. ¿Cuáles son nuestros colores?

Elizabeth pensó por un momento, tratando de recordar algo que no sabía, que no había observado. Se sentía como un animal atrapado por cuerdas de salto.

—¿Qué truco de salto acabo de aprender? ¿Quién es mi nueva entrenadora?

El aturdimiento se tornó en vergüenza cuando se llenaron de lágrimas los ojos de Danielle, quien luego inhaló e hizo un puchero.

—¿Qué premio gané la semana pasada en mi equipo?

Elizabeth miraba ahora a través de ojos borrosos, atónita.

—¿Ganaste un premio la semana pasada? —Con una mano tomó el mentón de su hija—. Danielle, lo siento, lo siento mucho. —Luego extendió sus dos manos—. Lo siento mucho.

Danielle se inclinó hacia adelante y Elizabeth la abrazó y le frotó la espalda, disculpándose una y otra vez. De alguna manera, su emoción la ayudó a tranquilizar a su hija.

Después pensó en lo que había pasado en ese momento vulnerable para las dos. Ella había visto las lágrimas de su hija y no las había pasado por alto ni había tratado de excusarse. Simplemente había entrado al mundo de Danielle y había validado sus sentimientos, en lugar de hacerlos a un lado. ¿No era eso lo que buscaba ella en Tony? Ella quería que él cambiara, que los dos se desplazaran a la misma página en la vida, pero el primer paso era *ver*. El primer paso era ver la situación por lo que era, no por lo que ella quería que fuera.

Mientras terminaba de arreglar la casa, el teléfono sonó y ella vio la identificación de quien llamaba. Era Tony. Ella respiró profundamente e inmediatamente pensó en el clóset de Clara. «Ay, Señor, ayúdame a no

atacarlo».

Él preguntó cómo estaba y Elizabeth no pudo contener la emoción de lo que se había enterado, de cómo no estaba tan conectada con Danielle como quería estarlo.

—¿Tú crees que solo porque no sé el color de sus uniformes soy un mal padre?

Elizabeth se paró en el patio de atrás y cerró la puerta.

—Tony, yo no sabía el color de su uniforme. Esto no se trata de ti.

—Estoy aquí, esforzándome al máximo, tratando de suplir nuestras necesidades, Elizabeth.

—Yo lo sé, y aprecio que proveas...

—No necesito que me destroces cada vez que me reporto.

—No estoy tratando de destrozarte.

—Sí lo estás haciendo. ¿Por qué me cuentas eso de Danielle? ¿Es porque crees que yo tengo que mejorar, ¿verdad? Tengo que hacer las cosas precisamente como tú las haces.

—No, ¿acaso no puedes verlo? Yo también he pasado por alto a Danielle. No le he demostrado el amor que quería mostrarle.

Ella le contó acerca de la conversación que había oído entre Danielle y Jennifer.

—Así que sí crees que trato de hacerte sentir culpable, eso demuestra lo alejados que estamos.

—Exacto. Entonces lo que dices es que si Danielle me importara más, y si tu hermana me importara más...

—Esto no tiene que ver con Cynthia; no conviertas esto en eso. Escúchame. Tu hija se siente desplazada a un rincón de nuestras vidas. Necesita nuestra atención. Necesita saber que es amada.

—Siempre regresas a que yo soy un mal padre, ¿verdad? No necesito esto.

—Yo no digo que eres un mal padre. Esta es una llamada de atención para los dos.

Silencio al otro lado de la línea.

—¿Tony?

Elizabeth miró el teléfono y vio una pantalla en blanco, titilando. Él había colgado. Ella quería golpear algo. Quería lanzar el teléfono hasta Charlotte. Quería que se acabara el dolor, y al volver adentro, cerró la puerta de un golpe.

Era irremediable. Su matrimonio era irremediable. Tony era irremediable. Y ella no tenía el poder de cambiar nada.



Tony colgó el teléfono y maldijo. No necesitaba un drama constante. Cada conversación lo arrastraba hacia abajo. Cada día se acumulaba más culpa en él como los desperdicios en un contenedor de basura. Había un límite para lo que un hombre podía soportar. Solamente podía acumularse culpa hasta cierto punto, antes de que algo colapsara. Se fue al bar del hotel, pidió algo de tomar y miró un partido. Quería suficiente alcohol como para tranquilizarse y para que lo ayudara a dormirse. Solamente lo suficiente para tranquilizar las voces en su cabeza. No era adicto a nada. No había permitido que llegara tan lejos.

Pensó en Danielle. Esa niña tenía verdadero talento, verdadero atletismo. Si alguien tenía razón para quejarse, era él. Elizabeth debía haber insistido que siguiera en el baloncesto. Danielle estaba cómoda en el manejo del balón y veía la cancha igual que él. La niña podía conseguir una beca cuando se graduara, sin duda alguna. ¿Había alguna universidad en el país que le diera a uno una beca completa por saltar la cuerda?

Meneó la cabeza. Elizabeth no pensaba de manera práctica ni lógica. Ella quería que Danielle se sintiera apoyada. Quería que fuera emocionalmente saludable. Pues bien, cuando uno llegaba al mundo real, recibía apoyo cuando hacía un buen trabajo. El dinero y los bonos llegaban cuando uno conseguía un trato, no cuando uno se *sentía bien*. Él debía haber sido firme. Debería haber obligado a Danielle a seguir en el baloncesto.

Mientras más pensaba, más se enfadaba, por lo que pidió otra bebida. Sacó su teléfono y presionó el botón de remarcado, luego lo pensó bien. Sabía qué ocurriría. Elizabeth le gritaría. Él le gritaría a ella. Y el drama se

intensificaría.

Ya no quería más drama. Había trabajado duro para que el drama *no* enredara su vida. Así que apagó el teléfono y volcó su atención al partido.

La señora Clara



Clara vio a Elizabeth irse y oró pidiendo no haber sido demasiado agresiva. El rostro de Elizabeth lo decía todo. La máscara todavía estaba allí, firmemente en su lugar, pero había rajaduras y fisuras que se dejaban ver. Clara le pidió a Dios que simplemente usara su conversación y el café tibio para derretir el corazón de la joven.

Clara creía con todo su corazón que Dios hacía que todas las cosas cooperaran para el bien de quienes lo aman y son llamados según el propósito que Él tiene para ellos. Pero no creía que todo lo que sucedía era bueno. El mundo estaba caído y había pecado en cada corazón. Pero la gracia de Dios era mayor.

La otra verdad que ella creía, por la experiencia de toda una vida, era que para que ocurriera un cambio real en lo profundo del alma, Dios tendía a hacer que la gente fuera desdichada en lugar de feliz. Él los llevaba al final de sí mismos y les demostraba lo impotentes que eran para demostrarles lo poderoso que era Él. Los hijos de Israel no abrieron el mar Rojo. Ellos no derribaron los muros de Jericó. Fue solamente cuando estuvieron al final de su cuerda y tuvieron que depender de alguien más grande que vieron a Dios obrar poderosamente. Sucedió lo mismo con cada uno de los seguidores de Jesús.

Quería pedir que Dios restaurara el matrimonio de Elizabeth, que le diera un vuelco al corazón de su esposo y que todo se arreglara de un día al otro. Era más fácil orar por la sanidad inmediata que por un trasplante, porque un trasplante requiere tiempo y alguien más tiene que morir. Pero mientras más hablaba Clara con Dios acerca de la situación, más entendía que la vida de Elizabeth probablemente iba a empeorar antes de mejorar. Y el asunto no era solo el esposo de Elizabeth. Era la misma Elizabeth.

No era una oración fácil pedirle a Dios que quebrantara el corazón de alguien, pedirle a Dios que llevara a la gente que a uno le importaba al final de sí misma. Pero antes de orar, Clara le agradeció a Dios porque Él era lo suficientemente grande como para hacer todo eso, y lo suficientemente grande como para ocasionar alabanza para Sí mismo en el proceso. Estaba segura de que Él iba a hacerlo todo de alguna manera, aunque no estaba segura de cómo lo haría.

Mientras oraba, le salieron las lágrimas: lágrimas por una hija con padres que pasaban más tiempo peleando que amando. Lágrimas por Elizabeth, que quería amar a la familia que Dios le había dado. Lágrimas por el esposo que parecía haber perdido su rumbo.

Clara terminó su oración agradeciéndole a Dios por Su poder para lograr cambios y por Su poder para dar esperanza.

«Hay esperanza para todos, Señor, no importa cuán lejos se hayan desviado. Yo lo sé mejor que nadie».

CAPÍTULO 6



Parada frente a la casa de Clara, Elizabeth llamó a la puerta y revisó su rostro en uno de los cristales de la puerta. Oyó pasos lentos en la pieza del frente, luego la puerta se abrió y Clara estaba allí sonriendo, con sus ojos demostrando más de lo que se podía decir en palabras.

—Pues, buenos días —dijo.

La señora abrazó a Elizabeth cuando entró, y Elizabeth sintió que la calidez la inundaba. Clara sirvió una taza de café para cada una. Cómo le encantaba ese café.

—Hoy tomaré el mío un poco más caliente —dijo Elizabeth.

Clara se rió.

—Sabe por qué hice eso ayer, ¿verdad?

—Capté la referencia bíblica. Y la busqué antes de acostarme anoche. Libro de Apocalipsis, ¿verdad?

Clara asintió con la cabeza.

—He ido a la iglesia más seguido de lo que cree.

Clara se sentó y miró a Elizabeth a los ojos.

—¿Quiere hablar de la casa primero o de lo que hay realmente en su corazón?

Elizabeth sintió un dolor profundo en su interior, sentada allí con esa anciana.

—Estoy batallando para ser una profesional con usted como mi cliente. No quiero ser una carga para usted con mi vida personal, pero...

—Pero su corazón se está desmoronando y no sabe a quién acudir. Adelante. Clara puede lidiar con un poco de conversación no profesional.

La anciana sonrió y le dio unas palmaditas en la mano.

—Pues, se trata de Tony —dijo Elizabeth, y empezó una diatriba acerca de cómo él había actuado, de las cosas que había dicho y de cómo no era el padre que debía ser para Danielle.

—Puedo verlo en el rostro de Danielle cuando él llega a casa y está en su teléfono o viendo televisión. Ella está hambrienta de su atención y su corazón simplemente se rompe, y yo estaba tan ajena a eso. Tony, él está *completamente* ajeno a eso. A ese hombre se le acaba el tiempo, señora Clara. Está en su propio mundo, siendo un vendedor destacado en alguna parte, mientras su hija se está volviendo más insensible hacia él cada día. No demuestra interés por nadie más que por él mismo. Y le diré algo más. No tengo prueba de esto, pero si no lo está recibiendo de mí, tiene que estarlo recibiendo de alguien más. Hace todos estos comentarios insinuantes a otras jóvenes que simplemente...

Clara levantó una mano y detuvo a Elizabeth en medio de una frase.

—Elizabeth, solo para que yo lo sepa. ¿Cuánto más de la hora que tenemos juntas va a pasar quejándose de su esposo, y cuánto vamos a pasar en lo que Dios puede hacer al respecto?

Elizabeth sintió que el rostro le ardía.

—Lo siento, señora Clara. Es que mientras más pienso en esto, más me angustio.

—Sus pensamientos en cuanto a su esposo son casi totalmente negativos, ¿verdad?

Elizabeth asimiló la pregunta y se dio cuenta de que Clara tenía razón. Pero había una razón por la que ella era negativa. Tony sí se comportaba de esa manera con ella y con Danielle.

—Se comporta como un enemigo conmigo —dijo ella.

Clara se inclinó hacia delante.

—Lo ve, usted está peleando con el enemigo equivocado. Su esposo sin duda tiene problemas, pero no es su enemigo.

Elizabeth examinó los ojos de la mujer en busca de una pista, de alguna noción de lo que decía.

—Cuando yo peleaba con mi esposo —continuó Clara—, peleaba contra mi propio matrimonio y mi familia. Traté por años de corregir a Leo, pero no pude hacerlo.

—Pues, yo no he llegado a ninguna parte con Tony.

—¡Porque no es su trabajo! ¿Quién dijo que era su responsabilidad corregir a Tony? Su trabajo es amarlo, respetarlo y orar por el hombre. Dios sabe que él lo necesita. —Elevó el tono de su voz a un falsete—. Y a los hombres no les gusta cuando su mujer siempre trata de corregirlos.

Elizabeth consideró ese pensamiento. Si ese no era su trabajo, ¿quién iba a hacer la corrección? Ciertamente alguien tenía que intervenir...

—Elizabeth, usted tiene que suplicarle a Dios que Él haga lo que solamente Él puede hacer, y entonces usted tiene que quitarse del camino y *dejar que Él lo haga*.

La mente de Elizabeth dio vueltas. Era una sensación de impotencia no tratar de cambiar a Tony. Ella lo había hecho por años y los problemas solamente habían empeorado. Ahora podía darse cuenta de que estaba siendo atraída a respuestas que salían de una vida que el tiempo y las circunstancias habían puesto a prueba. Sentía que la emoción la embargaba y dijo las palabras ahogándose:

—Ni siquiera sé por dónde empezar.

Clara le dio un diario forrado de cuero.

—Encontraré aquí algunos de mis pasajes favoritos. Fueron mi plan de batalla para orar por mi familia. Usted puede empezar con eso.

Elizabeth abrió el diario al principio y vio páginas llenas de escritos.

—Verá que escribí algunos versículos y que los personalicé al insertar nombres en distintos lugares. Derramé mi corazón en esas páginas. Consiga su propio diario y busque su propio cuarto de guerra.

Elizabeth presionó el diario contra su pecho.

—La casa... Tengo que poner el rótulo en el jardín y... tantos detalles.

Clara se inclinó hacia delante.

—Esta casa se va a vender en el tiempo de Dios. Él está preparando a la persona apropiada para que venga. Lo creo con todo mi corazón. Pero esto es más importante, Elizabeth. Enfóquese en la batalla que tiene por delante. Y

yo estaré justo aquí con usted.

Cuando Elizabeth llegó a casa, se fue a su habitación, pasó por el área del lavamanos y abrió la puerta de su clóset. El espacio sin duda sería aislado, pero era demasiado pequeño y claustrofóbico. Ella tenía mucha ropa, muchos zapatos. Renunció a la idea y se sentó en su escritorio para leer algunos de los versículos que Clara había escrito. No estaba segura de la traducción que la señora había usado, pero le parecía que las palabras saltaban de la página hacia ella. Rápidamente abrió su propio diario y comenzó a copiar como un escriba.

Si confesamos nuestros pecados a Dios, Él es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad.

—1 JUAN 1:9

El SEÑOR está cerca de todos los que lo invocan, sí, de todos los que lo invocan de verdad.

—SALMO 145:18

Estén siempre alegres. Nunca dejen de orar. Sean agradecidos en toda circunstancia, pues esta es la voluntad de Dios para ustedes, los que pertenecen a Cristo Jesús.

—1 TESALONICENSES 5:16-18

A medida que leía, podía oír la voz de Clara en su cabeza, la manera en que decía «Dios» tan reverentemente y con un sentido de asombro. Habría hecho énfasis en las palabras *limpiarnos*, *siempre* y *nunca dejen*.

Elizabeth llegó a Jeremías 33:3, que casi la dejó sin aliento.

Pídeme y te daré a conocer secretos sorprendentes que no conoces acerca de lo que está por venir.

Eso era exactamente lo que Elizabeth quería. Quería saber más sobre Dios, como Clara. Quería experimentarlo a Él, hablar con Él y que Dios le hablara. Su mayor preocupación era Tony, por supuesto, esa era la petición número uno, pero percibía que ocurría más dentro de ella que solo querer que Tony mejorara. Dios la estaba atrayendo a ella; ahora estaba claro para ella.

Cuando llegó a Mateo 6:6, le pareció que todo se integró.

Pero tú, cuando ores, apártate a solas, cierra la puerta detrás de ti y ora a tu Padre en privado. Entonces, tu Padre, quien todo lo ve, te recompensará.

Elizabeth volvió a mirar su clóset. Había algo en cuanto a ese lugar sagrado que Clara tenía, un lugar donde ella estaba sola, donde podía cerrar la puerta y silenciar al resto del mundo. Y las paredes. Podía poner recordatorios allí. Claro que Dios la oiría en cualquier lugar que orara, pero si en realidad se comprometía con un espacio como ese, si se preocupaba de desocuparlo y de ponerse de rodillas, tal vez Dios vería eso y recompensaría a un corazón dispuesto.

Se levantó del escritorio y caminó hacia el clóset e hizo a un lado los colgadores con la ropa. Se volteó hacia la pared del otro lado y pegó su lista allí, luego se arrodilló y lo miró. Había zapatos en cajas apiladas frente a ella, por lo que cerró los ojos y comenzó.

«Querido Señor, no sé cómo hacer esto. Es decir, sé que Tú quieres que ore. Tú quieres que pase tiempo contigo. Y yo voy a presentarte mis peticiones ahora».

Ya le dolían sus rodillas. Se sentó y cruzó las piernas frente a ella.

«Señor, Tú sabes que Tony no es el hombre que yo quiero que sea. No es el hombre que Tú quieres que sea. Por eso lo pongo justo al principio aquí».

Le comenzaron a doler las piernas. Tal vez si encontraba algo en qué sentarse. Alcanzó una caja maciza para almacenamiento, y se sentó en la tapa. Cerró sus ojos y continuó.

«Tú sabes, oh Dios, que él está enojado y no nos pone mucha atención a Danielle ni a mí. Ha lastimado mucho su pequeño corazón».

Se hizo para atrás y casi se golpeó la cabeza con el tocador empotrado que estaba detrás de ella, por lo que se inclinó hacia delante y cruzó las piernas. Volvió a mirar la lista de oración. ¿Por dónde iba? Todavía por Tony.

Tal vez si llevaba la silla blanca con brazos sería más fácil. Sí, eso ayudaría. Algo que tuviera un respaldo fuerte. Guardó la caja y buscó la silla y la puso junto a la lista de oración y se sentó.

No estaba segura de si tenía que comenzar otra vez o no. ¿Quería Dios que simplemente se lanzara a la acción, o que fuera aumentando la energía? Clara había dicho algo de comenzar alabando a Dios en lugar de solo recitar una lista.

«Señor, gracias por esta silla. Y por la casa que has provisto para nosotros. Gracias por mi hija y por lo que me has enseñado a través de ella. —Hizo una pausa por un momento—. Gracias porque nos uniste a Tony y a mí, Señor. No creo que haya pensado en eso por algún tiempo. Creo que Tú sí nos uniste hace todos esos años».

El simple pensamiento de agradecerle a Dios por Tony le parecía extraño, pero ahí estaba. Le salió como un elogio que ella no había tenido la intención de hacer por alguien que no lo merecía. Tal vez pasar tiempo con Dios de esta manera ayudaría verdaderamente. Comenzó a tener un poco de esperanza, pero entonces empezó a sentir su parte trasera adormecida por el asiento duro, por lo que regresó la silla blanca y encontró una silla puf en el clóset de Danielle que ella ya no usaba, la lanzó al piso de su clóset y se hundió entre las bolitas.

«Señor, gracias por Jesús, por la salvación, por el hecho de que puedo tener perdón por su sacrificio por mí...»

Miró los zapatos que tenía enfrente. Allí estaba el par que había buscado para hacer juego con ese vestido negro. Levantó un zapato y lo examinó. Los zapatos tenían tantas historias. Recordó la tienda donde había visto este. Ella y su amiga Missy habían estado de compras ese día y se habían topado con

esta bonita boutique. Estos zapatos le habían llamado la atención a Elizabeth: simplemente susurraron su nombre hasta que pasó por el pasillo, los encontró y se los probó.

Se acercó el zapato e inhaló levemente. Qué olor tan desagradable. En realidad tenía que hacer algo con el olor de sus pies. Tal vez si buscaba en Internet podría encontrar alguna clase de remedio natural como frotar cáscaras de naranja en todo. Había oído de un remedio que también se usaba después de que un zorrillo hubiera rociado a un perro, algo acerca de la salsa de tomate y...

Elizabeth volvió a mirar la lista de oración. ¿Adónde se había ido su mente? ¿Por qué era tan difícil permanecer en la tarea que la ocupaba? Debería poner sus pies allí en la lista, pero sanarlos parecía tan improbable como sanar su relación con Tony.

Estaba sorprendida de lo fácilmente que podía distraerse al orar. Tan pronto como comenzaba su conversación con Dios, algo más se entremetía. Pensó en todas las cosas que quedaban por hacer en la casa y las cosas del trabajo. Las facturas que tenía que pagar, la lista de abarrotes a la que tenía que agregarle cosas. Cuando logró hacer a un lado esos pensamientos, le dio hambre y no había manera de que hiciera eso a un lado. Se fue sigilosamente a la cocina y oyó cómo Danielle y Jennifer practicaban saltar la cuerda en el jardín del frente y entonces se retiró con su refrigerio.

La puerta del frente se abrió. Oyó hablar a Danielle y a Jennifer en la cocina.

Uno de los inconvenientes de este clóset en particular era que podía oír casi todo lo que pasaba en la casa. ¿Tal vez si agregaba un poco de música? No, no iba a seguir ese camino. Clara no necesitaba música para orar. ¿Necesitaba ella una banda sonora para acercarse a Dios?

—Mis padres dijeron que puedes quedarte esta noche, si tu mamá está de acuerdo. También podemos meternos a la piscina.

—Déjame ir a preguntarle —dijo Danielle.

Elizabeth sintió que se le tensaba el estómago. Había esperado mantener su cuarto de guerra un secreto, pero solo unos minutos después de haber terminado de establecerlo, unos pasos suaves entraron a la habitación.

—¿Mamá?

Elizabeth cerró los ojos y habló como si estar en su clóset fuera algo natural.

—Estoy aquí adentro, Danielle.

La puerta se abrió lentamente y allí estaba Danielle, mirándola a ella y la casi vacía botella de gaseosa y la bolsa abierta de nachos. El rostro de Danielle lo decía todo.

—Mamá, ¿estás bien? —dijo finalmente su hija.

—Sí. ¿Qué necesitas? —Masticó otro nacho, reclinándose en la silla puf.

—¿Por qué estás comiendo nachos en el clóset?

El nacho se le quedó trabado en alguna parte de su garganta y Elizabeth tragó fuertemente.

—Solo estoy pasando tiempo a solas, ¿de acuerdo?

La mirada en el rostro de la niña no tenía precio, pero Elizabeth mantuvo la apariencia de que eso era perfectamente normal.

—De acuerdo —dijo Danielle, con tono de inseguridad—. Jennifer quería saber si puedo pasar la noche con ella. Ya hice mis tareas y a sus padres les parece bien.

Esa última parte salió un poco chillona, pero Elizabeth decidió pasarlo por alto.

—Está bien, pero te quiero en casa a la hora del almuerzo mañana.

—Sí, señora.

Elizabeth masticó otro nacho y habló con la boca llena cuando Danielle se dio vuelta para salir.

—Y, Danielle, no le digas a nadie que yo estaba comiendo nachos en el clóset.

Su hija asintió con la cabeza y después dijo por encima de su hombro:

—No le digas a nadie que mi mamá estaba comiendo nachos en el clóset, ¿de acuerdo?

Elizabeth se enderezó, mortificada.

—¿Con quién hablas?

—Con Jennifer —dijo ella, impávida.

Elizabeth suspiró.

—¿Jennifer?

Ahora Jennifer estaba parada junto a Danielle, con los brazos cruzados frente a ella y con una mirada tímida en su rostro.

—¿Sí, señora?

Elizabeth puso la bolsa de nachos a su lado, en el suelo. No había tenido idea de que la niña estaba allí, escuchando.

—Te pido que no le digas a nadie que yo estaba comiendo nachos en mi clóset.

Jennifer asintió con la cabeza.

—Está bien.

—Gracias.

Las dos se quedaron paradas mirándola. Entonces Jennifer mostró una mirada de curiosidad en su rostro.

—¿Qué es ese olor?

—Deben ser mis zapatos, Jennifer —dijo Elizabeth rápida y firmemente—. Y si amablemente cierran la puerta, chicas, no tendrán que olerlos más.

Danielle cerró la puerta lentamente, las bisagras chirriando. Esa era otra cosa que Elizabeth tenía que hacer: echarle aceite a esas bisagras.

Elizabeth oyó a Jennifer que susurraba mientras se iban.

—¿Es que ella no tiene permiso para comer nachos?

—Yo me puedo comer todos los nachos que quiera —dijo Elizabeth en voz alta—. ¡Esta es mi casa!

Suspiró y examinó su lista. La oración era mucho más difícil de lo que pensaba. Y era un trabajo de tiempo completo aferrarse al orgullo cuando uno consume una bolsa de nachos en su cuarto de guerra.



Tony caminó por el vestíbulo de las oficinas corporativas de Brightwell en Charlotte. Era un complejo elegante con los mejores muebles, los trabajadores mejor vestidos y un futuro brillante. Divisó una oficina en la

esquina y sonrió. Si las cosas seguían de la misma manera, él haría de ese lugar su hogar algún día, con un espacio en el estacionamiento de enfrente también.

La secretaria de Coleman Young, Julia, lo recibió y lo acompañó a la oficina. Ella era una mujer mayor, con el cabello canoso y lentes oscuros que enmarcaban un rostro amable. Parecía que siempre tenía una sonrisa. Amable, pero competente y celosa para el bienestar de su jefe.

—Coleman lo espera y Tom también está allí —dijo ella.

—Gracias por el aviso —dijo él.

Ella sonrió.

—De nada.

Tony especulaba que Coleman se acercaba a los cincuenta años, con su cabello entrecano ralo, y una barba bien recortada. La sala de estar de su oficina tenía una vista a la ciudad, algo que uno esperaba para el presidente de una compañía tan exitosa. Tony se cerró el botón de arriba cuando Coleman se puso de pie para saludarlo. Tom Bennett, uno de la larga línea de vicepresidentes de Brightwell, fue más lento para ponerse de pie.

—¡Tony! ¿Cómo está mi representante favorito? —dijo Coleman con una sonrisa.

—Estoy muy bien. ¿Cómo está usted? —dijo Tony y le estrechó la mano firmemente.

Al hombre le brillaban los ojos.

—Me enteré de que conseguimos la cuenta Holcomb.

Se sentía bien oír a su jefe decir las palabras. Ver su rostro iluminado era lo mejor de todo.

—Sí, la conseguimos.

—¡Eso es fantástico! Lo lograste otra vez.

—Lo aprecio, muchas gracias.

—Hasta Tom quedó impresionado, y usted sabe que eso es algo difícil de lograr.

Tony no había interactuado mucho con Tom Bennett. El semblante del hombre era menos que cordial y un poco desconfiado. Era delgado y enjuto y siempre parecía un poco irritable. ¿Tenía prejuicios o solo era introvertido?

Cómo saberlo. Francamente, a Tony no le importaba. Solo intentaba mantenerse alejado de Tom tanto como pudiera y seguir vendiendo, seguir ascendiendo la escalera de Brightwell.

Tom le estrechó la mano y dijo:

—Buen trabajo.

Fue a medias, en el mejor de los casos. El apretón de manos pareció como una obligación.

—Gracias.

—Mire, sé que usted se dirige a su casa, pero queríamos darle las gracias. Y hay un buen cheque de bonificación para usted.

Tony no pudo contener la sonrisa.

—Eso me gusta.

—¡Sí que le gusta! —dijo Coleman y volvió a extender la mano—.

¿Cómo está Elizabeth?

—Ella está bien.

—Salúdela de mi parte.

—Lo haré —dijo Tony.

—Fue bueno verlo —dijo Coleman y se volteó hacia Tom.

Fue un encuentro breve, uno de muy pocos que había tenido con el presidente de la compañía, pero Tony podría haber flotado hasta el auto. Era la mejor sensación de todas sellar un trato y luego que la gente de la compañía se enterara de sus hazañas. El trayecto a casa debía haberlo sentido como la vuelta de la victoria. Debía haber sido el mejor de sus días. Pero la perspectiva de ver a Elizabeth lo afectaba. Él no quería pasar por las riñas y las críticas constantes que estaba seguro que recibiría cuando entrara por la puerta. Y no quería contarle lo de la venta y el bono. Ella solo lo usaría como otra excusa para darle dinero a su hermana.

Lo único peor que las constantes críticas de Elizabeth era lo que él *no* estaba recibiendo. Al inicio de su matrimonio, Tony y Elizabeth tenían lo que él llamaría igualdad de deseo el uno por el otro. Ella iniciaba alguna noche romántica con la sugerencia de una película y una cena y todo lo que venía después de eso. Él ansiaba llegar a casa después del trabajo para estar con ella, explorar todo acerca de ella. Era una mujer bella, por dentro y por fuera.

Pero algo había cambiado cuando nació Danielle. Elizabeth se había vuelto más reservada, y debido a sus horarios de trabajo, los dos pasaban más tiempo separados. En lugar de que esa distancia del día hiciera que se unieran cuando él regresaba, los mantenía aislados. Tony no podía recordar la última vez que habían tenido intimidad. ¿Había sido hacía un mes? ¿Dos meses?

Él entró al garaje, y se mordió la parte interior de su mejilla por la tensión que sentía. No era de extrañar que buscara acción en otra parte. Sabía que no era correcto. Sabía que había hecho el voto de ser fiel. Pero si fuera a ocurrir, era culpa de ella. Ella lo había alejado de muchas maneras. Ella le había dicho que él no vivía a la altura de sus expectativas. Combinado con todas las peleas por el dinero y por cómo educar a Danielle, era un milagro que los dos todavía estuvieran en la misma casa.

Mientras más lo había pensado mientras conducía a casa, más nudos se le habían hecho en el estómago, y cuando apagó el motor y presionó el botón de la puerta del garaje, ni siquiera quería entrar. ¿Qué queja nueva tendría ella? ¿Qué era lo último que él había hecho para marcar a su hija? Estaba seguro de que oiría acerca de eso en la cena. Eso y cuánto dinero necesitaba su hermana.



Elizabeth había entrado a su clóset comprometida con la oración y había salido comprometida a abordar el olor de sus pies. Ese era el peligro de pasar tiempo con Dios: la mayor parte del tiempo uno encontraba otra cosa que hacer. Y si ella no podía tener éxito con la oración, por lo menos podría lograr algo práctico. Alineó una docena de pares de zapatos, encontró su atomizador para pies y comenzó a trabajar con cada uno de ellos.

El teléfono sonó y ella reconoció el número de su hermana. Cynthia no tardó mucho para llegar al meollo del asunto: su esposo. Ella se quejó de su situación, al igual que Elizabeth se había quejado con Clara acerca de Tony. La presión financiera bajo la que estaban constantemente era abrumadora. Cynthia había tratado de motivar a Darren, pero no ocurría nada.

—Cynthia, no te servirá de nada pelear por eso. No puedes conseguir un trabajo por él.

—¿Acaso crees que no lo sé?

Elizabeth trató de tranquilizarse.

—Bueno, ¿y él lo está intentando de alguna manera? ¿Está enviando hojas de vida, haciendo llamadas? ¿Alguna cosa?

—Creo que sí. Se va en la mañana y regresa en la noche, pero no sé dónde ha estado ni qué ha hecho. Simplemente es muy difícil, Elizabeth.

—Lo sé —dijo ella con tanta compasión como pudo mostrar. Echó un poco más de talco para pies en un zapato y lo puso en el suelo.

—Esto tampoco es fácil para él —dijo Cynthia.

Las palabras tocaron un punto sensible.

—Bueno, lo siento, pero él está haciendo que sea difícil no solo para ti sino para todos los que te rodean.

—Entonces estás diciendo que no vas a ayudar. ¿Es eso?

—No, no estoy diciendo que no vamos a ayudar. Todavía lo estamos hablando, ¿de acuerdo?

Elizabeth oyó un ruido detrás de ella y al voltearse vio a Tony que revisaba el correo que estaba en el gabinete de la cocina. Al verlo allí mientras Cynthia estaba en la línea hizo que su ánimo se fuera al suelo. Él ya pensaba que ella pasaba cada minuto al teléfono con su hermana. Tuvo que entrar precisamente en este momento.

—Oye, Tony acaba de llegar a casa. Te llamaré después.

—Está bien, hermana. Gracias por intentarlo. Te quiero.

—Yo también te quiero —dijo Elizabeth.

Tony examinó cada carta como si fuera un aviso que debía enlistarse en el ejército. Ella colgó, respiró y trató de conectarse con él. Algo inofensivo. Como el trabajo, tal vez.

—¿Cómo estuvo tu viaje?

Con la cabeza inclinada y el ceño fruncido mirando el correo:

—Estuvo bien. Supongo que era tu hermana.

—Sí. Era ella.

—¿Darren ya tiene trabajo?

—Todavía no.

—¿Y “todavía no” quiere decir que lo está intentando, o “todavía no” quiere decir que aún está sentado en el sofá jugando juegos de video?

Cuán rápidamente llegaba la marea de la conversación a la playa del conflicto.

—Tony, lo que él hace no es culpa de Cynthia. Ella solo necesita la renta de un mes y una mensualidad del auto. Creo que por lo menos deberíamos hacer eso.

El rostro de Tony se endureció.

—Cynthia se casó con un perdedor, ¿de acuerdo? Esa fue su decisión cuando todos le dijeron que no lo hiciera. La culpa *sí* es suya.

Elizabeth se puso de pie y lo miró. Él se acercó desde la cocina; el poder de la voz de ella finalmente lo sacó de su esquina. Como dos luchadores, listos para comenzar el ataque, se estudiaron.

—Tony, ella no puede controlarlo. Ella tiene trabajo, pero no es suficiente. Oye, ya no te estoy pidiendo cinco mil dólares. Te pido un mes de renta y una mensualidad del auto.

—Y el próximo mes estarás pidiendo lo mismo, Liz. Así que la respuesta todavía es no. —Tony giró su cabeza, frunciendo el ceño otra vez—. ¿Y qué es ese olor que hay aquí?

Elizabeth, entre frustrada y avergonzada, miró para otro lado. Se sentía como una niña otra vez. De vuelta en su casa, con su padre que la criticaba. Tony tenía el mismo tono de voz que su papá tenía cuando ella necesitaba ropa nueva o llevaba a casa una mala calificación.

—Estoy poniendo talco en mis zapatos —dijo ella.

Él miró la línea de zapatos frente al sofá. Ella pensó que quizás él se disculparía o la consolaría. Quizás le diría que todo estaba bien o que no era su culpa, o que no tenía que hacer eso por él.

Tony solo miró los zapatos como si fueran pescados muertos y dijo:

—¿Y no puedes hacer eso afuera?

Derrotada, desanimada y destrozada, ella dijo:

—Sí.

Entonces pensó en Cynthia. Pensó en su voz en el teléfono y lo sola y lo triste que se oía. Haría otro intento con él.

—Tony, si no lo haces por ella, hazlo por mí.

Fue una invitación abierta para que él expresara algún indicio de amor. Esto era ella haciéndose vulnerable, como un venado que corre a una pradera con una enorme diana color rojo en su costado, listo para que lo maten.

El rostro de Tony se endureció más aún.

—No.

Y con eso se volteó y se fue a la habitación, dejando a Elizabeth sola con sus pensamientos y sus zapatos. Sabía que ella y Tony estaban muy alejados. Sabía que no había muchas esperanzas para su relación. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que la había tocado amorosamente o que le hubiera dicho algo positivo. En ese momento, con sus ojos húmedos y su corazón roto, se dio cuenta de que no había nada que ella pudiera hacer para derribar esa pared. Ninguna cantidad de desfiles ni gritos la derribarían. Ninguna vara en alto dividiría las aguas de su inundada relación.

Recogió tantos zapatos como pudo y los llevó a la puerta de atrás y los lanzó al patio. Hizo otro viaje por el resto, cerrando la puerta de un golpe al salir, y se quedó parada en el patio, mirando hacia adelante, con los brazos cruzados. Estaba cansada de la batalla, agotada de la guerra. Estaba cansada de ver a Danielle vivir bajo el peso de todo esto. Tenía que haber otro camino. Tenía que haber algo mejor para ellos tres.

La señora Clara



A lo largo de los años la gente descubrió que Clara era una guerrera de oración. Le hacían llegar un pedazo de papel con el nombre de alguien garabateado en él o le susurraban algo de algún miembro de familia durante la recolección de la ofrenda. Clara se sentía honrada cuando eso ocurría. Pero la práctica también la entristecía porque sabía que algunos pensaban que ella tenía una «influencia» especial con Dios. No había nada que ella hiciera en su clóset de oración que los demás no pudieran hacer. No había ninguna respuesta a la oración que ella arrebatara de la mano de Dios porque fuera muy astuta. El poder que ella tenía estaba disponible para todos.

La interrogante había surgido en una de sus reuniones de los viernes con sus amigas. Un club que nunca se había formado oficialmente había disminuido a cuatro miembros regulares. Cecilia Jones, Eula Pennington y Tressa Gower eran mujeres que se habían atravesado en el camino de Clara años atrás y se habían quedado con ella, y ella con ellas, a lo largo de varias décadas. Habían pasado por la muerte de cónyuges, hijos y mascotas, así como por un divorcio, varios abortos naturales y dos demandas legales. Las cuatro mujeres eran creyentes, aunque a veces parecía haber un poco de antagonismo en cuanto a cuán segura estaba Clara de todo lo que creía.

—¿Creen que hay más poder cuando mucha gente ora por algo? —le dijo Cecilia al grupo. Miró de reojo a Clara como si estuviera tentándola para que se metiera al combate primero.

Así era como alguien del grupo comenzaba una riña, simplemente lanzaba una pregunta o una idea y miraba cómo respondían las demás. Cecilia era particularmente buena para provocar a Clara, pero en esta, Clara se contuvo.

—Creo que mientras más gente ore por algo, Dios tiene más oportunidad de oír —dijo Tressa—. ¿Cuál era aquel libro de hace algunos años que tenía a muchos ángeles peleando en él? Uno leía lo que le pasaba a la gente y luego lo que pasaba con los ángeles cuando la gente comenzaba a orar.

Tressa dijo el título del libro y Cecilia recordó quién era el autor. Todas asintieron con la cabeza en señal de reconocimiento.

—Yo creo que es así —continuó Tressa—. Mientras más ore uno, más hace que otra gente ore, simplemente se amontona en unas balanzas en el cielo. Y Dios oye. La viuda persistente, ella siguió llamando a la puerta del juez. ¿Se acuerdan de esa parábola?

Eula Pennington puso su taza de café en la mesa.

—No creo que a Dios se le pueda mover así —dijo la palabra *Dios* con una «o» adicional, como si fuera más reverente agregarle otra sílaba al nombre del Todopoderoso—. No se trata de cuántas veces uno ora por algo ni a cuánta gente pone uno a orar, se trata de si uno está pidiendo algo que está dentro de la voluntad de Dios.

Clara asintió con la cabeza por eso y pareció que las señoras que estaban alrededor de la mesa estaban de acuerdo. Pero Cecilia no había terminado.

—¿Significa eso que no hay razón para una cadena de oración? Si toda una congregación ora por algo, ¿no es distinto a que solo una persona ore?

—“La oración del justo, obrando eficazmente, puede mucho” —dijo Eula. Ella era partidaria de la versión Reina-Valera Antigua, aunque toleraba algunas versiones más modernas.

—¿Entonces eso quiere decir que si uno es lo suficientemente santo Dios oirá sus oraciones? ¿De eso se trata? —dijo Cecilia.

—Nadie es santo sino Dios —dijo Eula—. El resto de nosotros somos pecadores, con necesidad de la oración.

—En eso tienes razón —dijo Tressa.

Cecilia se inclinó hacia delante.

—Clara, has estado terriblemente callada.

Clara tomó un sorbo de su café.

—Tener a mucha gente orando por algo no obliga a Dios a oír ni a actuar. Dios lo sabe todo. La oración no se trata de darle información porque Él ya sabe lo que necesitamos y por qué estamos clamando.

—¿Entonces para qué oramos? —dijo Cecilia.

Clara levantó una mano.

—Ahora bien, tú me pediste que te respondiera y estoy tratando de hacerlo.

Cecilia sonrió y se recostó en la silla, y también levantó una mano como si estuviera cediéndole la palabra a Clara.

—Dios sí oye lo que nosotros le decimos en oración. No necesitas un megáfono ni que un millón de personas llamen Su atención. Pero el propósito de la oración no es obtener lo que queremos. La oración cambia a la persona que ora. Por ejemplo, el padre que ora para que un hijo tome el buen camino. Ustedes saben cómo me pasó eso con Clyde. Todas nos hemos sentido desconsoladas por una cosa u otra respecto a nuestros hijos. Pero me he dado cuenta de lo siguiente. Cuando yo estaba preocupada por Clyde, Dios estaba haciendo algo en mí. Él quería darle un giro al corazón mío, tanto o más que al de mi hijo. Dios me ayudó a confiar más en Él, de maneras que jamás creí posible, debido a ese chico y a lo que él me arrastró.

—Y te arrastró a muchas cosas —dijo Tressa.

—Cierto —coincidió Eula.

—Entonces, ¿qué hay de mi pregunta? —dijo Cecilia, insatisfecha con la respuesta.

—No hay más poder cuando mucha gente ora, porque el poder llega de Dios y no de la gente. Pero lo que ocurre cuando mucha gente ora por lo mismo es una oportunidad para la gloria de Dios. Todo regresa a la gloria de Dios. Todo en la historia, el propósito de nuestra vida, es la gloria de Dios. Cada respiración que damos.

—¿Pero no es Dios egoísta por querer gloria? —dijo Cecilia—. Eso es lo opuesto a la humildad.

Clara podía sentir que su amiga la estaba provocando para llegar a algo que estaba debajo de la superficie.

—Permíteme decirte algo. ¿Es incorrecto que reciba el mérito la persona que lo merece? Dios lo hizo todo. Él diseñó al pequeño bebé en el vientre de su madre y colocó las estrellas en su lugar. Él puso un plan en marcha para redimirnos, para exhibir Su amor, bondad y misericordia en la cruz, para que toda la gloria fuera para Aquel a quien le pertenece. La gloria que va para alguien o alguna otra cosa es falsa. Y puedes decir que es una vergüenza. A eso es lo que el mundo ha llegado al darle gloria a la gente que puede atrapar un balón o contorsionarse en un escenario.

Cecilia sonrió y Clara supo que esa era su intención, involucrarla lo suficiente para que resultara en lo que el grupo llamaba un «Clara-ismo».

—Entonces, Clara, dinos qué es lo que pasa cuando un grupo comienza a orar por lo mismo —dijo Cecilia.

—Bueno, en primer lugar, más gente se entera de la necesidad. Más gente se involucra en llevar a una persona o una situación ante Dios. Él no necesita que se le recuerde nada porque Él lo sabe todo. Pero Él quiere que participemos en la vida de la gente y en las cosas que ocurren a nuestro alrededor. Él quiere que participemos con Él, en Su plan de atraer a la gente hacia Él. Por eso es que el resultado final de que mucha gente ore por lo mismo es una gloria aumentada para Dios. Así es como funciona. Cuando oramos, participamos en lo que Dios hace. Él recibe la gloria, y nosotros obtenemos el privilegio de caminar con Él, y en ese proceso, nosotros somos transformados. ¿Y adivinen qué resulta de ese cambio? Él recibe la gloria.

—¿Cómo has llegado a eso?

—Filipenses 2. Pablo habla de tener la misma mente que Jesús tuvo. Él no tenía que venir aquí y dar Su vida. Él no tenía que ser obediente ni morir en una cruz. Pero Él se humilló a Sí mismo. Y miren lo que ocurre al final del pasaje. Dios lo eleva al lugar de más alto honor y le da a Él el nombre por encima de todo hombre. Toda rodilla va a doblarse, toda lengua declarará que Jesucristo es Señor, y ahora, entiendan esto: para la *gloria de Dios Padre*. Todo el propósito de la obra de Jesús, toda la razón de Su vida sin pecado, la razón de los milagros y de resucitarlo de los muertos fue la *gloria* de Dios.

—¡Alabado sea Jesús! —dijo Tressa.

—Eso es bueno —dijo Eula.

—Tú lo sabes —dijo Cecilia.

—Cubran su corazón con eso la próxima vez que pasen por una lucha — dijo Clara—. La meta de la oración no es que Dios cambie de parecer en cuanto a lo que uno quiere. La meta de la oración es cambiar el corazón de uno, que uno quiera lo que Él quiere, para la gloria de Dios.

CAPÍTULO 7



Tony iba a ir al gimnasio de todas formas, así que aceptó la invitación de Michael de juntarse con él en el salón de ejercicios. Michael se subió a la bicicleta estacionaria, en tanto que Tony hacía ejercicios en la barra fija. Daba gusto sudar del esfuerzo y tratar de olvidar el conflicto en casa. Sabía que para desarrollar músculos tenía que esforzarse, sentir el calor y el dolor. Qué lástima que su matrimonio no había sido así. Había suficiente dolor, pero poco desarrollo.

Su conversación giró en torno al trabajo y Tony reveló lo que había pasado el día anterior. No para alardear, sino para actualizar a Michael.

—¿Recibiste otro bono? Hombre, yo estoy en el trabajo equivocado.

Tony dijo entre sus repeticiones:

—Yo no podría haber sido un paramédico.

—En eso también tienes razón.

—Y eres demasiado tranquilo para ser un vendedor.

Michael se rió.

—Sí, pero ¿podrías imaginar si yo recibiera un bono cada vez que le salvo la vida a alguien? Observa. Maniobra de Heimlich, doscientos dólares. ¿RCP? Cuatrocientos. Y recibiría mil si la persona es realmente fea.

Tony se rió mientras se dirigía al estante de las pesas. Le encantaba el humor irónico de Michael y las historias de la gente con la que se topaba como técnico de emergencias médicas.

—¿Te acuerdas de aquella señora que había tragado ajo y se atoró y tuve que darle respiración de boca a boca? Eso debió haber sido unas vacaciones a Hawái.

Tony comenzó a flexionar con pesas de diez kilos.

—Yo no podría haberlo hecho.

—Sí hubieras podido. No vas a dejar que alguien simplemente se muera frente a ti mientras te comes tu ensalada.

—Yo no hago RCP, Mike. Solo llamaría al 911.

—Eso es simplemente frío. ¿Dejarías que alguien se muriera? ¿Y si fuera tu esposa?

Tony se puso las pesas en sus muslos y las mantuvo allí. ¿Y si Elizabeth se estuviera atorando y necesitara ayuda? ¿Y si necesitara RCP?

Probablemente ella me diría que no le estaba presionando bien el pecho, pensó él.

Michael dejó de pedalear y su rostro mostró una mirada de tristeza.

—Espera, hermano, ¿qué es eso?

—¿Qué es qué? —dijo Tony y continuó con su rutina.

—¿Qué pasa entre Liz y tú?

Tony se esforzó con otro grupo de repeticiones.

—Nada.

—¿Nada? Mírate. Te saltaron venas adicionales que ni siquiera estaban allí antes. Hombre, ¿qué pasa con tu matrimonio?

A Tony no le gustaba compartir las cosas difíciles con nadie, especialmente con alguien como Michael, que era bastante perfecto. Pero estaba tan cerca del precipicio con Elizabeth que sabía que tarde o temprano tendría que explicarlo, por lo que dejó que el agua se lo llevara.

—Michael, simplemente estoy cansado de ella, ¿de acuerdo? Está bien, lo dije. No necesito que ella me critique todo el tiempo. Simplemente estoy cansado de todo el lío que ella me causa.

Ahora sí que Michael estaba totalmente enfocado. La bicicleta estacionaria se había detenido.

—¿El lío? Chico, tú te casaste con ella, con lío y todo. No es como una especie de bufé, donde eliges y decides qué es lo que quieres. Recibes todo lo de ella —hizo una pausa y dejó que la siguiente oración le llegara al alma—. Y será mejor que no tengas a otra persona aparte.

Tony dejó que las pesas estiraran sus brazos. Vaya, ¿cómo había dado con esa idea Michael? ¿Lo habría estado siguiendo? ¿Era así de evidente?

—¿Así que ahora tratas de hacerle RCP a mi vida personal?

Era una postura defensiva, pero Tony tenía que presentar al menos una buena fachada. ¿Qué se suponía que debía decir: *estoy buscando a alguien?*

Michael regresó a sus ejercicios.

—Sí, soy paramédico. Pero también soy cristiano. Lo que quiere decir que ayudo a la gente... al mismo tiempo que estoy ayudando a la gente.

—Mike, hemos sido amigos por mucho tiempo, pero algunas cosas no son de tu incumbencia.

—Cierto, y ya que hemos sido amigos por mucho tiempo, no voy a simplemente ver que tu matrimonio muera. Así que, si está sangrando, no voy a seguir comiéndome mi ensalada.

Tony dejó caer las pesas, se paró derecho y tomó su bolso del gimnasio. Miró a Michael con una sonrisa astuta, y con un poco de sarcasmo, dijo:

—Te veo en la iglesia.

Michael lo llamó mientras se iba alejando:

—Necesito ver la iglesia en ti, hermano.

Tony siguió caminando, sin querer responder. No necesitaba la culpa de Michael. Le dio un golpe a la puerta y caminó por el atrio del centro comunitario, pasando por donde estaba la recepcionista en la entrada. Ella era una de las amigas de Elizabeth. ¿Cómo se llamaba? La saludó con la cabeza y sintió frialdad de parte de ella cuando pasó. Se preguntaba qué le había dicho Elizabeth sobre él, sobre su matrimonio.

Mientras entraba a su auto y se alejaba manejando pensó en varias respuestas ingeniosas para Michael. Preguntas que podrían empujarlo al borde de su fe en Dios. El Todopoderoso había creado el matrimonio para que fuera feliz y vibrante. ¿No era eso lo que Él quería para Sus hijos? Bueno pues, Tony no era feliz y Elizabeth tampoco. De hecho, Tony era una de las razones principales por las que Elizabeth no era feliz en absoluto. Y ella era la razón principal por la que él oía uñas que rechinaban en el pizarrón de la vida cuando entraba a la casa. Lo amoroso, lo amable, sería que los dos se fueran por caminos distintos. Sería difícil, pero al final, conduciría a la felicidad.

¿Y Danielle?, decía la voz de Michael en su cabeza.

Ella no lo entendería. Era demasiado joven para entenderlo. Pero Tony estaría en su vida los fines de semana y en acontecimientos especiales, cumpleaños y graduaciones. Incluso podría ser un mejor papá a la distancia de lo que era durmiendo en la misma casa. Y finalmente estaría libre de todo el peso de las obligaciones. De la obligación de oír todas las críticas y de sentirse como un patán. Así es como lo trataba Elizabeth. En lugar de respetarlo y de estar agradecida por lo que él proveía, por lo mucho que trabajaba, ella solo lo veía como un vaso medio lleno. Él estaría feliz de vivir aparte de ellas y eso podría extenderse a Danielle, por lo que ella estaría mejor al final.

Lo amoroso aquí sería tomar una decisión. Elizabeth quería que él fuera el líder del hogar, entonces eso es lo que haría. Tal como en el gimnasio, el dolor a corto plazo llevaría a la ganancia a largo plazo. Ellos soportarían las preguntas de la familia y de los amigos, y seguirían adelante en el camino hacia una vida feliz.

Mientras Tony presionaba el abre-puerta del garaje, pensó otra vez en Verónica Drake de Holcomb. Tal vez debería regresar allá antes de lo planificado para revisar algunos detalles del acuerdo. Tal vez cenar. Tal vez podría quedarse la noche. Después de todo, pensó, nunca era demasiado temprano para pensar en la felicidad propia.



Elizabeth nunca había tratado de vender la casa de alguien que parecía más interesada en su vida que en la venta. Clara quería saber más de su relación con Tony, más de Danielle, más de toda la situación familiar. Cuando Elizabeth tuvo una tarde libre, le dijo a Danielle que irían juntas al parque del centro y que ella podría saltar la cuerda o alimentar a las palomas. Luego se le ocurrió invitar a Clara, y la señora no tuvo que pensarlo dos veces.

—Eso sería lindo —dijo ella—. Estaré lista para cuando ustedes lleguen.

Danielle estaba un poco nerviosa por conocer a una de las clientas de Elizabeth, pero tan pronto llegaron a la casa de Clara, la anciana consintió a Danielle y le habló como si fuera su propia nieta. Condujeron hasta el parque

del centro y comieron sándwiches en una banca. Danielle tenía que mostrarle a Clara lo que podía hacer con la cuerda y la mujer parecía maravillada.

—Cuando dijiste que saltabas la cuerda yo pensé que solo saltabas la cuerda. Pero ¡mírate, niña! Eres más rápida que mi molidor de café. ¡Eso es asombroso!

Danielle devoraba la atención más de lo que había devorado el sándwich. Y después le dio los bordes y las migajas a las ardillas y a las aves de los alrededores.

—Ella es fenomenal —dijo Clara—. Puedo verla a usted en esa pequeña niña.

Elizabeth sonrió.

—Yo quisiera tener su energía.

Clara se rió.

—Usted me ha contado mucho sobre ella, pero verlas juntas, bueno, me ayuda a orar mejor, más informada.

—¿Qué quiere decir?

—He descubierto que Dios honra los detalles. Usted puede orar para que Él bendiga a alguna persona y ser tan genérica que hace que Dios bostece. O puede lanzar oraciones flecha, que llegan al meollo de lo que le pasa a la otra persona. ¿Puede ver a lo que me refiero?

Elizabeth asintió con la cabeza.

—He estado tratando de ser tan específica como puedo con Dios. A veces pierdo la esperanza de que Él me esté escuchando.

—Bueno, Él escuchó lo que alguien oró por esta pequeña persona —dijo Clara y señaló con su cabeza a Danielle—. Esto fue un regalo para mí, Elizabeth. Disfruto venir aquí. Y su hija es preciosa.

—Lo es. Hay días en que quisiera que ella tuviera un hermano o hermana. Simplemente estábamos demasiado ocupados persiguiendo nuestras carreras. No sé si lo que hicimos fue lo más sabio.

—¿No le gusta su trabajo?

—Hay días que sí me gusta. Vendí una casa esta mañana, así que eso estuvo bien. Es que preferiría tener un buen matrimonio que más dinero.

Clara la miró tiernamente mientras Danielle corría hacia ellas.

—Mamá, ¿podemos comprar un helado? Los venden justo allá.

Señaló una tienda de helado que estaba cerca.

Elizabeth se volteó hacia la anciana.

—Señora Clara, ¿le gustaría un helado?

—Te diré algo —le dijo Clara a Danielle—. Si vas a comprar el helado y dejas que tu madre me acompañe al auto, yo pagaré el helado.

—Ah, no, no, no. Yo lo pago —dijo Elizabeth.

La anciana buscó en su bolso.

—¿Y me robaría una bendición? Yo pago, todas comemos. Yo quiero dos bolas de helado de nuez, por favor. En un vaso.

Le dio a Danielle un billete de veinte dólares.

—Yo quiero una bola de helado de galletas y crema —dijo Elizabeth—. Y quédate justo allí, porque vamos a dar la vuelta con el auto y te recogeremos en la entrada.

—Está bien —dijo Danielle radiante—. ¿Puedo pedir un sorbete de fresa con gusanillos de gomita y jarabe de chocolate encima?

La combinación hizo que a Elizabeth le diera vueltas el estómago, pero asintió con la cabeza a su hija. Clara se rió mientras la niña se alejaba y ellas miraron como la niña atravesó la calle con cuidado.

—¿Y cómo es una semana normal para usted? —dijo Elizabeth mientras caminaban lentamente hacia el auto-móvil.

—Pues, mi hijo viene por una o dos horas durante la semana. Voy a comprar abarrotes, ocasionalmente una visita al doctor. Voy al servicio de la iglesia y a una reunión de oración a media semana. De vez en cuando conduzco al cementerio para cuidar de la tumba de Leo. Y mis amigas y yo nos juntamos los viernes para tomar café. Aparte de eso, leo mucho y paso tiempo con Jesús.

Se acercaron al final del callejón en donde Elizabeth había estacionado el automóvil.

—Yo solía pasar tanto tiempo con mis amigas, antes de que mi trabajo se convirtiera...

—¡Oigan! —gritó un joven, saltando hacia ellas y abriendo una navaja. Era blanco, llevaba una gorra de béisbol virada hacia atrás y tenía una mirada loca en sus ojos—. ¡Denme su dinero ahora mismo!

Por puro instinto, Elizabeth se acercó a Clara para protegerla. Las dos estaban asustadas por el hombre y dieron un paso atrás. Elizabeth quería estabilizar a Clara y asegurarse de que no se cayera. Pensó en Danielle y se alegró de que no estuviera con ellas. Siempre había oído que, en una situación así, uno debía darle a la persona que estaba robando lo que quería para que nadie resultara herido.

—¿Me oyeron? Las dos, ¡dénmelo ya!

Elizabeth extendió una mano para calmarlo.

—Está bien, está bien, le daremos nuestro dinero. Solo, por favor, baje la navaja.

—Háganlo, y háganlo ya —dijo el ladrón, y sostuvo la navaja al nivel de sus ojos.

Elizabeth abrió su bolso. Había ocurrido tan rápido. ¿Cómo pudo no haberlo visto escondido? Temblando, oró que el hombre no las atacara. Oró para que las dos simplemente sobrevivieran.

Entonces oyó una voz, fuerte y determinada, al lado de ella.

—No. Usted baje esa navaja ahora mismo. En el nombre de Jesús.

Ni un indicio de temor. Ni una pizca de nervios. Solo una voz clara y firme que resonó en el callejón.

El ladrón miró a Clara, y luego miró a Elizabeth. Parecía confundido pero todavía enojado. Miró por el callejón y luego las miró a ellas otra vez, y finalmente bajó la navaja.

—Señora Clara, solamente entréguele su dinero. No vale la pena.

Pero Clara no se dejaba impactar. Se mantuvo desafiante mientras el ladrón miró a otro lado, incapaz de aguantar su mirada. Después de un momento, el rostro de él cambió y pareció entrar en pánico. Dio dos pasos a un lado y las pasó corriendo hacia la calle.

Elizabeth sacó su teléfono celular y marcó 911. Encontraron a Danielle, con los helados derritiéndose, mientras caminaba hacia ellas.

—¿Qué pasó? —dijo Danielle, al ver el miedo en el rostro de su madre.

—Acabamos de enfrentarnos con un joven perturbado en el callejón — dijo Clara—. ¿Compraste mi helado de nuez?

Elizabeth meneó su cabeza mirando a su amiga y ellas esperaron hasta que llegó una patrulla. Dos oficiales escucharon su historia.

—¿Y usted cree que tenía veintitantos? —dijo uno de los oficiales.

—Sí, tal vez veinticinco —dijo Elizabeth.

Clara cuchareaba el helado como si tuviera un hambre voraz.

—Así que, permítame aclarar esto —dijo el segundo oficial—. Él las estaba amenazando con una navaja, y usted le dijo que la bajara en el nombre de Jesús.

Clara asintió con la cabeza y extendió una mano.

—Correcto. Ahora, cuando anote eso, no deje afuera a Jesús. La gente siempre deja afuera a Jesús. Esa es una de las razones por las que estamos en el lío en que estamos.

Volvió a su helado y se terminó el vaso.

Los oficiales se miraron, como si no supieran cómo responder.

—Ya saben, lo que me preocupa es que fácilmente podrían haber terminado muertas.

—Pues, yo conozco a mucha gente que probablemente le habría dado su dinero. Lo entiendo. Pero esa es su decisión.

Mientras los oficiales escribían la información para el reporte, Clara se inclinó más cerca de Elizabeth y de Danielle en la banca donde estaban sentadas.

—¿No va a comerse su helado, Elizabeth?

—No, ya no tengo hambre.

—Permítame ayudarla con eso —Clara extendió la mano para tomar el vaso—. No hay razón para desperdiciar un helado perfectamente bueno.

Los oficiales miraron fijamente a Clara mientras se comía el helado de galletas y crema.

Después de que se completó el reporte policial, Elizabeth condujo a Clara a su casa. La señora las invitó a entrar, y Elizabeth llamó a Tony para hacerle saber lo que había ocurrido.

Cuando él respondió, parecía estar distraído. Ella sabía que él estaba en otro viaje y probablemente se dirigía a una reunión. De todas formas, ella habló.

—No es mi intención molestarte. Solo pensé que querrías saber que fui asaltada hoy.

—¿Asaltada?

—Como en robado. El tipo tenía una navaja.

—¡Dios mío! ¿Y dónde estabas?

Elizabeth le dijo. Estaba dando vueltas por el porche de enfrente de la casa de Clara; Danielle estaba sentada en el columpio sola, con un libro en su regazo.

—Sí, esa no es la mejor parte de la ciudad. ¿Se llevó algo?

—No.

—Qué bien.

¿Y eso era todo? ¿Era todo lo que podía preguntar?

—¿Qué pasa? —dijo Tony—. ¿Estás bien, verdad?

—Sí, estamos bien, pero podrías demostrar un poco más de preocupación, Tony.

—Oye, no hay nada que yo pudiera hacer. Yo estoy acá en...

—Yo sé que no hay nada que tú podrías haber hecho —lo interrumpió ella—. Solo digo que me asusté. Y al pensar que Danielle podría haber estado con nosotras.

—Estoy seguro de que fue aterrador. Pero cálmate, estás bien.

—Pues, simplemente pensé que te gustaría saberlo.

—Sí quiero saber. Pero ya pasó, Liz.

—Bueno. Está bien. Hablaremos después. Adiós.

La insensibilidad, la sensación de indiferencia, se transmitía por la línea telefónica. ¿Le importaba siquiera a Tony? ¿Alguna vez le había importado?

Ella terminó la llamada y quiso lanzar el teléfono por una ventana, pero respiró profundamente y se volteó hacia su hija.

—Danielle, ¿puedes leer tu libro mientras voy a hablar con la señora Clara?

—¿Puedo enviarle un mensaje de texto a Jennifer con tu teléfono? —dijo Danielle, y su rostro se iluminó de repente.

Elizabeth lo pensó por un momento.

—Está bien, pero no por mucho tiempo. Quiero que leas, ¿de acuerdo?

—Sí, señora.

Clara estaba esperando en su sala de estar con papel y bolígrafo.

Elizabeth se sentó frente a ella.

—Lo siento. Es que pensé que debía llamar a Tony.

—Lo entiendo.

—Cualquiera pensaría que él se habría alarmado más, pero seguía diciendo que ya que todas estábamos bien, yo simplemente tenía que tranquilizarme.

La señora frunció el ceño, movió sus labios y meneó la cabeza de un lado a otro.

—A mí también me está costando tranquilizarme.

—¿De veras? Usted se veía tranquila antes.

—Sí, pero se me subió mucho el azúcar con todo ese helado. Siento que podría correr alrededor de la cuadra unas cuantas veces —Clara levantó los codos y simuló trotar como una atleta olímpica.

Elizabeth sonrió. La anciana estaba llena de sorpresas. Elizabeth aprendía algo nuevo de ella en cada reunión.

—Ah, y ya que estamos en el tema de Tony —dijo Clara—, tengo algo para que usted haga.

Le dio a Elizabeth un bloc de papel y un bolígrafo.

—¿Qué es eso?

—Quiero que escriba todo lo que pueda pensar que él ha hecho mal.

Ella sacudió la cabeza y frunció el ceño.

—Señora Clara, si yo hiciera eso estaría escribiendo por mucho tiempo.

—Entonces solo escriba lo más notable. Volveré dentro de poco tiempo.

Clara salió y Elizabeth se quedó con el papel y sus pensamientos. Luchó por contener el resentimiento, el sentimiento infantil de ser controlada y de verse empujada a hacer algo que no quería hacer. En lugar de eso, hizo lo que se le pidió.

Olvidó nuestro aniversario el año pasado.

Pone su trabajo por encima de su familia.

Ha dicho que no en cuanto a tener una mascota en casa.

Me interrumpe cuando trato de compartir mis sentimientos.

Se aleja durante las discusiones.

Observa a otras mujeres.

No guía a su familia espiritualmente.

Una vez que comenzó, fue como un diluvio. En lugar de tratar de enumerar las cosas en orden cronológico, las escribió a medida que le llegaban, y a veces llegaban tan rápido que solo anotaba palabras para no perder el pensamiento. Llenó la primera página y siguió en la siguiente, y mientras más escribía, más cosas recordaba. Había algunas batallas que no pudo anotar porque eran demasiado íntimas, por lo que puso *inmencionable*. Apenas estaba tomando impulso con la lista cuando Clara regresó y se sentó.

—Son casi tres páginas.

—Y podría escribir más, pero usted captará lo esencial cuando la lea.

—De hecho, no la voy a leer.

Elizabethladeó la cabeza cuando la miró, confundida. La idea era decirle lo que Tony hacía mal, ¿no?

Clara se inclinó hacia delante.

—Mi pregunta para usted es esta. En vista de todas esas ofensas, ¿ama Dios todavía a Tony?

Elizabeth pensó en la pregunta. La respuesta teológica era que Dios ama a todos. Con pesar en su voz, dijo:

—Las dos sabemos que sí lo ama.

—¿Y usted?

Elizabeth trató de no apartar la mirada, trató de mantener el contacto directo con la señora Clara. Trató de no reírse.

—Ahora usted se está entrometiendo.

Clara sonrió y esperó. Elizabeth pensó que eso es lo que el amor hacía frecuentemente, sonreír y esperar.

—En mi corazón hay amor por Tony, pero está enterrado debajo de mucha frustración.

Enterrado. Esa era la palabra correcta. Su relación se había enterrado hacía mucho tiempo, y aunque no había ninguna lápida encima, solamente podía imaginar los huesos descomponiéndose debajo de la tierra fría.

Clara asintió con la cabeza.

—Así que él necesita gracia.

—¿Gracia? Yo no sé si merece gracia.

Otra mirada penetrante.

—¿Y tú mereces gracia?

De repente, Elizabeth se sintió expuesta. Esa anciana sabía cómo deshacerse de un ladrón adolescente con una navaja. También sabía cómo penetrar hasta el corazón con una pregunta.

—Señora Clara, usted tiene la costumbre de arrinconarme en una esquina y hacerme retorcer.

—Yo me sentía de la misma manera. Pero la pregunta todavía está allí. ¿Merece gracia usted?

Elizabeth miró las páginas llenas de las palabras que había escrito acerca de Tony. Se preguntaba qué escribiría él si tuviera la misma oportunidad.

—La Biblia dice: “No hay ni un solo justo, ni siquiera uno”. Así que, verdaderamente, ninguno de nosotros merece gracia. Pero todos aún queremos el perdón de Dios.

Eran todas las lecciones de escuela dominical de Elizabeth enrolladas en una. Dios había sido un tema importante para Elizabeth toda su vida, pero de la manera que Clara lo había puesto, sonaba como que Él no era un tema: Él lo era todo. *Gracia* había sido una palabra bonita en el vocabulario que ella usaba para hablar de Dios, pero Clara la usaba de manera personal, empujándola hacia la verdad.

—Elizabeth, se reduce a esto: Jesús derramó su sangre en la cruz. Él murió por usted, incluso cuando usted no lo merecía. Y Él se levantó de la tumba y ofrece perdón y salvación a cualquiera que recurra a Él. Pero la

Biblia también dice que no podemos pedirle que nos perdone en tanto que nosotros nos rehusamos a perdonar a otros.

Elizabeth asintió con la cabeza.

—Lo sé, señora Clara, pero es que eso es muy difícil de hacer.

—¡Sí, lo es! ¡Sí, lo es! ¡Pero allí es donde entra la gracia! Él nos da gracia y Él nos ayuda a dársela a otros. Aun cuando ellos no la merezcan. Todos merecemos juicio, y eso es lo que un Dios santo nos da cuando no nos arrepentimos ni creemos en su Hijo. Yo tuve que perdonar a Leo por algunas cosas, y no fue fácil. Pero eso me liberó.

Libertad. Esa era una palabra que Elizabeth deseaba desesperadamente, y finalmente le parecía que iban bien juntas. *Gracia. Libertad*. Seguramente vendrían más palabras buenas después de esas.

—Elizabeth, no hay espacio para usted y para Dios en el trono de su corazón. O es Él o es usted. Tiene que renunciar. Ahora bien, si quiere la victoria, primero va a tener que rendirse.

Elizabeth hizo a un lado el pensamiento.

—Pero, señora Clara, ¿simplemente me hago a un lado y decido perdonar y dejo que él me pisotee?

—Yo creo que usted descubrirá que cuando se lo permite, Dios es un buen abogado defensor. Confíeselo a Él. Y entonces usted puede girar su enfoque hacia el verdadero enemigo.

—¿El verdadero enemigo?

—El que quiere permanecer escondido. El que quiere distraerla, engañarla y apartarla del Señor y de su esposo. Así es como él trabaja. Satanás llega para robar, para matar y para destruir. Y él está robando su alegría, está matando su fe y está tratando de destruir a su familia.

La anciana estaba apasionada ahora, como un predicador de los tiempos antiguos se estaba emocionando y estaba preparándose para golpear el púlpito.

—Si yo fuera usted, arreglaría mi corazón con Dios. Y usted tiene que hacer su lucha en la oración. Tiene que sacar a patadas al verdadero enemigo de su hogar con la Palabra de Dios.

Muchas de las conversaciones de Elizabeth a lo largo del día eran solo palabras y conceptos que se lanzaban de un lado al otro. En realidad no escuchaba mucho de eso con atención. Como música de fondo para crear un ambiente, las conversaciones eran lo mismo. Pero esta era más que una conversación, más que solo unos cuantos conceptos lanzados entre dos personas. Se quedó mirando a Clara con una intensidad como de láser.

—Es hora de que luche, Elizabeth. ¡Es hora de que luche por su matrimonio! Es hora de que luche contra el verdadero enemigo. Es hora de quitarse los guantes y pelear en serio.

Elizabeth sintió que le llegaba fortaleza, una determinación. Con el entendimiento de lo que es la gracia llegó la libertad de amar como nunca lo había experimentado. Dio un vistazo a la Biblia de Clara. Siempre la había considerado un libro lleno de historias, lecciones y cuentos de gente que tuvo éxito a pesar de grandes desventajas. Pero si Clara tenía razón, no era solo un libro de historias. Era un manual para la guerra. Era un sendero hacia el perdón profundo y un amor que viene de Dios, que podría darle el poder para perdonar y amar a otros.

Algo cobró vida mientras estaba sentada allí. Algo nació de nuevo. Por primera vez en mucho tiempo, Elizabeth encontró algo que había perdido. Esperanza. Esperanza para ella misma. Esperanza para Tony y para Danielle de que las cosas podían ser diferentes. Esperanza para su familia.

Puso una mano en el hombro de la anciana y Clara la abrazó.

—Piensa en lo que te dije aquí.

—Lo haré —dijo Elizabeth medio aturdida. Se pasó todo el trayecto a casa secándose las lágrimas y se alegró de que Danielle no le hiciera preguntas.

CAPÍTULO 8



Tony miró su teléfono. Lo que había oído de Elizabeth lo había sacudido. Habían asaltado a su esposa. Había estado en serio peligro, o eso había dicho ella. Aunque Elizabeth siempre había sido un poco dramática. Tal vez solamente había sido una persona desamparada y ella había pensado que tenía una navaja. Tal vez el tipo solo quería comprar licor y pidió monedas.

Caminó de regreso a la oficina de Verónica Drake. Nunca aceptaba llamadas telefónicas durante una reunión, pero había alcanzado a ver que Elizabeth estaba en la línea y sintió una punzada de culpabilidad que lo hizo salir para responder.

—Discúlpeme —dijo.

—Está bien —dijo Verónica—. Se oía como que era algo importante.

Su voz era tan dulce como un panal de miel. Y el envoltorio tampoco era difícil de mirar. Tenía una sonrisa seductora y una figura increíble. Trataba a Tony como si él fuera la persona más importante del planeta, sirviéndole café y dedicándole tiempo de su calendario ocupado.

—Lo importante aquí es que su compañía reciba exactamente lo que necesita de la Farmacéutica Brightwell —dijo él—. A tiempo. Punto. Ahora bien, ¿en qué estábamos?

Buscó entre los papeles de su escritorio.

—Tenemos un contrato firmado, la fecha de envío, el calendario de pago. —Ella lo miró y se mordió el labio inferior—. Tengo el número de su celular personal, por lo que puedo comunicarme con usted cuando lo necesite. Creo que todo está bien.

Él puso las dos manos en el escritorio y se inclinó sobre los papeles, pero más bien la miró a los ojos. Verónica era una mujer bella. Y sus ojos decían algo que le llegaba al corazón.

—No hemos hablado de usted —dijo él.

—¿De mí?

—Estoy en ventas, por supuesto, pero veo parte de mi trabajo con Brightwell como un entrenador.

—¿Entrenador? —dijo Verónica y agachó la cabeza, parpadeando.

Tony se sentó en la orilla de su silla.

—Es por mi trasfondo en los deportes. Todo en la vida es ser parte de un equipo. Hacer que la gente se mueva en la misma dirección.

—¿Quiere decir que todo es una competencia? —dijo ella—. ¿No es de eso de lo que se tratan las ventas? ¿No es eso lo que hace que usted sea bueno en lo que hace?

Él sonrió.

—No hay nada malo en la competencia. En realidad, puede sacar lo mejor de una persona. Usted se esfuerza por llegar a ser todo lo que puede ser. Y a medida que usted llega a ser la mejor, lleva a otros con usted en ese trayecto.

Verónica se recostó en su silla, con los dedos entrelazados debajo de su mentón. —Dígame más, entrenador Jordan.

—Pues, como entrenador, trato de escuchar más que hablar. Averiguo las esperanzas y los sueños de la persona. Por ejemplo, ¿cuánto tiempo ha estado usted en Holcomb?

Verónica le dijo y le dio información de su vida personal. Él respondió preguntándole acerca de sus relaciones románticas.

—Una persona tan atractiva como usted seguramente tiene alguna clase de relación de largo plazo.

Ella reprimió una sonrisa y se sonrojó.

—He tenido novios, si a eso es a lo que se refiere. Pero estoy esperando a que llegue el indicado.

—Pues eso es sabio. Mucha gente no espera por el indicado. Se aferran al primero que les dice que las ama. Usted es una joven inteligente, sabia, bella, y veo un futuro brillante para usted.

—¿Hace algo más que halagar a sus jugadores el entrenador?

Tony se rió.

—Estos no son halagos, es la verdad. Pero los compañeros de equipo tienen que tener una perspectiva correcta de sí mismos, una visión realista de sus fortalezas y sus debilidades.

Ella miró su reloj y cruzó los brazos.

—Mmmm. Parece que va a necesitar más tiempo para ayudarme a descubrir eso. Y tengo otra reunión en diez minutos.

—Hay mucho más de lo que tenemos que hablar —dijo Tony—. ¿Por qué no me da la oportunidad de continuar con esto en la cena?

Abrió bien los ojos y sonrió.

—¿Usted quiere llevarme a cenar?

Él asintió con la cabeza.

—Hay mucho más de que hablar. Además, yo pago. Mi servicio para la causa, y para agradecerle porque es muy fácil trabajar con usted.

—Entrenador Jordan, ¿es un problema que usted tenga un anillo en su dedo?

Él se quedó mirando el anillo de bodas que tenía puesto. El único problema era que le impedía ser realmente feliz.

—Mi esposa y yo estamos teniendo algunas luchas. En una larga línea de luchas.

—Pues, tal vez yo pueda ayudarlo a usted, entonces. Ya sabe. Ser una jugadora del equipo —Verónica miró su calendario y después a él—. Está bien, entonces será una cena.



Cuando regresó a su casa, Elizabeth se fue directamente a su clóset y, con resolución, sacó la silla puf, trasladó su ropa al clóset de la habitación adicional y luego llevó las cajas de zapatos al mismo lugar.

Se fue a su escritorio y abrió su Biblia y el diario de Clara. Mientras leía, podía oír la voz de la mujer, su estímulo, su consejo.

«No hay magia en el lugar en que ora. Pero las Escrituras sí dicen que vaya a su cuarto y ore en secreto, y su Padre celestial que ve lo que se hace en secreto la recompensará. Deshágase de cualquier distracción, y enfoque su

corazón y mente en Él. Reconozca que Él es Dios y que usted lo necesita desesperadamente».

Clara le había sugerido a Elizabeth que buscara varias oraciones en la Biblia y que meditara en ellas. Una de las favoritas de la señora era la oración del rey David al final de su vida.

«Esto es algo que puede memorizar y regresar a ello una y otra vez — había dicho Clara—. Si no puede pensar en qué orar o si se le acaban las cosas por las cuales agradecerle a Dios, vaya a esta».

La oración estaba en 1 Crónicas 29. A medida que Elizabeth escribía las palabras, las oraba desde su corazón.

Tuyos, oh SEÑOR, son la grandeza, el poder, la gloria, la victoria y la majestad. Todo lo que hay en los cielos y en la tierra es Tuyo, oh SEÑOR, y este es Tu reino. Te adoramos como el que está por sobre todas las cosas. La riqueza y el honor solo vienen de Ti, porque Tú gobiernas todo. El poder y la fuerza están en Tus manos, y según Tu criterio la gente llega a ser poderosa y recibe fuerzas. ¡Oh Dios nuestro, te damos gracias y alabamos Tu glorioso nombre!

Elizabeth pensó que esa era una estupenda forma de comenzar cualquier oración, recordándose a sí misma quién era Dios, e inmediatamente orando eso a Él.

Clara también había tomado tiempo para hablar de la confesión.

«Ahora bien, sea agradecida por las bendiciones, pero eleve sus necesidades y peticiones a Él. Si tiene algo que confesar, entonces confíeselo. Pídale perdón. Luego decida creer cuando Él dice que la ama y que cuidará de usted».

Elizabeth comenzó a orar mientras escribía y tuvo un nuevo pensamiento. En lugar de enfocarse en todas las cosas que Tony había hecho para ofenderla, escribió todas las cosas que ella había hecho para lastimarlo. Una vez que comenzó a escribir, se abrieron las compuertas y las lágrimas fluyeron, y ella vio las maneras en las que su propio corazón había fallado.

Era mucho más fácil recordar las fallas de su esposo. Escribir las propias le dio una sensación de dominio, que no solo tenía que reconocer las maneras en las que ella había fallado, sino decirle esas cosas a Dios y pedirle que aliviara su culpa y su vergüenza. Sabía también que en algún momento tendría que pedirle perdón a Tony.

Lo curioso fue que, a través de las lágrimas y de todo lo que escribía, el ejercicio trajo una sensación de libertad, de alivio y liberación al descubrimiento.

Clara había dicho que le pidiera la verdad a Dios.

«Descubra la verdad sobre Dios, quién es Él, cómo obra Él, cuánto ama. Y entonces descubrirá la verdad de usted misma, de su pecado, de las maneras en las que desagrada a Dios. Siempre es mejor saber la verdad de su vida, aunque duela».

Entonces Elizabeth le pidió a Dios la verdad. Escribió cada cosa verdadera que le llegó a la mente. Y con cada anotación, hizo una petición.

«Padre, confieso que he gritado y he interrumpido a mi esposo muchas veces. Me he enojado mucho con él, y en realidad no he escuchado. ¿Puedes perdonarme por mi tono de voz y por tratarlo de manera desagradable? Además, ¿puedes crear en mí un corazón que quiera responderle a Tony con amor y respeto, y que en realidad quiera oírlo? ¿Podrías hacer eso en mi corazón, Señor?»

«Luego, ore por el corazón de su esposo, por el de su hija y por el de cualquiera que el Señor lleve a su mente —había dicho Clara—. Y no se apresure. Tómese su tiempo. Luego, escuche».

Escuchar a Dios. Qué idea. Qué pensamiento tan radical, hacer una pausa lo suficientemente larga como para escuchar activamente que Dios hable. Elizabeth sabía que no sería una voz audible lo que escucharía, sino que el proceso de leer la Biblia y el deseo de que Dios esté a su lado produciría cosas buenas. Eso es lo que Clara había dicho, y la señora parecía saber de lo que hablaba.

Preparó tres pedazos de papel para la pared de su clóset: uno para Tony, uno para Danielle y uno para ella misma. En el de Tony, enumeró oraciones por su trabajo, por su papel como padre y esposo, por sus amistades y por su

corazón. Le pidió a Dios que le llevara alguien a su vida que le dijera la verdad.

«Únenos en matrimonio, Padre, y únenos como padres para hacer lo mejor para nuestra hija. No permitas que el enemigo nos separe. Sea lo que sea que tengas que hacer para arrancarnos a mí y a él de nuestra dependencia en nosotros mismos, ¿podrías hacer que ocurra? ¿Podrías unirnos de una manera que haga que nos aferremos a Ti sin que nada importe? Únenos para que podamos darte gloria, así como lo dijo Clara».

Se recostó en la silla y miró lo que acababa de escribir. ¿En realidad quería decir eso? ¿En realidad estaba lista para rendirse? Se veía bien en el papel, pero ¿cómo funcionaría en el mundo real?

Además, ¿funcionaría? ¿Respondería Tony? Le entró un poco de duda. ¿Estaba haciendo esto solo porque una anciana había ofrecido la esperanza como una zanahoria que cuelga de un cordón? ¿O era real la sensación que ella estaba percibiendo? Si Tony no cambiaba, si las cosas empeoraban, ¿dejaría de creer? ¿Dejaría de orar?

Miró la sección del diario de Clara que tenía versículos acerca de la duda. Uno de Hebreos 11 destacó, y ella lo copió.

De hecho, sin fe es imposible agradar a Dios. Todo el que desee acercarse a Dios debe creer que Él existe y que Él recompensa a los que lo buscan con sinceridad.

Ella cerró sus ojos y elevó su voz, susurrando al cielo:

«Dios, yo quiero tener fe. Creo que existes. Creo que Tú recompensas a la gente que te busca sinceramente. Y eso es lo que hago. Con todo lo que hay en mí, quiero conocerte. Y te pido ahora mismo que me des la clase de fe que necesito para ser la esposa, la madre, la persona que Tú quieres que yo sea. Te agradezco porque respondes al clamor de un corazón como este. Quiero hacer como dice la señora Clara, quiero rendir toda parte de mí a Tu

voluntad, a Tu bondad, misericordia y gracia. Apunta un reflector en las áreas donde nunca te he dado el control. Y gracias por traer a esta mujer a mi vida. En el nombre de Jesús, amén».

Se sintió como una victoria. Se sintió como un movimiento hacia Dios y hacia su familia. Se sintió como que Elizabeth estaba llegando a estar completa, en lugar de fracturada en pequeños pedazos. Y comenzó a ver las formas en que Dios ya había obrado en su vida. Él le había dado una familia, y ella rara vez le agradecía por eso. Dios le había dado un trabajo que disfrutaba. La sensación de realización cuando una familia se trasladaba a su casa propia era asombrosa, y ella le agradeció a Dios por la oportunidad de ganarse la vida ayudando a otros. Pensó en Mandy y en Lisa de la oficina y en los clientes que habían sido amables. Debía comenzar una página para ellos. Entonces pensó en los clientes que la habían engañado. ¿Qué iba a hacer con la ira, el dolor y el resentimiento que sentía hacia ellos? Bueno, Dios tendría que lidiar con ella en cuanto a esa gente, y ella estaba dispuesta a abrir esa puerta, por doloroso que fuera.

Después de cenar con Danielle, Elizabeth regresó a su clóset y pegó las tres páginas en la pared. Mientras lo hacía, su teléfono sonó con un mensaje de texto. ¿Cómo iba a manejar la distracción del teléfono con esta nueva vida de oración que tenía? Imaginó que Clara le diría que lo silenciara y que lo revisara después.

Le dio un vistazo al mensaje y vio que era de su amiga Missy. Ella le había enviado un mensaje de texto a Elizabeth antes acerca de unas tiendas nuevas de la ciudad. Pero este mensaje decía:

Liz, soy Missy. Estoy en Raleigh. Acabo de ver a Tony en un restaurante con una mujer que no reconocí. ¿Es alguien que conoces?

El corazón de Elizabeth se detuvo. Miró el mensaje y lo volvió a leer. Tal vez sus temores en cuanto a Tony eran ciertos. Tal vez la mirada que le dio a la chica en la iglesia no era nada comparado con lo que hacía en el camino. Sintió flojas las piernas y se apoyó en el estante. Sostuvo el teléfono contra su corazón. Sintió como un puñetazo en el estómago, como si todo el aire

hubiera salido de sus pulmones y su mente comenzó a girar, como un vértigo espiritual. Trató de recuperar el equilibrio, trató de evitar que su mente se llenara de posibilidades.

Mientras había estado orando por su esposo, orando para que Dios obrara en su corazón, confesándole sus propios pecados a Dios, Tony la había estado engañando. El pánico surgió en ella como una inundación. Quería llamarlo y decirle que sabía exactamente lo que hacía. Había visto la forma en que algunas mujeres se desquitaban, arruinando vidas y atacando verbalmente con ira, y el pensamiento pasó por su mente: podía hacerle la vida realmente incómoda. Pero cuando dejó el teléfono, vio su Biblia.

Tomó la copia cubierta de cuero y se hundió en el piso con su espalda sobre el tocador empotrado. No veía nada, no podía enfocarse, pensar ni respirar. Entonces recordó su oración. Le había pedido a Dios que le diera fe. Se había rendido a Su cuidado. Tal vez esa era su oportunidad para caminar con Él en un lugar demasiado difícil como para caminar sola.

Con completa dependencia en un poder que ella sabía que no era de ella, miró hacia arriba y oró:

«Dios... Te necesito. Sé que no he orado como debía hacerlo. Sé que no te he seguido como debía hacerlo. Pero te necesito ahora mismo».

Sola en ese clóset, en ese cuarto de guerra, su corazón se desbordó y ella dejó que la fuente se derramara a los pies del mismo Dios.



El restaurante que Verónica había sugerido era costoso, pero Tony pensó que el ambiente era perfecto. Y también lo era ella. Se había puesto un vestido blanco, satinado, y su cabello le caía a los hombros. Era como una visión, su rostro iluminaba el salón. Aunque el lugar estaba lleno, se sentía como si solo ellos estuvieran allí.

Él le sonrió.

—Quiero agradecerle por reunirse conmigo esta noche. Ha ido más alto y más allá del deber.

—Gracias por sugerirlo, entrenador —dijo ella.

Él no pensó en su esposa ni en su hija. No pensó en la promesa que había hecho. Tony simplemente estaba viviendo el momento, eso era lo que había aprendido de la vida. Uno tiene que estar totalmente enfocado, dondequiera que se encuentre, ya sea en la cancha de baloncesto, o en una visita de ventas, o en un restaurante con una chica bella que no era su esposa. No había nadie allí que lo viera observándola, y él asimiló todo lo que había en ella.

Su camarera se acercó, una mujer bonita de veintitantos años, con el cabello retirado hacia atrás. Trajo agua con rodajas de limón y dijo que les daría unos minutos con el menú.

Verónica examinó el suyo.

—Es un poco caro, ¿verdad?

—No para una cliente valiosa —dijo él—. Y usted tiene que comenzar a creer que se merece algo fino como esto.

—¿De veras?

—Si usted no cree que se merece lo mejor, otros tampoco lo creerán —dijo Tony—. Pruebe cualquier cosa que quiera.

Ella levantó la vista y lo miró, y él pudo notar que disfrutaba la atención. Él disfrutaba la atención también. Y la vista. Había algo en esa chica, algo en la mirada de sus ojos que indicaba deseo e inteligencia, y que ella era una persona que tomaba lo que quería. Ya tenía que haber interpretado sus señales. Tony estaba interesado en ser más que su entrenador.

Pidieron bebidas y Tony pidió un aperitivo para que los dos lo compartieran. Él le mostró la mejor manera de comer el cóctel de camarones, pellizcando la cola para sacar toda la carne.

—¿También es mi entrenador de comida? —dijo Verónica.

—Seré la clase de entrenador que usted quiera —dijo Tony levantando las cejas.

—Eso suena peligroso —dijo ella.

—La vida es peligrosa. Está llena de opciones. Y es demasiado corta como para no disfrutarla.

—¿Es esa su filosofía de vida? ¿Solamente disfrutar?

—Mi filosofía de vida es ayudar a que otros lleguen a ser ganadores. Si uno hace eso, también gana.

—¿Es esa la regla del entrenador Tony?

—Verónica, veo un gran potencial en usted. Obviamente Holcomb también lo ve, o usted no tendría el puesto que tiene. Y cuando veo a alguien con la clase de habilidades, inteligencia y encanto que usted tiene...

—¿Encanto? —ella se rió—. Nadie me había dicho eso en mucho tiempo. Pensé que el encanto era para las princesas de los cuentos de hadas.

—El encanto es una cualidad innata que poca gente tiene. Hechiza a la gente que la rodea. Atrae a otros como las flores atraen a las abejas.

Ella le dio un sorbo a su bebida y se pasó la lengua por los labios.

—Sin duda parece que hay muchos zumbidos por aquí ahora.

Tony se rió. Algo en su interior se estremecía y no podía suprimirlo. Algo que sentía que había muerto hacía mucho tiempo estaba naciendo de nuevo. Y no podía esperar a ver cómo progresaba la noche.



Elizabeth batallaba con Dios, con Tony y con su propio corazón en el clóset.

«Señor, he estado tan enojada con Tony. Y todavía estoy enojada con él. Pero no quiero perder mi matrimonio. Señor, perdóname. Perdóname. Yo no soy su jueza, Tú sí. Pero te lo estoy pidiendo, por favor».

Ella levantó sus manos en señal de súplica, luego las empuñó.

«Por favor, no permitas que él haga esto. Encárgate de esto. Por favor, encárgate. Toma mi corazón y quita toda esa ira. Ayúdalo a amarme otra vez. Y ayúdame a amarlo».

Una imagen pasó por su mente. Tony en la cena. Luego Tony en un automóvil con otra mujer, conduciendo hacia un hotel. ¿Era de Dios? ¿Era cierto? Parpadeó e hizo la imagen a un lado.

«Si él está haciendo algo malo, no permitas que se salga con la suya. Ponte en su camino. Te estoy pidiendo, por favor, que me ayudes».

Aparecieron sus lágrimas otra vez, y ella quería encogerse como una pelota y rodar hacia una esquina. Quería que todo se acabara, todo el conflicto en su vida, en su matrimonio. Su corazón latía rápidamente, la

habitación la oprimía, y ella sabía que la única manera de avanzar era con Dios. Pero parecía un sendero muy angosto hacia adelante.

Mientras lloraba, habló con Dios en silencio.

No entiendo esto, Señor. Siento que he vuelto a Ti y te he pedido ayuda, y ahora Tú pones esto sobre la mesa. ¿Me estás castigando?

Sentía que las lágrimas caían por sus mejillas. Quería golpear la pared y tomar la mano de alguien, pero no había nadie allí.

La verdad.

No oyó ninguna voz audible, solo tuvo una impresión en su mente. *La verdad.* Había orado por la verdad de sí misma, de Dios. Quería tratar con la verdad y no con lo que pudiera imaginar. Clara había dicho: «Siempre es bueno saber la verdad de su vida, aunque duela». ¿No había algo en la Biblia acerca de que la verdad lo libera a uno? Estaba segura de que Jesús había dicho eso. Probablemente no significaba saber la verdad de que su esposo había salido con otra mujer, seguramente eso no podría liberarlo a uno; aun así, saber la verdad era mejor que vivir en la oscuridad. Vivir con la verdad era mucho mejor que vivir con lo que uno esperaba que la vida fuera. Saber la verdad acerca de su diagnóstico, o de su cuenta bancaria, o de su matrimonio, era mejor que creer en algo que no era cierto.

Oh, Señor, tengo miedo —oró Elizabeth—. Estoy asustada. Allí está la verdad. Pero si este mensaje acerca de Tony es correcto, si está con alguien más y allí es donde nos encontramos, gracias por mostrármelo. Tan difícil como es de soportarlo, gracias por dejar que vea la verdad ahora y no que la averigüe en el camino. Pero no sé qué hacer.

Ella dejó que esas palabras hicieran eco en su corazón. *No sé qué hacer.*

Eso no era cierto. Sabía qué hacer. Podía seguir donde se había quedado en su lista. Vio las palabras en las páginas de la pared y algo destacó, algo que Clara había copiado de su Biblia.

El propósito del ladrón es robar y matar y destruir; Mi propósito es darles una vida plena y abundante.

Tony probablemente pensaba que buscar otra relación le daría vida. Alguien más bonita o más joven lo haría feliz. Pero la verdad era que solamente lo llevaría a la muerte, a la muerte de su matrimonio. Él probablemente estaba tan cansado como Elizabeth de todas las peleas y riñas. ¿Cómo podía él aceptar esa mentira?

Miró la pared y leyó en voz alta el siguiente versículo:

El Señor es fiel; Él los fortalecerá y los protegerá.

El Señor es fiel; el Señor los fortalecerá. Él los protegerá.

Se enfocó en esas palabras y su corazón, de alguna manera, se sintió más liviano. Dios había visto lo que ocurría. Él conocía su necesidad. Y Él sabía que Tony se dirigía por un camino que lamentaría por el resto de su vida, si lo que ella temía era cierto.

Puso su mano en la pared y miró el siguiente versículo que había copiado:

Humíllense delante de Dios. Resistan al diablo, y él huirá de ustedes.

Repitió el versículo y se secó las lágrimas, en tanto que un sentimiento circulaba en ella; llámese fuego, resolución o determinación —cualquiera que fuera el término— surgió y ella se alzó, y finalmente lo entendió. Si ella se sometía a Dios, lo cual ya había hecho al pedirle que Él tomara el control de su vida, entonces podría resistir al diablo. Estaba resistiendo las ganas de inclinarse hacia la ira y la amargura, o a cualquier cosa que no fuera Dios mismo, y se estaba manteniendo firme por el corazón de su esposo, por la vida de su familia. Si esas cosas eran ciertas, y por fe creía que lo eran, el enemigo no tenía opción. Solamente había una cosa que él podía hacer. Tenía que irse. Se limpió las nuevas lágrimas y se puso de pie, caminó a la sala y miró como si hubiera fuerzas invisibles tras bambalinas. Recordó lo que Clara le había dicho aún antes de que comenzara a estudiar con ella.

«Veo en usted una guerrera que necesita ser despertada».

Ahora bien, allí estaba Elizabeth de pie, totalmente despierta para la batalla.

«Yo no sé dónde estás, diablo —dijo en voz alta—, pero sé que puedes oírme».

Miró a la chimenea de piedra y a los muebles del salón.

«Has jugado con mi mente. Y por demasiado tiempo te has salido con la tuya. ¡Ya basta! ¡Esto se acabó!».

Entró a la cocina, donde la luz se reflejaba en el mostrador de granito. Miró hacia atrás, de donde acababa de venir.

«Jesús es el Señor de esta casa, ¡y eso significa que ya no hay lugar para ti aquí! ¡Así que llévate tus mentiras, tus argucias y acusaciones, y sal de aquí! ¡En el nombre de Jesús!».

Elizabeth podía oír que la voz de Clara hacía eco en su cabeza —la manera en que ella diría esas palabras. Abrió la puerta de atrás y caminó por el patio.

«No puedes tener mi matrimonio, no puedes tener a mi hija, y, definitivamente, ¡no puedes tener a mi hombre! Esta casa está bajo una nueva administración, ¡y eso significa que tú quedas afuera!».

Entró y cerró la puerta de un golpe. Entonces algo hizo clic en su mente y abrió otra vez la puerta y salió.

«¡Y otra cosa! Estoy muy cansada de que me robes mi alegría. Pero eso también está cambiando. Mi alegría no llega de mis amigas, no llega de mi trabajo, ni siquiera llega de mi esposo. Mi alegría se encuentra en Jesús, y en caso de que lo hayas olvidado, Él ya te derrotó. Así que, ¡regresa al infierno donde perteneces y deja en paz a mi familia!».

Elizabeth volvió a cerrar la puerta de un golpe, y eso lo sintió como el signo de exclamación de su proclamación. Finalmente estaba tomando el control. No, eso no era cierto. Ella se quitaba del camino y dejaba que Dios tomara el control. Iba a caminar con Él, ponerse de acuerdo con Él en lugar de con su enemigo. Ya no sería gobernada por el temor ni por las acciones de alguien más.

Al volver a entrar a la casa, miró por las escaleras hacia arriba y vio a Danielle que la miraba confundida. No había manera de explicarle este cambio, por lo que no lo intentó. Solamente siguió avanzando de regreso a su clóset, de regreso al cuarto de guerra. Había algo urgente que tenía que decir, algo que necesitaba hacer de rodillas.

Llegó al clóset y se arrodilló, cerrando la puerta.

«Padre, ahora te pido que intercedas por mí. No sé cómo funciona nada de esto. No sé si envías ángeles o si Tu Espíritu Santo obra de esta manera. Pero no necesito saber cómo es que funciona. Necesito creer que Tú puedes hacer lo que te pido. Y te pido por fe que evites que mi esposo haga algo que va a lamentar. Páralo de alguna manera, Señor.

»Si Tony te está honrando, bendícelo. Pero si hace algo malo, no permitas que tenga éxito. Ponte en su camino, Jesús».

Ella dejó que las palabras flotaran hacia el cielo y se dio cuenta de que algo había cambiado. Algo maravilloso y reconfortante había caído sobre ella. Era más que un sentimiento; era una convicción profunda de que ya no iba a pasar por la vida sola. Dios estaba con ella. Tal vez Él había estado allí todo el tiempo y ella no se había dado cuenta. Pero Él iba a caminar con ella a través de todo esto. Y estaba ansiosa por ver lo que Dios estaba por hacer.

CAPÍTULO 9



Tony alejó su plato y se limpió la boca con una servilleta. La camarera preguntó si querían algún postre y Verónica lo rechazó cortésmente.

—¿Está segura? —dijo Tony—. Yo invito. Podemos compartir un *crème brûlée*.

Verónica sonrió y negó con la cabeza.

—No puedo comer ni un bocado más. Pero si usted quiere, adelante.

—Tráiganos la cuenta —dijo Tony, y la camarera desapareció.

Verónica se inclinó hacia delante.

—¿Sabe qué me gustaría ahora mismo?

—Dígame.

—Una copa de mi vino favorito.

—Está bien. Podemos hacer eso —dijo sin vacilar—. ¿Cuál es?

—No lo tienen aquí. Está en mi apartamento.

Ella le dio una mirada, y Tony también la miró. Él había pensado que comenzaría con la cena, que la llegaría a conocer mejor y dejaría que las cosas siguieran adelante a un paso mesurado. Pero sus palabras eran claras. Ella estaba lista.

Tony sonrió.

—Bueno, si es su favorito, me gustaría probarlo.

—Creo que le gustará.

La camarera reapareció y le entregó la cuenta a Tony.

—Aquí tiene, señor. Espero que tengan una noche maravillosa.

—Gracias —dijo Verónica. Miró a Tony—. La tendremos.

Él sacó su billetera, emocionado, como un chico de secundaria que le había pedido a la chica más bonita de la escuela que lo acompañara al baile de graduación y ella había dicho que sí. No solo al baile sino a toda la noche.

No podía esperar llegar al apartamento de Verónica. No podía esperar ver qué pasaría después de una copa de vino.

Al mover su silla, sintió que el estómago le gorgoteaba. Y no era algo ligero. Se sentía como algo grande, un dolor curioso que no había experimentado desde una conferencia a la que había ido cuando acababa de unirse a la compañía. Varios del grupo habían comido en un banquete un pollo mal preparado y todos habían pagado el precio. Pero la comida que acababa de comer estaba cocinada a la perfección. Seguramente no era una intoxicación alimentaria.

Tony firmó la factura y agregó una propina generosa. Pensó que tal vez solamente estaba nervioso, y que por eso sentía cosquillas en el estómago y más. Pero mientras guardaba su tarjeta de crédito, sintió que su estómago estaba a punto de dar una voltereta. El salón daba vueltas y giraba como si hubiera estado en un juego de un parque de diversiones, o como si estuviera mirando uno de esos espejos de feria que hacían que el rostro de uno fuera demasiado gordo o alargado.

—Oiga, Verónica —dijo Tony, tratando de actuar tranquilo mientras el dolor se intensificaba—. Necesito un minuto, ¿está bien? Volveré pronto.

Ella lo vio levantarse.

—Está bien.

Entró al baño y se miró en el espejo. *¿En realidad vas a hacer esto?, pensó. Ahora mismo hay una joven esperando para llevarte a su casa.*

Mientras miraba su reflejo, con su mente que daba vueltas, la imagen de Elizabeth apareció por un momento. Parpadeó, y después vio a Danielle. El dolor en su estómago se intensificó. Puso a correr agua en el lavamanos y la salpicó en su cara, gimiendo mientras lo hacía. La revolución interna crecía y de repente no pudo contenerla. Abrió de golpe la puerta del compartimiento y llegó al inodoro justo cuando el gorgoteo se convirtió en un géiser.



Elizabeth todavía estaba de rodillas, todavía oraba. No podía dejar de llamar a la puerta del cielo. Había una carga tan pesada en su corazón que no podía refrenar de hacerlo. Sentía que todo su ser se consumía con la convicción.

«Jesús, Tú eres Señor. Tú puedes hacer volver el corazón de Tony a Ti. Así que no importa lo que se requiera, Señor. Confío en Ti».

Esta noche, la mente de Elizabeth no vagó como otras veces en la oración. Cuando se le acababan las formas de pedirle a Dios que alcanzara a Tony, le agradecía a Dios por cosas como Missy y su mensaje de texto.

«Señor, ¿cuáles son las posibilidades de que ella estuviera en el mismo lugar que Tony? ¿De que ella viera lo que vio? Tú la colocaste allí por alguna razón, y me hiciste saber esta información. Te agradezco y por eso te pido que la uses para el bien de Tony. Te pido que no lo castigues si está haciendo algo malo para mí y para Danielle, sino permítele tomar buenas decisiones. Ayúdalo a buscarte. No permitas que el enemigo tenga la victoria en su corazón. Señor, haz lo que tengas que hacer para hacerlo entrar en razón».

No había garantías en la oración. No podía saber si Dios haría algo milagroso, o si al menos la estaba escuchando. Pero por fe creía que Dios no solo oía sino que estaba obrando en el corazón de Tony en ese mismo momento.



Tony había intentado salir del baño dos veces, solo para tener que regresar y soportar otra vuelta de contracciones de estómago, y la terrible pérdida de esa cena costosa. Se preguntaba si Verónica podía oírlo afuera, porque el ruido que hacía no era nada romántico. Un hombre había entrado, brevemente, y había salido cuando oyó a Tony. No podía culpar al tipo.

Cuando era niño, Tony había odiado hasta la idea de vomitar. Había sentido el estremecimiento de su estómago muy tarde una noche estando en la cama y había corrido por el pasillo en busca de su madre, luego había regresado corriendo al baño, había asomado la cabeza por la puerta y había expulsado su cena sobre la alfombra. Esa era una historia que a su madre le encantaba contar, y cuando Danielle iba a ver a su abuela, siempre le pedía

que se la repitiera, y ella y Elizabeth se reían y reían. Él tenía que admitir que era una historia divertida, pero la idea de enfermarse así lo había aterrorizado de niño. Incluso como adulto, hacía todo lo posible por evitarlo, y cuando Danielle se enfermaba, dejaba que Elizabeth cuidara de ella en cuanto a eso.

Tony se enderezó para tomar aire y se limpió los ojos. ¡Vaya! ¿Qué había sucedido? Un minuto estaba bien y al siguiente estaba violentamente enfermo, como si un tornado hubiera atacado su interior. Se miró en el espejo. Se veía como si hubiera luchado varios asaltos contra un boxeador profesional. Se lavó la cara otra vez y dejó que el salón dejara de dar vueltas, luego se recompuso y se dirigió al frente del restaurante.

Verónica lo esperaba en la puerta, con una cara de preocupación.

—¿Está bien?

Su estómago dio otra vuelta. Necesitaba llegar a su automóvil. Si solamente pudiera entrar y sentarse, tal vez se sentiría mejor.

—Verónica, lo siento, pero tengo que volver a mi habitación del hotel.

—Bueno, puedo ir con usted.

—No, es decir, no me siento bien. Necesito acostarme.

Ella lo miró haciendo un puchero.

—Cariño, puedo cuidar de ti.

Si ella lo hubiera oído en el baño, no habría estado tan dispuesta a seguirlo.

—No, está bien. Yo la llamo después. Pero necesito irme.

Tony salió caminando lentamente, el suelo giraba debajo de él. Tuvo que cerrar sus ojos cuando se acercaba al automóvil y respirar profundamente. Miró de vuelta a Verónica. Ella se dirigía a su automóvil; se veía lastimada y confundida.



Elizabeth no estaba segura de cuánto tiempo había estado en su clóset, pero llegó un momento en el que sintió que había terminado su trabajo. Quería llamar a Tony o enviarle un mensaje de texto y preguntarle con quién estaba.

Quería llamar a su hotel, si pudiera rastrearlo, y ver si podían enviar a alguien a llamar a su puerta.

Tal vez solo un mensaje de texto, pensó ella. Algo como *Estoy orando por ti*. No, eso sería como decirle que lo estaba controlando. Quería confiar en Dios completamente. Y no se preocuparía de esto toda la noche. Lo estaba dejando en las manos de Dios. Si Tony aparecía en su mente, ella oraría. De otra manera, tenía que seguir adelante. Hacer las cosas que le tocaba hacer.

Elizabeth se lavó la cara, vació la secadora y llevó la canasta con ropa a su habitación. Cuando vació la ropa para doblarla en la cama, Danielle entró, ya con sus pijamas puestas.

—¿Qué le pasó a tu clóset? —dijo ella.

Elizabeth sonrió y se sentó en el extremo de la cama, luego le hizo señas a Danielle para que se sentara a su lado. Danielle obedeció. Se estaba poniendo tan grande, tan madura. Solo tenían ocho años más con ella; no, menos que eso. Pronto se iría a la universidad y entonces conocería a algún chico, se casaría y comenzaría una familia.

—Estoy haciendo algo que tendría que haber hecho hace mucho tiempo —dijo Elizabeth—. Estoy aprendiendo a orar, a luchar y a confiar.

Danielle se veía como si estuviera tratando de asimilar las palabras de su madre.

—¿Limpiando tu clóset?

—No. Bueno, sí. Pero no. Es decir... —Elizabeth trató de pensar en la mejor manera de ayudar a su hija a entender lo que ella misma apenas había llegado a entender—. Necesitaba limpieza, pero esa no es la razón por la que lo hice. Lo hice para luchar en oración.

Danielle la miró, confundida.

—¿Estás luchando contra Dios?

—No, no lucho contra Dios. Bueno, a veces sí peleo con Dios. Pero no debería hacerlo porque Él siempre gana. Así que oro para que Dios luche por mí, porque estoy cansada de perder, pero no contra Dios. Necesito perder contra Dios.

No estaba haciendo un buen trabajo al explicarlo. Hizo otro intento.

—Estoy cansada de perder en otras áreas donde simplemente lucho, pero pierdo todo el tiempo. Es agotador, por lo que estoy aprendiendo a no luchar contra Dios y a dejar que Él luche por mí, para que todos podamos ganar. ¿Tiene sentido?

Danielle frunció el ceño y la miró como si su mente hubiera girado en una licuadora.

—No.

—¿Sabes algo? —dijo Elizabeth—. No me doy a entender muy bien cuando estoy cansada.

—Debes estar muy cansada.

Elizabeth no pudo contener una sonrisa.

—Simplemente vamos abajo a comer un refrigerio y te lo volveré a explicar. ¿Está bien?

Danielle se levantó de un salto e hizo una carrera con ella a la cocina. Hicieron batidos de fruta, aunque Elizabeth se puso firme y se rehusó a incluir gusanillos de gomita ni jarabe de chocolate tan avanzada la noche. Mientras cortaban los bananos y agregaban las bayas congeladas, el yogur y un poco de granola, Danielle dijo:

—¿Está Papá en otro viaje?

—Sí, tuvo que ir a Raleigh.

—¿Por qué tiene que estar lejos tanto tiempo?

—Es parte del trabajo. Es inevitable cuando se es vendedor.

—Me gustaría que estuviera más en casa —dijo Danielle—. Más o menos.

—¿Qué quieres decir con “más o menos”?

—Me gusta cuando está en casa, pero no me gusta cuando ustedes pelean.

Elizabeth sirvió los batidos en dos vasos. Era un brebaje tan espeso que las cucharas se quedaban paradas inmóviles.

—A mí tampoco me gusta cuando peleamos. Y espero que eso cambie muy pronto.

—¿Por esa razón es que vaciaste tu clóset?

—Más o menos.

—¿Qué quieres decir con «más o menos»? —dijo Danielle.

Elizabeth se rió. Una niña tan inteligente. Si ella y Tony solamente pudieran arreglar sus vidas, podrían verla crecer juntos y ser buenos modelos para ella. Podrían demostrar cómo era la reconciliación.

—Danielle, yo no he sido la madre que necesito ser contigo. No he sido la esposa que debo ser. He criticado a tu padre, he tratado de hacer que vea todas las cosas malas que ha hecho, y no he visto muchas de las cosas que yo he hecho y que son hirientes. Por eso le he pedido a Dios que me perdone. Le pedí que entrara y limpiara mi corazón, como lo hice con el clóset.

Danielle se enfocó en su batido mientras su madre hablaba, y tragaba cucharadas colmadas del brebaje frío mientras escuchaba.

—Voy a disculparme con tu padre cuando llegue a casa. Pero creo que también te debo una disculpa.

Danielle levantó la vista para verla.

—¿Tú quieres disculparte conmigo?

Elizabeth sonrió.

—Lo siento mucho, cariño.

Su hija arrugó la frente.

—Tú no hiciste nada malo, Mamá. Tenías razón de estar enfadada con Papi. Él te gritó mucho.

—Yo tenía razón de estar enfadada por algunas de las cosas que él ha hecho, pero no enfrenté bien esas cosas. Dejé que mi enojo me guiara. Lo que digo es que quiero amarte a ti y a tu padre así como Dios me ha amado a mí. Él ha sido muy bueno con todos nosotros. Y quiero demostrarles ese amor a ti y a tu papá. ¿Tiene sentido eso?

Danielle no respondió. Solamente tomó más batido, dejó la cuchara y cruzó los brazos sobre la mesa que estaba frente a ella.

Parte de ser un buen padre era saber cuándo decir algo y qué decir, pensó Elizabeth. La parte más difícil de criar hijos era saber cuándo no decir nada y escuchar.

Finalmente, Danielle levantó la vista y miró a su madre con algo que parecía pesar.

—No eres la única que necesita amar de esa manera.

—¿Qué quieres decir, cariño?

—Yo tampoco he sido la hija que quiero ser.

Su barbilla se estremeció y sus labios comenzaron a temblar.

Elizabeth tomó a su hija en sus brazos y la apretó fuertemente cuando Danielle comenzó a decir algunas de las cosas que había en su corazón y que había retenido. Cosas pequeñas, cosas que había dicho, que habían ocurrido en la escuela, simplemente se derramaron allí en la mesa, y Elizabeth le acarició la cabeza y la dejó hablar. A medida que Danielle confesaba las cosas que se había guardado, Elizabeth cerró sus ojos, dirigió su rostro al cielo y susurró: «Gracias, Jesús».

Las dos oraron juntas allí en la mesa. Se terminaron sus batidos y parecía que a Danielle se le había quitado un peso de encima.

—¿Podrías ayudarme a hacer algo? —dijo Danielle, después de que lavaron los platos.

—Se hace tarde, cariño. ¿De qué se trata?

—¿Podrías ayudarme a limpiar mi clóset?

La pregunta hizo que Elizabeth quisiera llorar y gritar al mismo tiempo. Quería llamar a Clara inmediatamente y decirle que tenían otra guerrera de oración para agregar al pelotón.

—¿Sabes qué voy a hacer? —dijo Elizabeth cuando despejaron un espacio en el clóset de la niña—. Voy a comprarte un diario de oración como el que tiene la señora Clara. ¿Te gustaría eso?

Danielle abrió mucho los ojos y le dio otro abrazo a su mamá.



Tony se despertó con una jaqueca y con dolor de estómago. Se tambaleó por el corredor hacia una máquina dispensadora y compró un agua gaseosa para tranquilizar la agitación de su estómago.

Había pedido la comida de Verónica la noche anterior y los dos había comido lo mismo. Se preguntaba si ella se había enfermado. Una llamada rápida podría resolver el misterio, pero decidió no hacerlo.

¿Habría sido la comida? Tal vez se había contagiado con un virus. Uno nunca sabe con todos los gérmenes que flotan alrededor. Alguien con gripe pudo haber usado la misma bomba de gasolina, o podría haber sido la persona en la fila para pagar en la abarrotería; además, había estrechado cientos de manos en los últimos días.

Volviendo a su habitación, miró las noticias y bebió el agua. Pareció calmarlo un poco. Se dio una larga ducha caliente y se preparó para el día. Revisó sus mensajes y su calendario en su teléfono. No estaba demasiado ocupado con llamadas de ventas, pero había suficiente para mantenerlo en el camino por un par de días más.

Había un mensaje de texto de Verónica. Revisó la hora y supuso que había estado dormido cuando el texto llegó, la noche anterior.

Lamento que no se haya sentido bien. Espero que hoy esté mejor. ¿Se va a quedar en Raleigh? Llámeme.

Presionó Responder. Seguramente me contagié con un virus. Lo siento mucho por haberme ido de esa forma. Tengo que compensarla por eso.

Estaba a punto de presionar Enviar, cuando otro dolor lo atacó y corrió al baño. Algo lo estaba afectando seriamente por dentro. Unos cuantos minutos después regresó al teléfono y encontró un mensaje de Danielle. Había usado el teléfono de su madre.

Te amo, Papi. Espero que tengas un buen día. Te veo pronto.

Sonrió. Su niñita estaba creciendo. Y algo en las palabras lo hizo pensar en el futuro de ella. Él había crecido solo con su madre, pues su padre se había ido y después se había divorciado de su madre. Él y su padre ahora se relacionaban un poco, pero él siempre había estado más cerca de su madre. Él había jurado que nunca haría que un hijo suyo pasara por eso. La vida era lo suficientemente difícil con dos padres, especialmente con unos que peleaban tanto como lo hacían él y Elizabeth. ¿Estaría mejor Danielle con ellos juntos, o separados? ¿Y cómo reaccionaría ella ante otra mujer en su vida? ¿Alguien como Verónica?

Regresó a la respuesta que había escrito y presionó el botón de Borrar. Llamaría a Verónica más tarde para explicarle.

El conflicto que sentía en casa y el impulso hacia Verónica solo lo llevó a algo más que se estaba fraguando, una nube que había encima de él. Algo había crecido en su corazón que lo despertaba por la noche y era parte de la razón por la que no le gustaba ir a la iglesia e incluso a no hablar con su amigo Michael.

Se había prometido cientos de veces que dejaría de robar muestras. Lo había hecho por error la primera vez. Una cajita de un medicamento bastante caro se había quedado atorada en el fondo de su estuche de muestras, y el doctor en la clínica había firmado para confirmar la cantidad sin siquiera mirar el formulario. Solo había puesto su garabato y Tony se había ido. Después, cuando Tony revisó el estuche, encontró la cajita. Se dijo que la devolvería al doctor en el siguiente viaje, pero una cosa llevó a otra y encontró a un tipo que conocía a un tipo y el billete de cien dólares le había parecido una buena ganancia. Había estado agobiado por las dificultades financieras y el efectivo extra le había dado algo de alivio que no parecía recibir de otra manera.

Pero el único incidente se convirtió en una segunda vez, que no había sido un accidente, y todo pareció escalar desde allí. Razonaba que la compañía ganaba tanto dinero que nunca les haría falta unos cuantos frascos adicionales de esto o aquello. Además, en realidad no le pagaban lo que él valía, por lo que esa era su manera de tomar un pequeño bono adicional. En realidad le ahorra a la compañía tener que pagarle, y él ahorra al no tener que pagar impuestos. Y el gobierno ya recibía más de lo que merecía, en lo que a él le concernía.

Tony pagó su cuenta y se fue del hotel, pasando rápidamente por el bufé de desayuno sin pensar en comer algo. Condujo hasta su primera cita en el centro médico. Era un centro de mucha actividad, incluso temprano en la mañana. Abrió el baúl de su auto, sacó las muestras que presentaría y, revisando el estacionamiento, apartó dos para sí. Cerró con llave el auto, entró y recordó los nombres de la recepcionista y del doctor que esperaban su entrega.

La señora Clara



Clara le había hablado enérgicamente a Elizabeth y con gran convicción el día anterior, y eso la molestaba. En medio de la noche se había levantado de la cama y se había deslizado al suelo.

«Oh, Señor, esa chica parecía como una niña sedienta, parada a la par de un hidrante. Y cree que yo soy una gigante espiritual, pero Tú sabes lo débil que soy. Lo defectuosa que soy.

»Guerrera de oración —susurró dentro de sí y luego se rió—. Sabes que no lo soy. Solo soy alguien que ha llegado al final de sí misma y de su capacidad de arreglar las cosas».

Había cosas por las que Clara había orado por décadas que no habían cambiado. Ese hecho no la detenía. Había gente en su lista de oración que estaba desde la primera vez que había hecho una. Solamente trasladaba los nombres de una página usada, manchada de lágrimas, a otra y seguía orando, seguía pidiéndole a Dios que interviniera. Seguía creyendo que Él obraba.

Clara quería hablar con Elizabeth acerca de confiar en el Señor con todo su corazón, pero habría tiempo para eso. Ella sabía que la confianza era el secreto de la oración. Pero ¿cómo podía comunicarle eso a alguien que apenas comenzaba? Quería decirle a Elizabeth que si uno llega a Dios con un buen plan, probablemente se irá frustrado. El trabajo del creyente era llegar a Dios con un corazón rendido. Llegar con las manos vacías cada mañana, no para recibir lo que uno quiere sino para recibir todo lo que Él era y lo que Él quería *para* uno.

Clara recibió una llamada telefónica de Cecilia en la mañana. Alguien que conocía a alguien en la estación de policía había llamado a alguien más y la fuente de rumores se extendió hasta la casa de Cecilia.

—¿Qué te pasó, Clara? ¿Por qué simplemente no le diste el dinero a ese hombre?

—Cariño, si hubieras estado en mi tiempo de oración ayer en la mañana, sabrías por qué me enfrenté a él.

—¿De qué hablas ahora? Vamos, dímelo.

—Estuve leyendo en Lucas acerca del hombre de las tumbas. Ya sabes, el hombre lleno de demonios. La gente de su pueblo lo había encadenado para contenerlo. Jesús llegó y encontró a ese hombre y habló con autoridad. Él les dijo a esos demonios que su tiempo había acabado. Y ellos obedecieron porque Él es el Rey de reyes y Señor de señores. El poder de Jesús es asombroso.

—Clara, odio tener que informártelo, pero tú no eres Jesús.

—Ya lo sé. Pero cuando ese joven saltó y levantó su navaja, pude verlo en sus ojos. Era igual que aquel hombre de las tumbas. Hice una de esas oraciones flecha: “Señor, enséñame qué debo hacer”. Y la respuesta llegó: dale el nombre que es sobre todo nombre. Por lo que lo hice. Y si él no hubiera huido, le habría dado la Biblia que mantengo en mi bolso.

—Ahora podrías estar reposando, fría como el mármol, en la morgue. ¿Lo sabes?

—Ajá. Tienes razón en cuanto a eso. Pero prefiero mencionar el nombre de Jesús. Y he estado orando para que Dios localice a ese joven y él pueda oír las palabras de vida.

—Recuérdame de no ir al centro contigo, amiga.

Las dos se rieron, pero Clara no pudo evitar pensar en Elizabeth. Ella tenía cadenas en su corazón. El enemigo iba tras ella y su familia. Pero en esos momentos en la sala de Clara, había visto un destello de fe y supo que Elizabeth estaba a punto de desatar el poder de Dios en su familia. Este problema suyo era una oportunidad para que Dios obrara. Pero sabía que Dios a veces deja que las cosas empeoren antes de que mejoren.

CAPÍTULO 10



Elizabeth sintió que un poco de esperanza se filtraba en su alma al día siguiente. No había sabido nada de Tony y no estaba segura de que Dios hubiera logrado algún progreso con él, pero ella le había vendido una casa a una pareja joven que le hizo recordar mucho a Tony y a ella cuando apenas comenzaban. Entregarle las llaves a una familia y pasar por la puerta del frente con ellos era la parte más memorable de ser una agente de bienes raíces.

Danielle se había entregado a su equipo de salto con doble cuerda y se esforzaba en su condición y en varios trucos con su rutina. Jennifer, Joy y Samantha eran unas chicas muy talentosas, y la forma en que el equipo trabajaba en conjunto era asombrosa. Elizabeth las miraba desde el graderío en el centro comunitario y las ovacionaba mientras saltaban. Danielle la había visto varias veces y sonreía por tener a su mamá con ella en la cancha.

Cualquier esfuerzo que valiera la pena, cualquier meta o resultado deseado requería del trabajo en equipo. Danielle estaba aprendiendo lecciones valiosas acerca de la importancia de la práctica y la tenacidad de persistir en las cosas en la vida, así como lo estaba aprendiendo Elizabeth de la oración.

Elizabeth esperaba a Tony en casa el día siguiente, y había orado temprano esa mañana para que Dios le permitiera hablarle amablemente cuando lo viera, y que Tony percibiera su amor por él en medio de sus luchas. No se trataba de que fuera a presentar una falsa apariencia, sino que él percibiera el amor genuino y la comprensión de ella.

Más tarde, mientras guardaba algunas cosas en el cuarto de Danielle, entró al clóset de su hija. Se detuvo al ver dos hojas de cartulina pegadas en la pared. Una simplemente decía, *Jesús me ama*, pero fue la otra la que la dejó sin aliento. Era una lista de oración con una casilla en blanco antes de cada petición. Decía:

Querido Dios:

- Ayuda a mis padres a amarse mutuamente otra vez.
- Ayúdame con mi rutina de salto con doble cuerda.
- Vende la casa de la señora Clara a una buena familia.
- Enséñame a amar más a Jesús.
- Dame formas de ayudar a otros que tienen necesidades.

Elizabeth se puso una mano en el corazón y sonrió. Dios ya estaba respondiendo a sus oraciones por Danielle. La estaba acercando a Él incluso con padres imperfectos. No, Dios en realidad estaba *usando* las dificultades que ellos enfrentaban para acercar a Danielle, y si Él podía hacer eso con una persona tan joven, podría hacerlo con ella.

«Señor, muchas gracias —susurró Elizabeth—. Gracias por Tu misericordia y Tu bondad. Gracias por responder. Y ayúdame a enfocarme en las cosas que pueda ver que Tú haces, en lugar de las cosas que no puedo ver».

No había habido ninguna acción con la casa de Clara, ninguna exhibición, ninguna llamada telefónica, y solo unas cuantas visitas en línea. Por primera vez en su carrera de bienes raíces, Elizabeth se sentía bien en cuanto a la falta de interés en el hogar de su cliente. Eso significaba que podía pasar más tiempo con su amiga y hablar de la vida, con dos tazas de café frente a ellas. Nunca había disfrutado tanto la venta de una casa, y se preguntaba qué pasaría cuando Clara finalmente se mudara.

Condujo hasta la casa de Clara y las dos se sentaron en el porche del frente y hablaron de lo que había pasado desde que se habían reunido el día anterior. Ella le contó a Clara el progreso que había sentido que estaba logrando en su vida de oración mientras se acercaba más a Dios. En realidad sentía que Él se estaba acercando a ella.

—Pero lo sorprendente es lo que eso ha hecho por Danielle —dijo Elizabeth—. Hizo preguntas. Comenzó a escribir sus peticiones y algunos

versículos. Encargué un diario de oración para ella, ¡y ella tiene su propio cuarto de guerra!

La alegría en el rostro de Clara casi brillaba.

—Lo ve, usted ya está influyendo en su hija. ¡Eso puede cambiarlo todo para ella!

Elizabeth sonrió.

—Admito que cuando comencé a orar allí adentro, diez minutos parecían una eternidad. Ahora me cuesta hasta querer irme.

—Y esos tiempos se pondrán aún más dulces. Es como cualquier cosa que uno empieza a querer. Mientras más se mete en ello, más lo desea. A Dios le encanta que lo busquen, Elizabeth. Y cuando lo hacemos, a Él le encanta aparecer de maneras inesperadas. Él dice en la Palabra: “Si Me buscan de todo corazón, podrán encontrarme”.

—Bueno, yo estoy buscando. Por mí, por Danielle. Y especialmente por Tony.

—También estoy orando por Tony. La Palabra dice que donde dos o más están reunidos en su nombre, Él está allí con ellos, Por lo que digo: simplemente ataquemos en grupo a Tony.

Clara se inclinó y extendió sus manos. Elizabeth las tomó y las dos inclinaron sus rostros y comenzaron a orar.

«Señor Jesús, gracias por traer a esta joven a mi vida —dijo Clara—. Te agradezco porque estás por encima de todos nuestros problemas y porque Tú eres la respuesta. No solo eres El que tiene las soluciones, Tú *eres* la solución. Gracias por Tu Espíritu Santo. Gracias por Tu sangre que nos limpia y nos deja más blancos que la nieve. Gracias por entrar a nuestra vida y acercarnos a Ti mismo».

Elizabeth retomó el hilo y siguió con la oración. Después de unos momentos, giró su atención a Tony.

«Señor, sé que Tony no es mi problema más grande. Sé que tengo mis propios problemas y gracias por hacérmelos ver. Te agradezco por la manera amable en la que has quitado esas capas. Pero te pido por Tony. Te pido que hagas lo que sea necesario para atraerlo más a Ti».

«Sí, Señor —dijo Clara, casi interrumpiendo—. ¡Estoy de acuerdo con mi hermana! Creo que Tú estás haciendo algo poderoso. Y te pido que te sigas moviendo, que sigas despertándolo a sí mismo y a Ti. Y dale a mi hermana la habilidad de pasar por eso con él porque, Señor, nunca he visto a un hombre despertar que no haya pasado por algo difícil. Por lo que haz Tu obra, hazla a Tu tiempo, y ayúdanos a ser fieles mientras Tú trabajas».

Elizabeth acompañó a Danielle a acostarse y se quedó dormida leyendo otro capítulo de su libro sobre el matrimonio.

Soñó que los tres, Tony, Danielle y ella, iban en un automóvil por un puente tambaleante que no tenía baranda. El puente estaba congelado y cuando la parte de atrás coleó, el auto cayó a las aguas heladas. Elizabeth logró sacar a Danielle del asiento de atrás y la llevó a un lugar seguro, pero cuando trató de rescatar a Tony no pudo llegar a él. Él respiraba con dificultad, atrapado en el auto que se hundía.

Se despertó con el corazón latiéndole violentamente y con el libro todavía en sus manos. ¿Era alguna clase de señal? ¿Alguna advertencia de Dios? Sabía que no podía volver a quedarse dormida, por lo que se retiró a su clóset y comenzó a hablar con Dios del sueño, de sus temores de que Tony estuviera involucrado con alguien más: derramó todo. Leyó las Escrituras, buscó los versículos que Clara le había dado y sintió que su corazón se tranquilizaba. No tenía que rescatar a Tony. Ese no era su trabajo. Su trabajo era ser fiel a lo que Dios la había llamado a hacer.

Ese pensamiento la encaminó en una buena dirección y comenzó a agradecerle a Dios por las cosas que Él ya había hecho. Pronto pasó a Danielle, agradeciéndole por la manera en que su hija estaba siendo atraída al corazón de Dios.

Lo siguiente que supo fue que oyó una campana. ¿Era algún ángel que sonaba un gong en su cabeza? ¿Permitía Dios que la gente oyera campanas del cielo cuando estaban así de profundo en la oración? Ella abrió los ojos y vio que llegaba luz desde la ventana de su habitación. Su cabeza estaba apoyada en la esquina del clóset y sentía el cuello tieso y adolorido.

Elizabeth inmediatamente se enderezó y miró su reloj. ¡Había pasado toda la noche en el clóset! Corrió a la puerta y la abrió, y encontró a un mensajero vestido con un uniforme café que sostenía un paquete.

—Ah, hola —dijo Elizabeth, respirándole en el rostro.

El hombre se distanció con una expresión extraña.

—¡Vaya! Mmm, hola. Solamente necesito que firme por este paquete.

Elizabeth se paró a su lado y se dio cuenta de lo que él le había entregado.

—Muchas gracias. —Firmó en la tableta y dijo—: Es un regalo para mi hija y estoy ansiosa por dárselo.

El hombre recibió la tableta y sonrió forzosamente.

—Bueno, espero que a usted la deje sin aliento. —Le entregó el paquete y rápidamente corrió a su camión, y gritó—: ¡Que tenga un buen día, señora!

Elizabeth cerró la puerta y se examinó en el espejo del pasillo de enfrente, y vio que se le había corrido el maquillaje y tenía el cabello alborotado.

«¡Oh!», dijo, exasperada por la forma en que se veía. Se puso una mano en la boca y exhaló y casi no pudo soportar su aliento matutino. Maloliente habría sido lo correcto. Solamente era uno de los peligros de dormir en el clóset de oración.



En lugar de detestar los kilómetros que le agregaba a su Tahoe, Tony disfrutaba el trayecto. Tenía tiempo para pensar, tiempo para procesar lo que ocurría en su vida. Escuchaba la radio de deportes en la mañana para ponerse al día en lo último. Le encantaba poner su música a todo volumen cuando se sentía cansado y se le cerraban los párpados. El café en diversas tiendas a lo largo del camino también lo ayudaba. Incluso escuchaba el audio de auto-ayuda que lo animaba a aspirar a las alturas y ser quien quería ser. Podía tomar un seminario conduciendo de un lugar al siguiente con solo escuchar a los oradores hablar de cómo sellar un trato, de cómo ser positivo y cultivar los contactos y mirar a la gente a los ojos. Incluso había motivadores espirituales que hablaban un poco de que Dios quería lo mejor para cada

persona. Todos ellos lo hacían sentirse mejor por dentro. Había tantas maneras en las que una persona podía mejorarse a sí misma, todo con solamente presionar un botón.

Lo que no podía mejorar era su matrimonio. Eso era un hecho. No había nada que pudiera reparar lo que estaba roto. Y sabía lo que pasaría cuando llegara a casa. Elizabeth haría preguntas y lo haría sentir que necesitaba volver a irse. No había nada peor que llegar a casa, a un lugar del que uno quería irse.

Por alguna razón, no había podido devolver la llamada de Verónica. No sabía por qué, era solo que algo dentro le decía que esperara. Tal vez la manera en que ella se había acercado a él y que lo había invitado a su apartamento lo había hecho pensar que esa no era la primera vez que ella hacía algo así con un tipo que le había demostrado interés. Tony no estaba buscando a alguien que fuera «fácil». Él buscaba... pues, no estaba seguro. Alguien que no discutiera tanto. Alguien que le sonriera, para variar. Una mujer que lo ayudara a ser la persona que quería ser, el padre que quería ser, sin todo el drama y las críticas.

Se detuvo en la casa y vio la cuerda de saltar de Danielle colgada en el porche. Al principio le dolería ver a su papá con otra mujer, pero los niños eran resistentes. Tony había salido bien después de que sus padres se habían separado. Danielle también saldría bien, con suficiente tiempo y explicaciones.

Tony presionó el abre-puerta del garaje y, mientras esperaba, pensó en un hombre que lo había ayudado cuando se iniciaba en su carrera de ventas. Gary era un amigo en Brightwell que le enseñó a tratar con algunas situaciones difíciles. Tony había estado a punto de perder una cuenta y, para compensarlo, inmediatamente había buscado una docena de otras posibilidades.

—Sé lo mal que te sientes —había dicho Gary—. Estás frustrado, alterado y preocupado. Y te estás exigiendo demasiado. Intentas demostrarle a todos que puedes hacer esto.

—Estoy tratando de conservar mi trabajo —dijo Tony.

—Permíteme darte un consejo —dijo Gary—. Un cliente que se conserva es oro.

—¿Crees que no lo sé?

—Estoy seguro que sí, pero saberlo y lograrlo son dos cosas distintas. Invierte tu energía tratando de mantener una cuenta en lugar de tratar de generar diez más.

—No hay esperanzas. Ellos ya tomaron su decisión.

—¿Estás seguro? —Gary se había inclinado más cerca—. Muéstrales un poco de humildad. Muéstrales que estás dispuesto a hacer lo que se requiera.

—¿Te refieres a suplicar? ¿Gatear allí, sobre mis manos y rodillas?

—Tony, puedes alejarte de un cliente aunque sabes que no has hecho nada mal. Puedes decirte a ti mismo que no te aprecian. Otro cliente te tratará mejor. Pero lo cierto es que el cliente que tienes ahora, con todas sus fallas y líos, es el único con el que necesitas lidiar. Tráelos de vuelta.

Tony entró al garaje y apagó el automóvil, recordando que Gary había llamado a la compañía, pues había sido una cuenta suya hacía mucho tiempo. Había hablado bien de Tony y había pedido otra oportunidad y la compañía, de alguna manera, había accedido. Tony aceptó el consejo de Gary y les demostró que estaba dispuesto a trabajar arduamente para mantener sus negocios. Eso era simplemente ser un buen vendedor.

No estaba seguro de por qué había surgido ese recuerdo mientras regresaba, pero cuando presionó en la pared el botón de cierre de la puerta, respiró profundamente y se preparó para otra pelea.

Cuando entró, Elizabeth y Danielle estaban preparando sándwiches y hablando de un diario nuevo que Elizabeth había encargado para Danielle. Tony bajó su maletín y puso su chaqueta sobre el mostrador.

—Hola, Papi —dijo Danielle.

—Hola, Danielle —dijo Tony.

—No pensé que llegarías a casa sino hasta la noche —dijo Elizabeth.

—Sí. Terminé todo bastante temprano —vio la comida que ella estaba preparando y su estómago gruñó. No había podido comer mucho durante los últimos dos días, pero su apetito de repente había regresado—. ¿Tienes suficiente para mí?

—Seguro. La mamá de Jennifer va a recoger a Danielle en unos cuantos minutos, pero tú y yo podemos sentarnos a comer.

Ninguna discusión. Nada de gritos, ni abuso verbal, ni humillaciones. Solo una invitación.

—Está bien. Llevaré mis cosas a nuestra habitación —dijo Tony.

Lanzó su maleta a la cama y tiró su chaqueta en la otomana. Elizabeth había hecho la cama, como siempre lo hacía. Todo estaba limpio y ordenado, pero había algo distinto. No podía decir qué era, pero algo en la habitación había cambiado.

El teléfono celular de Elizabeth sonó en el tocador. Desde la sala se oyó el timbre de la puerta y Danielle corrió a abrir. ¿Quién iba a recogerla? Una de sus amigas de saltar la cuerda; el nombre comenzaba con una *J*.

Se quitó la corbata y la dejó caer en la cama. Entonces su curiosidad lo invadió y caminó hacia el tocador. Desde la sala se oían los sonidos de Elizabeth y la mamá de la amiga de Danielle. ¿Cuál era su nombre? Levantó el teléfono de Elizabeth y vio el mensaje en la pantalla. Era de alguien llamada Missy... el nombre le parecía vagamente familiar. ¿Alguien de la universidad, tal vez? El primer mensaje del hilo era de hace dos noches.

Liz, soy Missy. Estoy en Raleigh. Acabo de ver a Tony en un restaurante con una mujer que no reconocí. ¿Alguien que tú conoces?

El corazón se le fue a los pies y su estómago se contrajo.

Elizabeth había respondido: ¿Hablas en serio?

Missy: Yo no te mentaría.

Elizabeth: Estoy segura de que solo es una cliente.

Missy: Se veían muy amistosos.

Elizabeth: Solo puedo esperar que no sea nada.

Missy: Te mantendré informada.

Elizabeth: ¡Gracias, amiga!

Tony desplazó hacia abajo los mensajes y vio el que acababa de llegar.

Liz, ¿averiguaste lo de la mujer con la que Tony estaba en Raleigh?

Sintió como un golpe en el estómago y se preguntó si repetiría el episodio del baño del restaurante. Tragó y respiró profundamente. Elizabeth sabía acerca de Verónica. Aunque probablemente no sabía su nombre, sabía que él había cenado con una mujer. Pero ella no había llamado, no había enviado un mensaje de texto, no le había preguntado por eso. ¿Qué estaba pasando? ¿En realidad pensaba ella que solamente era una reunión de negocios o estaba esperando para lanzarse sobre él? Había oído historias de horror de esposas que les hacían cosas terribles a los esposos. Tal vez ella estaba esperando confirmar las cosas para implementar un plan de venganza.

Tal vez ya tenía un plan.

La puerta del frente se cerró y él entró despreocupadamente a la cocina. Fingió que no sabía nada de lo que ella sabía. Elizabeth terminaba de prepararle su comida.

—¿Y qué ha estado sucediendo por aquí?

—Pues, vendí otra casa ayer. Y ya te conté que me asaltaron, entonces... Allí estaba. Iba a intimidarlo por eso, estaba seguro.

—Sí, mira, en cuanto a eso. No es que no me importara. Es que estaba ocupado, por lo que cuando supe que estaban bien...

—Lo entiendo —dijo ella mientras ponía los platos en la mesa—. Lamento haberme exaltado tanto por eso.

Tony no podía creer lo que oía. Ella se había disculpado con él cuando era él el que había sido insensible. Y la parte de haber estado «ocupado»... eso era por Verónica.

—¿Lo sientes? —dijo Tony.

—Sí, yo sabía que estabas en el trabajo. Probablemente en una reunión. Debería haber simplemente esperado hasta más tarde para mencionarlo.

Se volteó para servir un poco de té para los dos.

Esto no estaba bien. Algo estaba definitivamente fuera de lugar. Tony tomó el plato de ella y lo cambió con el suyo.

—Mi mente simplemente corría a gran velocidad y la emprendí contigo. ¿Pero sabes qué? Creo que en realidad fue bueno para Danielle. Creo que la ayudó a darse cuenta de lo importante que es estar consciente de quién anda alrededor de uno.

Ella se acercó a la mesa y puso los vasos de té. Él trató de sonreírle, pero su propia mente corría a toda velocidad. ¿Se había metido un extraterrestre en el cuerpo de su esposa? ¿Estaba fingiendo que todo estaba bien hasta que él se pusiera cómodo? Ella convenientemente había sacado a Danielle de la casa.

—¿Salsa picante? —dijo Elizabeth.

Él revisó el mostrador y vio que todos los cuchillos estaban en su lugar.

—Sí, está bien.

—¿Quieres suave o «La ira de Dios»? —dijo ella.

—No quiero «La ira de Dios». Alcánzame la otra.

Elizabeth regresó y se sentó, extendiendo una servilleta sobre su regazo. Ahora estaba claro lo que estaba haciendo. Le estaba poniendo una trampa. Actuaba toda buena y agradable y le alcanzaba comida, fingiendo que todo estaba bien. Incluso disculpándose. Él estaba consciente de su juego y estaba listo para la puñalada.

Finalmente, él sacudió la cabeza.

—¿Qué quieres, Liz?

Ella fingió que no entendía. Había llegado a ser buena en eso. Él casi creyó la respuesta.

—¿Te refieres a ahora mismo? —dijo ella.

—Sí.

Ella lo pensó un momento.

—Bueno, mataría por un helado con jarabe de chocolate caliente. Con chocolate por todas partes. —Hizo movimientos circulares con una mano—. Y dos bolas de helado de galletas y crema. Con montones de crema batida encima. Y una cereza.

La miró, sin creer lo que oía. Ella seguía hablando de un helado cuando él sabía que planificaba algo horrendo para él.

—Y mis pies me están matando —continuó ella—. Hombre, me encantaría un masaje de pies.

Miró a la mesa como imaginando cómo sería.

Tony sacudió la cabeza.

—Liz, yo no voy a masajear tus pies.

—Está bien —dijo ella directa y francamente—. Entonces, ¿quieres orar? ¿*Orar?*, pensó él. No habían orado antes de comer desde... no podía recordar cuándo. Pero seguiría con la farsa. Inclino su cabeza e incómodamente dijo:

—Dios, te agradecemos por esta comida y por cuidar de nuestra familia. Amén.

Levantó la cabeza y esperó que Elizabeth le mostrara los colmillos o que empuñara algún arma o que le gritara acerca de Verónica. En lugar de eso, ella tomó su sándwich y empezó a comer.

—Me estoy muriendo de hambre —dijo ella.

Tony la quedó mirando un segundo antes de tomar su propio sándwich y cautelosamente darle una mordida. Especuló que era inofensivo, a menos que ella hubiera asumido que él cambiaría los platos. No, eso era una locura.

—¿Qué es eso del diario del que tú y Danielle hablaban?

Elizabeth sonrió.

—Es muy bonito. He comenzado un diario de oración con la ayuda de una de mis clientes, la señora Clara. Tony, tienes que conocerla. En todo caso, Danielle lo vio y comenzó a hacer preguntas, y una cosa llevó a la otra y tuvimos una conversación espiritual acerca de Dios y de si Él respondía a la oración. Yo encargué un diario para que ella pudiera escribir sus peticiones y versículos favoritos. Se emocionó por eso como si fuera un regalo de cumpleaños costoso.

—¿En serio?

Ella se limpió la boca con una servilleta. La expresión de su rostro era como un rayo de sol que salía desde las montañas.

—Estoy comenzando a ver cómo va a ser ella, quién está llegando a ser. ¿Sabes? Siempre pensé en ella como nuestra niñita, que se iba a quedar así para siempre, y sé que allá, en el futuro, va a crecer y tendrá su propia familia. Pero sentía como que eso estaba muy lejos. Tener esa conversación con ella hizo que me diera cuenta de que no es así. Eso llegará pronto.

—He oído que crecen rápido.

—Va a ser como un cohete que se eleva. Y estoy muy agradecida porque la tenemos. Y por la manera en que tú provees para nosotros. Sé que no te he dicho eso en mucho tiempo.

Tony miró a Elizabeth. Tenía que haber un micrófono escondido. Lo iba a poner en una situación en la que él diría algo y ella usaría la grabación en la corte durante la audiencia del divorcio. O tal vez había un francotirador afuera, en el patio de atrás, que estaba esperando la señal para tirar del gatillo.

—Tony, ¿estás bien? —dijo Elizabeth.

Él levantó su sándwich otra vez.

—Sí, estoy bien.

Tony la miró comer, tratando de averiguar qué le había pasado a su esposa.

La señora Clara



Clara no quería decir nada que desanimara a Elizabeth. Estaba claro que ella estaba volando alto por la victoria con su hija y su propio progreso espiritual. Pero cuando las dos estaban sentadas juntas en esa mesa, con las manos unidas y Elizabeth comenzaba a orar por su esposo, Clara había tenido la impresión singular de que Dios estaba a punto de hacer algo, y ella nunca podía predecir qué cosa difícil iba a hacer Él.

Clara no vivía de acuerdo a sus sentimientos porque menguaban y fluctuaban. Ella había decidido mantener el curso de su vida en la ruta paralela de la fe en Dios y el amor hacia los demás. El enemigo trataba de sacarla de la ruta cada día y su trabajo era confiar en Dios, creer que Él era bueno y que estaba obrando, y luego actuar de acuerdo a esa convicción, amando a los demás.

Ella lo había dicho una y mil veces:

«La gente deja que sus sentimientos la alejen de Dios o la alejen de creer que su vida marca una diferencia. Cree que porque no ve que Dios obra de la manera en que cree que Él debería hacerlo, no está allí. O cree que a Él no le importa y se desanima».

Cuando Elizabeth se fue ese día, Clara había subido las escaleras que la llevaban a su cuarto de guerra. Sentía cada año con cada escalón y estaba ansiosa de tener un cuarto de guerra en el mismo piso que su cocina. Pero mientras subía, la impresión que había tenido de Elizabeth y Tony llegó a ser una creencia ultrafirme de que Dios estaba obrando para el bien final de ellos. Ella se arrodilló y voló por esos caminos paralelos con sus oraciones, pidiéndole a Dios que cambiara los corazones.

CAPÍTULO 11



Tony se había acomodado para una mañana sin prisas, sin llamadas de ventas y sin conducir. Iría a la oficina en la tarde y haría un poco de trabajo de oficina, y tenía que asistir a la reunión semanal del departamento, que él detestaba, pero iba a ser una mañana fácil. Haría una tortilla de huevo con queso y vegetales como un desayuno tardío y miraría un resumen de los partidos de la noche anterior.

Danielle estaba sentada a la mesa, escribiendo frenéticamente con su lápiz, mientras él cortaba cebollas y pimientos.

—¿Qué haces? —dijo él.

—Escribo en mi diario —dijo ella sin levantar la vista. Estaba enfocada en la página como un escriba antiguo que quería tener perfecto cada trazo.

—Mamá me contó acerca de eso. ¿Puedo verlo?

Ella cerró el diario y sacudió su cabeza.

—No, es privado. Allí escribo cosas que solo Dios y yo vemos.

Tony sonrió y quebró cuatro huevos en un tazón.

—Bueno, ¿por lo menos puedo ver la cubierta?

Ella frunció el ceño, luego se lo entregó.

—Pero no mires adentro.

Él se lavó las manos, las secó y tomó el diario. Estaba forrado de cuero y pesaba. Se sentía como una Biblia y tenía un diseño interesante encima.

—Verdaderamente es genial, Danielle. ¿Entonces, qué clase de cosas escribes allí dentro?

Ella tomó el diario de vuelta.

—Solamente versículos y peticiones de oración, y cosas como esas.

Él se inclinó y puso sus codos en la mesa, justo al lado de ella.

—¿Y cuál es tu petición número uno ahora mismo?

Ella lo miró y abrió su boca como si fuera a decir algo, y luego la cerró rápidamente.

—No puedo decírtelo.

—Claro que puedes. No me voy a reír ni nada de eso. ¿Es por eso que no quieres decírmelo?

—No, es que solamente es entre Dios y yo.

Conectarse con su hija iba a ser más difícil de lo que había pensado. Tony se retiró a la cocina y encendió una hornilla. Estaba formulando su próxima pregunta cuando su teléfono celular sonó con un número de la oficina. Contestó y se dio cuenta de que su gerente de distrito, Rick, estaba en la línea.

—Hola, Rick, ¿en qué puedo servirle?

—Me preguntaba si podría venir a la oficina. Ha surgido algo y tenemos que discutirlo.

—Pues, iba a tomar la mañana libre después del viaje. Estaré allí para la reunión de esta tarde. ¿Podemos juntarnos justo antes de eso?

—No creo que esto pueda esperar, Tony. Necesito que venga tan pronto como pueda, ¿de acuerdo?

No le gustó cómo se oía la voz de Rick, pero estaba claro que la única reacción era la simple obediencia.

—Sí, Rick, seguro. Tengo a Danielle; veré cómo me las arreglo y lo veré dentro de poco.

—Lo aprecio —dijo Rick.

Tony guardó su teléfono y apagó la hornilla. El desayuno tendría que esperar. Llamó a Elizabeth, pero respondió su mensaje de voz. Apagó el teléfono con enojo.

Entonces se le ocurrió una idea.

—¿Crees que podría pasar a dejarte en la casa de tu amiga? Jeannete o Jeanie...?

—Jennifer —dijo Danielle.

—Sí, Jennifer. ¿Podrías llamarla?

Él se fue a su habitación, se duchó y se vistió. Cuando salió, Danielle tenía su cuerda de saltar y estaba lista.

—Su mamá dijo que estaría bien. ¿Adónde vas?

—Rick, mi jefe, me llamó a una reunión. Y cuando el jefe dice “salta”, aprendes a preguntar: “¿Qué tan alto?”. ¿Adónde fue tu mamá hoy en la mañana? ¿A trabajar?

—Sí, y después a la casa de la señora Clara.

Tony condujo hasta el final de la calle y se dio cuenta de que no tenía idea de dónde vivía la niña.

—Gira aquí —dijo Danielle—. Su casa está por allá.

Él se detuvo en la entrada y caminó con su hija. Jennifer abrió la puerta y las dos corrieron hacia el interior de la casa. La madre de la niña salió a la puerta y se presentó.

—Siento mucho hacer esto —dijo Tony.

—No tiene por qué.

—Mi jefe llamó y tengo que ir a la oficina. Haré que Elizabeth la recoja cuando regrese a la casa, si le parece bien.

—No es problema, en absoluto —dijo la señora—. Danielle se puede quedar todo el día si quiere. O yo puedo llevarla a su casa cuando Elizabeth regrese del trabajo.

—Eso sería excelente —dijo Tony—. Gracias.

Tony llamó a Elizabeth de camino a la oficina, pero otra vez la llamada se fue directamente a su buzón de voz. Dejó un rápido mensaje para decirle que la mamá de Jennifer llevaría a Danielle a la casa más tarde y luego colgó, furioso porque no había podido hablar con ella.

Cuando llegó a la oficina, Sharon, la secretaria de Rick, lo vio y rápidamente tomó el teléfono. No estaba llena de vitalidad como de costumbre, pero Tony sintió que probablemente algo pasaba en su vida. Tal vez algún problema matrimonial. O tal vez él estaba proyectando sus propios problemas sobre ella.

Rick abrió la puerta e hizo pasar a Tony. También estaba Tom Bennett en el salón, el vicepresidente que le era indiferente a Tony. Además, Clinton Withers, jefe del departamento de recursos humanos. Raro. Clinton solo asistía a las reuniones donde había contrataciones y despidos.

Rick le estrechó la mano a Tony y le hizo señas para que se sentara. De repente sintió que había entrado a una emboscada.

—Tony, no hay una manera fácil de decir esto —dijo Rick, con sus ojos en su computadora portátil—. Ayer tuve una conversación con Greg.

—Conozco a Greg —dijo Tony, y el estómago se le contrajo, formando una pelota tensa—. Él es un representante de inventario.

Trató de parecer inocente, como si estuviera inseguro de lo que Rick hablaba. Tom y Clinton solamente lo miraban.

—Greg dice que los números suyos no corresponden. Y no es algo de una sola vez. Él vio lo mismo la semana pasada, después de su viaje a Asheville. Dice que hay un patrón.

Tom se inclinó hacia delante.

—Él ha estado favoreciéndose personalmente, Rick. —Lo dijo con desprecio, como que disfrutara la acusación—. Lo que ocurre está claro.

—Esperen —dijo Tony, sin estar seguro de cómo defenderse.

Rick giró la pantalla y habló con un poco de pena.

—Los números no mienten, Tony. Greg lo revisó varias veces. Esta es la quinta vez que lo observa. Y me hace preguntarme si esto no ha estado ocurriendo por algún tiempo.

—Estoy seguro de que solo es una confusión —dijo Tony, tratando de sonar confiado. Sus palmas estaban sudorosas y le costaba tragar. Necesitaba algo de beber. Necesitaba una puerta de escape rápido—. Permítanme ir por mis muestras y contarlas otra vez...

—Eso no será necesario, Tony —dijo Clinton—. En casos como este, donde hay un claro incumplimiento del contrato, la única opción es el despido. Está especificado en su contrato.

—¿Despido? —dijo Tony.

—Se va, Tony —dijo Tom. Había algo de alegría en su voz.

—¿Quiere decir que eso es todo? —dijo Tony. Y por dentro le ocurrió un cambio. Apareció el competidor, la persona que tenía siempre que tener la razón, que ganar el debate—. Yo soy su mejor vendedor. Hablé con Coleman el otro día. Estoy esperando un bono por el contrato con Holcomb. ¿Me despediría solo porque unos números no concuerdan?

—Él nunca se ha ganado sus bonos —dijo Tom—. Todo ha sido una pantalla de humo.

Rick lo miró con tristeza.

—Tony, usted sabe cuánto me agrada. Sabe que tomé un riesgo por usted. Creí en usted. Por usted hablé con Coleman y los demás.

—Yo le dije que fue un error —dijo Tom.

—Y no entiendo qué es lo que pasa en su vida personal —continuó Rick—. No sé qué podría haberlo motivado a hacer esto. Pero hay una política de tolerancia cero para esta clase de cosas.

—Usted lo sabía cuando firmó el contrato —dijo Clinton.

Tony asintió con la cabeza y miró al suelo. Lo habían atrapado con las manos en la masa. Lo único que le quedaba era admitir la culpa y pedir misericordia. Pero si admitía que era culpable de alterar los números, tendría que decirles la verdad y habría más problemas. Problemas legales.

Tony levantó la mirada.

—¿Y qué pasará con mi salario? ¿Con el bono?

—Se le pagará hasta hoy —dijo Clinton—. No habrá cheque de bono por el despido. No habrá indemnización. Necesito su tarjeta de entrada y su teléfono antes de que salga del edificio. Puede dárselos a Jerry.

Un guardia de seguridad entró discretamente al salón. Tony había visto a Jerry en la entrada del edificio, pero nunca había sabido su nombre. Nunca pensó en la necesidad de saberlo porque el tipo solo abría la puerta y decía: «Buenos días». Ahora Jerry sería la última persona en el edificio que él vería.

El aire se acabó en el salón. Tony nunca creyó que ellos se darían cuenta de las cajitas que faltaban. No pensó que importaría, ¿unas cuantas píldoras? Seguro, el número de cajitas había aumentado; aun así, con todo el dinero que la compañía acumulaba...

—Mi casa —dijo—. Mi familia. El seguro. ¿Cómo pagamos las facturas?

—Tendría que haber pensado en eso antes de falsear sus números —dijo Tom, respondiendo de golpe a las palabras de Tony.

—Lo siento, Tony —dijo Rick—. De veras lo siento.

Tony firmó los papeles y Jerry lo acompañó a su escritorio. Encima había una caja para que guardara sus artículos personales. Tenía una foto de Elizabeth y Danielle con las palabras *El mejor papá del mundo* alrededor del marco. *Sí, claro. Al mejor papá lo echan a la calle.* No era justo. No era correcto.

Pero lo era. Eso era lo vergonzoso. Merecía lo que recibía.

—Algo más —dijo Rick, quien se encontró con él en el pasillo afuera de su oficina—. Olvidé hablar con usted acerca del automóvil.

El automóvil. Tony se había olvidado de su Tahoe. Se había convertido en su segundo hogar.

—Iremos a recogerlo mañana —dijo Rick—. A menos que prefiera que le llevemos a usted a casa ahora. Lo que crea que sea más fácil para...

—Permítame conducirlo a casa —dijo Tony. No podía imaginar que su jefe lo llevara a su casa como a un adolescente que había reprobado un examen para conducir. Como un borracho al que llevan a casa después de una fiesta. Lo cierto era que él quería estar solo y lejos de todo esto. De todas las acusaciones y de las miradas.

Se sentía como un hombre muerto al caminar por el pasillo. La gente alejaba la mirada cuando pasó por los cubículos y por las puertas abiertas de las oficinas. Sus rostros estaban llenos de lástima y disgusto, y quizá de un poco de alivio. Era algo que él solo había visto una vez en la compañía, y se había prometido que nunca llegaría a ser *ese tipo*. Ahora, allí estaba él, caminando por la plancha que llevaba a un océano de desempleo.

Rick caminó a su lado hasta el ascensor. El hombre trató de encontrar algo que decir, pero no pudo. Jerry presionó el botón para bajar y esperaron hasta que el ascensor sonó.

Tony se volteó.

—Mis cuentas. Usted tendrá que explicar lo que pasó.

Rick sacudió la cabeza.

—No podemos hablar de cosas de recursos humanos. Solamente les diremos que a usted se le presentó otra oportunidad. No se preocupe por sus cuentas, Tony. Nos encargaremos de ellas. Solo cuídese, ¿está bien?

Tony asintió con la cabeza y bajó al primer piso, y el guardia lo acompañó a su automóvil. ¿Cómo iba a decírselo a Elizabeth? ¿Cómo podría explicarlo? ¿Y cómo respondería ella? Ella explotaría. Él estaba seguro de eso. Ella pensaría en ella y en Danielle, en el pago de la casa y en su «indiscreción». Ella lo catalogaría como un «pecado». Ella lo tomaría personalmente, diría que él le había traído vergüenza a la familia, y habría lágrimas. Le daría la espalda y lo rechazaría. Sería el clavo en el ataúd de su matrimonio.

La familia. ¿Qué diría él cuando entrara a la casa el Día de Acción de Gracias, con los parientes de ella allí? ¿Qué le diría a Michael o a cualquier otro de la iglesia? ¿Y quién iba a contratar a un tipo que había sido despedido por robarle a su empleador? Tantas preguntas. Sí, Tom tenía razón: él tenía que haber pensado en todo eso antes de tomar alguna vez una cajita de píldoras.

Danielle no entendería por qué su papá estaba en la casa tanto tiempo. Y Elizabeth... la distancia entre ellos solamente crecería.

Miró por el retrovisor y vio el edificio que se alejaba en la distancia. En lugar de tomar la ruta conocida a su casa, condujo sin rumbo fijo por la ciudad. No más de viajes. No más preparación de reuniones. No más bonos. Lo único que tenía era una póliza de seguro considerable para Elizabeth y Danielle, y otra que pagaría la casa. Valía más muerto que vivo.



Cuando Elizabeth se fue de la casa de Clara, revisó su teléfono celular y vio que Tony le había dejado un mensaje. Algo de que había dejado a Danielle en la casa de Jennifer. Él le había dicho que cuidaría a Danielle y allí estaba, dejándola. Probablemente había ido al trabajo. Allí era donde estaba su corazón. Ella deseaba que le pusiera tanta energía a su hogar como lo hacía con su trabajo.

Se alejó de la casa de Clara y otro pensamiento la impactó. Si Tony estaba en el trabajo, había hecho algo responsable al llevar a Danielle a la casa de alguien más. Y se sintió agradecida por lo arduamente que él

trabajaba, por la manera en que proveía para su familia. Había muchos hombres a los que parecía que no les interesaba trabajar para vivir y llegar a tener éxito. En lugar de pensar negativamente, ella le dio un giro a eso, y estableció un guión distinto.

«Señor, Tony tiene un camino largo que recorrer, pero Tú le has dado un deseo de trabajar arduamente y te agradezco por eso. Gracias porque él cuida de nosotras. Voy a decidir ver lo que él hace y no las cosas que no hace. Gracias por ayudarme a ver eso hoy. Te pido que lo bendigas hoy y que lo ayudes a hacer bien su trabajo».

Esta era la clase de cosas que comenzaban a ocurrir. En lugar de que su corazón se alejara de su esposo, se estaba acercando más a él.

Llamó a la mamá de Jennifer para decirle que se dirigía a casa y Sandy ofreció pasar a dejar a Danielle. Estaba lloviendo fuertemente cuando Elizabeth llegó a la casa y entró al garaje. Le preguntó a Danielle adónde había ido Tony y ella dijo algo sobre una llamada de su jefe.

Había platos en el lavaplatos y algunas cosas que todavía estaban sobre la estufa. La puerta del garaje sonó.

—Oh, puedo oírlo —dijo ella.

Danielle miró el libro que estaba leyendo.

—Él quería ver mi diario.

—¿Se lo mostraste?

Ella sacudió la cabeza.

—¿Por qué no?

—Porque allí hay cosas acerca de él. Cosas por las que he estado orando y pidiéndole a Dios.

—¿Qué estás pidiendo, cariño?

—Ya sabes. Que ustedes dos dejen de pelear. Que él pueda pasar más tiempo con nosotras. Que él pueda...

—¿Que él pueda qué?

Elizabeth observó que Danielle tenía puesta su blusa de *Amor*, la rosada con mangas moradas y la palabra escrita con letras brillantes.

—Que él pueda volver a ser amigo de Dios. Parece que solían ser amigos, pero ahora como que no lo son.

Cuando Elizabeth pudo hablar, dijo:

—Creo que esa es, verdaderamente, una excelente oración.

Ella se sentó al lado de Danielle y abrió una revista. Si Tony no había comido antes de irse al trabajo, probablemente tendría hambre. Ella podía hacerle una tortilla de huevo en unos cuantos minutos. Como él no entró inmediatamente cuando bajó la puerta del garaje, ella se preguntó si le ocurría algo malo a su auto. O tal vez estaba en su teléfono con la mujer misteriosa de Raleigh.

Ella cerró sus ojos.

No, Señor. No voy a dejar que mi mente vaya en esa dirección. Voy a confiar en Ti y aferrarme a Ti en lugar de pensar lo peor.

Tony entró e inmediatamente se fue hacia la habitación.

—Hola —dijo ella afectuosamente.

Él no respondió. Ni siquiera asintió con la cabeza ni gruñó. Solamente pasó al lado de ellas y caminó hacia el dormitorio.

¿Cómo veo esto como algo positivo? pensó ella. *Señor, ¿me necesita él? ¿Debo entrar allí o solo lo dejo en paz?*

Ella pensó en algo que Clara le había dicho.

«Comience a tratarlo de la manera en que él quiere que se le trate, no de la manera en que usted se siente amada. Tony es un hombre y a veces usted tiene que dar un giro a las cosas. Comience a amarlo de esa manera y le demostrará que su corazón está orientado hacia él».

Cuando Elizabeth pasaba por algo difícil, necesitaba estar sola, cerrar la puerta y tomar un baño, tomar una siesta o leer. Simplemente alejarse de todo. Pero al menos en los primeros días de su matrimonio, Tony había necesitado procesar los altibajos de la vida juntos. Él se desahogaba. Y a ella no le iba bien con el desahogo: la asustaba. Tal vez ella podía dar un pequeño giro a las cosas.

Decidió arriesgarse y entró por la puerta abierta del dormitorio.

—¿Tony?

Él estaba de espaldas, descargando su maletín en la cama. Por su manera de conducirse ella podía ver que algo andaba mal, pero no podía ver su rostro. ¿Había fuego en sus ojos? ¿Había hecho algo ella?

Antes de que pudiera preguntar, él habló.

—En primer lugar, no quiero nada de problemas de tu parte, ¿de acuerdo? Ahora se volteó y la miró, con sus músculos tensos y su rostro lleno de ira o dolor.

—Porque en realidad no estoy de humor para hablar de esto ahora.

Su nivel de ira la impactó. ¿Qué podría haber ocurrido? Ella se serenó y, con un tono tan conciliador y atento como pudo, dijo:

—Tony, ¿qué es lo que pasa?

Él se quitó la corbata como si fuera una soga de verdugo en su cuello.

—Acabo de perder mi trabajo.

Tiró con fuerza la corbata sobre la cama y volvió a su maletín.

Elizabeth respiró y trató de permanecer calmada. No podía imaginar cómo había sido la reunión, ¿era un despido obligado de la compañía? ¿Había sido despedido por otra razón? No importaba. Lo que importaba era que su esposo estaba lastimado. Probablemente se hacía un millón de preguntas en cuanto al futuro.

—Está bien. Entonces simplemente haremos lo que tenemos que hacer —dijo ella, tratando de sonar mesurada y bajo control. Reconfortante.

—¿Qué? ¿Ningún comentario sarcástico? —dijo él. Tenía esa mirada en su rostro, ese ceño fruncido desconcertado, de ¿qué es lo que dijiste?

—Tony, creo que estaremos bien —dijo ella con toda la confianza de la que pudo hacer acopio. En ese momento no sabía cómo estarían bien. Pero tenía que darle algo.

Tony se volteó, con su cara contraída por el enojo.

—Liz, me oíste, ¿verdad? Me acaban de despedir. —Movié con fuerza la cabeza hacia adelante para ponerle un signo de exclamación a la oración—. Así que eso significa que no habrá ingresos, no tendré el automóvil de la compañía, nada de seguro médico. Ni siquiera podemos seguir pagando esta casa.

Allí estaba, la dura realidad. La mente de ella daba vueltas y se frotó el cuello, tratando de pensar rápidamente.

—Lo entiendo. Oye, simplemente trabajaré unas propiedades nuevas mientras tú buscas otro trabajo, ¿está bien?

Tony se quedó mirándola, con una mirada vacía que parecía que los encerraba a los dos en la incredulidad.

—¿Así que eso es todo? ¿Solo vas a aceptarlo y seguir adelante?

—¿Y qué otra cosa se supone que debo hacer?

Tony examinó sus ojos por un momento, luego le dio la espalda y continuó con su maletín.

—A veces no te entiendo, Liz.

Elizabeth permaneció callada. ¿Qué podría necesitar de ella? ¿Qué pasaba en el interior de un hombre a quien le habían quitado todo en lo que basaba su vida? Sí, estaba asustada. Hasta aterrorizada. Pero si Dios estaba con ellos, si Dios estaba cuidando de los dos, ¿qué podría hacer esta pérdida de trabajo? ¿No era Él mayor que este problema?

Sí, lo era. Ella no podía decirlo en ese momento, por supuesto. No era el momento ni el lugar apropiado. Pero era cierto. Y parte de ella se preguntaba si, tal vez, toda esta situación, cualquiera que fuera, podía usarse realmente para el bien en sus vidas.

—Voy a comenzar a preparar la cena —dijo ella.

Los pimientos y las cebollas cortados, la tortilla de huevo. Ella la prepararía para él. Simplemente haría lo siguiente, daría el siguiente paso. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Dios, por favor ayúdame a amar a mi esposo ahora mismo, y a ser fuerte para él. Ayúdame a confiar en Ti, y no en lo que pueda ver. Ayúdame a no apoyarme en mi propio entendimiento. Ayúdame a no entrar en pánico sino a confiar plenamente.

La señora Clara



La llamada telefónica llegó tarde esa noche, mientras Clara se preparaba para irse a dormir. Estaba sentada frente a la mesa en la sala, revisando el libro de Filipenses, cuando Elizabeth llamó para darle la noticia de la pérdida del trabajo de Tony. Clara oyó, cerró los ojos y oró con un *gracias* en silencio a Dios. Ella había pasado por esa clase de cosas demasiadas veces como para no dar gracias.

—Estoy orgullosa de usted por responderle de esa manera a su esposo —dijo Clara—. Demuestra que Dios está obrando en su corazón, y Tony observó la diferencia, ¿verdad?

—Seguramente —dijo Elizabeth, con su voz entrecortada.

—Voy a decir algo que parecerá un poco extraño al principio.

—Está bien —dijo Elizabeth de forma titubeante.

—A veces, los mejores regalos que Dios nos da no son los tiempos fáciles cuando todo sale como queremos. Los mejores regalos son los tiempos difíciles cuando su vida se reduce a un par de buenas preguntas: ¿De qué se trata todo esto? ¿Por qué estamos aquí? A veces es un diagnóstico. A veces es una puerta cerrada de un golpe, cuando alguien que uno ama se va. Puede ser una factura que no puede pagar. Y al principio uno cree que la respuesta será la sanidad, o que el amado regrese o un montón de dinero que cae directamente del cielo. Ahora bien, no estoy en contra de la sanidad. Estoy a favor de ella. Y a favor de la reconciliación. Si Dios abre las bodegas del cielo y hace que lluevan billetes de cien dólares, sacaré una canasta y los recogeré como maná.

Elizabeth se rió, aunque Clara imaginó que corrían lágrimas por sus mejillas al mismo tiempo.

—Pero este es el asunto que he descubierto después de caminar con el Señor por mucho tiempo, Elizabeth. Dios no está interesado en ponerme más cómoda ni hacerme más feliz. Su meta es hacerme santa, como su Hijo. Y nunca he conocido a un seguidor de Jesús que no haya enfrentado un poco de sufrimiento y dolor. Dios no nos dice que tomemos una cruz esponjada. Es áspera y es pesada. Uno puede correr y tratar de encontrar un camino más fácil, pero al final, Él lo lleva a uno por las espinas y las zarzas de las sombras. Pero se lo aseguro, si confía en Él, Él la llevará a pastos verdes y a aguas pacíficas. No solo cuando llegue al cielo, sino ahora mismo. Paz y contentamiento en medio de la tormenta. En medio de la decepción, el temor y la ira.

Clara dejó que las palabras se asimilaran. Podía oír los suaves sollozos de Elizabeth al otro lado de la línea.

—Cobre ánimo ahora. Motívese. Los tiempos difíciles en realidad son los buenos tiempos disfrazados. Voy a arrodillarme esta noche y le pediré a Dios que abra el paso. Dios está caminando con usted, Elizabeth, no lo olvide.

—No lo olvidaré, señora Clara.

CAPÍTULO 12



Tony estaba en la oscuridad cuando oyó la voz de Elizabeth, distante pero clara. Estaba en dificultades. Él se paró, batallando para ver dónde estaba. ¿En una bodega? Había cajas y contenedores alrededor de la habitación tenuemente iluminada y una especie de niebla brumosa. Corrió hacia la voz de ella, pero parecía que iba en la dirección equivocada. Giró a su derecha, y luego regresó. Mientras más se acercaba, más miedo podía percibir en la voz de ella.

Divisó un pasillo y entonces, al otro lado del camino, la vio. Tenía una blusa blanca, pantalones de mezclilla gris, y sobre ella estaba un hombre grande y pesado, con una sudadera con capucha negra. Corrió hacia ellos justo cuando el hombre le propinó un golpe que la lanzó al suelo.

¡Nadie le hacía eso a su esposa! ¡Nadie la lastimaba de esa forma!

Con cada gramo de fuerza que había desarrollado durante los últimos años, el entrenamiento de pesas, los ejercicios, los partidos de baloncesto y la carrera a paso lento, Tony saltó hacia los dos. Solamente tiraría al tipo al piso. Se abalanzaría sobre él y le haría frente como si fuera un mariscal de campo indefenso que no tenía la percepción para saber que había un defensor listo para aplastarlo.

—¡Tony! —gritó Elizabeth—. ¡Por favor, ayúdame! ¡Por favor!

Su corazón latió con más rapidez y sentía las piernas como plomo. ¿Qué hacía ella allí, en este lugar? ¿Qué estaba haciendo *él* allí? Ella batallaba por liberarse del hombre, pero era demasiado grande, demasiado fuerte. ¿Era acaso el ladrón del callejón? ¿La había encontrado y la había llevado allí?

—¡Tony! ¡Por favor! ¡No, no! ¡Tony!

El hombre se cernía sobre Elizabeth, con su espalda hacia Tony, mientras él corría hacia adelante, cobrando ímpetu alimentado por la bilis que le surgía por dentro. El atacante levantó una mano para golpear a su esposa y Tony no

podía creerlo. ¿Por qué atacaría alguien a Elizabeth? ¿Por qué querría alguien hacerle daño?

Tony voló hacia el hombre y, en lugar de aplastarlo, lo volteó con cada gramo de fuerza que pudo reunir. Luego se retiró aterrorizado. El hombre que estaba sobre Elizabeth, el hombre que la había tirado al suelo, el hombre que estaba listo para atacarla otra vez... era él mismo. Vio su propio rostro amenazante. Tony no podía creerlo, no podía procesar la visión que tenía delante. ¿Cómo podía ser eso?

Antes de poder reaccionar, Tony sintió que su aire se restringía, mientras una mano lo sujetaba por la garganta y apretaba. No solo obstaculizaba el aire, sino que su agarre era tan fuerte que el flujo de sangre disminuyó y estaba en peligro de desmayarse. Batallando por liberarse, Tony desesperadamente trató de retirar la mano. Como eso no funcionó, trató de dar unos golpes, pero eran muy débiles e ineficaces contra la fuerza que ahora se enfocaba en él.

De alguna manera, con un giro de la cabeza, Tony se viró y lanzó un feroz golpe que aterrizó directamente en el rostro del hombre. Los dos cayeron al suelo y lucharon, logrando sacar ventaja el atacante, quien se puso encima de Tony. El hombre volvió a golpearlo una y otra vez y Tony quedó indefenso. Trató de protegerse, trató de bloquear los puños del hombre, pero cada vez que un puñetazo aterrizaba, oía un crujido repulsivo. Tenía que haber sangre por todas partes.

En la penumbra, el atacante, el otro Tony, echó hacia atrás su mano derecha y se preparó a lanzar el golpe mortal. Perfilado por la luz tenue del salón, el hombre lo soltó y Tony cerró fuertemente los ojos, esperando el dolor, esperando el impacto.

El impacto llegó al hombro de Tony. Se despertó sobresaltado, en el suelo, al costado de la cama. Todo su cuerpo temblaba por el sueño. Miró hacia abajo y observó que sus piernas estaban muy enredadas en las colchas, una señal de que había estado dando golpes y volteándose en su sueño.

¿Qué fue eso?, pensó. Fue tan real.

Sentía sus palpitaciones como si hubiera acabado de correr una carrera de 100 metros. Se dijo a sí mismo que se tranquilizara, solamente había sido un sueño, pero la sensación no disminuía. Él había sido el que estaba amenazando a su esposa y lastimándola. Él había pensado que ella lo llamaba para que la ayudara, pero ella simplemente trataba de hacer que se detuviera. Cerró sus ojos. No podía sacudirse la imagen del otro Tony lanzando a Elizabeth al suelo y atacándola.

Batalló para salir de las colchas, y se puso de pie dejando que su frecuencia cardíaca se normalizara. Había luz afuera. ¿Cuánto tiempo había dormido? Miró el reloj, que decía las 7:14. Trató de recordar la noche anterior: había caído en la cama, física y emocionalmente agotado.

Elizabeth no estaba en la habitación en ese momento. Él deseaba poder hablar con ella, verla, solamente asegurarse de que estaba bien. ¿Sería el sueño alguna clase de advertencia? ¿Tal vez a ella la acechaba el hombre que la había asaltado en el callejón? Pero el tipo del sueño había sido él mismo.

Observó algo pegado en el espejo que estaba encima del tocador de Elizabeth. Una nota con la letra de Elizabeth. Ella siempre había tenido muy buena letra. Recordó las notas escritas a mano que ella solía enviarle y la emoción que le daba ver su propio nombre escrito con la mano de ella.

Me fui temprano al trabajo. ¿Puedes llevar a Danielle a su práctica a las 10:00? Liz.

Tony miró su rostro en el espejo. Se movió la mandíbula un poco; se sentía como si hubiera recibido un puñetazo. Pero eso era una locura. Fue solo un sueño.

Fue a su clóset a buscar su bolso del gimnasio, pero no estaba allí. Trató de pensar dónde lo había dejado la última vez y deambuló por la sala. No lo había dejado en el auto, de eso estaba seguro.

Danielle estaba sentada a la mesa de la cocina, masticando su cereal favorito, *Coney Bombs*, leyendo la caja. Era una de esas marcas genéricas que imitaban la marca nacional pero costaba la mitad del precio. De ahora en

adelante comerían mucho de eso. Su diario estaba abierto sobre el sofá, al otro lado de la sala. ¿Qué tenía ese diario que la había capturado? Probablemente era una fase por la que pasaba, como la fase de la muñeca cara y del carruaje de caballos de juguete con el corral y el establo que habían costado más que un establo de verdad. Tony cayó en cuenta que no tenía trabajo, y ¿quién contrataría a alguien que había engañado a su empleador? No habría más muñecas caras ni caballos en esta casa.

—Danielle, ¿has visto mi bolso del gimnasio?

Ella levantó la mirada. Nada de *buenos días*, ni *hola, Papá*, ni nada de eso. Ella solo dijo:

—No, señor.

Sus palabras lo inquietaron, pero se sacudió la sensación y caminó de regreso a su habitación, tratando de recordar sus pasos. Tal vez Elizabeth había puesto el bolso en su propio clóset. Ella siempre ordenaba y movía las cosas para que la casa se viera menos desordenada.

Abrió la puerta del clóset de ella y se quedó pasmado, mirando como aturdido. En lugar de todos sus vestidos, blusas, pantalones, bufandas, suéteres y la colección de zapatos que competía con la de alguna reina de una tierra lejana, estaba vacío. Al principio creyó que ella se había mudado. Era el primer paso para abandonarlo: eso fue lo que pensó.

Después vio la almohada en el piso del clóset y la Biblia. Las únicas cosas en la pared eran unas notas pegadas. Pensó que eran listas de cosas pendientes, cosas que ella tenía que hacer en el trabajo o en la casa. Luego las examinó un poco más de cerca y vio que eran nombres, y había versículos bíblicos escritos en las notas con frases subrayadas y palabras rodeadas por un círculo y resaltadas.

Había visto películas donde el personaje principal descubría la vida secreta de su cónyuge. O de un esposo o esposa que había perdido la cabeza y había escrito cosas locas sobre papeles que mantenían en algún cobertizo en el bosque. ¿Había perdido el juicio Elizabeth?

A medida que estudiaba el contenido de los mensajes, comenzó a pensar de manera distinta. Se veía casi como un plan de juego espiritual, de un entrenador que quería ganar en contra de un equipo rival. O como una

estrategia de cómo ganar la batalla en una guerra que él ni siquiera sabía que se había iniciado.

Una de las notas tenía el nombre de Danielle en la parte de arriba de la página.

Pido que le des sabiduría espiritual y percepción, para que crezca en el conocimiento de Dios. Pido que le inundes de luz el corazón, para que pueda entender la esperanza segura que Él ha dado a los que llamó —es decir, Su pueblo santo—, quienes son Su rica y gloriosa herencia. También pido en oración que entienda la increíble grandeza del poder de Dios para nosotros, los que creemos en Él.

—EFESIOS 1:17-19

Había otros versículos y oraciones por su hogar, por sus finanzas, por gente de la comunidad, por los amigos y la familia extendida. Había una página marcada *Cynthia y Darren*, y debajo una oración por su matrimonio, por sus finanzas, por un trabajo y por sabiduría para el futuro.

Tony sabía que Elizabeth era una persona espiritual. Ella tomaba a Dios en serio, pero nunca la había visto así de seria. Y el cambio en la vida espiritual de Danielle obviamente había sido porque seguía la guía de Elizabeth.

Se inclinó hacia la nota que estaba pegada más cerca de la almohada, justo al nivel de los ojos, si uno estaba arrodillado. Leyó las palabras con la letra de su esposa.

Señor, te pido por Tony, que gires su corazón de regreso a Ti. Ayúdame a amarlo y dale un amor nuevo por mí. Rindo mis derechos a Ti como Señor, y te pido que lo bendigas mientras él te honra, y que lo espongas mientras él camina en el engaño. Edifícalo como el hombre que Tú quieres que sea. Ayúdame a apoyarlo y a respetarlo. Te pido Tu ayuda para amarlo. Oro en Cristo.

Tony se quedó parado allí, atónito. Era como ver dentro del alma de alguien más. Se sentía casi avergonzado, como si estuviera viendo algo que supuestamente debía estar escondido. Si Elizabeth pudiera abrir su clóset, ver dentro de su alma, ¿qué encontraría? ¿Qué notas habría escondido él? Él no le había dicho por qué lo habían despedido. No le había hablado de Verónica ni de las antiguas enamoradas que él había pensado contactar en los medios sociales. Una comparación de los clósets de sus corazones exhibiría una diferencia rotunda.

Tony examinó otra hoja en la pared. Era como una lista de compras con gente y peticiones de oración, y algunas de ellas tenían una marca, como si ya hubieran sido respondidas. Cynthia había recibido ayuda de una iglesia. Elizabeth y Danielle habían llegado a acercarse más en su relación. Su deseo por Dios se había fortalecido. Pero había varias otras peticiones que no tenían marca.

Que Tony regrese al Señor estaba más arriba de todo. Debajo de eso estaba *Que nuestro matrimonio sea restaurado*. Esos dos elementos lo detuvieron por un segundo. Elizabeth no lo había criticado por casi nada en los últimos días. Ella había estado más callada. Cuando él le había revelado la noticia de la pérdida de su trabajo, ella había sido comprensiva en lugar de atacarlo verbalmente o de acusarlo. ¿Se debía eso, en parte, a que ella había estado orando mucho?

Que se venda la casa de la señora Clara. Esa era una de las peticiones más prácticas de la lista y la que parecía más probable de tener una marca próximamente. Lo único que tenía que ocurrir era que Elizabeth encontrara un comprador para que la marca apareciera en el papel. Las demás... bueno, él no estaba seguro de cómo cualquiera de esas acerca de él y su matrimonio podrían llegar a tener la marca.

Tony oyó movimiento detrás de él y al voltearse vio a Danielle en la puerta de la habitación, con su bolso del gimnasio.

—¿Papi? Encontré tu bolso al lado de la lavadora.

—Puedes dejarlo justo allí —dijo él.

Ella puso el bolso en el piso y comenzó a salir.

—Danielle, ¿cuándo hizo esto Mamá con su clóset?

Ella pensó por un rato.

—Mmmm, ¿hace algunas semanas?

Tony se volvió hacia las palabras que parecían flotar alrededor de este espacio. El día antes él había pensado seriamente en formas en las que podría ponerle fin a su vida y darle a su familia estabilidad financiera. Por supuesto que habían sido pensamientos fugaces. Tony era un luchador, y no iba a darse por vencido. Todavía no, en todo caso. Pero se preguntaba si había algo que él no hubiera considerado. ¿Había una forma distinta de salir de sus problemas y del hoyo que él había cavado? ¿Había alguna posibilidad de que Dios pudiera perdonarlo y darle una segunda oportunidad?

—Papi, ¿vas a llevarme al centro comunitario? —dijo Danielle, rompiendo el curso de su pensamiento.

Él se duchó, se vistió e hizo el desayuno. Danielle estaba lista para irse, y se sentó en el sofá y escribió en su diario mientras él comía. Mientras conducían al centro comunitario, pensó otra vez en su sueño y tuvo un escalofrío. Los sentimientos que le ocasionó estaban demasiado cerca de sus huesos y de su alma.

El centro comunitario era un panal de actividad con chicos y padres. Varias niñas practicaban sus rutinas de salto con doble cuerda, en el que dos personas hacían girar dos cuerdas y las saltadoras se movían en el centro. Tony había saltado cuerda en el entrenamiento y era muy bueno en hacerlo rápido, pero este era otro nivel de coordinación, de tiempo y de trabajo en equipo.

—¿A qué hora termina tu práctica?

—Al mediodía —dijo Danielle.

—Entonces estaré aquí para recogerte —dijo él.

Jennifer corrió hasta Danielle y las dos caminaron hacia su equipo. Tony le dio un vistazo al centro y vio a Michael con su uniforme azul de paramédico. Estaba llenando algunos papeles en la recepción.

Había muchas cosas que daban vuelta en el cerebro de Tony y su única opción era guardárselas, protegerse, disimular. Pero Michael era la clase de tipo con el que se podía hablar y no sentirse... bueno, juzgado.

—¿Michael? —dijo Tony.

—¿Qué hay de nuevo, hombre? —dijo Michael—. ¿Qué haces aquí?

—Vine a dejar a Danielle antes de irme al salón de pesas. ¿Qué hay de nuevo contigo?

—Estoy renovando mi membresía. Luego voy a tomar mi café y a hacer mi turno, hermano.

Tony pensó un momento, librando la lucha de pasar sobre una línea invisible en su mente, la línea que estaba entre la vulnerabilidad y la autoprotección. Finalmente dijo:

—Bueno, mira, ¿tienes unos minutos?

—¿Para ti? No, tengo cosas que hacer.

Tony lo miró. Luego hubo una gran sonrisa en el rostro de Michael.

—Solamente estoy bromeando. ¿Qué pasa?

Compraron café y tomaron una mesa, lejos de todos los demás. Tony no sabía si discutir su situación de trabajo o lo que había pasado con Elizabeth. Se decidió por lo último y le explicó lo que había visto en el clóset de Elizabeth.

—Como que me sacó de mis casillas —dijo Tony.

—¿Entonces todo el clóset estaba vacío? —dijo Michael.

—Sí, excepto por los papeles en la pared.

—¿Y qué hizo con su ropa?

—Michael, no lo sé. En algún otro clóset. ¿Por qué importa eso?

Michael se inclinó hacia delante.

—Chico, creo que no entiendes lo importante que es esto. ¿Cuándo fue la última vez que oíste de una mujer renunciando a un poco de espacio en el clóset?

Tony frunció el ceño y encogió los hombros.

—Todo lo que sé es que puedes pelear con tu esposa, y probablemente puedes defenderte, pero si Dios está peleando por ella, puedes ir al gimnasio todo lo que quieras, pero esto no se ve bien para ti.

Tony miró a la distancia, y se preguntaba si debía hablar de la pérdida de su trabajo, de las batallas del matrimonio, de todas las cosas que le pesaban como una barra de pesas de quinientos kilos.

—Hombre, yo quisiera que mi esposa orara así por mí —dijo Michael—. Además, yo podría usar el espacio del clóset.

A Tony le dieron ganas de reírse, pero su corazón no estaba en eso.

Michael se puso de pie.

—Tengo que tomar mi turno. Te veo después.

Tony se quedó sentado por un rato, pensando. Toda su vida había estado atada a lo que él hacía. Su identidad era su trabajo y el buen vendedor que era. Sin eso, ¿cómo se definiría a sí mismo? Y si hubiera permanecido en Brightwell por el resto de su vida, ¿tendría algo más de lo que tenía ahora mismo? Tendría una pensión, alguna clase de plan de jubilación y un seguro, sin duda. Pero ¿tendría algo de valor duradero? ¿Tendría una esposa que lo amaba a pesar de la forma en que había actuado él? ¿Tendría una hija que quería estar con él?

Miró su reloj y caminó hasta el gimnasio donde practicaban Danielle y sus compañeras de equipo. Se detuvo en la recepción y llamó la atención de la recepcionista.

—Perdone, ¿podría decirle a Danielle que regresaré por ella cuando termine su práctica?

La chica sonrió y tomó un pedazo de papel de un montón.

—Seguro, yo se lo digo. Será un gusto.

Él se lo agradeció y condujo a casa con la radio apagada. Todo estaba en silencio y tranquilo cuando entró por la puerta. Vacío. Era como si Dios le estuviera mostrando cómo sería la vida si él continuaba viviendo a su manera. Terminaría solo, separado de la gente que él amaba y, más importante aún, de la gente que en realidad lo amaba.

Qué tonto había sido. Se había dicho a sí mismo que trabajaba mucho porque quería proveer para las necesidades de su familia. Lo cierto era que él quería lo que él quería. Había tomado la decisión de lanzarse a las ventas, y mientras más éxito tenía, más se lanzaba a eso. Todo el asunto lo había envuelto y había nublado su visión.

¿Cuándo le había preguntado a Elizabeth qué era lo que ella quería? ¿Cuándo le había preguntado si podía hacer algo por ella? ¿Qué haría la vida de ella más fácil o mejor? Él siempre había estado consumido por cualquier

cosa que estuviera en su mente, ya fuera trabajo o su siguiente viaje, o el gran partido. Nunca era por Danielle ni por Elizabeth ni por lo que les interesaba a ellas, ni por lo que las ayudaría.

¿Cuándo había orado él por su familia? Ese pensamiento lo impactó. Siempre se había considerado una buena persona que temía a Dios. Le había entregado su vida a Cristo hacía años, leía su Biblia y sabía que la única vida verdaderamente satisfactoria se encontraba en vivir en Dios y seguir a Jesús. Pero el inexorable magnetismo de la vida cotidiana, los altibajos de una carrera, ocasionaron un lento distanciamiento de la verdad. Él podía ver eso ahora.

La pérdida del trabajo, la acusación de alterar los números y la verdad de lo que en realidad había pasado lo hizo toparse con la pared de ladrillos de sí mismo. Y el sueño que había tenido la noche anterior también lo había confrontado. Él nunca golpearía a su esposa. Nunca le haría daño ni desahogaría su frustración físicamente, pero pudo ver que la había lastimado, que había hecho algo poco inferior a un puñetazo en el estómago con cada decisión egoísta que había tomado.

Se fue al clóset de Elizabeth y se sentó en una pequeña silla mirando las oraciones en la pared. Los versículos. Las peticiones. La gente en la vida de ella. Tony ni siquiera reconocía algunos de los nombres y eso lo hizo sentirse avergonzado. ¿Cómo podía orar fervientemente su esposa por gente que él ni siquiera sabía quién era?

Ellos no son importantes.

Esas palabras llegaron a él suavemente, a su corazón. Esa gente no era importante, pero él recordaba a la gente que *era* importante. Escribió sus nombres. Los memorizó, usó los dispositivos nemotécnicos para asegurarse de que supiera que eran importantes. Entonces, ¿por qué no hizo eso con la mujer del centro comunitario que conocía a su hija y a Elizabeth?

Sus ojos se posaron en la hoja que Elizabeth había escrito acerca de él, en las cosas por las que ella oraba para su vida. Ella oraba para que él las amara a ella y a Danielle, para que él fuera honorable en su trabajo, para que

detestara su propio pecado. Ella no tenía ni siquiera una idea de cómo se le deshilachaba su vida, no se había enterado de su pecado, y esto era lo que ella pedía en oración.

Que deteste su propio pecado.

Miró las palabras. ¿Qué significaba detestar su propio pecado? Sonaba tan espiritual, tan cristiano. Pero ese era realmente el meollo del asunto, ¿no es cierto? Para que él cambiara, tenía que ver las maneras en las que lastimaba a su familia, las maneras en las que lastimaba a su empleador y a las personas con las que él tenía contacto, como Verónica. Cerró sus ojos y pensó en lo cerca que había estado de echarlo todo a perder. Si él hubiera pedido algo distinto en el menú, quizá no se habría enfermado. Quizá se habría ido con Verónica esa noche.

O tal vez no había sido la comida lo que lo había enfermado. Tal vez había sido otra cosa, algo más profundo que su estómago.

Se paró y fue a sentarse a la cama, frente a una foto de Elizabeth en su boda. Ella se veía tan feliz, parada derecha y alta con el vestido blanco que resaltaba su sonrisa deslumbrante. Si él pudiera haber embotellado la alegría que se derramaba de ella en esa foto, sería un hombre rico. Ella había estado tan llena de esperanza, lista para ser amada. La luz en su rostro se había puesto más tenue en la última década.

En la boda, el pastor había hablado de lo que significaba amar a alguien como Jesús amaba. Y le encargó a Tony que hiciera eso. Tony no recordaba mucho del mensaje, del desafío, pero sabía que él no había vivido de acuerdo a ese ideal. Ni siquiera cerca.

Una tristeza que le penetró muy profundamente lo inundó. Pero era más que tristeza, más que remordimiento. Era una convicción profunda. Era el veredicto de su vida. Mientras miraba la foto, recordó el sueño donde él había atacado a su esposa. Como una música que suena súbitamente en una película y lo hace a uno saltar, tuvo un sobresalto que lo hizo echarse para atrás. La ola lo golpeó otra vez y él daba vueltas debajo de ella, batallando por respirar.

Salió de su habitación tropezándose y deambuló por toda la casa por la que había trabajado tanto. Todas las cosas, los muebles, la mejor televisión, los mostradores de granito, las costosas librerías. ¿Qué significado tenía todo

esto?

Un versículo apareció en su mente, algo que había memorizado cuando era niño en uno de esos programas de la iglesia. Había estado escondido allí, en alguna habitación de su mente, almacenado hasta este momento.

¿Y qué beneficio obtienes si ganas el mundo entero pero pierdes tu propia alma?

Esto no se trataba solamente de perder a su esposa y a su hija. No solamente de servir las y de memorizar otra lista de nombres escritos en su cuaderno. Era más profundo.

Elizabeth no había estado orando para que Tony llegara a ser el esposo que ella quería porque ella era infeliz. Había estado orando por él porque ella sabía que él era infeliz. ¿Qué decía aquella vieja cita: «*Nuestros corazones estarán inquietos hasta que encuentren su descanso en Dios*»? Algo así.

Se trasladó a la habitación de Danielle y vio las fotos que ella tenía en exhibición. A ella le encantaba dibujar y colorear. En una mesa cerca de su escritorio había una tarjeta que había coloreado: YO ♥ SALTO CON DOBLE CUERDA. Él tomó una foto de ella sonriendo, mirando hacia la cámara, sentada en una gran silla de cuero. La inocencia de la niñez. Las esperanzas y los sueños que tenía por delante. Miró la foto de su niñita cuando era recién nacida. ¿Qué clase de legado le estaba dejando él? ¿Estaría él siquiera en su vida dentro de un año? ¿Dentro de diez años? Él no quería que ella terminara sintiéndose abandonada como él se había sentido.

Él la había criticado por haber renunciado al baloncesto. Había pasado por alto el corazón de ella. En todas las oportunidades que había tenido de pasar tiempo con ella, de jugar un juego, de ver una película o de salir a caminar, él había estado demasiado ocupado para lo que era más importante.

Todo se le juntó en ese momento. Se le humedecieron los ojos y su corazón se quebrantó por las decisiones que había tomado. Tony pensó: *No quiero perder nada de esto. No quiero perder la vida, la vida verdadera.*

Había pensado en terminar con su vida. Verdadera-mente había pensado que su familia estaría mejor sin él porque ellas recibirían su seguro de vida. Pero ver cuánto lo amaban su esposa y su hija, a pesar de la forma en la que él las había tratado, lo empujó hacia un borde distinto. La vida de ellas no se

trataba de dinero, de cosas buenas ni de una casa bella. Se trataba de relaciones. Se trataba de dar y recibir amor. Él había pasado por alto esa verdad. Había trabajado mucho para proveer algo bueno, pero había confiado en las cosas que él podía hacer, en las cosas que podía poseer, y aquellas se habían elevado al punto de poseerlo a él. Había pasado por alto todo el propósito de su matrimonio y de su vida.

Su emoción llegó a ser abrumadora, y él trató de sacudírsela, pero no pudo. Se preguntaba si habría alguien orando en ese mismo momento, tal vez Elizabeth o Danielle, tal vez la señora Clara. Ellas estarán orando: *Dios haz algo en el corazón de Tony*, porque él podía sentirlo hasta en los dedos de sus pies. Y en lugar de conducir su automóvil contra un poste de teléfono o de encontrar una pistola para acabar con su vida, decidió que se rendiría de una manera distinta.

Lentamente se arrodilló en el suelo de la habitación de Danielle e inclinó su cabeza. Era la postura familiar de una persona santa que se relaciona con Dios, pero Tony sabía que él no era santo. Tardó un poco para formar las palabras, pero luego llegaron a través de sus lágrimas.

—Jesús, yo no soy un buen hombre. Soy egoísta. Soy orgulloso. Y estoy lastimando a esta familia. Pero ese no es quien yo quería ser. No me gusta el hombre que he llegado a ser. Y no sé cómo arreglarlo. No sé qué hacer.

Las palabras eran intensas. Se requirió de cada gramo de fortaleza en él para sacarlas, para empujarlas afuera de sus labios. Finalmente, ya no pudo empujar más. Dijo las únicas palabras que pudo sacar del pozo.

«Perdóname, por favor. —Se inclinó y puso la cabeza en el suelo—. Perdóname, Jesús».

Era una oración de rendición. La oración de un corazón impotente. Y no lo hacía por Elizabeth ni por Danielle. No lo hacía para poder recuperar su trabajo, porque él sabía que eso no iba a ocurrir. Su rendición no era porque él pensaba que podría hacer que Dios hiciera lo que él quisiera. Esa idea ya no existía. Oró porque sabía que ese era su último recurso y que era lo primero que debería haber hecho desde mucho tiempo atrás.

Con su cabeza en la alfombra del dormitorio de Danielle, Tony lloró. Lloró por todo lo que había hecho para distanciarse de la gente que lo amaba. Lloró por los años perdidos. Cada lágrima era una súplica de ayuda y un deseo de rendirse. Y cuando se puso de pie, sintió como si esa barra de pesas de quinientos kilos que le presionaba el alma hubiera sido levantada. Dios había estado haciendo la parte de persona de apoyo en las pesas todo el tiempo. Y por primera vez en lo que parecía una eternidad, el peso había sido reemplazado con algo que parecía esperanza.

CAPÍTULO 13



Elizabeth se había animado con su visita a Clara. Cada conversación sacaba una nueva faceta de una lección aprendida y le daba esperanza de que las cosas podían cambiar. Ella simplemente tenía que mantener el rumbo. Seguir avanzando, sosteniendo la mano de Dios y confiando en Él.

Estaba en su automóvil, lista para irse, cuando sintió la necesidad de orar otra vez por Tony. No hubo relámpagos, ningún símbolo de una cruz en las nubes sobre ella, ninguna voz que le susurrara un mensaje misterioso. Solamente era una sensación de que tenía que detenerse a orar.

«Señor, yo no sé si Tony está en apuros o si está alterado por lo de su trabajo, o si simplemente está haciendo ejercicio en el gimnasio. Pero te pido que lo acerques más a Ti. Ayúdalo a ver que no hay pecado tan grande que Tú no estés listo para perdonar. Te pido que le des esperanza, te pido que le permitas ver cuánto lo amas y quieres que él vuelva a Ti. Y dame la capacidad de amarlo de buena manera, en cualquier cosa que enfrentemos».

Allí sentada, derramaba su corazón ante Dios. Era curioso: no hacía mucho tiempo ella habría visto la oración como tiempo perdido. Ahora lo veía como la cosa más importante que hacía.

Después de unos minutos, sintió paz en cuanto a seguir adelante con su día, pero siguió orando mientras ponía una canción acerca de la bondad de Dios.

Se detuvo en la oficina y se reunió con Mandy. No le contó toda la situación, pero lo suficiente como para que la mujer se acercara y le diera un abrazo.

—Siento mucho lo del trabajo de Tony —dijo Mandy—. Déjame ver si puedo encontrarte más propiedades mientras tanto.



Tony entró al centro comunitario y se detuvo en la recepción. No era la chica joven esta vez, sino una mujer a la que reconoció como amiga de Elizabeth. ¿Cuál era su nombre?

—Estoy de regreso por Danielle —dijo.

La mujer sonrió.

—Todavía no han terminado, Tony. Pero puede verlas desde allí. El equipo se está poniendo muy bueno.

Tony sonrió.

—Lo siento, pero no puedo recordar su nombre.

—Es Tina —dijo ella.

—Gracias, Tina.

Él sacó un pedazo de papel y escribió su nombre en él mientras caminaba hacia el ruidoso gimnasio. Había equipos diseminados por todo el piso de madera, trabajando en sus rutinas. Divisó a Danielle y, por primera vez, las vio practicar. Su entrenadora les gritaba instrucciones, y Danielle y Jennifer trabajaban en perfecta sincronía. Él se había contrariado porque ella había dejado el baloncesto, pero verla saltar la cuerda con esa sonrisa le dio alegría. Su trabajo con los pies era impresionante, y cuando Danielle hizo una voltereta para entrar a las cuerdas, él no podía creerlo. Incluso cuando fallaron y las cuerdas se detuvieron, Danielle sonreía de oreja a oreja y su entrenadora aplaudió y las elogió, y luego les dio unas cuantas instrucciones.

Tony la abrazó fuertemente cuando ella terminó y se dirigieron al auto, pasando por la recepción.

Tina, se dijo a sí mismo, *Tina*.

En el auto, salieron del estacionamiento y él de manera instintiva quería llenar el silencio con la radio. Pero no la encendió. Podía darse cuenta de que había algo más importante. Tony miró a su hija por el retrovisor.

—Oye, ¿sabes qué?

El rostro de Danielle no tenía expresión alguna.

—Pensé que tu rutina de saltar la cuerda sería algo simple. Pero no es así. Es bastante difícil. Estuviste verdaderamente bien, Danielle. Quedé impresionado.

Mientras más palabras decía, más reaccionaba ella. Primero con sus ojos, luego con su boca. Entonces todo su rostro se iluminó. Solo unas cuantas palabras fueron lo único que se requirió para que su corazón se abriera como una flor.

—Gracias —dijo rápidamente, como si obedeciera a un guión interno, y una sonrisa se esparció en su rostro. Ella lo miró, y después miró otra vez hacia abajo, todavía sonriendo.

—¿Cuándo aprendiste a hacer una voltereta como esa? —dijo él.

Ella le habló de la entrenadora Trish, de cómo las había ayudado a perfeccionar las cosas que habían hecho en el gimnasio para hacer su rutina más complicada, de mayor riesgo, como una rutina de gimnasia. Él se perdió en la conversación, en la explicación de cómo ella y Jennifer habían practicado juntas por horas y de cuánto se habían divertido. Estaba tan absorto que no vio el automóvil que estaba frente a su casa, ni a Elizabeth parada en la entrada, hasta que se detuvo. Rick estaba hablando con Elizabeth y tenía afuera su portapapeles, y Tony se acordó de lo que había pasado en la oficina el día anterior.

—Papi, ¿por qué están ellos aquí?

—Han venido a llevarse este auto, Danielle.

—¿Por qué necesitan tu auto?

—Es más o menos una larga historia.

—¿Es eso todo lo que se van a llevar? —dijo ella, con la voz temblorosa.

—No tienes que preocuparte por eso, cariño —dijo Tony—. Vamos a estar bien, ¿de acuerdo? Mírame. Escúchame. Todo va a estar bien. ¿Me crees?

Había una pregunta en su voz y en sus ojos. Pero dijo obedientemente:

—Sí, señor.

Ella salió y caminó lentamente hacia su madre. Tony la siguió. Toda la escena era humillante, pero él estaba listo.

—Rick —dijo Tony.

—Tony —dijo Rick, su rostro mostrando una pena genuina—. Lo siento mucho por esto.

Él miró al hombre a los ojos y, por primera vez, vio el dolor allí. Lo estaba matando hacerle esto a Tony y a su familia. Él no quería despedir a Tony, pero lo habían obligado a actuar. Tony vio cómo sus acciones no solo habían afectado a su familia sino a las personas con las que trabajaba.

—No es su culpa —dijo Tony con convicción.

Rick le dio un bloc con una hoja impresa encima.

—Necesito que firme que vinimos por el automóvil. Y retire de él cualquier objeto que le pertenezca.

Tony asintió con la cabeza y firmó.

—Ya lo hice.

Rick tomó los papeles e hizo una pausa.

—Es un hombre talentoso, Tony. Lamento que esto haya ocurrido. — Recibió las llaves de Tony—. Cuídese.

Elizabeth inclinó la cabeza amablemente cuando Rick entró al auto de Tony y se fue, seguido por el otro hombre de Brightwell a quien Tony no conocía. Danielle permaneció cerca de ellos mientras veían que los automóviles se alejaban.

—¿Por qué se llevan el automóvil de Papi? —dijo ella.

—Hablaremos de eso más tarde, cariño, ¿de acuerdo? —dijo Elizabeth—. ¿Por qué no entras y haces algunos de tus quehaceres antes del almuerzo, te parece?

—Está bien.

Danielle entró y dejó a Tony y a Elizabeth solos en la entrada. Él quería contarle todo lo que había pasado. Quería mirarla a los ojos y disculparse. En lugar de eso, él sonrió con tristeza y extendió una mano.

Ella la tomó y la apretó.

—¿Estás bien?

Él asintió con la cabeza antes de entrar a la casa.



Elizabeth encontró a Danielle en su cuarto, haciendo su cama.

—¿Cómo estuvo la práctica?

—Bien —dijo Danielle.

Elizabeth se sentó en la silla de Danielle y pareció que Danielle supo instintivamente que debía detenerse y escuchar.

—Cariño, no puedo explicarte todo ahora mismo, pero quiero que sepas que vamos a estar bien, ¿de acuerdo?

La mirada en sus ojos era de temor.

—Eso es lo que Papi dijo.

—¿Lo dijo?

Ella asintió con la cabeza.

—Dijo que todo va a estar bien y que le creyera. Pero no sé qué pasará ahora después de que se llevaron su automóvil.

Elizabeth la abrazó y le besó la frente. Parte de amar a un hijo era no decirle todo. Danielle no necesitaba vivir bajo el peso de la pérdida de un trabajo. Elizabeth había asumido que se trataba de un despido justificado o de una reducción de personal, pero las palabras de Tony y su admisión de que la culpa no era de Rick confirmaban que había pasado algo más.

—Solamente sigue escribiendo lo que sientes en tu diario, ¿bueno? Y tú y yo seguiremos hablando de esto.

Danielle asintió con la cabeza. Elizabeth salió de la habitación, bajó y encontró a Tony sentado en la silla de la esquina en su habitación, inclinado, con sus codos sobre sus rodillas. Ella quería estimularlo y hacerle saber que ella lo daría todo, que estaba totalmente de su lado.

—Esta mañana tomé unas cuantas casas más para vender. Le pedí a Mandy que me diera todo lo que pudiera para los próximos dos meses.

—Qué bueno, Liz —dijo Tony y levantó la mirada para verla. Luego hizo una pausa—. ¿Podemos hablar?

—Seguro —dijo ella. Se sentó frente a él en la orilla de la cama. Se sentía como si algo estuviera ocurriendo en la habitación. Todas las oraciones, todas las súplicas a Dios... ¿Estaba Tony a punto de decirle que se iba? ¿Había elegido a otra mujer de Raleigh o de Atlanta? Elizabeth tranquilizó su corazón y respiró profundamente. Solo tenía que escuchar. No reaccionar con demasiada fuerza.

Por favor, Dios, oró ella. Ayúdame a escucharlo y permíteme que solamente diga lo que tiene que decir. Ayúdame a no tener miedo.

—Simplemente no entiendo por qué me tratas de esta manera —dijo Tony.

Porque te amo, quería decir ella. *Porque me importas*. Pero no lo dijo. Ella no dijo nada, esperando que él dijera algo, dejándolo hablar.

—Cuando te conté lo que había pasado con mi trabajo, esperaba que tú perdieras los estribos, Liz —continuó Tony—. Así que en mi mente, yo estaba listo para defenderme. Solo que esta vez no puedo hacerlo.

Elizabeth escuchó sus palabras, pero más que eso, escuchó su corazón, las cosas intangibles entre las frases. Cuando ella vio que la emoción se acumulaba en sus ojos, apenas pudo contenerse.

Tony miró hacia la ventana, y luego alrededor de la habitación. Luego bajó la cabeza.

—Odio decir esto, pero yo merecía que me despidieran. Los estaba engañando. Y te estaba engañando a ti. Casi te fui infiel, Liz. Lo pensé. Casi lo hice. Pero tú sabes todo eso. Y todavía estás aquí.

A ella le ardían los ojos. Era como ver su Jericó personal, las paredes se estaban derrumbando justo allí en su habitación.

—Veo tu clóset —dijo él—. Veo la forma en que estás orando por mí. ¿Por qué harías eso cuando ves la clase de hombre en que me convertí?

El labio de ella le temblaba mientras veía que las lágrimas caían de los ojos de él. Estaba quebrantado. Estaba al final de sí mismo. Y era una vista bella.

—Porque yo no he terminado con nosotros —dijo ella, y la fortaleza de su voz la sorprendió. Era como si estuviera hablando con Tony y con cualquier otro que pudiera estar escuchando—. Yo pelearé por nuestro matrimonio. Pero he aprendido que mi contentamiento no puede venir de ti. Tony, yo te amo. Pero pertenezco a Dios antes que a ti. Y porque amo a Jesús voy a quedarme aquí mismo.

El dique se rompió y Tony cayó de rodillas, llorando. Se inclinó, su cuerpo sacudido por los sollozos.

—Lo siento, Liz. Le pedí a Dios que me perdonara. Pero necesito que tú me perdones. No quiero que te des por vencida conmigo.

La emoción de él llegó a ser la de ella y los dos lloraron.

—Te perdono —dijo ella—. Te perdono.

Tony puso su cabeza en las rodillas de ella.

—Lo siento. Lo siento mucho.

Elizabeth cerró sus ojos. No podía creer lo que acababa de pasar. Se puso una mano en el pecho y sacudió su cabeza con asombro.

«Gracias, Señor», susurró ella.

Tony le besó la mano y los dos se abrazaron, llorando, regocijándose, envueltos en amor, y no solo en el de ellos. Elizabeth miró hacia la puerta cuando vio movimiento afuera. Era Danielle que escuchaba. Parecía que ella quizás también lloraba. Antes de que Elizabeth pudiera invitarla a entrar, se había ido; de regreso a su habitación, probablemente. De regreso a ponerle una marca a su propia respuesta a la oración en su clóset.

La señora Clara



Clara vio la identificación de quien la llamaba y contestó rápidamente. Cualquier noticia de Elizabeth era como una comunicación de la línea de fuego de una prolongada batalla. Tan pronto como oyó la voz de Elizabeth, supo que eran buenas noticias. Su tono estaba entre la gratitud y el asombro.

—Tony acaba de contarme que arregló las cosas con el Señor —dijo Elizabeth—. Me pidió que lo perdonara.

—¿Y eso acaba de ocurrir?

—Hace un ratito —dijo Elizabeth—. Y dijo que quiere comenzar de nuevo.

—¿De veras? ¡Vaya, dulce Señor! —Clara sentía que se le salía el corazón. No estaba sorprendida por lo que Dios había hecho, sino por lo rápido que el corazón de Tony había cambiado—. Se lo dije, Elizabeth. Le dije que Dios pelearía por usted.

—Lo ha hecho, señora Clara. Él ha peleado por mí, por nuestro matrimonio y por mi niñita.

Clara se contuvo hasta que colgó el teléfono, y luego hizo su zapateo de alegría, si es que podía llamarlo así. Era algo que pasaba por dentro, incluso cuando su exterior no tenía las fuerzas para hacerlo. Entonces ella echó hacia atrás su cabeza y le dio a conocer a Satanás que había perdido la batalla.

«Ajá, diablo, ¡te acaban de dar una patada por detrás! —gritó ella—. ¡Mi Dios es fiel! ¡Él es poderoso! ¡Él es misericordioso! ¡Él está a cargo! Tú no puedes despedirlo, ¡y Él nunca se retirará! ¡Gloria! ¡Alabado sea Dios!»

Clara imaginó ángeles haciendo lo mismo en alguna parte del cielo. Luego se fue arriba, a su cuarto de guerra, para poner otra marca en la pared de las oraciones respondidas. Lo hacía como un acto de adoración y

agradecimiento. Lo hizo para hacer que el diablo se enojara por haber perdido otra batalla que pensaba que iba a ganar.

Todo el asunto la hizo querer hacer oraciones más grandes. Ella reafirmó mentalmente su creencia de que Dios estaba en el negocio de responder a grandes oraciones.

CAPÍTULO 14



Tony sabía que no iba a ser fácil seguir adelante y rehacer su vida, pero sentía que había tocado fondo y que no había adónde ir desde allí, más que hacia arriba. Había pasado por el valle y ahora solo quedaba el lento ascenso hacia donde él pudiera obtener otra vez una visión para su vida. Las cosas mejorarían, un día a la vez.

A la mañana siguiente, vio a Danielle sentada en el primer escalón de la escalera, poniéndose sus tenis. Ella había observado el cambio en él. El rostro de ella se veía con menos dolor desde que él se había puesto a cuentas con Dios y se había confesado con Elizabeth. Era curioso cómo la vida de una niña de diez años podía ser transformada por la oración de un padre.

Él sabía que tenía que hablar con ella, acercarse a su hija, pero no estaba seguro de cómo hacerlo. No quería cometer el error de revelar demasiado: eso no sería justo para ella. Pero él tampoco podía anticiparse a todo por el resto de su vida. Él no iba a acertar en todo. Algo por dentro le decía que simplemente se arriesgara, que se metiera al juego y que viera lo que ocurría. Él la saludó y se sentó a su lado.

—Hola, Papi —dijo Danielle.

—Oye, necesito decirte algo.

Danielle lo miró. Cuánta inocencia. Ella tenía toda su vida por delante y él tenía otra oportunidad de involucrarse, de ayudarla. Lo mejor que él podía darle era su corazón, lo que ocurría en su interior. Esas eran cosas que usualmente él no podía decir, porque la mitad del tiempo no sabía que las sentía. Pero Dios había hecho algo, le había mostrado un camino hacia la vida, por lo que siguió hablando.

—No creo haber sido un buen papá para ti. Y tampoco he sido muy cariñoso con tu madre. Puedo hacerlo mejor, Danielle. Las dos se merecen algo mejor de mí.

Un buen comienzo. Él no había entrado en detalles, pero si ella quería que lo hiciera, él lo haría. Solo puso las cosas allí claramente, de una manera que ella pudiera entender.

—Pero ¿sabes qué? Le he pedido a Dios que me ayude. Y quería pedirte que me perdonaras y me dieras otra oportunidad. ¿Crees que puedes hacerlo?

De alguna manera, eso fue lo mismo que había hecho con Dios. Al principio él imaginó a Dios en los portales del cielo, con Sus brazos cruzados, mirándolo con el ceño fruncido. Golpeando ligeramente el suelo con Su pie, esperando a que Tony llegara al grano. Él sabía que en realidad Dios no era así, que Dios no reaccionaría de la forma en la que él lo haría. Si él pudiera haber imaginado a Dios con la cara que su hija le puso, él habría regresado antes.

Durante unos cuantos segundos, ella lo miró. Luego llegó la sonrisa y Danielle asintió con la cabeza, y esa mirada sola hizo que su corazón se derritiera. Decía: «*Te acepto y te amo, y siempre lo haré*».

Así de sencillo. Perdón con una sonrisa y nada de preguntas. El amor se parecía mucho a eso, pensó. Si pudiera amar así, si pudiera responder como su hija, el resto de su vida sería mucho mejor.

—Te amo mucho, Danielle —dijo él.

—Yo también te amo, Papi.

Él le dio un beso en la parte de arriba de su cabeza y se alejó, tan ligero como una pluma. Ella lo siguió afuera con su cuerda de saltar e hizo un poco de calentamiento, y le explicó su rutina y lo que Trish les había estado enseñando. Cuando se sentó en una grada al lado de él, él decidió retomar el tema otra vez.

—Danielle, ¿hay algo en lo que yo pueda mejorar? ¿Algo que te diría cuánto te amo?

Ella hizo una mueca y arrugó la frente. Era claro que esa no era una pregunta que ella hubiera considerado.

—¿Te refieres a algo así como comprarme un regalo?

—Creo que podría ser eso. Pero estaba pensando más, como en ¿hay algo que te gustaría que hiciéramos juntos?

Ella encogió los hombros y dijo:

—No sé.

Fue otro momento de plena niñez. Ella no podía pensar en algo y eso estaba bien. Él le había ofrecido una lámpara mágica con solamente un deseo en ella, y parecía que Danielle no quería frotarla en ese momento.

Tony sonrió.

—Está bien. Piénsalo. Si se te ocurre algo, házmelo saber.

Elizabeth salió y se sentó a su lado, y ellos vieron a Danielle saltar cuerda. Con toda su ira hacia su esposa, con todas sus riñas, a él se le había olvidado lo bella que era ella. No, no se le había olvidado, simplemente había hecho a un lado la verdad y había permitido que las nubes de la vida la cubrieran.

—Parece que tu niñita está feliz con su papi otra vez —dijo Elizabeth.

—Sinceramente, no se requiere de mucho. Solo le pedí que me perdonara por ser un padre tan desagradable, y ella dijo que sí, como si fuera lo más fácil de la vida.

—Los niños le dan a uno una segunda oportunidad. A los adultos es a quienes les cuesta más.

Él la miró.

—¿Es eso cierto?

Ella sonrió.

—¿Qué cosa?

—Uno de mis temores más grandes al pedirte que me perdonaras era que tu me echaras en cara todo lo que te hice. Y que en un día, en una semana o en un año tú volvieras a sacarlo a la luz. Y no lo has hecho.

—Bueno, tampoco ha pasado una semana ni un año —dijo ella.

—No —dijo él—, pero puedo darme cuenta de que lo decías en serio. Puedo darme cuenta que no se trata de que yo lo arregle todo y que viva de acuerdo a alguna lista de leyes y reglamentos.

—Me alegra que hayas dicho eso —dijo ella, y buscó algo en el bolsillo de su pantalón—. Se me ocurrió una lista esta mañana.

Se rieron y él se dio cuenta de que había pasado mucho tiempo desde que se habían reído juntos de una manera genuina. Él no podía recordar la última vez. Probablemente había sido la última vez que ellos habían...

Danielle dejó de saltar y los encontró conversando. Corrió hacia ellos, sin aliento, y saltó frente a ellos.

—¡Bésala, Papi! ¡Bésala!

—Vaya, no apresures las cosas —dijo él riéndose y agitando una mano hacia ella—. Tu mamá y yo estamos trabajando para no pelear. Ese es el primer paso.

—¡Bésala! —dijo Danielle, meciendo su cuerda y saltando. Entró en un ritmo y cantó: «¡Bésala, bésala, bésala...!».

Tony sacudió su cabeza.

Danielle se detuvo y su rostro se puso sombrío.

—Tú me pediste que te dijera una cosa que podías hacer, ¿verdad? Pues eso es.

Antes de que Tony pudiera objetarlo otra vez, Elizabeth dijo:

—Adelante, dale a la niña lo que pide.

Él levantó sus cejas y se hizo para atrás, y miró el rostro de Elizabeth. Ella volteó la cabeza ofreciéndole una mejilla y él se inclinó y le dio un besito.

—En-los-labios —dijo Danielle, y hablaba al ritmo en que saltaba—. ¡En-los-labios!

Tony miró a su esposa a los ojos, y los examinó. Él no quería tomar las cosas demasiado rápido. Quería darle tiempo a Elizabeth para que viera su corazón genuino.

—Los niños de estos días —dijo en son de broma—. Piden demasiado.

—Tú eres el que le hizo la pregunta a ella —dijo Elizabeth, y correspondió a su mirada. Ella se humedeció los labios con la lengua.

Él se inclinó más cerca.

—Es más barato que una nueva cuerda de saltar.

Él la besó en los labios. No fue el beso más largo ni el más romántico de su matrimonio, pero los sentimientos que se agitaron dentro de Tony lo sorprendieron.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! —dijo Danielle y continuó con sus saltos—. ¡Hazlo-otra-vez! ¡Hazlo-otra-vez!

Jennifer y su madre llegaron. Tony puso un brazo alrededor de Elizabeth, caminaron hacia el automóvil y saludaron a la mamá de Jennifer.

—Es Sandy, ¿verdad? —dijo Tony.

La señora sonrió.



Elizabeth sabía que los bienes raíces eran algo como el matrimonio. Se podía tener la mejor casa del mundo, pero si no tenía un comprador interesado, se sentaría sola en la exhibición. Pero nunca podía decir qué traería un nuevo día. La llegada de la persona adecuada en la situación indicada podría marcar toda la diferencia. Una llamada telefónica de alguien que conducía por allí y que había visto el bonito vecindario y un letrado era todo lo que se requería. O la amiga de una amiga quien conocía a alguien que estaba buscando casa y le había sugerido que llamara. Todo era parte de una red invisible de gente, de necesidades y de deseos.

El beso de Tony era una de esas cosas que había traído el nuevo día. La sensación permaneció todo el día. El contacto de sus labios, la cercanía que había sentido. Besarse era tanto del corazón como de los labios, y su corazón había dado volteretas cuando él se inclinó y se conectó con ella. Aun así, ella sentía un poco de reservas. Se había sentido agradecida porque Tony había vuelto a Dios, pero también se había sentido herida por lo que él le había revelado.

Elizabeth se había preguntado por el interés disminuido de Tony en la intimidad el último año. Cuando ellos se acababan de casar, ella se había preocupado de que ella y Tony tendrían niveles distintos de deseo. Había oído a mujeres casadas hablar de esposos que querían sexo todos los días, y eso le había parecido bien en ese tiempo. Pero las esposas se habían quejado, por lo menos la mayoría de ellas. Unas cuantas decían que sus esposos no querían sexo en absoluto, y eso la inquietaba a ella. ¿Serían ella y Tony compatibles en esa área?

Esa pregunta se había resuelto rápidamente cuando descubrieron que los dos tenían un nivel de deseo bastante similar. Pero después de que Danielle nació, las cosas cambiaron. Su cuerpo cambió. Su nivel de energía disminuyó y ella estaba atada emocionalmente a su hija. Ella supuso que era por las hormonas y por todos los cambios por los que había pasado.

Pronto, ella y Tony entraron en sintonía como pareja y siguieron adelante. Por lo menos iban en la misma dirección. Ocasionalmente se encontraban el uno al otro, nada planificado, y disfrutaban del otro, pero su intimidad era un asunto incierto, en el mejor de los casos. En el último año, Tony se había apartado de ella y se había lanzado al gimnasio, y el hacer ejercicio y mantenerse en forma parecía que llenaba una necesidad interna. Ella leía artículos en línea, y encontró un libro en la biblioteca acerca del tema, pero el contenido la preocupó. Decía que un esposo que se retiraba de su esposa sexualmente podía ser una luz intermitente en el tablero del matrimonio. ¿Tal vez él se tonificaba para alguien más?

Esa noche, después de que Tony había llevado a Danielle a dormir, llegó donde estaba Elizabeth sentada en la silla de su dormitorio. Ella había tomado el libro acerca del matrimonio que había estado leyendo, pero lo bajó cuando él entró a la habitación.

Él se arrodilló frente a ella.

—Necesito decirte algo.

Ella cerró el libro. La mirada en su rostro telegrafiaba un mensaje que a ella no le iba a gustar.

—Suenan inquietante —dijo ella. Quería decir: *Suenan doloroso*.

—En realidad no —dijo él. Tomó un momento, y luego la miró a los ojos —. Creo que necesitamos visitar a alguien.

—¿A qué te refieres?

—Alguien como un consejero. Un pastor. Alguien que pueda ayudarnos a dar el siguiente paso.

Elizabeth examinó sus ojos. Ella había estado en suficientes estudios bíblicos con otras mujeres que tenían problemas matrimoniales como para saber que lograr que un hombre fuera a cualquier clase de consejero era como

meter a un caballo salvaje a una furgoneta. Por la ventana. Y abrocharle el cinturón de seguridad. Que él lo sugiriera se sentía como un gran regalo.

—Está bien —dijo ella.

—Es que creo que hay algunas cosas que una tercera persona podría ayudarnos a arreglar, ¿me explico? Alguien que haya pasado por esta clase de cosas antes.

Ella asintió con la cabeza.

—Sí, por supuesto. Me apunto. Tú eliges.

—Pensaba en llamar a la iglesia —dijo él—. Ellos tienen un pastor para las familias, ¿verdad?

—Sí, el pastor Wilson.

—Bien, llamaré en la mañana.

Ella puso el libro en la orilla de la silla, haciendo equilibrio. Había algo detrás de esto. Sentía que la punta del iceberg se veía por encima de las aguas agitadas por las que habían pasado.

—¿Eso es porque hay algo más que tienes que decirme?

Tony había dicho que no había sido infiel, pero que había estado en el camino por mucho tiempo. Elizabeth había orado antes ese día para que Dios los ayudara a los dos a descubrir sus pensamientos escondidos, para que pudieran sacarlos abiertamente y tratar con ellos. Como el encontrar las piezas de los bordes de un rompecabezas. Si uno pone esas en la mesa y las conecta, puede encontrar las de en medio más fácilmente.

—Sé que te enteraste de lo de Raleigh —dijo él—. La dama con la que cené. Cuando volví del viaje, vi el mensaje de Missy.

—¿Revisaste mi teléfono?

—El teléfono estaba a la vista cuando me estaba cambiando ese día y sonó. Vi lo que ella dijo y toda la conversación. No estaba tratando de espiar. No revisé todos tus mensajes, créeme.

—De eso es de lo que se trata, Tony. De confianza. Y estoy trabajando en el perdón, y tratando de desarrollar esa confianza. Pero cuando oigo que viste eso y nunca dijiste nada...

Él se sentó sobre sus talones.

—Mira, no le des demasiada importancia. Te lo estoy diciendo ahora, ¿de acuerdo?

—No me digas cómo interpretar algo. He estado luchando por ti, por nuestro matrimonio, y esto me golpea profundamente. Es una de las cosas que sé que tenemos que trabajar.

Él apretó su mandíbula.

—De eso es de lo que estoy hablando. Esto es lo que temo que ocurra. Vengo a ti, trato de hablar, y tú levantas una pared.

—Tú mismo construiste la pared, Tony.

Su corazón latía rápidamente y ella podía darse cuenta de que esto podía terminar verdaderamente mal. Respiró y trató de encontrar la manera de que no resultara como antes. Trató de ver lo bueno en él en lugar de solo ver lo malo.

—Mira, veo que lo estás intentando —dijo ella—. Creo que tienes un buen corazón y que estás girando hacia nosotras.

—¿Tú crees? —dijo él, un poco lastimado, como un niño que pensaba que había tendido bien una cama en la que se veían bultos.

Antes de que ella pudiera responder, él levantó sus manos en señal de defensa.

—Tienes razón, siempre tienes la razón.

—No estoy tratando de tener la razón aquí.

—Pero la tienes. Y yo veo eso. Por eso es que te sugerí que vayamos adonde el pastor o adonde cualquiera. Quiero que esto funcione. Haré lo que se requiera para demostrarte que puedes confiar en mí. Solamente necesitamos un árbitro. Alguien que pueda ayudarnos a escucharnos el uno al otro y a no pelear las mismas batallas una y otra vez.

Ella asintió con la cabeza y su corazón se tranquilizó. Le gustaron esas palabras. Eran fuertes y reconfortantes. Y encajaban con la forma en que ella se sentía.

—Entonces, ¿quién era la mujer de Raleigh? —dijo ella. Sentía la boca seca por la emoción que la ahorcaba. Parte de ella no quería saberlo. Parte de ella quería solamente seguir adelante, olvidar el pasado y decirse que no tenía

relevancia en el presente ni en el futuro. Pero la otra parte, la parte más grande, quería saberlo todo. Tenía que saberlo todo. Se preparó para la verdad.

—Ella trabaja para Holcomb —dijo él—. Estaba a cargo del contrato que habíamos firmado.

¿*Eso fue todo?*, pensó Elizabeth, pero no lo dijo. No dijo nada. Solo lo miró, esperando la verdad.

—Estábamos revisando el contrato juntos y ella tenía programada una reunión, por lo que yo le sugerí que fuéramos a cenar.

—¿Es eso algo que ya habías hecho antes?

—Cada contrato es diferente...

—No, me refiero a las mujeres con las que trabajaste. ¿Has ido a cenar con otras mujeres?

Él lo pensó por un momento, y eso la puso nerviosa. Parecía como un niño que había metido su mano en el tarro de galletas precisamente cuando su madre entraba al salón.

—No recuerdo haber ido solo. Es decir, hubo tiempos en los que un grupo se reunía en una conferencia. Esa fue la primera vez que yo en realidad...

—¿Qué tú en realidad qué?

Tony respiró e hizo los hombros para atrás.

—Fue la primera vez en la que en realidad sentí que quería ir tras alguien más. Yo no tengo sexo ocasional, Liz. No soy tan tonto. Pero creo que finalmente me había dado por vencido contigo y conmigo. Y esa mujer era atractiva y pensé que tantearía el terreno.

Elizabeth no estaba preparada para el dolor que esas palabras le ocasionaron. Él hablaba de la noche en la que ella había orado mucho. La noche en la que verdaderamente creyó que Dios estaba obrando.

—Continúa —dijo ella—. ¿Qué pasó esa noche?

—Estábamos en el restaurante, cenando. Pensé que sería como romper el hielo entre nosotros. Pero no había hielo que romper, en realidad. Ella estaba lista. Después de la cena, ella sugirió que volviéramos a su casa y que abriéramos una botella de vino.

Elizabeth se quedó con la boca abierta.

—¿Y qué le dijiste?

—Le dije que estaba de acuerdo. Es decir, me sorprendió porque ella no parecía ser de la clase que simplemente se le lanzaría a alguien.

—Creo que estabas equivocado —susurró Elizabeth. Sentía pesado el corazón y el perdón que había dado parecía más condicional con cada palabra que salía de la boca de él. Eso iba a ser mucho más difícil de lo que ella había pensado—. ¿Cómo se llama?

—Verónica.

Elizabeth puso los ojos en blanco. *¿Verónica? ¿Ibas a caer por una Verónica?*

—¿Cómo es ella? —preguntó.

—Es un poco más joven que nosotros. Bonita.

—Quieres decir un poco más joven que yo, ¿verdad?

—Elizabeth, no te pongas a la defensiva.

—No me digas cómo debo ponerme. Puedo reaccionar a esto, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, puedes reaccionar, pero quiero que sepas que no pasó nada.

—¿A qué te refieres con que no pasó nada? Estaban juntos y solos en un restaurante. Hablaron y se rieron y tal vez coquetearon con los pies debajo de la mesa. Entonces fuiste a su apartamento a beber vino.

—No fui con ella. Me enfermé. Justo después de la cena. Fue la cosa más loca. No puedo explicarlo. Terminamos de comer, ella estaba lista para salir y yo tuve una sensación en mi estómago. Casi no logré llegar al baño a vomitar.

Eso la hizo sentir mejor. La imagen de Tony en el baño expulsando su costosa cena la hizo preguntarse si había sido una intoxicación o algo que Dios había hecho. ¿Era así de rápida la intoxicación? Jesús había convertido el agua en vino y había calmado una tormenta, por lo que sin duda podía darle vueltas a un estómago. Eso casi puso una sonrisa en su rostro.

—Me quedé en el baño un rato, y cuando salí, le dije a Verónica que no podía irme con ella.

—Pero querías hacerlo.

—Liz, no me lo eches en cara.

—Estoy tratando de entender lo que me estás diciendo. Lo siento si esto se pone un poco feo, ¿está bien? —ella elevó su voz. Puso sus manos en alto y las agitó hacia abajo, como si estuviera tratando de hacer que un avión aterrizara—. ¿Y qué dijo ella?

—Ella quería que me fuera con ella a su casa de todas formas. Dijo que podría cuidarme.

Su ira aumentó y Elizabeth quería arrancarle los ojos a la mujer. Otra mujer tratando de cuidar de su esposo. Pero ella no podría haber dicho eso si Tony no hubiera comenzado con la cena.

—¿Sabía ella que eres casado?

—Yo no lo mencioné, pero no me quité mi anillo. Y le mencioné que estábamos teniendo problemas.

—Muy conveniente. Solo en el camino, tu matrimonio con problemas, un hombre solitario y una mujer llamada Verónica —dijo el nombre como si fuera una palabra ofensiva.

—Liz, me siento terrible. No he querido decírtelo. Solamente quiero que eso desaparezca.

—Pero sabes que Missy te vio. Y ella me lo dijo.

Él asintió con la cabeza.

—Es cierto. Pero me gustaría pensar que yo iba a decírtelo en algún momento, ya fuera que te hubieras enterado o no.

—A mí también me gustaría pensar eso —dijo ella—. Pero no podemos saberlo, ¿verdad? Nunca sabremos si me lo habrías dicho porque no vivimos en un mundo de opciones alternas. No puedes pararte en una máquina del tiempo y volver a casa.

—No. Lo único que puedo hacer es decirte la verdad y orar para que me perdones y me des una oportunidad para que llegues a confiar en mí.

Él podría haberle gritado y dicho que estaba siendo intolerante, arrogante o rencorosa. Eso había ocurrido antes. Verlo allí de rodillas demostraba que en realidad había progreso, pero no había manera de evitar el dolor que ella

sentía. Ella seguía imaginándolo con *Verónica* en el restaurante. La *Verónica* que quería cuidarlo hasta que sanara. La *Verónica* que tenía una botella de vino fría y esperando.

—¿Cómo pudiste salir con alguien más cuando todavía estamos casados?
—dijo ella.

Él sacudió la cabeza.

—No sé cómo pude buscar a alguien que no fueras tú. Creo que pensé que habíamos terminado. Pensé que nuestro matrimonio no tenía esperanzas porque cada vez que estábamos juntos peleábamos el con el otro.

—¿Me aseguras que no pasó nada? —dijo ella.

—Cariño, no pasó nada más que el hecho de que yo perdí todo lo que comí esa noche y luego un poco más. Me sentía horrible. Ni siquiera puedo ver el *fettuccine* en un menú sin que sienta náusea.

Ay, pobrecito, pensó ella.

—¿Te ha llamado ella? ¿Te pusiste en contacto con ella al día siguiente?

—Iba a enviarle un mensaje de texto y disculparme, y luego lo eliminé — sacó su teléfono—. Espera, todavía está en mis borradores.

Le mostró su teléfono y ella leyó el mensaje.

—Nunca lo envié y nunca la llamé de vuelta.

—¿Por qué no?

—Creo que es porque yo sabía que estaba mal. Sabía que no era bueno para mí ni para ella ir por ese camino.

—¿Y si ella llama? Ella va a llamar, lo sabes. Las *Verónica* siempre vuelven a llamar cuando se les ha dejado plantadas.

—No contestaré. Eso ya no es una opción. Y no tengo que estar en más reuniones con ella porque ya no trabajo con Holcomb.

Pareció que con las últimas palabras caía una cortina en su rostro. Luego él levantó la mirada con un pensamiento nuevo.

—Oye, si quieres tener acceso a mi teléfono, si quieres revisarlo para ver si digo la verdad, puedes verlo cuando quieras. Correos electrónicos, Facebook, cualquier cosa. Soy un libro abierto de aquí en adelante.

Ella asintió con la cabeza y vio el libro que se balanceaba peligrosamente en el brazo de la silla. Era una buena manera de desarrollar confianza. ¿Cuánto tardaría? Ella no lo sabía. Quería poder voltear las páginas hacia ese capítulo, después de que todo esto se había acabado, pero la vida no era así. No se podía dar saltos hacia delante. Tenía que vivirlo.

—Estoy muy cansada —dijo ella—. Creo que necesito irme a la cama.

Él levantó una mano y la ayudó a ponerse de pie.

—Gracias por escuchar. Por oírme. Lo aprecio.

Ella asintió con la cabeza y trató de sonreír.

—Te haré saber lo que diga el pastor. Lo llamaré mañana, o tal vez le enviaré un correo electrónico esta noche, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Más tarde, Elizabeth estaba acostada en la cama, tratando de derribar la imagen de Tony en el restaurante. Se imaginó a Verónica como una arpía voluptuosa, con un vestido escotado y ojos pestañeando con coquetería. Probablemente delgada y de piernas largas. ¿Cómo podría ella competir con eso? Pero él había dicho que no estaba interesado en Verónica. Elizabeth no tenía que competir. Él estaba interesado en ella otra vez. Estaba haciendo el difícil trabajo de reconstrucción y quería llegar a un acuerdo mutuo. Pero allí donde se encontraban, en el medio, estaba la batalla. Como dos partes que negocian la venta de una casa y encuentran problemas con el techo o con el aire acondicionado que gotea, a ella le costaba negociar con su propio corazón.

Todo se reducía a la confianza. Al final, ella tenía la opción de confiar o no confiar en Tony. Era una decisión que estaba totalmente en sus manos. Y, a la larga, esa confianza era un reflejo de lo que ella creía acerca de Dios. Esto era algo que Clara le había dicho en el principio.

—Este problema con Tony se trata más de usted que de él —había dicho Clara.

—No sé a qué se refiere.

—Me refiero a que Dios la lleva a un lugar al que usted tal vez no quiera ir.

—¿Y por qué no querría ir yo?

—Porque es difícil y feo. Averiguará cosas de usted misma que no quiere descubrir. Averiguará cosas de su propio corazón que no quiere cambiar. Verá, todos quieren que los problemas de su vida sean culpa de alguien más. Necesitamos un chivo expiatorio. Es más fácil de esa manera, porque si uno se deshace del chivo, se deshace de los problemas. O convierte al chivo en un apuesto príncipe y su vida es distinta. Nadie quiere mirar al chivo en el espejo.

—¿Entonces usted dice que mi problema no es Tony? ¿Que soy yo?

—Lo que digo es que Dios está usando a Tony para ayudarla a cavar más profundamente. Si usted deja que Dios la lleve a ese lugar y usted está completamente con Él allí, dispuesta a cambiar lo que Él quiere que usted cambie, habrá vida nueva.

—Estoy confundida —dijo Elizabeth.

—No lo dudo —dijo Clara—. Usted puede influir en Tony. Puede orar por él y pedirle a Dios que obre en su corazón. Puede amarlo con la clase de amor que solo Dios le puede dar. Pero usted no puede tomar las decisiones por él. No puede cambiarlo. Solo puede permitir que Dios la cambie a usted. Puede cambiar la forma en que piensa de él, de usted misma y de Dios. Puede creer la verdad acerca del poder de Dios y unirse a Él en lo que Él quiere hacer.

»En realidad, de lo que estoy hablando aquí es de la diferencia que hay entre su duro esfuerzo por cambiar las cosas y el avivamiento. Oigo que la gente habla mucho del avivamiento y de lo que ellos quieren que Dios haga para cambiar a la sociedad y la cultura, y de cuánto pecado hay en Hollywood y en todas partes. Yo oro por un avivamiento. Pero he vivido lo suficiente como para saber que no comienza con nadie más que conmigo. Justo aquí. — Clara señaló su corazón con un dedo huesudo.

»Si usted se encuentra sintiéndose ansiosa, nerviosa, cuestionando si Tony puede cambiar, en realidad no lo está cuestionando a él, está cuestionando si Dios tiene el poder de hacer lo que Él dijo que podía hacer.

Elizabeth se levantó de la cama silenciosamente, la voz de Clara resonando en su memoria. La respiración de Tony era pesada. Él siempre se podía quedar dormido rápidamente y ella envidiaba eso. Se fue a su clóset, cerró la puerta, encendió la pequeña luz y fijó su mirada en lo que había escrito en las paredes.

«Oh, Dios, quiero confiar en Ti —oró—. Quiero creer en Ti y en Tu poder y no tratar de hacer que todo esto ocurra por mi cuenta. ¿Podrías darme la fe para creer verdaderamente? ¿Podrías darme el amor por Tony que no tengo?»

Y entonces cayó en cuenta. La duda que tenía en cuanto a Tony, las preguntas acerca de Verónica fueron importantes. Ella tenía que lidiar con eso. Pero lo que más la asustaba era la duda que tenía de *sí misma*. Ella no estaba segura de poder aceptar a Tony y perdonarlo. No estaba segura de poder amarlo completamente, porque eso significaba que estaría expuesta, que su corazón estaría desprotegido. Ella quería retener una pequeña parte de sí misma, pero el amor significaba llegar a estar totalmente abierta, totalmente vulnerable ante la otra persona.

Había una cita que ella había visto, algo que Clara había escrito... No, estaba en uno de sus libros de estudio bíblico. Ahora estaba segura de eso, y sabía en qué estante estaba el libro. Tony estaba dormido y no quería despertarlo, pero no quería esperar para leer la cita.

Apagó la luz y entró silenciosamente a la habitación, dejando que sus ojos se ajustaran a la penumbra. Se agachó y gateó hacia la librera, sacó cuatro de los estudios y se retiró al clóset. Finalmente, encontró la cita que buscaba, del libro de C. S. Lewis *Los cuatro amores*.

Amar, en cualquier caso, es ser vulnerable. Ame algo y su corazón ciertamente será exprimido y posiblemente se romperá. Si quiere asegurarse de mantenerlo intacto, no debe entregarle su corazón a nadie, ni siquiera a un animal. Envuélvalo cuidadosamente con pasatiempos y lujos; evite todo enredo; enciérrelo seguro en el ataúd o

féretro de su egoísmo. Pero en ese ataúd, seguro, oscuro, sin movimiento, sin aire, cambiará. No será quebrantado; llegará a ser inquebrantable, impenetrable, irredimible.

Eso envió a Elizabeth a 1 Corintios 13. Leyó el capítulo, identificando las palabras que se destacaban y le pidió a Dios que la hiciera paciente y bondadosa. No quería mantener un registro de las ofensas, pero era muy difícil. La paciencia era estar sentada, vulnerable, en la sala de espera de Dios. La bondad era la forma en que uno pone en práctica con otros la manera en que Dios lo ama a uno. Ella leyó todo el pasaje orando versículos individuales, y las palabras cobraron vida. Intuitivamente supo que esa clase de amor no era algo que ella pudiera hacer por su cuenta. Solo llegaba con la fortaleza que Dios daba, por lo que le pidió a Él que la capacitara con esa clase de amor y comprensión hacia Tony.

Estuvo en su clóset casi hasta que amaneció, hablando con Dios y orando. Llorando. Una cosa era orar y que Dios respondiera esa oración haciendo que su esposo se enfermara del estómago. Eso había sido milagroso. Una cosa era pedirle a Dios que quebrantara el orgullo de su esposo y lo regresara a su familia. Eso, también, había sido un milagro. Pero creer que Dios tenía el poder de restaurar y reavivar su propio corazón era un gran salto. Y era un salto aún más grande sobre el cañón de su desesperación creer que Dios podía quitarle el dolor de ser rechazada.

CAPÍTULO 15



Elizabeth no podía entender cómo el hijo de la señora Clara la había convencido de mudarse antes de que siquiera hubiera una oferta por la casa. Pero respondió inmediatamente a la oportunidad de ayudar, una vez que se tomó la decisión, y reclutó a Danielle y a Tony para el proyecto. Era la primera vez que Clara veía a Tony, y le sonrió cuando llegó y le dio un gran abrazo y unas palmadas en el hombro.

—Ese hombre tiene suficientes músculos para mover toda esta casa —le dijo a Elizabeth cuando entró—. Quisiera que mi hijo pudiera estar aquí para ayudar, pero está fuera de la ciudad.

—Estoy ansiosa por conocer a Clyde. He oído mucho de él.

—¿Cómo les va a usted y a Tony?

Elizabeth sonrió.

—Nos estamos acercando el uno al otro. Pero todavía tenemos muchas cajas que desempacar por todo lo que ha pasado entre nosotros.

—¿Y ese pastor de la iglesia los está ayudando?

—Es la mejor idea que Tony ha tenido. Solo nos hemos reunido con él una vez, pero es bueno. Él ha llegado al meollo de algunos de nuestros problemas.

—Y fue idea de Tony, eso es lo importante —dijo la señora—. No sabe lo poco común que es eso.

Elizabeth siguió a Clara por toda la casa, escribiendo etiquetas para cada una de las cajas. Sus artículos estaban divididos en tres secciones. La primera era la más pequeña, muebles y cajas que se irían al nuevo apartamento en la casa de su hijo. La otra sección levemente más grande era para almacenamiento. Y la parte final, la más grande que llenaba la sala, eran las cosas que Clara quería regalar. Elizabeth había sugerido hacer un mercadillo, pero Clara no quería saber nada de eso.

«Dios no me ha bendecido con todas estas cosas para que las venda por centavos de dólar. He orado para que mis cosas lleguen a las manos apropiadas y creo que Él hará que eso suceda».

A los vecinos y a la gente de la iglesia les entregaron las cosas para regalar. Algunos artículos tenían notas adhesivas con nombres en ellas, apartadas para gente específica de la vida de Clara. Los cuadros, una mesa de centro y las librerías, para una pareja que estaba recién comenzando. Muchos de sus libros fueron donados a la biblioteca de la iglesia. Cuando llegó el camión de mudanza, Elizabeth no podía creer cuán organizadas y reducidas estaban las cosas.

A ella le encantaba ver a Tony y a Danielle involucrados en el proyecto. Ellos lo tomaron con el mismo gusto, aunque Tony sí hizo que todos pararan por unos minutos para mostrarles los movimientos de Danielle con la cuerda de saltar.

—Esa niña tiene verdadero talento —dijo Clara.

Elizabeth caminó hacia ella mientras escribía unas cuantas etiquetas más para las cajas.

—Voy a extrañar venir a verla aquí.

—Bueno, puede venir a verme a la casa de mi hijo. Él vive a solo unas cuantas cuadras.

Tony había abierto una ventana para sacar algunos muebles por allí y Clara lo observó.

—Y Tony va a estar bien. Solo siga orando por él.

—Todos los días —dijo Elizabeth.

—Ahora bien, ¿cuándo se va a vender mi casa? No quiero que cualquiera la compre. Tiene que ser la gente apropiada.

—Estoy orando por la gente apropiada, señora Clara. Todos los días.

Tony salió del camión de mudanza y se dirigió de regreso a la casa. Sacó su teléfono celular como si hubiera recibido una llamada o un mensaje de texto. Lo miró por un momento, y luego presionó la pantalla. Elizabeth se preguntaba qué llamada había rechazado.

Condujeron hasta la casa nueva de Clara y ayudaron a descargar las cosas en el apartamento preparado para ella. Tony y Michael, su amigo paramédico, movieron el sofá tres veces hasta que lo pusieron bien.

—Ahora, no vayan a poner nada en el clóset de mi cuarto —dijo Clara.

La nuera de Clara la apartó a un lado.

—Mamá, Clyde le hizo una bonita sala de estar cerca de la ventana, desde donde puede ver el vecindario y orar.

—Me encanta eso —dijo Clara—. Y miraré salir el sol y leeré mi Biblia allí, pero necesito mi clóset para las oraciones fuertes que hago todos los días. Su nuera sonrió.

—Le dije a Clyde que es suficiente que finalmente la tengamos aquí con nosotros.

Una adolescente salió de la casa, con la cabeza inclinada como si no quisiera conocer a ninguno de los que ayudaban a su abuela.

Clara la vio y la llamó.

—Hallie, quiero que conozcas a una amiga mía. Me está ayudando a vender mi casa.

Elizabeth saludó a la jovencita y le estrechó la mano. Se veía demasiado delgada y su rostro estaba pálido.

—Mucho gusto en conocerla —dijo Hallie, sin levantar la mirada.

—Va a ser bueno que tengas a tu abuela más cerca que antes, ¿verdad? —dijo Elizabeth.

—Supongo que sí.

Con eso la jovencita se fue y Clara le puso una mano en el hombro a Elizabeth y bajó la voz.

—Si no le importa, me gustaría que agregara el nombre de Hallie a su listado de oración. El Señor tiene un poco de trabajo que hacer en la vida de esta joven. Y yo quiero estar allí cuando Él lo haga.

Elizabeth prometió que oraría por ella e hizo una nota en su teléfono celular. Hizo una nota mental de preguntarle a Tony quién lo había llamado por teléfono, pero luego decidió que lo dejaría pasar. Eso era parte de desarrollar la confianza, pensó.



La mente de Tony siempre estaba girando con ideas acerca de un pequeño negocio que podía iniciar, o compañías en las que pudiera trabajar. Los contactos eran la clave para cualquier búsqueda de trabajo, y le había preguntado a algunos de los hombres de la iglesia acerca de posibilidades de empleo. Nadie sabía de algo en ese momento, pero todos dijeron que mantendrían en mente el nombre de Tony.

Michael le había sugerido que llegara a ser un pensador profesional.

—Ya sabes, igual a esa estatua del tipo que se sienta y piensa todo el tiempo. Te pareces mucho a él.

—No conozco a nadie que me pagaría por hacer eso —dijo Tony.

Tony sabía que Michael se preocupaba y él quería abrirse en cuanto a lo que había pasado, pero era doloroso. Si pudiera mantenerlo adentro y conseguir otro trabajo, todo estaría bien. Podría poner el pasado donde pertenecía y seguir adelante.

Con el ejercicio que hizo trasladando las cosas de Clara, pensó que podría iniciar un club de ejercicio en un camión. La gente le pagaría por tonificar sus abdominales trasladando muebles. Las familias que se estaban mudando le pagarían por el servicio y todos ganarían. Él lo llamaría «Trans-ab» o algo así. El pensamiento lo hizo sonreír, pero tenía que ocurrírsele algo más que solo una buena idea.

Había un lugar donde encajaría, donde podría usar sus habilidades de ventas, su don de gentes y su amor por el atletismo y el entrenamiento. Cuando iba al gimnasio, cuando jugaba baloncesto o corría, se sentía vivo. Si pudiera casar su pasión en la cancha y en el salón de pesas con la vida, podría marcar una diferencia. Siempre había considerado que su mejor habilidad era dirigir gente, meter a la gente en el mismo equipo y que se desplazaran en la misma dirección.

Qué mal que no intentaste eso con tu propia familia.

Esa era la voz que tenía en su cabeza, la voz acusadora y burlona que lo rebajaba en cada vuelta. Mientras movía las cosas de Clara, había recibido una llamada de Verónica. Lo paró en seco, pero rápidamente rechazó la

llamada. Él había tomado esa decisión; si ella llamaba, no contestaría. Entonces dio el siguiente paso y retiró la información de contacto de ella. Quería mostrarle a Elizabeth lo que había hecho, pero luego decidió no hacerlo. No quería ser el cachorro que necesitaba una palmada en la cabeza cada vez que no mojaba la alfombra. Esta era parte del nuevo Tony, el hombre fuerte y decisivo que Dios estaba reconstruyendo, pero tenía que admitir que la voz acusadora a veces lo irritaba.

Jennifer y Danielle estaban saltando la cuerda en la entrada, y él las vio y quiso entrar al juego. Pero la voz acusadora decía: *Nunca estuviste allí cuando ella comenzó a saltar la cuerda. ¿Por qué quieres comenzar ahora? La has ignorado. Ella no te va a perdonar ni te dejará participar. Deja de intentarlo.*

Tony se sentó en la grada, sorprendido de cuán bien saltaban las niñas. Danielle lo vio.

—¿Papá, por qué no lo intentas? Podemos poner a girar las dos cuerdas.

Su primera reacción fue rechazar la idea. Saltar la cuerda era para niñas. Pero, por alguna razón, se detuvo y dijo:

—Seguro.

Cuando trató de alcanzar la cuerda para girarla para alguna de ellas, Danielle dijo:

—No, me refiero a que tú vayas en medio. Mira si puedes hacerlo.

—¿Ver si puedo hacerlo? —dijo Tony—. No hay nada que *ver* en cuanto a eso. Cuando yo salte allí, sus brazos se caerán antes de que yo falle.

—Veámoslo, señor Jordan —dijo Jennifer con una sonrisa.

—¡Sí! —gritó Danielle, y las dos comenzaron a girar las cuerdas.

Él trató de saltar dentro tres veces hasta finalmente lograr entrar sin que se detuvieran las cuerdas, y esa vez solo saltó dos veces. Danielle se rió y dijo que sus brazos todavía no se estaban cayendo. Tony estaba decidido. En su vida él hacía cualquier cosa que decidiera hacer. Y tenía éxito en lo que determinaba hacer. Muy pronto, estaba trotando en su lugar, con las cuerdas que giraban a su alrededor, silbando en el aire. Hizo un giro y las niñas se

rieron. A medida que él entró en ritmo, los ojos de Danielle se abrieron y en su boca se fijó una sonrisa que no podía detener. Le hacía señas con la cabeza a Jennifer como si ese fuera el momento más orgulloso de su vida.

Tony estaba completamente allí, en medio de esas dos cuerdas. En lugar de sentirse afuera de la vida de su hija, estaba de lleno en ella, y con cada salto le agradecía a Dios por la oportunidad de cambiar, la oportunidad de ser parte de su familia, la oportunidad de amar, de ser amado y de cometer errores.

—Papi, ¿por qué no saltas con nosotras? —dijo Danielle cuando él volvió a fallar. Se dio cuenta de que ella se refería a que él llegara a ser parte de su equipo, en la competencia.

—¡Sí, eso sería grandioso! —dijo Jennifer.

—No, no, no. No está permitido que los padres hagan eso.

—Sí, sí lo permiten —dijo Jennifer—. Pero ningún padre lo hace porque no pueden seguir el ritmo.

—Papá, es una liga abierta. Puedes saltar en la competencia de estilo libre. ¡Ellos te dejarán!

Tony la miró, y comenzó a sudar.

—Te diré algo. Deja que lo piense.

Jennifer y Danielle saltaron de alegría y él trató de tranquilizarlas.

—Pero si voy a hacerlo, quiero hacerlo bien. Así que, intentémoslo de nuevo. ¡Comencemos!

El patrón comenzó otra vez, las cuerdas cortaban el viento y latigueaban alrededor de Tony, quien movía sus pies rápidamente, usando sus músculos y sudando a chorros.

Harás el ridículo, dijo la voz. Ni siquiera pienses en unirte a ese equipo.

Tony sonrió, saltó y siguió saltando hasta que Danielle se quejó de que sentía que sus brazos se le iban a caer.



Elizabeth se despertó y se dio cuenta de que Tony no estaba en la cama. Se puso una bata y caminó por la sala, buscando algún rastro de él, llamándolo en la casa vacía. Danielle todavía estaba dormida arriba en su habitación.

No estaba en la cocina y la puerta del frente todavía tenía seguro, por lo que no había salido a correr. Finalmente revisó el garaje y lo encontró allí. Era raro no ver su Tahoe en el garaje. Estaba sentado en una silla del jardín, frente a una mesa plegable que tenía una caja de almacenamiento encima, mirándola como si tuviera algún tesoro escondido, o tal vez un dispositivo nuclear que destruiría al planeta, ella no podía decidir cuál de esos.

—Tony, ¿qué haces? —dijo ella.

—Estoy luchando.

Ella bajó las gradas y cerró la puerta al salir.

—¿Con qué?

Tony levantó la tapa de la caja, dejando revelar muestras de fármacos con el logo de Brightwell en ellas. Él seguía mirando directamente al frente, incapaz de levantar los ojos y mirarla.

—¿Qué es esto? —dijo ella.

—Era mi plan de bonificación.

Ella examinó una de las cajitas, mientras surgían preguntas.

—¿De dónde los sacaste?

—He estado guardando algunos para mí cada vez que le llevaba muestras a un cliente.

—Pensé que ellos tenían que firmar por lo que tú les dabas.

—Hay formas de hacerlo.

—Tony, tienes que devolverlas —dijo ella con convicción y con el conocimiento de que tenía razón.

—Liz, podrían llevarme a juicio por esto.

El peso de sus palabras cayó sobre ella.

Tony se puso de pie y caminó por el garaje como un león enjaulado.

—Mira, ya perdí mi trabajo. ¿Así que ahora se supone que debo ir a decirle a Danielle que su papi podría ir a la cárcel?

Hazle una pregunta, pensó ella. Hazlo hablar. Averigua qué está pasando debajo de la valentía.

—Entonces, ¿por qué luchas? —dijo ella, permitiendo que la pregunta se quedara allí entre ellos.

Él miró la caja, luego miró al piso del garaje, a cualquier parte excepto al rostro de ella. Rara vez había visto ella esa mirada. Tony siempre fue la clase de hombre que está a cargo, que va hacia delante y que trata de lanzar un jonrón. Ahora parecía atrapado en una carrera entre dos bases, y el que corría detrás de él era Dios.

—Porque yo sé que Dios me está diciendo que las devuelva —dijo Tony, y se dejó recaer en la silla del jardín.

—Entonces, parece que sabes qué es lo que quieres hacer.

—No es que quiera hacerlo, es lo que necesito hacer, lo que tengo que hacer.

Elizabeth sacó un silla y se sentó a su lado, estudiando las cajitas de medicamentos.

—¿Y qué clase de fármaco es?

—Predizim. Es un estimulante. No es oxicodona ni nada como eso. Te mantendrá despierta. Algo como tener varias de esas bebidas energéticas en una pequeña píldora.

—¿Las vendías?

Él miró hacia abajo.

—Hace como un año se me ocurrió esa idea después de que una cajita se quedó atorada en el fondo de mi estuche de muestras. Justo después de haber firmado el trato con Bradley.

—Estabas muy entusiasmado por eso.

—Sí, hasta que me dieron un bono demasiado bajo. La compañía gana millardos y recompensan con una miseria a los tipos que están afuera vendiendo. Eso fue lo que pasó por mi mente; no estoy diciendo que es lo correcto.

—Lo entiendo —dijo ella.

—Así que vi esto como una manera de ganarme unos dólares adicionales como complemento. Para compensar los bonos.

—¿Y cómo lo hacías?

Tony explicó cómo reorganizaba las cajas que tenían ocho cajitas y se guardaba dos.

—Las ponía en sus escaparates de suministros y hacía que el doctor firmara por ellas. Los doctores nunca se tomaban el tiempo de revisar la cantidad. Eso es lo que pensé.

—¿Pero a quién le vendías los frascos adicionales?

El rostro de Tony decayó.

—Encontré un farmacéutico que los compraba por debajo de la mesa. Él me dio un par de otros nombres en un par de otras ciudades. Pero el mercado más grande para esto es un campus universitario. Los chicos que se preparan para un examen, que escriben ensayos a la medianoche, ellos se deleitan con esto.

—¿Les vendías esto a chicos universitarios?

—No es que yo me parara en la esquina de la calle y los vendiera. Buscaba una o dos personas en el campus y se los suministraba. No me enorgullezco de eso. Ahora la idea me enferma.

—Lo sé —dijo ella—. Y me alegra que me lo digas. Creo que es un buen paso.

—No podría decirle esto al pastor. A nadie.

—No es de sorprender que estés aquí. El peso de esto tiene que ser...

Él asintió con la cabeza.

—Y el peso de decirlo se siente igual de mal. Pensé que cuando le diera mi vida a Dios las cosas serían más fáciles. Pensé que había tocado fondo. Pero si me llevan a juicio, yo podría ir a la cárcel.

Tony tenía razón, había mucho que perder al retroceder, pero algo dentro de Elizabeth se elevó. Hacer lo correcto era siempre el mejor camino a tomar, aunque doliera. Ella quería decir algo, decirle lo que tenía que hacer, y luego pensó en Clara y los errores que ella dijo que había cometido al tratar de cambiar a su esposo.

Elizabeth se puso de pie y lo miró con preocupación y amor, y puso una mano sobre el brazo de él.

—Tony, no tienes que hacer esto solo. Yo estoy aquí. Puedo pedirle a Clara que ore. Y cuando esa mujer ora, pasan cosas.

—He estado orando por esto toda la noche —dijo Tony.

Ella tomó su mano.

«Señor Jesús, Tú conoces la lucha que Tony tiene. Conoces la indecisión, la vergüenza, el dolor de sus decisiones. Te pido que le recuerdes ahora mismo de quién es hijo. Y que cuando Tú lo miras, ves la perfección de Tu Hijo, Jesús. Gracias porque has conquistado el pecado. Gracias porque el maligno no está al control. Dale a Tony el valor para hacer lo que Tú le pides que haga, en Tu tiempo».

Antes de que Elizabeth pudiera decir «Amén», la voz de Tony hizo eco en todo el garaje.

«Jesús, ayúdame —oró él—. Por favor, Señor, ayúdame a hacer lo correcto».

La señora Clara



Un corto tiempo después del cambio total de Tony, Elizabeth llamó con una petición urgente.

—No puedo entrar en detalles, Clara, pero Tony me confesó algo. Y los dos creemos que tiene que hacer algo realmente difícil.

—Eso es bueno. Quiere decir que Dios está obrando en su corazón y cambiándolo desde adentro. Esto no se trata solamente de recuperar a su familia. Él realmente quiere obedecer a Dios. ¡Eso es maravilloso!

—No se siente tan maravilloso porque... podría haber repercusiones.

—No pierda las esperanzas y déjele las repercusiones al Señor —dijo Clara.

Después de colgar el teléfono, Clara recordó algo que le había dicho a Elizabeth en una de sus conversaciones iniciales.

—Una vez que el poder de Dios se libera en una vida, las cosas no siguen siendo las mismas. Y eso es lo que hace la oración, libera el poder de Dios. Verá, la oración no se trata de hacer bien las cosas. Sus oraciones no son respondidas porque usted se arrodilla en el lugar preciso o porque dice las palabras indicadas.

—Pero usted tiene su cuarto de guerra —había dicho Elizabeth.

Clara asintió con la cabeza.

—Allí es donde me siento más cerca de Dios. Pero yo puedo orar igual de bien cerca de la piletta de pájaros.

La siguiente pregunta de Elizabeth ese día había sido fuerte: *¿Y entonces, por qué orar?*

—Si Dios lo sabe todo, y si Él está desarrollando Su voluntad en el mundo, ¿cuál es el objetivo?

—Ajá —dijo Clara—. La respuesta a esa pregunta es sencilla, pero no fácil. Oramos porque Dios nos dice que debemos hacerlo. Él nos ordena que lo hagamos. Por eso obedecemos. Y Juan dice que cuando pedimos de acuerdo a la voluntad de Dios, Él nos oye. Entonces, ¿por qué nos pediría Dios que hagamos algo que no marca ninguna diferencia? Esa es, en realidad, su pregunta.

—Correcto. Pero usted sí cree que marca una diferencia.

—Sí, si no, no perdería mi tiempo ni el cartílago de mis rodillas.

Elizabeth se rió.

—La oración nos acerca al corazón de Dios. Abre el corazón de usted a quienes la rodean y la hace anhelar lo que Él anhela. Y está claro, desde la primera hasta la última página, que Dios sí responde a las peticiones de su pueblo. No pretendo entenderlo, pero es cierto.

Con esas palabras en su mente, Clara se fue bailando a su cuarto de guerra, y le dijo a Satanás que estaba perdiendo en grande, porque Dios estaba en movimiento. Ella oró por valor para Tony y por paz para el corazón de Elizabeth. Oró para que las victorias comenzaran a llegar de manera rápida.

CAPÍTULO 16



Tony tomó el ascensor hasta el piso cuarenta y siete del edificio de Brightwell en Charlotte. El guardia de seguridad en la recepción había llamado arriba y alguien de la oficina lo había autorizado. Era extraño no tener una llave de acceso, pero ese era el precio de su indiscreción.

Tenía un nudo en el estómago cuando la puerta se abrió. Era un nudo casi tan grande como el que tuvo después de su cena con Verónica, pero esta vez no se sentía enfermo. Esta era una tensión buena, si es que existía algo así. La humillación mezclada con determinación.

Entró a las oficinas y varias personas lo vieron y luego voltearon para otro lado. Él se detuvo en el escritorio de Julia, afuera de la oficina de Coleman Young. Ella lo miró sorprendida y alcanzó el teléfono.

—Está bien —dijo Tony—. No estoy aquí para ocasionar problemas. Solamente me gustaría hablar con Coleman. Cinco minutos es todo lo que necesito y luego me iré.

Algo en su semblante, o tal vez algo que comunicó con sus ojos, convenció a Julia de que era sincero y que no representaba una amenaza. Ella miró por el pasillo y levantó un dedo para que él esperara.

Julia caminó hacia el salón de conferencias. Tony se esforzó para oír la conversación, pero solamente oyó que Coleman dijo: «¿Sabe qué es lo que quiere?».

Tony se sentó en el área de espera con la caja de muestras en su regazo, como un niño que espera ver al director de la escuela. Tenía la evidencia que lo incriminaba, ¿o la evidencia lo tenía a él?

Solo tira la caja en el conducto de la basura y acaba con esto, le dijo la voz en su cabeza. No tienes que hacer esto.

Los tacones de Julia resonaban en el piso de cerámica.

—Tony, Coleman lo espera en el salón de conferencias.

Él le agradeció y luego hizo la larga caminata por el pasillo. Se sentía como si estuviera caminando a una ejecución, y peor cuando vio a Coleman y a Tom en el salón de conferencias. El rostro de Coleman estaba rígido. Tom lo miró como si fuera un animal atropellado ya días atrás.

Tony dejó la caja. Coleman estaba a un lado de la mesa y Tom al otro lado, con una gran brecha entre ellos.

—Coleman, Tom —dijo Tony con la voz temblorosa—. Miren, yo aprecio que se reúnan conmigo. Solo necesito devolver algo que le pertenece a la compañía. Y disculparme por haberlo tomado.

—¿Qué hay en la caja? —dijo Tom, rompiendo el incómodo silencio.

Tony levantó la tapa y reveló el Predizim robado. Tom se acercó y levantó un frasco. Cuando habló, fue con la misma voz acusadora que Tony había oído en su cabeza.

—Entonces no solo estaba alterando sus números. Usted robaba muestras. Y luego las vendía, ¿no es cierto?

Tony asintió con la cabeza.

—Permítame aclarar esto —continuó Tom—. Nosotros le dábamos un salario alto, con premios, beneficios y viajes. ¿Y usted decidió agradecernos tomando aún más para sí mismo? ¿Se da cuenta de que podríamos llevarlo a juicio por esto?

—Tom —dijo Coleman, interrumpiéndolo. Su voz tranquilizó el salón de alguna manera y Tom se volteó para otro lado.

Coleman miró la caja como si tratara de encontrarle sentido a lo que estaba viendo. Se acercó más a Tony y se sentó en la orilla de la mesa.

—¿Y por qué trae esto ahora?

Tony tragó saliva.

—Porque necesitaba confesar lo que he hecho. Y pedirles perdón.

—Perdón, ah, eso sí que es ser un fresco —dijo Tom, riéndose—. ¿Cuánto tiempo estuvo haciendo esto? ¿Cuánto dinero ganó?

—Como diecinueve mil.

—Diecinueve mil —dijo Tom, obviamente sin creerle—. ¿Eso es todo? ¿En serio?

—Tom —dijo Coleman, para detener el ataque otra vez. Miró a Tony con un poco de lástima y de incredulidad—. Tony, no tiene sentido que haga esto después de que haya sido despedido.

—Me doy cuenta de eso. Pero, Coleman, yo necesitaba una llamada de advertencia. Yo tenía el trabajo, tenía el ingreso, pero estaba perdiendo todo lo demás. Ya arreglé las cosas con mi familia, y arreglé las cosas con Dios. Pero necesito arreglar las cosas con ustedes. Así que estoy dispuesto a aceptar cualquier decisión que ustedes tomen.

—¿Incluso un arresto? —dijo Coleman lentamente.

—Cualquiera que sea la consecuencia.

—Bueno, eso lo hace más fácil para nosotros —dijo Tom rápidamente—. Coleman, es hora de llamar a las autoridades.

—Todavía no —dijo Coleman. Examinó el rostro de Tony e hizo una pausa—. Tony, ¿está dispuesto a firmar una declaración?

Él asintió con la cabeza.

—Sí, estoy dispuesto.

—Entonces quiero dos días para pensarlo.

—¿Dos días? —dijo Tom con incredulidad.

—Sí —dijo Coleman, con sus ojos todavía enfocados en Tony—. Para entonces sabrá de mí.

Tony miró a Tom. No salía humo de su corbata de lazo, pero probablemente no tardaría mucho.

—Gracias —dijo Tony.

Lentamente salió de la oficina de Brightwell. Se preguntaba si la próxima vez que viera a Coleman o a Tom sería en una sala de audiencias.



Elizabeth oró por Tony mientras giraba la cuerda para Danielle y Jennifer. Mucho de su matrimonio en los últimos años lo habían pasado separados. Él se había ido por su camino y ella por el suyo. Ella se había convencido de que él no cambiaría, de que estaba atascado en todos los patrones de la vida. Ella,

por supuesto, no había visto las formas en las que ella se había atascado. Uno nunca ve su propio rostro hasta que se mira en algo que lo refleja, pero es muy fácil ver las fallas en todos los demás.

Elizabeth se había preguntado a lo largo de los años si se había casado con el hombre equivocado. ¿Por qué no había visto las maneras en que Tony lidiaba con los problemas cuando era más joven? ¿Por qué había ignorado las señales de advertencia y se había dicho a sí misma que podía cambiarlo?

Lo cierto era que Dios había hecho en unas cuantas semanas lo que ella había intentado en dieciséis años. Y Dios había hecho lo mismo en ella.

—¿Cuándo regresará Papi? —dijo Danielle cuando se dieron un descanso.

—Debiera ser en cualquier momento —dijo Elizabeth.

—Bueno. Quiero que él le dé giros a la cuerda para que las dos podamos saltar.

No había ninguna vacilación en ella. Danielle había visto al nuevo Tony, lo había aceptado y creía que él saltaría hacia adentro de su vida. Ella no contuvo su confianza en él. Elizabeth quería esa misma clase de confianza, no actuar con base en lo que había ocurrido en el pasado y a las viejas heridas que todavía dolían, sino creer lo mejor y tratarlo como si él siempre la hubiera tratado de manera amable.

—Danielle, cuando él regrese es posible que tengamos que hablar. Él tenía una reunión importante hoy.

—Pero él va saltar en nuestro equipo —dijo ella.

—¿De veras? —dijo Elizabeth.

—Él nos dijo que puede enseñarnos un par de movimientos que también podemos usar en la competencia —dijo Jennifer.

Elizabeth sonrió al oír eso. Tony era un buen entrenador, un buen motivador, un buen vendedor. Les había vendido, a su hija y a su amiga, la idea de que podían ganar una competencia que, según todos los testigos, iba a ser bastante competitiva.

—¿Va a tener un trabajo nuevo? —dijo Danielle.

—Él necesita encontrar un trabajo nuevo, pero esta reunión no es sobre un trabajo.

Jennifer recogió la cuerda y Danielle se puso en medio. Elizabeth y Jennifer le dieron giros a la cuerda mientras Danielle hacía su parte de la rutina. Parecía que tenían energía y gracia interminables para dar. Tal vez lo que Elizabeth necesitaba era ver la vida de la manera que lo hace un niño. Si ella pudiera perdonar a su esposo y seguir adelante como lo había hecho Danielle, su relación con Tony sería mucho mejor.

Ella había orado por él y veía a Dios obrar en su corazón, pero todavía había áreas, palabras que él decía, maneras en las que la miraba, que sacaban las viejas heridas. En esos momentos ella tenía que decirse conscientemente la verdad y no actuar con base en lo que veía ni en los sentimientos agitados, sino en lo que sabía que ocurría dentro de él, en el cambio que se estaba llevando a cabo. Después de todo, ella también reaccionaba en algunas de las maneras antiguas. Nada de esto era fácil ni rápido. Dios no había agitado una varita mágica sobre su matrimonio para hacerlos todo tiernos y sentimentales. De hecho, no habían tenido intimidad en semanas, quizás meses, y parte de eso había sido por la noticia que Tony había compartido con ella acerca de Verónica. Aunque en realidad él no había tenido una aventura, Elizabeth sentía poca confianza en él. Pero podía sentir que su relación congelada se estaba descongelando y que la temperatura aumentaba entre ellos. El pastor de su iglesia los había estimulado a tomar las cosas con calma, que salieran juntos y que permitieran que su relación se reavivara. Eso tuvo mucho sentido para los dos.

Tony se acercó en el automóvil de ella y la puerta del garaje se abrió. Mientras se estacionaba, Elizabeth dejó de darle giros a la cuerda.

—Oigan, niñas, por qué no van adentro y toman alguna bebida fría, ¿está bien? Podemos volver a hacerlo en un ratito.

Él salió del carro, lentamente caminó hacia ellas y abrazó a Danielle y chocó el puño con Jennifer. Elizabeth examinó su rostro, tratando de discernir qué podría haber pasado. Tony siempre era muy difícil de interpretar. Por lo menos, no se lo habían llevado esposado.

—¿Y bien? —dijo ella.

Él sacudió la cabeza.

—No sé. Es decir, Tom simplemente quería mandarme a la cárcel. Pero Coleman dice que quiere dos días para pensarlo.

—¿De veras? —dijo ella con la misma medida de incredulidad y de cinismo.

Ella sabía que Coleman solo se preocupaba por lo esencial. Uno hace la venta y él lo recompensa. Uno falla y paga el precio. Tony no le había agradado a Tom desde el principio, por lo menos así es como lo veía Tony. Pero Coleman siempre había parecido neutral. Agradable con ella y con Danielle, pero todo se trataba de negocios.

—¿Se veía enojado?

—No podría decirlo. —Tony sacudió su cabeza y miró los árboles que rodeaban su casa, verdes, frondosos y llenos de vida—. Liz, esa fue la cosa más incómoda que haya hecho alguna vez.

—Sí, pero lo hiciste. Oye, hiciste lo correcto. —Ella se movió hacia él—. Ahora solo tenemos que orar y esperar.

Orar y esperar. Eso es lo que ella había hecho durante las últimas semanas. Y con la espera llegaba el fortalecimiento de los músculos de la fe. Era un ejercicio completo de fe esperar y permitir que Dios hiciera lo que Él quería hacer. Como lo dijo Clara, era hora de simplemente quitarse de Su camino.

—¿Por qué no te cambias y vienes a practicar con tu hija?

—Liz, ¿por qué voy a practicar para una competencia cuando podría estar en la cárcel?

—Tú no sabes eso. Sea lo que sea que ocurra, confiamos en Dios. ¿No es cierto?

Ella se lo decía a sí misma tanto como se lo decía a él. Se oía un poco cliché, un poco trillado, pero a ella no le importaba cómo se oía. A ella le importaba Tony.

Tony lo pensó por un momento, las ruedas girando en su mente.

—Es cierto —dijo con determinación. Se volteó para entrar a la casa, luego sacudió su cabeza. Riéndose un poco dijo:

—Esto es una locura. Lo sabes, ¿verdad?

Elizabeth sonrió mientras entraban. Mientras Tony se cambiaba, ella marcó el número de Clara y le hizo saber lo que había pasado en la reunión de Tony. La señora tenía hambre de información en cuanto al progreso que los dos tenían y cómo estaba cambiando Tony, pero Elizabeth nunca sintió que sus oraciones dependían de resultados. Clara estaba de rodillas por ellos, sin importar qué cosa buena o mala ocurría.

—Quiero que me escuche —dijo Clara, mientras Tony y las niñas salían a practicar—. Dios está obrando aquí. Él está haciendo algo grande en el corazón de su esposo. Y no importa lo que decida esa compañía. No me importa si lo vuelven a contratar como vicepresidente o si le llevan un Equipo de Operaciones Tácticas a su jardín del frente. Las circunstancias no importan. Es su reacción a ellas lo que importa.

—Bueno, yo espero que el Equipo de Operaciones Tácticas no sea una opción.

Clara se rió.

—Me recuerda a José. Usted sabe, la historia del chico al que sus hermanos vendieron como esclavo. Eso fue traición. Y luego fue acusado en falso y lo lanzaron a la cárcel. Y todo ese tiempo Dios obró en su vida. El viejo José, él simplemente siguió siendo él mismo. Solamente interpretó sueños de la manera en que Dios se lo permitió. Y cuando se termina toda la historia, uno ve cómo la mano de Dios estuvo sobre todo eso, lo bueno y lo malo. Él lo usa todo, Elizabeth.

Miró por la ventana a Danielle y a Jennifer dándole giros a las cuerdas y a Tony saltando, en un pie, y luego con el otro. La sonrisa en el rostro de Danielle no tenía precio. Había un resplandor en ella mientras observaba a su papá.

Mientras Elizabeth los miraba, llegó a ser claro que el movimiento de las cuerdas, todos los saltos y el esfuerzo para mantenerse al ritmo y no detener el movimiento, era como la vida de ellos. La cuerda del matrimonio giraba y ella y Tony trataban de mantener ambos pies arriba mientras se cruzaba por debajo de ellos. La cuerda financiera también giraba por encima de ellos, y la cuerda espiritual. Simplemente había demasiadas formas de tropezar y enredarse. Ella quería que Dios los sostuviera a los dos, que los suspendiera

en el aire para que nunca tocaran el piso, pero Él no haría eso. Había algo en los saltos que los hacía más fuertes, y algo en el fallar que hacía que el movimiento de sus pies a tiempo fuera más dulce. Clara tenía razón. Dios lo usaba todo. Él usaba los tiempos difíciles para acercarla más a Él. Y usaba las batallas para acercarlos más, el uno al otro.

Esa noche se sentaron en el clóset de Elizabeth, en su cuarto de guerra, y oraron por la situación con Coleman y Tom. Ella le pidió a Dios que se encargara de las cosas de manera que a Tony no lo llevaran a juicio. Oró por un trabajo nuevo para Tony y por provisión para su familia.

«Ayúdanos a confiar en ti, pase lo que pase», oró ella.

Tony vaciló antes de comenzar. Orar juntos no era algo en lo que él se sentía cómodo, y al principio solo dejaba que Elizabeth orara y él le sostenía la mano y a veces se la apretaba. Ella le regaló eso, sin exigir que él estuviera en el mismo punto en el que estaba ella. Pero pronto él estaba orando a viva voz con ella, y su voz y su corazón estaban siendo revelados. Elizabeth no podía creer la sensación de unión que sentía cuando lo oyó hablar con Dios.

«Dios, yo quiero un trabajo nuevo y no quiero ir a la cárcel —oró Tony—, pero sé que hay consecuencias por mis actos. Sé que lo que hice lastimó a la gente. He lastimado a mi familia. Lastimé a mi empleador. Y te agradezco por perdonarme, por tomar mi corazón y por no dejarme ir más allá hacia las cosas que me habrían destruido.

»En este momento, te pido por Tom. Él me odia. Pude verlo en su rostro. Y puedo entender por qué. Entonces, Señor, dame alguna oportunidad de ser bondadoso con él. Alguna oportunidad de demostrarle Tu amor a él. No tengo idea de cómo podrías hacerlo, pero creo que Tú puedes hacer que eso ocurra. Y te pido por Coleman, Señor. Él tiene mucha presión sobre él para que tenga éxito. Mucha presión de los accionistas y de toda esa gente que trabaja bajo sus órdenes. Te pido que lo bendigas. Te pido que bendigas a la compañía y que la uses para ayudar a la gente. Dale sabiduría al equipo de investigación mientras trabajan en desarrollar medicinas nuevas. Y sobre

todo, te pido que acerques a Coleman y a Tom a Ti. ¿Podrías usar incluso esta situación con ellos para ayudarlos a ver su necesidad de Ti? ¿Su necesidad de ser perdonados?»

Estuvieron en el clóset por casi una hora. Cuando terminaron de orar, Tony le extendió su mano a Elizabeth y la ayudó a ponerse de pie, y ella se acercó a él. Lo miró a los ojos y él le puso las manos en sus hombros. Por un momento ella pensó que iba a besarla.

En lugar de eso, Tony se mordió el labio y miró un versículo en la pared.
—Mientras orábamos, tuve la impresión de que el Señor quiere que hablemos con Danielle. No creo que sea justo poner una carga muy grande sobre ella, pero tampoco creo que es justo mantenerla en la oscuridad.

—Yo confío en ti —dijo Elizabeth. Y las palabras salieron de su boca antes de que se diera cuenta de que las decía en serio.



Tony observó el temor en el rostro de Danielle, después de que habían guardado los platos de la cena, cuando él le pidió que se sentara a la mesa con ellos.

—Tenemos algo que decirte.

—No te asustes, cariño —dijo Elizabeth y le frotó la espalda a la niña.

—Ustedes no se van a divorciar, ¿verdad? Porque eso es lo que les ocurre a los papás de Cindy. Ellos la sentaron a ella y a su hermano a la mesa de la cocina, de esta misma manera.

Tony se inclinó hacia adelante y miró a su hija a los ojos.

—Tu madre y yo nos amamos. Estamos trabajando en nuestro matrimonio para ser la gente que Dios quiere que seamos. Para poder ser buenos padres.

—¿No te vas a ir? —dijo Danielle—. Eso es lo que hicieron los padres de Cindy al principio. Su papá se fue...

—Yo no me voy a ir a ningún lado.

Tan pronto como Tony dijo las palabras, miró a Elizabeth y pudo ver el dolor en su rostro también. Él no podía decir que no se iría a ningún lado. Esa decisión dependía de Coleman. Bueno, en realidad, dependía de Dios.

—Danielle, la razón por la que me despidieron del trabajo, la razón por la que se llevaron mi automóvil, fue que hice algo malo.

—¿Qué hiciste?

—Me quedé con algunas medicinas que no me pertenecían. En ese momento yo pensé que estaba bien, pensé que nadie se daría cuenta nunca. Y vendí algunas.

—Les robaste.

—Es cierto.

—¿Por qué, Papi?

—Para ganar un poco más de dinero. Pensé que yo merecía más de lo que ellos me pagaban. Ellos me descubrieron. Y fue algo incorrecto. Yo llevé de regreso las cosas que había robado y se las mostré.

El rostro de Danielle exhibía el dolor que él sentía por dentro, pero era un golpe doble verlo a través de los ojos de ella. Él la había decepcionado y esa mirada le rompía el corazón.

—Dios te perdonará, Papi.

Él se estiró y le dio una palmadita en su mano.

—Él ya me perdonó. Esa es una buena lección. Cuando cometemos errores, podemos pedirle que nos perdone. Y Él lo hará. Pero los errores también tienen consecuencias.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando regresé y me disculpé, ellos me hicieron saber que podría haber consecuencias. Ellos van a decidir si quieren castigarme por lo que hice.

—¿Si Dios te puede perdonar, por qué ellos no?

Tony miró a Elizabeth y ella le dio una mirada que decía *En esto estás por tu cuenta*.

—Espero que ellos me perdonen, pero aunque lo hagan, quizá tenga que recibir un castigo.

—¿Qué significa eso? ¿Castigado, cómo?

—Ellos podrían hacer muchas cosas. Como hacer que les restituya lo que no devolví. Voy a hacer eso, ya sea que ellos lo pidan o no.

—¿Qué más podrían hacer? ¿Quitarte tu teléfono celular? —Danielle miró a su madre y luego volvió a mirar a Tony. Cuando vio la expresión en su rostro, dijo—: ¿Podrían hacer que vayas a la cárcel?

—No lo sé, cariño. No creo que eso vaya a suceder, pero voy a hacer todo lo que pueda por permanecer aquí, por ser tu papi, por saltar en esa competencia contigo y con el equipo, y Dios nos va a ayudar a pasar por esto juntos.

—¿Estás seguro?

—Dios puede hacer cualquier cosa —dijo Tony—. Y Él te ama mucho. Él nos ama a los tres y quiere lo mejor para nosotros. Así que tú sigue orando y nosotros seguiremos orando, y veamos qué hace Él, ¿de acuerdo?

Danielle asintió con la cabeza y miró la mesa.

Tony tomó su mano otra vez, y Elizabeth puso su mano en la cabeza de Danielle, como si la estuviera bendiciendo.

«Padre, Tú eres nuestro Papi, y te agradezco porque nos amas mucho —oró Tony—. Ayúdanos a no tenerle miedo a lo que se avecina. Ayúdanos a confiar en Ti, sin importar lo que pase...»

«Y ayuda a esa gente a perdonar a mi Papi», susurró Danielle.

«Sí, ayúdalos a perdonarme, Padre. Y sea que ellos lo hagan, o no, te agradezco a Ti por perdonarme. En el nombre de Jesús, amén».

La señora Clara



Clara tenía listo el café cuando Elizabeth llegó. Originalmente, ella había sugerido que se reunieran una vez a la semana, pero sus conversaciones habían llegado a ser mucho más frecuentes. Elizabeth le contó todo lo de Brightwell, lo que Tony había hecho, cómo se había sentido culpable y había confesado, y cómo ahora esperaban la caída del martillo.

—No habrá un martillazo sin que Dios lo permita —dijo Clara—. Usted ya lo sabe, ¿verdad?

Elizabeth asintió con la cabeza.

—Eso no lo hace más fácil.

—Supongo que no —dijo Clara. Pensó por un momento—. Sabe algo, hoy pensaba en la historia del viejo Bartimeo.

—¿De quién?

—De Bartimeo, el mendigo. Él era ciego, pero se había enterado de los milagros que Jesús había hecho, por lo que cuando el Señor pasó, el viejo Bart gritó y no se quedaba callado, aunque le dijeron que se callara. ¿Cómo se puede callar uno cuando Aquel que lo hizo pasa por allí? ¿Cómo puede uno callarse cuando el Señor está cerca?

»Entonces Jesús, con Su amabilidad, les dijo que fueran a buscar al viejo Bart y que lo dejaran pasar. Imagino a ese hombre caminando con sus piernas tiesas, con los ojos nublados, con su rostro sin afeitar y con la ropa andrajosa. Y puedo ver la compasión y el amor en el rostro del Señor. Jesús le hizo una pregunta. En lugar de que Bartimeo se lanzara a recitar lo que necesitaba, Jesús dijo: “¿Qué quieres que haga por ti?”

»Mire, Elizabeth, la oración es Dios acercándonos a Él y preguntándonos qué hay en nuestro corazón. Ahora bien, la mayoría de la gente, si usted les dice eso, se dirigirá a su lista. “Señor, dame esto, eso y aquello”. Pero

Bartimeo hizo algo distinto. Él le pidió una cosa al Señor: le pidió ver.

»Justo allí hay una verdad a la que usted se puede aferrar. Lo primero que Dios quiere hacer es ayudarla a ver. Verse a sí misma. Ver su pecado. Ver su impotencia sin Él. Y entonces, oh, esto hace que mi sangre se agite, Él abre sus ojos y hace que pueda enfocar bien todas las cosas.

»Envidio a Bartimeo. Lo primero que él vio en su vida fue a Dios. ¿Puede imaginar eso? A Dios mirándola a la cara. Pero Dios no la deja allí. Él la ayudará a actuar con base en lo que usted vio. Este es el trabajo difícil. Allí es donde Dios suple su necesidad más grande: visión. Él le permite ver lo totalmente impotente que es con sus propias fuerzas.

—Ese no es un mensaje popular en estos días —dijo Elizabeth.

—Eso es un hecho. La mayoría de la gente piensa que “Dios ayuda a los que se ayudan” está en la Biblia. Oiga, Dios ayuda a los que han topado el fondo de sí mismos. Y allí es donde está Tony. Sé que se siente terrible, pero eso es algo muy bueno.

—Bueno, yo aprecio que ore por nosotros.

—¿Cómo se llama el hombre que tomará la decisión?

—Coleman Young.

Clara cerró apretadamente sus ojos.

«Señor Jesús, Tú conoces a este Coleman Young. Padre, abre su corazón a Tony. No lo dejes descansar. No dejes que esta decisión salga de su mente. Ayúdalo a ver la verdad de que Tony quiere arreglar las cosas. Incluso ahora, Señor, ¿podrías ayudarlo a mostrar gracia? Y glorifícate a través de esto, de alguna manera».

Clara sentía un mover en su interior, que la paz la inundaba.

«Y, Señor, voy a pedirte algo para la vida de Tony y Elizabeth, y de la hija de ellos también, que va a sonar imposible en estas circunstancias. Pero yo sé que Tú puedes hacerlo. ¿Podrías no solamente mantener a Tony lejos de la cárcel, sino llevarlo a casa? ¿Podrías ayudarlo a evitar la acusación y ayudarlo a pagar el dinero que debe y, Señor, podrías darle algo que hacer que lo mantenga cerca de su familia y que cumpla los deseos de su corazón? Dale algo que hacer con su vida que sea perfectamente apto para todos los involucrados».

Después de que Elizabeth se había ido, Clara se fue a su cuarto de guerra y se quedó allí por horas. Todavía estaba orando por Tony y por Coleman Young cuando se quedó dormida.

CAPÍTULO 17



Después de reunirse con Clara, Elizabeth pasó el día en Bienes Raíces Piedra Doce, tratando de enfocarse en su trabajo, pero le costaba. No podía sacudirse el temor de imaginar a Tony en una sala de audiencias, de que se llevaran a Tony, de Tony esposado y con la vestimenta de la cárcel. Ella sabía que eso no era la realidad, que esa no sería la forma en que ocurriría, aun si Tony fuera acusado y se lo llevaran. Pero el resultado final sería el mismo. Tony se apartaría de ellas, y ellas probablemente perderían la casa, y ella y Danielle tendrían que recoger los pedazos de sus vidas y seguir adelante, por lo menos por algún tiempo. Ella repelía la voz en su cabeza, pero era como un manantial con una corriente tan fuerte que era difícil no dejarse llevar por ella.

Las decisiones de él te han puesto en esta situación. ¿Qué te hace pensar que él no hará esto otra vez, más adelante? Coleman no va a perdonar a Tony. Será mejor que tú y Danielle se vayan a vivir con tu madre.

Esa voz era fuerte en su cabeza, diciéndole a Elizabeth que ella y Tony nunca lo lograrían y que ella simplemente debía buscar a alguien nuevo. Clara le había dicho que la forma de ahogar las voces era lavándose con la verdad, por lo que Elizabeth acudía a las Escrituras que había memorizado. Deseaba poder ponerle un aviso de desalojo a su vida de pensamiento para sacar las voces malas, pero esto no funcionaba de esa manera.

Ella seguía orando, seguía pidiéndole a Dios que suavizara el corazón de Coleman en esta situación, que lo ayudara a entender el cambio en Tony. Pero solamente porque una persona cambiara no quería decir que pudiera irse libremente. Ella lo sabía. Aún así, él era un buen hombre. Estaba tratando de ser un buen esposo y padre, y un miembro productivo de la sociedad. Simplemente quería que Coleman viera al verdadero Tony, no al que había cometido esos errores.

Durante su descanso para almorzar marcó el teléfono de Clara y habló con ella para que la animara. El solo oír de nuevo su voz tranquila le envió una ola de paz a Elizabeth. Mientras hablaban, un pensamiento pasó por su mente, ya que Clara ya no vivía en su casa, tal vez Elizabeth y Danielle podían alquilar su casa mientras estaba en proceso. Ella no mencionó la idea, pero le pareció una idea que podía haberle llegado de Dios.

Allí era adonde se iba la mente de Elizabeth todo el día, tratando de resolver el futuro, tratando de tranquilizarse con formas de hacer que las cosas funcionaran. La vida era una negociación tras otra con Dios, pidiendo que Él simplemente hiciera que las cosas ocurrieran de la forma que ella quería. Ella tenía una constante lucha consigo misma por lo que Coleman decidiría y si Tom influiría en él o en la gente del equipo legal. Era como tratar de predecir el resultado de algún evento deportivo, pero esto no era una competencia por un trofeo ni por tener el derecho de jactarse: esto era por la vida de su familia.

En la tarde, Mandy llevó a Elizabeth a su oficina por una disputa con otro agente de bienes raíces, un hombre que en la ciudad tenía la fama de que era difícil trabajar con él. Él tenía carteleros y ponía anuncios en la televisión y en la radio, y era conocido, por lo menos por el público en general, como el hombre que podía vender su casa más rápidamente y conseguirle la mayor cantidad de dinero, todo esto sonriendo y siendo su mejor amigo. Cada agente de bienes raíces que había trabajado con el hombre conocía una historia distinta. Mentiras y tácticas implacables y firmas de contratos que dejaban a la gente en lágrimas. Los veteranos agentes de bienes raíces, gente que por décadas había visto todos los trucos posibles, se desanimaban cuando se enteraban de que una propiedad estaba en la lista de esa agencia.

—No dejes que este tipo te quite lo que es tuyo —dijo Mandy—. Él gruñe y lanza toda su artillería en contra y quiere que todo salga a su manera. Pero tú tienes algo poderoso, y los compradores también. Tus clientes tienen lo que él más quiere, el dinero para comprar esa casa. No olvides eso.

Elizabeth asintió con la cabeza y revisó las disputas en cuanto a la venta, y Mandy le dio buenos consejos. Entonces Elizabeth se recostó en la silla.

—Eso no es lo único que me quiere quitar lo que es mío.

El rostro de Mandy mostraba tanta compasión que Elizabeth se conmovió. Ella era una destacada mujer de negocios que rara vez bajaba la guardia, pero de vez en cuando sorprendía a Elizabeth. Le demostraba su humanidad de maneras sencillas y esta fue una de esas ocasiones.

—Yo no sé todo lo que pasa contigo y con Tony. Has sido reservada en cuanto a eso últimamente, después de haber hablado tanto acerca de las riñas que tuvieron por el dinero para tu hermana. Lo entiendo y lo respeto. Pero puedo ver que ha habido un cambio en ti.

—¿De veras?

—Sí, Lisa y yo estuvimos hablando el otro día. Tú siempre has hecho bien tu trabajo. Eres profesional, cortés, minuciosa con todos tus contratos. Pero últimamente parece que estás viviendo a otro nivel.

Elizabeth sonrió. Ella estaba orando por una oportunidad de hablar con Mandy y Lisa acerca de lo que le había pasado espiritualmente. ¿Era la situación con Tony esa entrada a sus corazones?

—Una de mis clientes realmente me ha desafiado a acercarme a Dios y a comenzar a orar por Tony —dijo Elizabeth—. En lugar de que todo se enfoque en que Tony cambie y que sea el hombre que yo quiero que sea, ella me ha animado a que permita que Dios me cambie a mí.

Mandy se puso pensativa y frunció el ceño y trató de adivinar quién era la cliente. Después de dos intentos de adivinar, Elizabeth reveló que era Clara Williams.

—¿Esa dulce anciana te tiene orando?

Elizabeth asintió con la cabeza. Le contó a Mandy acerca del clóset, el cuarto de guerra, y de cómo ella finalmente se había rendido y decidido dejar que Dios se encargue.

—Yo culpaba a Tony por todos mis problemas. Pensaba que si solamente pudiera hacer que viviera como yo quería, podríamos llevarnos bien. Pero Dios quería hacer algo más grande que cambiar a Tony o nuestra situación. Quería mostrarme mi propio corazón. Y ese fue un proceso doloroso.

—Pero Tony fue malo contigo, por lo de tu hermana, por lo del dinero —dijo Mandy—. ¿Vas a convertirte en una de esas mujeres que simplemente rechinan los dientes y aceptan el abuso?

Elizabeth sonrió.

—No, esa es la ironía de todo este asunto. Al principio, yo pensaba exactamente como lo que tú dices. Pensaba que Clara quería decir que yo tenía que dejar que Tony tomara todas las decisiones. Él tiene diez votos y yo uno. Esa clase de cosas. Pero se supone que debemos trabajar juntos. Se supone que él tiene que amarme como Jesús amó a la iglesia. Y él no estaba haciendo eso.

—Ni siquiera cerca.

—El consejero que hemos estado visitando nos ha dado permiso para llamarnos la atención el uno al otro por cualquier cosa fea o desagradable. Eso es parte de lo que es el amor. Yo no quiero fastidiarlo ni ser autoritaria, y él no quiere que yo sienta que él es una aplanadora. Pero la verdad es que Tony y yo, los dos, necesitábamos cambiar. Yo simplemente me di cuenta primero.

Mandy la miró con curiosidad.

—Pues, me alegro por ti, Elizabeth. De verdad. Pero no lo entiendo. Si le das a un hombre esa clase de poder, él se aprovechará de ti. —El teléfono sonó y ella lo miró—. Tengo que contestar.

Elizabeth asintió con la cabeza y regresó a su escritorio y al contrato que estaba preparando. La breve plática con Mandy le mostró que incluso en medio de preguntas, duda y dolor, Dios podía usarla para quizá plantar una semilla en el corazón de alguien. Eso era lo más descabellado de todo esto. Ella pensaba que tenía que tener todo limpio y ordenado en su vida para que Dios pudiera usarla. Pero allí estaba, en su punto más débil, más vulnerable, con todas las preguntas sin responder y en medio de sus luchas. Ese era el momento en que Dios podía irrumpir y mostrarse poderoso. Incluso con todas las voces que giraban en su cerebro en cuanto al futuro, Dios podía aparecer. Esa era una razón para dar gracias.

A Clara a veces le gustaba usar himnos antiguos en sus oraciones, y Elizabeth encontró un himnario en una tienda de libros usados. «Estoy bien con mi Dios» era uno de los favoritos de Clara, y ella le había contado la historia del escritor del himno, todos los problemas y las pérdidas por las que el hombre había pasado. Las palabras del himno pasaron como una ola del

mar sobre Elizabeth allí en la oficina, mientras sacaba su diario y examinaba lo que había escrito. Tenía palabras y frases pegadas en su mente, y ella se sentía identificada por la frase «un mar de aflicción».

Cuando llegó al verso que decía: «Ya venga la prueba o me tienta Satán», ella se dio cuenta de que la tentación a la que el escritor se refería incluía los golpes y los aporreos del enemigo que ella estaba experimentando y todas las maneras en que el diablo se divertía en grande a costa de su matrimonio, su familia, su corazón.

Ya venga la prueba o me tienta Satán,
No amenguan mi fe ni mi amor;
Pues Cristo comprende mis luchas, mi afán.
Y su sangre obrará en mi favor.

Ella podía ver por qué Clara se aferraba a las palabras. No importaba qué le pasara a ella y a Tony, no importaba cuán agitadas llegaran a estar las aguas por la influencia del malvado, ella tenía una opción. Ella podía decidir ser zarandeada y lanzada de acá para allá hasta perder el rumbo, o podía ser controlada por el amor de Dios. Ella podía decidir observar cuánto había hecho Dios para demostrarle amor: la muerte de Su único Hijo. Ella podía elegir ver el plan de rescate que Dios implementó para su alma, cuánto se interesaba en ella, cuánto quería bendecirla. Ella podía mirar las circunstancias por las que pasaba, que eran bastante terribles, o podía ver a nivel global que Dios estaba, en última instancia, al control, y que caminaría con ella sin importar lo que pasara.

Esta verdad, que Dios estaba con ella, era como un ancla que se hundía profundamente en el oleaje de la vida de Elizabeth y la mantenía en un solo lugar. No importaba cuánto se balanceara en la superficie de todos los problemas, su alma estaba anclada por la gracia de Dios.



Tony llevó a Danielle al centro comunitario en la tarde e hizo calentamientos con el equipo. Sudar lo hacía sentirse mejor. Aflojar sus músculos y poner en marcha su cuerpo lo ayudaba a enfocarse en otra cosa. Pero la nube que estaba sobre él era demasiado oscura como para alejarla completamente. Era como el alumno acosador de la escuela cuando estaba en tercer grado. Solo el pensamiento de salir al patio de juegos lo paralizaba del miedo. Había tenido que esforzarse, obligarse a ir al patio de juegos en lugar de acobardarse. La decisión de Coleman era ese fantasma ahora, junto con la influencia que seguramente tenía Tom. Cada vez que pensaba en ese hombre con la corbata de lazo, el estómago de Tony se ponía tenso y lo único que podía ver era la caja de píldoras robadas que él había puesto sobre la mesa. Toda la culpa y la vergüenza allí a la vista, para que todos las vieran.

Volvió a sacudirse ese pensamiento, se estiró un poco más y se unió al grupo. Trish, la entrenadora de Danielle, había hecho un excelente trabajo con el equipo, enseñándoles sobre los distintos movimientos que les ganarían puntos con los jueces y cómo alcanzar el mejor ritmo en sus rutinas. En una competencia como esta, con todos los espectadores y las distracciones, la repetición era la clave: hacer que los músculos recordaran la sensación del ritmo de las cuerdas y el movimiento de sus cuerpos. Ella había intentado llevar a las niñas al punto en que ni siquiera tuvieran que pensar en su rutina, simplemente la hacían. Y para su sorpresa, Trish no parecía sentirse amenazada por la participación de Tony. Ella pudo haberse puesto difícil y haberse opuesto a que él se uniera a ellas, después de lo que ella había trabajado por tanto tiempo, pero en lugar de eso, lo estimuló a asumir el papel de entrenador asistente.

—Puedo ver que usted sabe lo que está haciendo con las niñas —había dicho Trish—. ¿Ha entrenado a otros alguna vez?

—No mucho —dijo él—. Pero sí tuve muchos entrenadores buenos cuando era más joven.

Las niñas estaban listas para comenzar la práctica y Trish les había dado algunas instrucciones finales. Ella miró a Tony e hizo un movimiento con la mano como si estuviera diciéndole: «*Vamos, adelante*».

Tony miró a Danielle y a las demás, y algo surgió en su interior. Tal vez era la emoción de saber que quizá ni siquiera podría competir con ellas por su futuro incierto, algo que estaba fuera de su control. Pero en ese momento, lo invadió una verdad que lo dejó sin aliento.

La manera en que vio a su hija y a sus amigas debía ser la manera en que Dios lo veía a él.

Tony no veía las fallas del equipo ni la forma en que se quedaba corto en las áreas pequeñas de la rutina. Él veía lo que ellas eran capaces de hacer con un poco de estímulo. Y si esa era la manera en que Dios lo veía, como alguien a quien Él podía capacitar, ¿quién era Tony para no estar de acuerdo con Dios?

Se inclinó, con sus manos sobre sus rodillas.

—Esto es lo que veo cuando las miro, chicas. Ustedes tienen un potencial ilimitado. Pueden hacer cualquier cosa que se propongan hacer. Lo único que puede detenerlas es no poder ver eso y no poder después salir a hacerlo.

»Cuando cometen un error, cuando no hacen la rutina como a ustedes les gusta, pueden decidir golpearse y decir cosas feas de su desempeño. Pueden enfocarse en los errores y tratar de que cada salto salga bien y hacer que su técnica esté bien y seguir cada instrucción. Pero nunca llegarán a lograrlo tratando de *no* cometer un error. No pueden desempeñarse a su nivel más alto enfocándose en las cosas que *no* quieren hacer. ¿Tiene sentido eso?

Jennifer levantó la mano y Tony le hizo una seña con la cabeza.

—Es como cuando toco el piano. Cada vez que trato de no cometer un error, cometo uno.

—Exactamente. Un excelente ejemplo. Con la música, uno oye la tonada, la ve en la página y la toca. Solo deja que las manos se ocupen de eso. Y con su rutina, hagan lo mismo. Salten con abandono en medio de esas dos cuerdas que dan vueltas a su alrededor. Salten allí, sabiendo que cuando caigan al suelo, tocarán el piso y rebotarán hacia arriba como si hubiera resortes en la parte de abajo de sus pies.

Danielle, Jennifer y el resto del equipo sonrieron de oreja a oreja. Estaban asimilando sus palabras y captando esa nueva mentalidad.

—Eso ocurre al darle giros a las cuerdas también —dijo Joy, una de las otras chicas del equipo.

—Exactamente —dijo Tony—. Y nunca pienses que tu trabajo es menos importante. Cada miembro del equipo comparte una parte igual del resultado.

Hubo sonrisas por todas partes y Tony se quedó sin habla, recordando a un entrenador que él había tenido que había dicho lo mismo de un equipo de fútbol en el que él había estado en la secundaria. El ayudante del equipo era un chico discapacitado a quien le encantaba el fútbol pero quien no tenía aptitudes. Él recogía la ropa sucia y hacía cualquier trabajo insignificante que el entrenador le pidiera, y el entrenador lo señaló para hacer énfasis en que cualquiera que contribuía tenía un papel en el éxito del equipo.

—Aquí hay otro asunto —dijo Tony—. A veces, uno se concentra mucho, se enfoca en el trabajo de sus pies, o en el tiempo, o en ganar y no decepcionar al equipo, y se olvida de que nos estamos divirtiendo. Chicas, lo que hacemos aquí es verdaderamente divertido, ¿de acuerdo? Así que, sonrían. Los jueces lo observarán. Ellos no llevan la cuenta de cuántos dientes pueden ver, pero influirá en ellos, se los garantizo. Una persona que está feliz en lo que está haciendo llama la atención porque todos queremos vivir así. Si las ven centradas en esto y sonriendo, todo cambia. No solo lleven a cabo una rutina, dejen que la rutina se lleve a cabo de adentro hacia afuera. Y mostrémosle a la multitud algo que nunca antes hayan visto.

Cuando terminó, cada miembro del equipo extendió una mano y gritaron el nombre de su equipo: «¡Cometas!». Cada palabra las había capturado. Hasta Trish sonrió por el estímulo y el reto.

Tony miró el reloj en la pared para ver cuánto tiempo les quedaba para practicar. Lo que había sido un momento culminante ese día se vino abajo. ¿Cuánto tiempo tendría con su hija antes de que se tomara la decisión que afectaría el resto de su vida? La nube había regresado.



Esa noche, Elizabeth observó a Tony enjuagando los platos en el fregadero mientras ella los colocaba en el lavavajillas. Habían arropado a Danielle en su cama antes de ocuparse de los platos, y Elizabeth estaba segura de que, con toda la actividad del día, ya se había dormido.

En el pasado, la regla no escrita había sido que Tony se encargaba del césped, de la basura, del mantenimiento de los autos, todo lo de afuera, y Elizabeth se encargaba de lo de adentro. Pero últimamente él había tomado un papel más activo en todo, desde los platos hasta pasar la aspiradora. Incluso había sugerido que ya que ella era la que tenía trabajo, él debería ser quien preparara la cena.

—¿Y la ropa sucia? —dijo ella jugando—. Ya que estás encargándote de las tareas domésticas...

—Ya sabes cómo me siento en cuanto a la ropa sucia —dijo él.

Era la primera vez que él había sonreído en toda la noche.

Cuando volvió a fregar, ella lo observó.

—Estás nervioso.

—Estoy tratando de no pensar en eso.

Lo cierto era que los dos estaban nerviosos. Ella solamente trataba de no demostrarlo.

—¿A qué hora se supone que debes estar allá? —dijo ella.

Él miró afuera por la ventana de atrás, como si estuviera calculando su libertad con la vista.

—A las nueve en punto.

Tony le había dicho que pensaba que nunca más volvería a poner un pie en el edificio de Brightwell. Pero parecía que todavía tenía que hacer otro viaje en el ascensor.

El timbre de la puerta sonó. Elizabeth miró el reloj y se volvió para mirar a Tony. Qué extraño. Era tarde y no esperaban a nadie.

Ella siguió a Tony mientras él abrió la puerta y descubrió a Coleman Young parado en su porche del frente. Llevaba puesta una chaqueta deportiva y tenía una mirada seria en su rostro.

—¿Coleman?

—Hola, Tony. —La miró a ella—. Hola, Elizabeth.

—Hola, Coleman, ¿cómo está?

—Estoy bien, gracias. —Había algo en su voz que no sonaba muy bien. Miró directamente a Tony—. Sé que esto es inesperado, pero ¿me preguntaba si usted podría darme unos cuantos minutos para hablar?

—Sí, seguro —dijo Tony—. Entre.

Elizabeth se sentó al lado de Tony y los dos tenían enfrente a Coleman, el último ser en la tierra que alguno de los dos pudiera haber pensado que estaría sentado en su sala. Ella se hizo el cabello hacia atrás y respiró profundamente. *Señor Jesús, ayúdame a aceptar cualquier cosa que Coleman tenga que decir.*



Tony se preguntaba si debían ofrecerle algo de beber a Coleman. Tal vez té o café descafeinado. Un vaso de agua con alguna clase de polvo en él, para que el hombre viera la situación de Tony.

Coleman habló antes de que pudiera ofrecerle algo.

—Tony, he estado pensando en su visita. De hecho, es probable que sea lo único en lo que he pensado en los últimos dos días. —Entrelazó sus manos frente a él y habló con una voz uniforme, mesurada—. Lo que usted hizo estuvo mal. Y yo me sentí decepcionado. Pero hemos despedido vendedores antes y la vida continúa. Después, usted regresó. Y nunca había visto a nadie hacer lo que usted hizo. Nunca he visto a un hombre asumir la responsabilidad total de sus malas acciones, sin importar las consecuencias.

A medida que continuaba, parecía que la voz de Coleman se suavizaba, sus ojos dejaban ver preocupación y también un deseo de comprender.

—Sigo preguntándome por qué. ¿Por qué haría usted eso?

La pregunta se quedó allí colgada en el aire entre los tres. Tony quería gritar, lanzarse en conversación y volver a explicar, pero su corazón latía tan rápidamente que apenas podía controlar su respiración. Sentía a Elizabeth justo a su lado, poniéndole atención a cada palabra que Coleman decía.

—La única respuesta que pude imaginar fue que usted era sincero en su deseo de arreglar las cosas. Y que sí lamenta lo que ha hecho. Así que he decidido creer en usted. No puedo devolverle su trabajo. Pero he decidido no llevarlo a juicio.

Tony casi no podía respirar, difícilmente podía pensar en lo que Coleman acababa de decir. Sentía que su alma estaba aturdida y al mismo tiempo se sentía alegre y agradecido. Se le acumularon lágrimas en los ojos y trató de contenerlas, de luchar contra ellas, pero ya no había más lucha, solo alegría, una alegría indescriptible que se filtraba de cada parte de él.

Él miró hacia abajo, tratando de formular alguna clase de respuesta. Miró a Elizabeth, quien parecía que estaba en un estado de conmoción con los ojos muy abiertos.

—Sí creo que sería apropiado devolver los diecinueve mil a la compañía. Tony asintió con la cabeza, y por primera vez encontró su voz.

—Ya hemos decidido hacer eso.

Una sonrisa se extendió en la cara del hombre.

—Bueno, si está dispuesto a firmar un acuerdo sobre eso, creo que todos deberíamos seguir adelante.

La tensión en la sala se había ido, y Tony sintió que Elizabeth tomó su brazo.

—Así que, si no les importa que yo salga solo, les devuelvo su noche.

Tony y Elizabeth estrecharon la mano del hombre y susurraron sus agradecimientos, incapaces de decir mucho más. Coleman caminó por el pasillo y salió por la puerta del frente.

Cuando se cerró, Elizabeth se volteó hacia Tony, incapaz de contener la emoción.

—Tony, eso fue gracia —dijo, con su rostro ya marcado por las lágrimas—. Eso fue la gracia de Dios hacia nosotros.

Tony la miró, con las lágrimas de ambos fluyendo como un torrente. Él levantó su mirada al techo y más allá a otro reino que sabía que había más allá.

«Gracias, Jesús».

Un rato después, oyó movimiento en la habitación de Danielle. Mientras Elizabeth iba a llamar a Clara, Tony subió y encontró a Danielle en la puerta, escuchando.

—¿Vino alguien? —dijo ella.

—Sí, cariño. Volvamos a la cama.

Ella bostezó y se metió bajo las colchas, y Tony la volvió a arropar. Luego la invadió una mirada de preocupación.

—¿Era la policía? ¿Te van a llevar?

Él sonrió y la emoción todavía estaba allí.

—Era un hombre de la compañía, el señor Young. Él quería que supiéramos que aceptó mis disculpas.

—¿Lo hizo?

—Sí, lo hizo. Dijo que no va a venir ningún oficial de policía y que no va a haber nada de cárcel.

—Oh, Papi —Danielle se sentó y lo abrazó, y se sentía como si Dios mismo le hubiera dado un abrazo a Tony.



Elizabeth encontró a Tony dentro de la cama, sentado, después de que ella terminó de hablar con Clara. Le preguntó a Tony acerca de Danielle y él le explicó su conversación, con lágrimas brotando de sus ojos.

Ella se cubrió la boca, otra vez demasiado abrumada como para creer lo que les había pasado.

—Esa Clara debe haber despertado a todo el vecindario. Nunca he oído a una mujer de su edad hablar tanto de darle patadas por detrás a Satanás.

Tony se rió.

—Ella no solo está hablando de eso, lo está haciendo.

Elizabeth se sentó en la cama y miró hacia su clóset.

—Vamos a tardar un poco en acostumbrarnos a esto.

—¿A qué?

—Al perdón. A la gracia. Es decir, una cosa es oírlo de Coleman. Otra cosa es creerlo y actuar con base en eso.

—Es igual con Coleman, como lo es contigo y conmigo —dijo Tony.

—¿Qué quieres decir?

—Sigo esperando que te lances sobre mí por algo que se me olvidó hacer. Escuchando las viejas voces, los antiguos patrones. ¿Sabes? el perdón es una calle de doble vía.

Ella asintió con la cabeza.

—Tenemos un largo camino que recorrer, Tony. Pero nos dirigimos en la dirección correcta, ¿no crees?

Él asintió con la cabeza y la forma en que la miró despertó en ella sentimientos que no había experimentado por mucho tiempo. Él extendió una mano y ella la tomó y se metió debajo de las colchas. Ella alcanzó la luz y el cuarto se oscureció.

Tony se inclinó hacia ella y susurró:

—¿Quieres orar?

Elizabeth se rió.

—Sí, podemos comenzar con una oración.

Tony la rodeó con sus brazos y la acercó a él, luego oró suavemente, alabando y agradeciendo a Dios por su misericordia, por su perdón y por su intervención en sus vidas. También le agradeció a Dios por una esposa que estaba dispuesta a luchar por él. Elizabeth lo abrazó más fuerte y estuvo de acuerdo con cada palabra. Cuando terminó, Tony la besó. Lenta y tiernamente. Y ella también lo besó.

Por primera vez en mucho tiempo, la conexión que había estado ausente volvió. Ellos disfrutaron una cercanía que no habían sentido en demasiado tiempo. Dulce y amorosa. Apasionada y satisfactoria. Dios los había unido otra vez. Y fue bello.

La señora Clara



Clara creía que alabar a Dios no era una propuesta de medio tiempo. Era de tiempo completo con beneficios. La alabanza era parte del músculo de la memoria de su vida espiritual. Ella alababa a Dios por las cosas buenas que le llegaban y le agradecía por las cosas que no entendía, porque sabía, por experiencia, que Él estaba obrando en ambos casos. Dios siempre obraba y siempre merecía la alabanza.

Por supuesto que algunos veían esto como ilusiones vanas y como si se le excusaba a Dios, pero Clara había leído de gente que había sufrido grandes injusticias y todavía le daba la gloria a Dios. La gente que amaba a Jesús y que le había seguido estaba en una colina, afuera de Jerusalén. Mientras un relámpago centellaba y la sangre del impecable Hijo de Dios se derramaba, ellos no podían creer lo que veían. En ese sitio del planeta, en ese día de la historia, Dios acabó con la interrogante de si Él era o no digno de alabanza por el bien y el mal, porque Él tomó lo peor que haya ocurrido alguna vez y lo convirtió en lo mejor. Él le arrebató la victoria al enemigo y proveyó salvación a cualquiera que invocara el nombre del Señor.

Para Clara, dar gracias en cada circunstancia significaba decirle a Dios que ella estaba dispuesta a ver las cosas desde la perspectiva de Él. Darle alabanza era liberarse de tener que entenderlo todo. Ella podía rendirlo todo.

Cuando recibió la llamada de Elizabeth sobre la decisión de Coleman Young en cuanto a Tony, sintió como si hubiera podido volar a la luna. No habría prisión, ninguna mancha en el récord de Tony, y él podría continuar viviendo con su familia, creciendo en gracia y pagando su deuda.

Clara levantó enérgicamente sus manos y le agradeció a Dios con un grito de júbilo que seguramente despertó a cualquier ángel dormido que estuviera en un radio de un millardo de kilómetros. Ella no sabía si los ángeles

dormían, pero sí sabía que los ángeles se regocijaban cuando un pecador se arrepentía. Caminó a su cuarto de guerra y puso una marca al lado de esa petición, dio otro grito de júbilo y volvió a alabar a Dios.

Alabar a Dios le hacía algo a su corazón como ninguna otra cosa. Había leído el Salmo 22, que decía que Dios estaba «entronizado en las alabanzas de Israel». Ella creía que Dios se embebía en sus alabanzas y que disfrutaba sus gritos de alegría. Pero los beneficios no eran solo para Él, se extendían a ella. Cuando ella alababa a Dios, ella coincidía con Él en que solamente Él era digno y ella no. Solamente Él estaba al control y ella no. Solamente Él merecía el mérito y solamente Él era santo. Así que la alabanza era un acto de humildad. Y mientras ella más se humillaba, más paz la inundaba. Ella no se preocupaba ni se agobiaba cuando le decía a Dios la verdad de Sí mismo. Cuando ella recordaba quién era Dios, se recordaba a sí misma de la verdad. Y cuando ella lo hacía, ya no estaba envuelta ni atada a lo que el enemigo quería.

«*Exaltemos juntos su nombre*». Esas palabras eran una receta para el gozo. Ella quería que ese gozo se derramara de su vida sobre todos los que ella contactaba.

«Señor, te agradezco porque esta clase de alabanza nunca terminará. ¡Alabarte es algo que haremos para siempre! Eso es lo que yo quiero hacer. Quiero alabarte con cada respiro, cada oración y cada latido del corazón hasta que te vea cara a cara. Quiero alabarte por la forma en que me cambias desde adentro y la manera en la que cambias a Elizabeth y a Tony. Y con todas las cosas malas que pasan en el mundo, las guerras, las matanzas y la injusticia, voy a alabarte.

»Un ser no puede perder cuando te alaba, Señor. ¡Aleluya!«

CAPÍTULO 18



Tony se sentó con Michael a la mesa en una esquina del café del centro comunitario. Había mucha actividad en el lugar. Las mamás sostenían café con leche y hablaban, esperando que los chicos terminaran sus programas matutinos.

La mirada en el rostro de Michael no tenía precio. Su cabeza afeitada tenía arrugas en sus arrugas por la forma en que estaba arrugando la frente.

—Hombre, no sabía que estabas pasando por todo eso en el trabajo y en tu casa. ¿Por qué no me lo dijiste?

Tony encogió los hombros.

—Orgullo, creo. Quería mantener todo eso escondido.

—Hermano, se supone que debemos estar allí para el otro, ¿sabes? Para eso son los amigos.

—Lo sé ahora. Y es por eso que quería contártelo.

Michael tomó un sorbo de café y sonrió.

—Sin embargo, es asombroso lo de tu matrimonio, tu fe en Dios. Tengo que ser sincero. Pude darme cuenta de que algo te pasaba por lo enojado que estabas jugando baloncesto. Estabas como el demonio de Tasmania allá afuera, girando por todos lados. ¿Te acuerdas de esa noche?

Tony asintió con la cabeza.

—Sí, sucedían muchas cosas esa noche.

—Fue entonces que comencé a orar por ti. De vez en cuando, ¿sabes?

—¿De vez en cuando?

—Pasaba por tu casa en el auto, o veía a Danielle y a Elizabeth aquí, y pensaba en ti. Pedía que Dios hiciera algo con tu corazón afligido.

Tony se rió.

—Bueno, Él respondió. Ahora sí que es en serio. Ya no iré a la iglesia solo porque se vea bien, o porque mi esposa quiere que lo haga. Dios se ha manifestado. Ha revelado lo que es más importante.

Tony le contó más a Michael del por qué lo habían despedido en el trabajo. Tenía miedo de que Michael lo juzgara y lo reprendiera por tomar las muestras, pero escuchó la historia sin comentarios. Cuando Tony terminó, Michael dijo:

—Eso fue una lección difícil.

—Fue aún más difícil volver allá y confesar, pero sabía que tenía que hacerlo.

—Muy bien hecho. Aunque si hubiera sido yo tratando con ese tipo Tom, habría querido darle sus buenas palmadas en la cabeza.

Tony se rió.

—Créeme, yo quería hacerlo. Todavía quiero. Y si alguna vez tengo la oportunidad, no sé qué haré.

—La venganza es un motivador poderoso —dijo Michael—. Pero detestaría verte hacer algo que lamentarías. Ya sabes, Jesús dijo que tienes que orar por tus enemigos. Tal vez debes tratar de hacer eso. Es difícil odiar a alguien por quien oras.

Tony sonrió.

—He orado por él, aunque no lo creas.

—¿Te refieres a algo así como “Señor, rómpele los dientes”?

Tony se rió.

—No, solo estoy orando para que algún día tenga la oportunidad de llegar a él de alguna manera.

—Eso es bueno, hermano. Porque Tom solo te llamó la atención por lo que hiciste. Tú admitiste que fue algo malo, ¿verdad?

—Sí, seguro.

—Está bien. Así que cuando lo ves desde su perspectiva, estoy asumiendo que no es creyente, él solamente quiere hacerte pagar por las cosas malas que hiciste.

Tony asintió con la cabeza.

—¿Así que se supone que simplemente debo aguantar su maltrato?

—No, digo que lo veas desde una tercera perspectiva. A veces la forma más difícil de pensar en la gente que te lastima es de la manera en que Dios la ve. Y cada vez que quieras darle palmadas en la cabeza, recuerda que Dios quiere que esa gente lo busque a Él como tú lo has hecho.

—¿No puedo verlo de esa manera y darle palmadas en la cabeza? —dijo Tony.

—Permíteme decirlo de esta manera. Digamos que tú me haces algo malo. Yo te guardo tanto rencor que cuando llega la llamada de que tienes un ataque al corazón, yo digo no, no quiero ayudar a ese tipo. ¿Crees que eso es una buena idea?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque perderías tu trabajo.

—Es cierto, pero hay una razón más importante. Yo prometí ayudar a cualquiera que esté tirado en el piso, sin hacer preguntas.

—Te entiendo. Entonces tengo que perdonarlo aunque él no lo pida ni crea que lo necesite.

Michael asintió con la cabeza.

—Tendrás la oportunidad.

—Nunca volveré allá. No hay ninguna posibilidad de que lo haga.

—Entonces escríbele una carta. Contrata una avioneta para escribirlo en el cielo. —Pensó por un momento y se inclinó hacia delante—. En la estación tenemos un estudio bíblico para hombres los martes en la mañana.

Desayunamos juntos. Oramos. Hablamos de nuestras luchas. Hablamos de cómo es el perdón. Lo tenemos en el salón comunitario porque algunos de los otros hombres lo objetan. Nos llaman el escuadrón de Dios. Cosas así. Nos gustaría que te unieras a nosotros, si tienes tiempo.

—Hombre, tiempo es lo que más tengo ahora —dijo Tony.

—Cierto, ¿hay alguna oportunidad de trabajo? Debe haber una carga muy pesada sobre tus hombros por el pago de esa casa.

Tony asintió con la cabeza.

—Y quedamos con un solo automóvil. Liz tomó unas cuantas casas más y necesita el auto. A decir verdad, me gustaría encontrar algo cerca, ya sabes, que no tenga que viajar todo el tiempo.

—¿Entonces estoy viendo la muerte de un viajante? Pensé que te encantaban los viajes.

—Es cierto. Me gustaba aún más el dinero. Me encantaba hacer la venta y los bonos. Pero cuando las prioridades de uno cambian, todo se esclarece, ¿me explico?

Michael asintió con la cabeza. Comenzó a responder y luego se detuvo al observar a alguien detrás de Tony.

—¡Hola, Ernie!

Ernie Timms, el director del centro comunitario, estaba pasando con su habitual mirada confundida. Llevaba una caja grande y se dirigía a su oficina.

—Michael —dijo Ernie con la mirada perdida. Con la cabeza saludó a Tony.

—¿Adónde vas con la caja? —dijo Michael.

—A vaciar mi oficina. Te enteraste del cambio, ¿verdad?

—¿De qué cambio? —dijo Michael.

—Me han despedido. La junta tomó la decisión ayer. Estoy desocupando la oficina.

Michael se puso de pie, con preocupación en su rostro, y le puso la mano en el hombro a Ernie.

—No tenía idea. Lo siento, hombre.

—Es solo una de esas cosas, creo —dijo Ernie, como si estuviera tratando de tomarlo con calma y comportarse como un hombre.

—Sé cómo te sientes —dijo Tony—. A mí me despidieron del trabajo en Brightwell.

—Lamento saberlo —dijo Ernie.

—Siéntate, te invito a una taza de café —dijo Michael.

Ernie miró la caja y luego al pasillo que llevaba a su oficina.

—Vamos, te ayudará hablar, ¿no crees? —dijo Tony.

—Sí, probablemente.

Michael fue a comprar una taza de café y Ernie se sentó.

—¿Fue algo repentino? —preguntó Tony.

—Yo lo veía venir. En realidad no soy idóneo para esto. Hay que mantener girando demasiados platos administrativos. Aquí, el trabajo principal del director es poner a todos en el mismo equipo, ¿me explico? Nunca fui bueno para organizar. No soy una persona sociable. Eso fue lo que me dijeron cuando me despidieron. Pero me dieron una buena indemnización, por lo que no me puedo quejar. Me da algo de tiempo para buscar.

Tony escuchó. Algunas semanas atrás a él no le habría importado los problemas de alguien más. Se habría alegrado de que hubieran despedido a Ernie porque significaría menos confusión en el gimnasio en cuanto al uso de la cancha. Había juzgado las cosas solamente por la manera en que le afectaban en su propia vida. Ahora veía a una persona que sufría, una persona real de carne y hueso, con una familia, y con esperanzas y sueños que llegaban a un final, y su corazón se conmovió por la dificultad del hombre.

Michael regresó con el café y los dos escucharon la historia de Ernie. Cuando el hombre les había contado todo, se quedó sentado con su café en las manos, mirando a la distancia.

—Sabes algo, la pérdida de trabajo por la que ha pasado Tony ha sido una experiencia transformadora para él —dijo Michael.

Ernie miró a Tony.

—¿De veras?

—Sinceramente, puedo decir que en este momento me siento en paz —dijo Tony.

—¿Encontraste trabajo tan rápido? —dijo Ernie.

—No, no he encontrado otro trabajo. No tengo idea de qué es lo que voy a hacer a continuación.

—Entonces ¿cómo puedes tener paz? —dijo Ernie.

Tony vaciló. No sabía adónde se encontraba espiritualmente el hombre, y lo último que quería hacer era golpearlo en la cabeza con la religión. Pero le pareció muy natural simplemente contarle lo que Dios había hecho en su vida.

Michael le levantó una ceja a Tony, con la mirada de un compañero que acababa de pasarle el balón por debajo de la canasta.

—Creo que se podría decir que Dios me tomó cuando toqué fondo —dijo Tony—. Yo iba tras los logros, el éxito y el dinero. Pero Dios me despertó a lo que es importante. Y cuando corrí hacia eso, Él me dio paz. Verdadera alegría. Aunque no estoy realmente seguro de lo que está por delante.

—¡Qué bueno! —dijo Ernie—. Para ti. Es decir, me alegro por ti.

—¿Y qué hay de ti? —dijo Tony—. ¿Tienes una relación con Dios? Ernie frunció el ceño.

—Yo voy a la iglesia. De vez en cuando. Mi esposa va.

—¿Ella ora por ti? —dijo Michael—. Porque la esposa de Tony hizo una y mil oraciones, y toda la vida de Tony se deshiló.

—¿Tu esposa oró y tú perdiste tu trabajo, y estás contento por eso? —dijo Ernie.

—No estoy contento por haber perdido mi trabajo —dijo Tony—. Y mi esposa no oró para que pasaran cosas malas. Ella oró por nuestro matrimonio. Ella oró para que yo cobrara vida con Dios. Pero yo iba por un camino equivocado, ¿me explico? Confiaba en mí mismo y en mis propias capacidades. Y eso se acabó. Ya no confío en mi propio entendimiento.

Ernie le dio un sorbo a su café y miró a la mesa.

—Es demasiado para lograr entenderlo en poco tiempo, ¿verdad? —dijo Michael.

Ernie asintió con la cabeza.

—¿Te importaría si oramos por ti? —dijo Michael—. No me mires de esa manera. No vamos a lanzar culebras por todas partes ni vamos a revolcarnos en el piso.

Ernie se puso de pie.

—Lo aprecio, pero necesito irme.

Michael asintió con la cabeza.

—Está bien. Hablaremos en otra ocasión. Pero ten en mente que vamos a orar por ti y tu familia.

—Lo aprecio —dijo Ernie y se fue con la caja y su café.

—Qué triste —dijo Tony—. Que no haya querido escuchar.

—Escuchó —dijo Michael—. Simplemente no está listo para oír. Y eso está bien. Hacer que las cosas penetren en el corazón de la gente no es tu trabajo. Es asunto de Dios. Tú sigue siendo fiel en compartir lo que Dios ha hecho. Fue asombrosa la forma en que seguiste con el tema y le dijiste lo que te había pasado.

—Sí, pero él se fue. Eso fue un fracaso.

—Parece que recuerdo a alguien más que hizo lo mismo conmigo —dijo Michael—. Y ahora mismo está sentado aquí, mirándome.

Tony sonrió.

—Creo que tengo un nuevo nombre para mi lista de oración.



Elizabeth jugueteaba con su teléfono celular, tratando de tranquilizar sus nervios revisando su página de Facebook. Tony las estaba conduciendo a la competencia de salto con doble cuerda. Ella miró sus notificaciones y vio la foto que le había tomado a Tony sosteniendo a Danielle, los dos con sus camisetas de los Cometas. Ella tenía diez comentarios de la gente, todos animando al equipo para que les fuera bien.

—¿Va a estar allí la señora Clara? —preguntó Danielle.

—Ella dijo que no se lo perdería —dijo Elizabeth.

—¿Trajiste mi refrigerio?

Refrigerio era el segundo nombre de su hija. Aunque habían hablado de que no debía ser supersticiosa, Danielle estaba convencida de que cuando comía mantequilla de maní y gusanitos de goma sobre palitos de apio, saltaba mejor.

—Sí, cariño, lo tengo justo aquí.

—Danielle, ¿estás nerviosa? —dijo Tony, mirándola en el retrovisor.

—Mucho —dijo Danielle.

—¿Estás nervioso? —le preguntó Elizabeth a Tony.

Una amplia sonrisa se extendió en el rostro de Tony.

—Oh, sí. Pero estaré bien siempre y cuando no caiga sobre mi cara.

—¿De veras vas a hacer esa voltereta? —dijo Elizabeth.

Tony le había estado hablando de algunos de los movimientos que estaban practicando, y ella no se sentía totalmente segura de que Tony pudiera unir su habilidad gimnástica con la competencia de saltar la cuerda.

—¿Que si voy a hacer la voltereta? Claro, vamos a hacer la voltereta — Tony habló con un tono agudo y eso hizo que Danielle se riera.

Para Elizabeth era prueba de que Dios había estado obrando. Antes del cambio en su relación, ella y Tony no podían estar en el auto diez minutos sin discutir. Ahora el ambiente en el auto era alegre.

—Y eso no es todo, ¿verdad, Danielle? —dijo Tony.

Elizabeth se volteó y vio a su hija con una sonrisa tan amplia como la de Tony.

—Todavía no has visto nada, Liz —agregó Tony.

—Está bien, ahora ya me pusieron nerviosa —dijo ella.

Condujeron hacia el lugar, un gimnasio en el lado norte de Charlotte. Tony había querido llegar allí temprano para que el equipo tuviera una idea del salón y del ambiente. El edificio no estaba lejos de las oficinas de Brightwell, y mientras miraban el imponente edificio en la distancia, Elizabeth le puso una mano en el hombro a Tony.

—¿Extrañas ir allá? —dijo ella—. ¿Los pisos pulidos y la bonita oficina?

—Extraño el cheque de pago. Y el desafío de cada día. Pero no lo cambiaría por lo que he aprendido. Ya no hay vuelta atrás.

—Yo creo que Dios tiene algo bueno guardado para ti —dijo Elizabeth—. Y Danielle está orando por algunas cosas específicas para tu próximo trabajo.

—¿De veras? —dijo Tony, y volvió a mirar en el retro-visor.

—Sí. Estoy orando para que Dios te dé un trabajo que esté cerca de nuestra casa, que no te haga viajar y que nos dé suficiente dinero para que no tengamos que mudarnos. Ah, y uno que te permita quedarte en nuestro equipo de salto con doble cuerda.

Tony se rió.

—Eso es ser específico.

—Pues, la señora Clara dijo que a Dios le gusta responder a las oraciones específicas —dijo Danielle.

—Ella dijo eso, ¿eh? —dijo él.

Se detuvieron en una señal de alto en un área residencial y Elizabeth divisó un automóvil estacionado de manera extraña cerca a ellos. La puerta estaba abierta y también el baúl, y un hombre con tirantes y pantalones de vestir estaba hablando por teléfono. Cuando se volteó un poco, vio su corbata de lazo. Hacía gestos descontroladamente, como si estuviera gritando en su teléfono.

—¿Ese no es Tom? —dijo ella.

—Sí, es él —dijo Tony y se quedó en la señal de alto—. Parece que tiene una llanta pinchada.

Elizabeth observó al hombre, e imaginó la conversación que tenía con quienquiera que fuera al otro lado del teléfono. Se lo merecía, tener una inconveniencia como esa. Una pequeña parte de ella se alegró porque él estaba pasando por algo difícil.

Tony pasó por donde estaba y luego giró a la izquierda hacia el estacionamiento y detrás de Tom.

—Papi, ¿vamos a llegar tarde?

—No, cariño, esto no tardará mucho.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Elizabeth.

—Algo que necesitaba hacer desde algún tiempo atrás.

Se estacionó y puso el freno y le dio una mirada a ella que trataba de decirle todo. Ella no podía entenderlo bien.

—Ya vuelvo —dijo él.

Elizabeth quería prevenir a Tony, recordarle que no hiciera nada impulsivo. Si trataba de lastimar a Tom de alguna manera, Coleman podría reconsiderar su decisión de no llevarlo a juicio. Pero ella no dijo nada. No había palabras para esto porque Tony estaba decidido. Ella podía darse cuenta por la forma en que cerró la puerta y se dirigió resueltamente hacia el automóvil averiado, hacia el hombre cuyo nombre no podía pronunciar sin encogerse un poco.

Señor Jesús, ¿podrías ayudar a Tony ahora mismo? ¿Podrías darle Tu corazón y Tu mente, oh Señor?

—¿Qué va a hacer, Mamá? —dijo Danielle. Se había desabrochado el cinturón y ahora estaba sentada inclinada hacia adelante.

Ella quería bloquear la vista a su hija en caso de que Tony hiciera algo impulsivo. No había nadie por allí. Nadie podía verlo.

—No estoy segura, Danielle.

Clara había dicho que toda la vida era una prueba en cuanto a si uno creía verdaderamente en Dios. Cada día uno tenía mil ocasiones de demostrarle a Dios que lo seguía en serio, que lo obedecía en serio y una de las pruebas más grandes era si uno iba a buscar venganza contra alguien que lo había ofendido. Tony había sido alguien que a veces dejaba que su enojo le venciera. Elizabeth acercó el brazo a la ventana, pensando bajarla y decirle algo.

Tom se limpió el sudor de su frente con su camisa, luego levantó la vista y miró a Tony que se dirigía hacia él. Tom dio un paso atrás, con una mirada de miedo en su rostro. Se alejó del auto mientras Tony se inclinaba en el baúl para agarrar algo. Sacó la llave de cruz.

Tony siempre había creído en hacer ejercicio y en mantenerse de la mejor forma posible. La camiseta de manga corta acentuaba sus bíceps. Se veía enorme, comparado con Tom, y mientras avanzaba, Tom dio otro paso atrás.

Cualquiera que pasara por la escena o que estuviera mirando por su ventana podría haber visto a un hombre negro con un arma mortal que se dirigía hacia un hombre blanco. Si hubieran conocido la historia de fondo, podrían haber marcado el número de emergencias, y Elizabeth se preguntó si Tom sacaría su teléfono celular pidiendo ayuda en cualquier momento, o si solo se daría la vuelta y huiría lo más rápido posible.

Tony se acercó lo suficiente como para hablar con Tom, pero Elizabeth no pudo oír ninguna palabra. Los dos solo se miraron. Entonces Tony se agachó al lado del automóvil y comenzó a aflojar los tornillos de la llanta.

Elizabeth sonrió y Danielle se estiró para ver.

—¿Qué está haciendo, Mamá?

—Está cambiando la llanta pinchada de Tom.

—¿Quién es Tom?

—Es un hombre que trató mal a tu papá después de que él confesó lo que había hecho. Trabaja en la misma compañía. Y en lugar de vengarse y ser malo, tu padre le está mostrando gracia.

Danielle examinó cómo su papá aflojaba los tornillos y luego cómo puso el gato hidráulico debajo para elevar el auto. Colocó la llanta de repuesto y apretó los tornillos, luego bajó el auto y los volvió a apretar.

Cuando había puesto la llanta, colocó la pinchada atrás, junto con las herramientas, se sacudió las manos y caminó acercándose a Tom. Parecía que el rostro del hombre se había suavizado, o tal vez se estaba haciendo las preguntas que Elizabeth y Danielle se habían hecho. ¿Por qué había hecho eso Tony? Simplemente podía haber pasado de largo y nunca pensado más en eso.

Tony extendió una mano sucia y Tom vaciló. Luego tomó la mano de Tony y la estrechó. Ningún gracias. Nada de preguntas. Solo la estrechó y Tony volvió al automóvil.

—¿Por qué hiciste eso? —dijo Danielle.

—Porque así es como yo quiero que me traten, Danielle.

Elizabeth sonrió y le agradeció a Dios por los cambios de corazón. Cuando pasaron donde estaba Tom, él miraba su llanta trasera como si nunca antes hubiera visto una en toda su vida. Como si acabara de presenciar alguna especie de milagro. Elizabeth sabía que así había sido.

La señora Clara



Clara le pidió a Clyde que la llevara a la competencia de salto con doble cuerda y él dijo que tenía una reunión en Charlotte esa mañana y que no habría ningún problema. Sacudió la cabeza por la petición de su madre.

—¿Vas a verla o a participar en ella? —él le sonrió y le dio una mirada que le animó el corazón.

En el camino hablaron de las últimas noticias, de lo que pasaba en el trabajo de Clyde y, finalmente, la conversación giró hacia su nieta, Hallie.

—El otro día ella salió al patio de atrás después de la escuela —dijo Clara—. Yo estaba haciendo la cosa más poderosa que puedo hacer.

—Estabas orando.

—Será mejor que lo creas. Oigo que la gente dice: “Bueno, lo único que podemos hacer ahora es orar”. Eso es lo mejor que puedes hacer. Por lo que yo estaba orando, sentada a la ventana, y en eso apareció Hallie, caminando por el patio de atrás. Ella no me vio. Mantuvo su espalda hacia mí. Pero yo he estado orando durante toda una bendita semana para que ella llegue a mi puerta, que simplemente pase por ahí sin que yo se lo pidiera otra vez, y allí estaba.

Clyde se detuvo en un semáforo y se volteó hacia ella.

—¿Y saliste a hablar con ella?

Ella movió un dedo.

—No, señor. No picoteé la ventana. No grité desde la puerta. Solo esperé. Y oré.

—¿Y qué pasó?

Alguien tocó la bocina detrás de ellos cuando la luz se puso verde.

—Ella caminó por allí un poco, como si esperara que yo hiciera algo. Y como no hice nada, ella llegó a la ventana y miró hacia adentro, como si estuviera preocupada por mí. Yo la saludé con la mano y señalé a la puerta. Y ella finalmente entró.

—Habrías sido una buena pescadora.

Clara se rió.

—Tal vez es la edad y la experiencia lo que me hace tan paciente. Que estuviera sentada allí y esperando hizo que la idea de entrar fuera de ella.

—¿Tuvieron una buena plática?

—Yo diría que tuvimos un buen inicio de conversación. Puedes derribar una pared con una niveladora, pero generalmente es mejor ir ladrillo por ladrillo.

—Me alegra que vivas con nosotros, Mamá, de veras que me alegra.

Clara señaló hacia el gimnasio, aunque el GPS de Clyde le anunciaba dónde girar. Él se estacionó al frente del edificio y le abrió la puerta.

—Llámame cuando haya terminado y vendré por ti, ¿de acuerdo?

Ella encontró a Elizabeth adentro y de lo primero que hablaron fue de lo que Tony había hecho por el hombre que lo había tratado tan cruelmente en el trabajo. Clara estaba a punto de explotar con un aléluya justo allí en el gimnasio. Unos minutos después encontró a Tony, que estaba haciendo ejercicios y preparándose, y le preguntó si tenía un minuto.

—Seguro, señora Clara —dijo Tony—. ¿Qué pasa?

—Elizabeth me contó lo de la llanta pinchada que usted cambió. Ahora bien, ¿de dónde sacó la fortaleza para hacer eso? Y no me refiero a la fortaleza física.

Tony sonrió.

—Pues, si quiere saber la verdad, he estado orando por Tom. Un amigo me animó a hacerlo, y luego me topé con el texto de Mateo de amar a los enemigos y orar por ellos. Con eso ya estaba todo listo y sólo faltaba hacerle el cambio de llanta.

Clara se rió y sacudió la cabeza.

—Ese es un buen texto. Pero es difícil.

Los ojos de Tony brillaban como estrellas.

—Sabe, cuando vi a Tom en ese estacionamiento, supe que no era solamente una casualidad que pasáramos por donde él estaba. Él le gritaba a alguien en el teléfono celular, probablemente iba tarde a una reunión, todo frustrado, acalorado y sudoroso.

—¿No puede cambiar su propia llanta ese hombre?

—Tom no es de los que cambian llantas, si sabe a lo que me refiero.

—Entonces, ¿cuando usted lo vio sabía que era el Señor el que le decía que hiciera algo?

Tony asintió con la cabeza.

—Una cosa es orar por su enemigo. Pedirle a Dios que se involucre en la vida de él y lo transforme. Es un buen comienzo. Pero es otra totalmente distinta cuando a uno se le da la oportunidad de llegar a ser la respuesta a su propia oración. Yo no podría haber organizado eso. Y no le dije a Tom por qué lo hacía. No le di el evangelio. No le prediqué un sermón. Solo cambié su llanta, le estreché la mano y seguí adelante.

—Es posible que no le haya predicado, pero le demostró el evangelio en acción. Usted le demostró lo que significa vivir con base a un corazón perdonado.

Tony sonrió.

—Creo que lo hice, ¿verdad?

—Dios lo hizo a través de usted. Y me encanta lo que Él está haciendo. Mi conjetura es que, en el camino, usted tendrá la oportunidad de hablar con ese hombre de la razón de la esperanza que usted tiene. Voy a orar para que eso ocurra.

—Entonces seremos dos, señora Clara. Le agradezco por todo lo que usted ha significado para nuestra familia.

Ella frunció sus labios.

—Usted no sabe lo que su familia ha significado para mí, joven. Ahora, vaya allá y dé unas volteretas para Jesús.

Tony regresó a su equipo y se preparó para la competencia. Clara alabó a Dios otra vez por la forma en que estaba obrando.

A medida que el gimnasio comenzaba a llenarse, ella encontró a Elizabeth.

—Mucha gente quiere hacer grandes cosas para Dios. Mucha gente quiere cambiar el mundo. Solo sacudo mi cabeza cuando oigo eso. Dios es el único que puede cambiar el mundo, porque Él es el único que puede cambiar los corazones y las mentes. Tony no salió corriendo para tratar de hacer algo bueno para Tom para demostrarle el amor y el perdón. Él oró y le pidió a Dios que hiciera algo en la vida de Tom. Y cuando tuvo la oportunidad, la aprovechó. Pero eso solamente ocurrió después de que se acercó al corazón de su Padre celestial. A veces, un milagro se ve como un cambio de llanta.

—Eso es lo que pasó conmigo —dijo Elizabeth—. Yo no hice nada para cambiar a Tony. Solamente me acerqué a Dios y le pedí que obrara.

Clara miró hacia los equipos y encontró a Danielle y a Tony.

—Esa niña suya probablemente hará lo mismo con usted.

—¿Qué cosa? —dijo Elizabeth.

—En algún momento del camino, ella hará que usted se ponga de rodillas. Todos los niños hacen eso con sus padres. Y cuando eso pase, recuerde lo que le dije. No piense que el problema con Danielle es algo que debe resolver. Esa es la manera de Dios de acercarla a Él y de ayudarla a confiar en Él, en lugar de en su propia sabiduría.

—Trataré de recordarlo —dijo Elizabeth, sonriendo. Entonces su rostro se puso serio—. Me preocupa su casa. He tenido gente que ha mostrado algún interés, pero...

Clara sacudió su cabeza.

—Dios va a traer a la familia apropiada. A su tiempo. No se preocupe.

Eso pareció tranquilizar a Elizabeth. Entonces ladeó su cabeza.

—Señora Clara, ¿se interesa Dios en los acontecimientos deportivos? Cuando oramos para que un equipo gane y alguien más ora por otro, ¿cómo se encarga de eso?

—Usted me pregunta acerca de la naturaleza de Dios. Y ese es un tema profundo. Hay algunas personas que no oran porque dicen que no quieren preocupar a Dios con cosas pequeñas. Por las llaves perdidas del auto. Por un lugar dónde estacionar. Algún partido que uno quiera ganar. Yo creo que

Dios se interesa por todo. Si Él cuenta los cabellos de su cabeza y ve cada gorrión que cae, se interesa en las cosas pequeñas. Porque las cosas pequeñas influyen en las cosas grandes.

»Cuando la gente dice que no va a orar por esto y aquello, en realidad le están diciendo a Dios que se mantenga alejado de esa área, que ellos pueden encargarse de las cosas. Y eso es peligroso. No digo que tenemos que ayunar y orar por diez semanas acerca de cuál pasta de dientes vamos a comprar, pero al mismo tiempo, Dios está igual de interesado en velar sobre el cáncer y sobre las caries.

»Ahora bien, yo no creo que Dios esté más interesado en quién gana, de lo que está en quién crece. Dios quiere atraernos a Él en las victorias y en las derrotas. Él usa nuestras capacidades e incapacidades para alabarlo. Así que un jugador puede lograr un buen partido y después alabar a Dios en la entrevista. Pero otro jugador puede ser humillado al ser derrotado en ese mismo partido. ¿Es él menos capaz de alabar a Dios? Su alabanza en las circunstancias difíciles de alguna manera es mejor porque está confiando en Dios.

—Entonces, ¿no está mal orar para que gane el equipo de Danielle?

—No, yo estaba orando por eso cuando venía para acá. Pero también oré para que Dios siguiera obrando en el corazón de Tony y en la familia suya, para unirlos. Esa es una verdadera victoria con doble cuerda, si me pide mi opinión.

CAPÍTULO 19



Cuando Tony entró al gimnasio con su familia y las otras miembros de su equipo, el lugar lo había dejado sin aliento. Él sabía que los organizadores prepararían bien las cosas, pero no había esperado esto. Había graderíos en los cuatro lados, con un espacio en medio para la competencia. Un rótulo en lo alto decía: *Campeonato de Salto con Doble Cuerda de la Ciudad*.

—Este lugar es enorme —dijo Jennifer.

Los ojos de Danielle se abrieron con asombro.

—¡Vaya! —fue todo lo que pudo decir.

—Por eso es que quería que llegáramos un poco temprano —le dijo Tony a Elizabeth antes de que ella se dirigiera al graderío—. Para darles tiempo de sentirse cómodas con el ambiente.

—¿Todavía vas a hacer la voltereta? —dijo ella en voz baja.

—Cariño, no te preocupes por la voltereta.

Tony se estiró y ayudó al equipo a hacer lo mismo. La señora Clara se acercó y habló con él; los ojos de Tony se humedecieron cuando ella se retiró, lanzando sus brazos a los lados y sacudiéndolos como si estuviera haciendo un zapateo de alegría. Tal vez lo estaba haciendo. Ella tenía una buena razón para estar contenta.

Trish los llamó a todos a una esquina del gimnasio para unas palabras de último minuto. Mientras hablaba, Tony se acercó a los jueces para ver en qué orden competirían los equipos. Luego se apresuró a regresar al grupo.

—Estoy muy orgullosa por todo lo que han hecho, y estoy ansiosa por ver lo que harán allá afuera —dijo Trish. Luego se volteó—. ¿Quiere decirles algo, Tony?

—Sí, gracias, entrenadora. Oigan, acabo de hablar con los jueces. Ellos han acordado que pasemos al último.

—¡Sí! —dijo Danielle, incapaz de contener su emoción.

—¿Recuerdan lo que hablamos? —continuó Tony—. Queremos ser lo último que ellos vean para ser impresionantes. ¿Verdad? Yo sé que ustedes están nerviosas. Créanme, yo también estoy nervioso. Pero vamos a tomar esa energía nerviosa y la convertiremos en combustible de cohete. ¿De acuerdo? ¿Están conmigo?

Todas las niñas asintieron con la cabeza y estuvieron de acuerdo.

Él puso su mano en el medio y ellas pusieron sus manos encima de la de él.

—Está bien, vamos a dejarlos sin aliento. «Cometas» a la cuenta de tres. Uno... dos... tres: ¡Cometas!



Elizabeth se sentó junto a Clara en el gimnasio, que estaba repleto. Ella le había llevado a su amiga una camiseta oficial de los Cometas y la señora se la puso sobre su blusa de cuello verde. No había ni un gramo de orgullo en Clara, y era divertido verla en acción con un grupo de extraños. Ella hablaba con la gente que no conocía como si hubieran sido sus amigos durante mucho tiempo. Hacía preguntas sobre los chicos que saltaban y, de hecho, encontró tres personas a quienes agregaría a su lista de oración antes de que comenzara la competencia. Esa era la vida de una guerrera de oración, siempre de turno, siempre dispuesta a entrar a la batalla.

—¿Entonces tienen dos cuerdas en acción al mismo tiempo? —dijo Clara.

—Dos cuerdas que van en direcciones opuestas —dijo Elizabeth.

Clara observó a los equipos calentando y sacudió su cabeza.

—¡Vaya! Eso sí que es una gran coordinación de manos y ojos.

Los familiares de los equipos se movían nerviosamente en el pasillo y en los graderíos, hablando del clima. Elizabeth oyó a una madre que hablaba de una hija que se había torcido el tobillo y que de todas formas competiría.

Elizabeth no estaba segura de cómo reaccionaría Clara a la competencia, si se sentaría y observaría o si en realidad se metería de lleno a la experiencia, pero todas sus nociones preconcebidas de lo recatada y decorosa que fuera la

señora desaparecieron cuando anunciaron a los equipos. Permaneció sentada hasta que presentaron a los Cometas, entonces se puso de pie y gritó en apoyo de Danielle, Tony y el resto.

—Me gusta apoyar a mi equipo cuando puedo —dijo, observando la boca abierta de Elizabeth—. Pablo dice que todo lo que se haga sea hecho con todo el corazón, por lo que no me importa de qué se trate, sea pelar frijoles, lavar platos o apoyar a mi equipo favorito de salto con doble cuerda. Trato de estar totalmente metida en ello.

Elizabeth sacudió la cabeza y le agradeció a Dios por llevar esa fuerza de la naturaleza a su vida.

«Sí, sí, sí —dijo el anunciante—. ¿Quién está listo para el Campeonato de Salto con Doble Cuerda de la Ciudad?».

La multitud rugió, y Clara se puso de pie y aplaudió.

El anunciante repasó las reglas para los que eran nuevos en la competencia y dio instrucciones a los participantes. Luego llegó la hora de comenzar.

«Nuestros equipos ya están animados y listos para iniciar. Vamos a comenzar con la ronda de velocidad. ¡Aquí vamos!».

—Entonces la vuelta de velocidad es donde ellos solo se ponen allí y saltan como locos, ¿verdad? —dijo Clara.

—Sí. El equipo pone a sus saltadores más rápidos en medio, les toman el tiempo y les dan puntos. Después de eso está el estilo libre, donde hacen todos los movimientos creativos.

—¿Y Tony va a hacer una voltereta?

—¿Cómo se enteró de eso?

—Danielle me dijo que lo esperara.

Tres equipos competían al mismo tiempo, y un oficial mantenía el récord de cuántos saltos se completaban en el tiempo asignado. Elizabeth estaba sorprendida por el movimiento fluido de los competidores y cómo los saltadores y los que giraban las cuerdas trabajaban de manera conjunta. Era fácil enfocarse solo en las niñas y los niños que saltaban y olvidarse de los dos competidores que les giraban las cuerdas. Todos tenían que estar enfocados y sincronizados en la acción.

—¡Mire eso! —dijo Clara—. No puedo creer lo rápido que van. Es como si solamente estuvieran moviendo sus manos, ya ni siquiera puedo ver la cuerda. ¿Cómo pueden los árbitros, o como sea que los llamen, contar cuántos saltos dan?

Clara tenía razón. A medida que los participantes saltaban, parecía que entraban a una zona y podían trabajar juntos como una persona, en lugar de tres. Elizabeth comparó la velocidad de un par de equipos con la de los Cometas. El oficial tenía un contador que presionaba con cada salto, y mientras ella observaba, llegó a la conclusión de que los Cometas no habían llegado tan alto en esta vuelta como algunos de los otros equipos. Tendrían que superar eso en la ronda de estilo libre.

«¡Tiempo!», gritó un oficial.

Con sus palmas sudorosas, Elizabeth miró a Clara.

—Creo que estoy demasiado nerviosa como para mirar.

Clara hizo su cabeza para atrás y se rió.

—¡Usted sabe que ahora es un público cautivo! ¡Vamos, Cometas!

Demasiados deportes segregaban a los hombres y a las mujeres, pero la competencia de salto con doble cuerda los unía. Había más niñas que niños, pero no muchas más. El ruido de las cuerdas que giraban y los pies que golpeaban la madera se mezclaba con las palabras de aliento de la multitud y de los compañeros de equipo.

—No entiendo cómo funcionan los puntajes de esta ronda y la próxima —dijo Clara.

—Es como el patinaje artístico —dijo Elizabeth—. La ronda de velocidad es como la ronda técnica, donde los patinadores hacen saltos específicos. El estilo libre es como el programa largo. Los equipos tratan de impresionar a los jueces con puntos de estilo.

—Entonces, después de la ronda de velocidad todo depende de los jueces y de su decisión —dijo Clara.

—Exactamente. Tony dijo que estaba muy contento porque iban a pasar últimos para dejarle a los jueces una impresión final.

—Ajá —dijo Clara.

Cuando la competencia de velocidad terminó, hubo un corto descanso. Danielle se acercó, sin aliento y sudando.

Clara le dio un gran abrazo.

—¡Yo te vi allá, saltando tan rápido como podías! ¿Qué te pareció?

—¡Es divertido! —dijo Danielle—. Aunque todavía estoy un poco nerviosa por el estilo libre.

—Tú y tus entrenadores se han preparado bien, puedo notarlo. Y yo estaré orando por ti.

—Eso parece una ventaja injusta —dijo Elizabeth sonriendo.

Clara se rió.

—Podría serlo, pero estoy bien con eso.

El anunciador llamó a los equipos de regreso al piso y los siete jueces tomaron sus puestos en la mesa de calificación.

Elizabeth abrazó a Tony antes de que él se uniera otra vez al equipo.

—¿Te va a ayudar Dios con esa voltereta?

—Tú solo observa —dijo Tony.



Tony se reunió con sus compañeros de equipo mientras veían que el primer equipo se dirigía al centro de la cancha. El anunciador dijo:

«Está bien, las puntuaciones de velocidad se sumarán a las puntuaciones del estilo libre. Entonces, comencemos la competencia de estilo libre. Los que irán primero son los Saltadores de la Luna».

La multitud enloqueció con el equipo amarillo. Tenían unos movimientos bastante impresionantes y Tony pudo ver que Danielle y las demás observaban con inquietud. Él las llamó mientras presentaban a los Potros.

—Puedo ver que ustedes se están comparando. Están viéndolos hacer esa parada de manos y observando su velocidad, ¿verdad?

—No somos tan buenas como ellos —dijo Jennifer.

—Tampoco somos tan rápidas —dijo Danielle.

—¿Vieron lo que hizo aquella niña? —dijo Joy.

—Oigan, somos los Cometas —dijo Tony—. ¿Y qué hacen los cometas? Ellos se elevan y pasan disparados junto a la tierra y dejan a todos con la boca abierta, ¿verdad? Bueno, eso es lo que vamos a hacer. Esos equipos son buenos, y son rápidos. Ustedes disfruten ver lo que ellos hacen, pero concéntrense en su propia rutina. Dejen la comparación a los jueces, ¿de acuerdo?

Trish también las animó un poco y el equipo pareció estar un poco más tranquilo.

Tony apartó a un lado a Trish.

—Me pregunto si debíamos haber pedido ir primeros en lugar de últimos. Esto me está matando.

Trish sonrió y sacudió su cabeza.

—¡Ustedes van a estar geniales!

Los Tigres pasaron después y uno de los competidores intentó hacer un salto mortal hacia atrás, pero no lo logró. Tony vio que los jueces escribieron algo en sus tarjetas de puntaje. Si ellos lograran una rutina perfecta, ¿debería intentar la voltereta? Le entró un poco de duda. ¿Iba a hacer la voltereta por su propio ego? La competencia se trataba del equipo, no de su capacidad personal.

Estás tratando de exhibirte, dijo la voz en su cabeza. Solo estás tratando de atraer la atención a ti mismo. Esto no se trata de ti. Se trata de las niñas.

Tony se sacudió la voz y se dijo la verdad. Él no iba a permitir que nada lo detuviera. Él había sido creado para estar allí con su familia, para ser lo mejor que podía ser, y él iba a hacerlo por su hija, por su esposa y por su equipo.

Cuando uno de los equipos hizo una movida de *break-dance*, en la que los dos saltadores se quedaron totalmente planos en el suelo del gimnasio, y luego saltaron desde esa posición, él no pudo evitar sacudir la cabeza de la admiración. Él nunca había pensado que alguien pudiera hacer algo así, y por la forma en que los jueces miraron sus tarjetas de puntuación, sabía que ellos habían bateado un jonrón. Con cada equipo, los trucos y los movimientos parecían volverse más complicados. Los Ángeles Veloces tenían cuatro chicos que hacían unas piruetas, giros y saltos increíbles. Fallaron en un salto

crítico, pero la actuación dejó a la multitud, y se supone a los jueces, asombrados. Tony vio que un juez se volteó hacia otro y dijo: «¡vaya!». Comenzó a preguntarse si su equipo tenía algún «vaya» en su rutina.

La tensión se acumulaba mientras se acercaba su turno. Tony reunió a las chicas para darles un discurso motivador final.

—Está bien. Dejémoslo todo en la cancha, ¿de acuerdo? ¡Salgamos y demostrémosles lo que podemos hacer!

«Y ahora, para el equipo final de nuestra competencia de estilo libre, ¡aplaudamos a los Cometas!», dijo el anunciador.

La multitud echó porras y los Cometas tomaron sus lugares. Tony miró a Elizabeth, y ella le sonrió nerviosamente. Él se paró detrás de las demás, justo al borde del piso y cerró sus ojos. *Señor, te entrego esta actuación y te agradezco por la energía, por los amigos que están aquí y por mi familia.*

La música comenzó, las cuerdas comenzaron a girar y Tony respiró profundamente. Él vio su señal y salió corriendo. Lo que pasó en los siguientes minutos fue pura magia. Él dio una vuelta de carnero para entrar en las cuerdas, hizo un alto y arqueado salto mortal hacia atrás y cayó bien parado, saltando inmediatamente a tiempo con las cuerdas que giraban.

La multitud enloqueció y Tony se llenó de esa energía. Él no podía oír voces individuales, pero escuchó un rugido en su cabeza y mantuvo un ritmo interno mientras sus compañeros de equipo se preparaban.

Luego, Jennifer saltó dentro y tomó su lugar, e hizo unos movimientos sorprendentes dentro de las cuerdas. Entonces Tony saltó en medio y Danielle se unió a él. Saltaron con una pierna, luego con la otra y se tocaban los pies en el aire, un movimiento increíblemente difícil que habían practicado en la entrada de la casa por horas. Danielle salió y Tony volvió a quedarse solo, e hizo un salto mortal hacia atrás que hizo que la gente se pusiera de pie.



Elizabeth había visto practicar al equipo, había visto a Tony y a Danielle en la entrada y en el garaje cuando llovía, pero no estaba preparada para la escena que se estaba llevando a cabo frente a ella. Era como si todo el trabajo de ellos, todo el dolor, el sudor y el nerviosismo se combinaran en una actuación sorprendente.

El pináculo para ella fue cuando Tony levantó a Danielle, la giró por detrás de su espalda, siguió saltando y Jennifer se le unió en medio. Al final, las cuerdas cayeron en el tiempo perfecto del cierre de la música y se quedaron parados ante un aplauso salvaje.

—¡Eso estuvo bien! —gritó Clara por encima del estrépito—. ¡Eso fue realmente bueno!

Elizabeth no podía contener la emoción. Era simplemente una pieza más de evidencia de que Dios estaba obrando en la vida de Tony y en su familia. Ella sabía que habría algunos caminos difíciles por delante, pero ella quería embotellar ese sentimiento y mantenerlo por ahí para derramarlo de vez en cuando.

Tony agarró a Danielle y la hizo dar vueltas en la cancha como si estuvieran haciendo un baile de victoria. No faltaba tanto para que Danielle caminara por un pasillo con él, para continuar con su vida. Elizabeth podía verlo todo pasar de prisa ante sus ojos. Ella no quería perderse nada de su familia. Ni un momento.

Tony puso a Danielle sobre sus hombros y ella no podía contener su sonrisa.

—¡Este es mi papá! —gritó ella—. ¡Este es mi papá!

Sí, lo es, pensó Elizabeth. Ese es tu papá.

Ella miró a Clara, que estaba captando todas las vistas y los sonidos.

—¿Qué le pareció?

Clara le sonrió ampliamente.

—Creo que el próximo año usted y yo deberíamos estar en el equipo.



Tony escuchó al anunciador dar los detalles de las puntuaciones y se paró con su equipo cuando se anunciaba al ganador del tercer lugar. Su corazón se desanimó un poco cuando vio que no eran los Cometas. No había forma de que pudieran haber obtenido más puntos que los demás.

«¡Y en segundo lugar, los Cometas!», dijo el anunciador.

Danielle se volteó hacia él con los ojos muy abiertos y ellos flotaron al centro del piso juntos. Tomaron su lugar como equipo y aceptaron el trofeo con un aplauso desenfrenado.

—Chicos, estuvieron asombrosos allí en el piso —dijo Trish por encima del ruido.

Cada miembro recibió una medalla y tomó su turno para sostener el trofeo, que se quedaría en el centro comunitario cerca de casa. Los padres tomaron tantas fotos que Tony pensó que sonreír debía ser un deporte olímpico. Elizabeth bajó y ellos se tomaron una foto familiar.

—Señora Clara, póngase allí —dijo Danielle.

—Yo no soy parte de ustedes —protestó ella.

Tony la alcanzó con el brazo.

—Usted pertenece aquí tanto como nosotros.

Tony tenía muchas fotos de eventos deportivos a lo largo de los años. Memorables partidos de fútbol y fotos tomadas con celebridades. Ninguna de ellas se comparaba a los sentimientos que tenía por la foto con su familia y Clara. Él iba a mantener esa foto en su escritorio en el trabajo por mucho tiempo. Entonces se acordó de que no tenía trabajo. Determinó que enmarcaría la foto por fe, creyendo que Dios le iba a proveer una oficina.

En el camino a casa, Tony le preguntó a Elizabeth si Clara había llegado bien a su casa.

—Nosotros podríamos haberla llevado.

—Ella llamó a su hijo para que la recogiera y se fue cuando estábamos tomando las fotos —dijo Elizabeth—. Yo esperaba conocer a Clyde, he oído mucho de él.

—Estoy seguro de que lo conocerás —dijo Tony.

—Oigan, ¿qué les parece un poco de música para celebrar? —dijo Danielle desde el asiento de atrás.

—Tengo precisamente algo apropiado —dijo Tony.

Puso una canción y los tres bailaron con el ritmo, moviéndose de un lado al otro con perfecta sincronización, sonriendo y riéndose.

El teléfono celular de Elizabeth sonó y ella le tocó en el hombro a Tony.

—Oigan, esperen, chicos. Este podría ser un comprador —ella le hizo una mueca divertida—. Es hora de mi voz profesional.

Por lo que Tony pudo oír, era alguien llamado Reverendo Jones, que quería ver una casa el lunes en la mañana. Precisamente cuando la vida laboral de Tony se había derrumbado, el trabajo de Elizabeth había remontado. En lugar de verlo como una amenaza o de sentirse mal por no proveer, él le dio gracias a Dios porque Elizabeth podía ayudar a contrarrestar la baja en los ingresos.

—Tengo a alguien que está considerando la casa de la señora Clara —dijo Elizabeth cuando terminó su conversación.

—Asombroso, cariño. Deberías llamar a la señora Clara ahora mismo y decírselo.

—No, todavía no quiero crearle esperanzas. Solamente quiero ver cómo va a seguir esto.

—¿Puedo ir contigo? —dijo Danielle desde el asiento de atrás.

—¿De veras quieres hacerlo? —dijo Elizabeth.

—Nunca me toca ir al trabajo contigo.

—Pues, está bien —dijo Elizabeth, sonriendo.

Cuando el automóvil se quedó en silencio, Tony miró por el retrovisor.

—Oye, Danielle, ¿te parece bien el segundo lugar?

Su rostro estaba tan brillante como el de un ángel.

—Me siento como si hubiéramos ganado el primer lugar porque me gusta que estemos juntos.

Tony sonrió y miró a su esposa. Danielle lo había dicho perfectamente. Estaban juntos. Había requerido mucho trabajo, muchas lágrimas, muchos cambios en la forma en que había vivido, y mucho saltar la cuerda, pero ellos estaban juntos.

Tony siempre había medido el éxito por la cantidad de dinero que ganaba o por lo rápido que podía correr comparado con todos los demás. Él siempre había medido el éxito con números o por el poder aplastar a un oponente y salir vencedor. Por primera vez en su vida sentía como si el estar juntos fuera mejor que cualquier otro sentimiento en la tierra. El éxito no se trataba de números, porque esos números podían quitárselos. Y el hecho de que él era parte del equipo y de que iban hacia delante, lado a lado, era mejor que cualquier cantidad de dinero, que cualquier medalla, trofeo o cualquier alabanza que hubiera recibido jamás.

El éxito no se trataba de algo que alguien pudiera darle a uno o que uno pudiera ganar. Se trataba de permitirle a Dios obrar en y a través de la vida de uno. Y eso significaba que las cosas buenas y las malas podían ser usadas para Su gloria.

Tony encendió la música y los tres bailaron y cantaron el resto del camino a casa. Juntos.

La señora Clara



Clara se estacionó en el cementerio e hizo la larga caminata a la tumba de Leo. Pensó en el pastor que había dicho: «Mucha gente no ora porque no creen que eso funcione. Pero, desafortunadamente, no funciona porque en realidad no oramos». Ella sabía que él tenía razón. Y siempre le sorprendía lo que aprendía sobre la sabiduría y el conocimiento cuando pasaba tiempo en oración.

«Leo, el Señor se está moviendo, en las vidas de Elizabeth y de Tony, y en la de Hallie. Quisiera que hubieras oído lo que ella me dijo el otro día, acerca de lo guapo que te veías en tu uniforme. Ella tiene razón, eras guapo».

Pasó su mano por la piedra suave y pensó en su vida espiritual y en cómo ella nunca había llegado a un destino. Tan pronto como se sentía cómoda en un lugar, el Señor la sacudía y la había acercado más. Eso era, sin duda, para hacerla más semejante a Jesús y para conformarla a Su imagen. Y lo que ahora tenía frente a ella y que la sacudía era la venta de su hogar.

«Leo, una vez que decidí mudarme le pedí a Dios que hiciera que la transición fuera sin dificultades. Ahora Elizabeth ha estado preocupada y yo le dije que Dios iba a arreglar las cosas, pero admito que estoy un poco desanimada. Aunque me doy cuenta de que Dios trajo a Elizabeth a mi vida a través de toda esta experiencia. Se lo he agradecido. Pero no entiendo por qué nadie parece pensar que nuestra casa vale la inversión. Hemos cuidado bien el lugar. Elizabeth dice que tiene un atractivo de acera, sea lo que sea eso. Todavía tengo a la “Vieja Gloria” de Estados Unidos flameando en el porche del frente; estarías orgulloso de esa bandera.

»Ahora en los últimos días como que he cambiado mi oración. Yo le pedía a Dios que llevara a la gente apropiada. Pero ahora le pido a Dios que lleve a alguien allí para que Él pueda bendecirlo.

»El otro día leía el Salmo ochenta y siete, mirando distintas traducciones de lo mismo, y justo al final leí: “En Ti están todas mis fuentes de gozo”. Comencé a meditar en eso. Ahora bien, el escritor de eso hablaba de Sión, de la ciudad de Dios. Pero no creo que haga mucho daño si digo que Dios mismo es nuestra fuente de gozo. Sabes cuántas veces he leído la Biblia de tapa a tapa. Y creo que no hay alegría duradera fuera de la bondad de Dios. Pero cuando leí ese versículo, vi algo distinto. Estaba tan enfocada en mi casa, en venderla y en ayudar a Elizabeth y a su familia con la comisión que ella obtendría, que olvidé orar por la *gente* nueva que habitaría mi hogar.

»Entonces allí mismo le dije a Dios que Él era mi gozo, que Él era mi esperanza, que Él era mi herencia, y que yo quería esperar en Él y Su tiempo. Y entonces me puse a orar por la familia que llegaría un día a ver la casa. Oré: “Señor, quiero que haya una luz en este vecindario que entre y viva aquí. Te pido que traigas a algún creyente a este hogar, Señor. Te pido por alguien que tenga fuego en el alma por Ti. ¿Podrías atraer aquí a un creyente lleno de Tu Espíritu para que puedas bendecirlo con este hogar?”

»Comencé a orar por esa familia como un padre oraría por un hombre piadoso para su hija. Y le di a conocer algunos detalles a Él. Ya sabes que creo que a Dios le encanta responder a oraciones específicas, no las que son vagas. Por eso pedí que las personas que llegaran fueran piadosas y fuertes en el Señor. Oré para que hubiera alguna clase de conexión militar, que llegaran a vivir allí personas que tuvieran amor por los hombres y las mujeres que sirven a nuestro país. Le pedí que esas personas tuvieran hijos pequeños o nietos que pudieran disfrutar el gran patio de atrás que ha estado esperando que vengan niños a disfrutarlo. Y le pedí a Dios que los llevara esta semana, si esa era Su voluntad, y que la vieran y se enamoraran de ella, así como lo hice yo.

»Leo, a veces me levanto de mi tiempo de oración y tengo esa sensación cálida como si Dios estuviera sonriendo, como si a Él le gustara aún más que a mí el tiempo que pasamos juntos. Otras veces no tengo sensación alguna y solo creo por fe que Dios escuchó cada palabra que oré y que Él me está

guiando y dirigiendo. Pero ese día, ayer, tuve la sensación de que me había abierto paso... o que Él había abierto paso hacia mí. Y ahora, el trabajo depende de Él, y a mí me toca esperar en Él.

CAPÍTULO 20



Elizabeth nunca había llevado a Danielle a la exhibición de una casa y sabía que no era una práctica común ni «profesional». Pero ya que el cliente era un pastor, sintió que el hombre lo entendería. Le dio instrucciones a su hija en cuanto a qué hacer y qué no hacer cuando caminara por la casa: «Solo siéntate en silencio en la sala de la señora Clara, mientras hago el recorrido con ellos».

El lunes en la mañana Danielle se levantó temprano, desayunó, se duchó, se vistió y tenía listo su cabello a las 8:00. Elizabeth se detuvo en la oficina antes de ir al encuentro con su cliente, y Danielle platicó con Mandy y con Lisa.

—¿Cómo estuvo la competencia de salto con doble cuerda? —dijo Mandy.

—Ganamos el segundo lugar —dijo Danielle—. Y tendrían que haber visto a mi papá. Hizo saltos mortales y me dio vueltas sobre su espalda.

Mandy aplaudió.

—Me habría gustado estar allí —y miró a Elizabeth—. ¿Parece que las cosas con Tony han mejorado?

—Mejor que mejor —dijo Elizabeth con una sonrisa.

Generalmente, a Elizabeth le gustaba llevar al cliente en su automóvil y de una exhibición a otra, pero ya que el reverendo solo quería ver una casa, se reunieron en la casa de Clara. Él conducía un automóvil más viejo, que ella supuso tenía muchos kilómetros recorridos, dado el desgaste de las llantas. Él se estacionó algo cerca de una boca de incendios, pero ella decidió no decir nada.

Ella calculó que el reverendo Jones tenía sesenta y tantos años y que su esposa también. Era bonita y saludó afectuosamente a Elizabeth. Hizo todo un alboroto con Danielle, y el reverendo Jones se inclinó sobre una rodilla y

le habló, haciéndole preguntas sobre la escuela. Tuvo que oír todo lo de la competencia de salto con doble cuerda.

—Yo tengo una nieta como de tu edad —dijo él—. Tendremos que ponerla en ese asunto tuyo de salto con doble cuerda.

—¡Tal vez pueda estar en mi equipo! —dijo Danielle.

El reverendo Jones caminó por la acera y miró por encima de la cerca.

—Este patio de atrás sería un excelente lugar para los nietos. Podríamos hacer un *picnic* todos los domingos por la tarde.

Entraron a la casa, y Danielle saltó adelante de ellos y corrió hacia la escalera. Elizabeth la miró y ella obedientemente se fue a la sala y se sentó.

—¿Cómo se enteraron de la casa? —dijo Elizabeth.

La señora Jones mostró una mirada traviesa y miró a su esposo.

—Él estaba haciendo uno de sus paseos de oración en auto.

—¿Paseos de oración?

—Yo hablo con el Señor mientras conduzco por algún vecindario. Oro por la gente que conocemos, por las necesidades que hay en todas partes. Y ya que estábamos buscando un lugar para mudarnos, pensé que simplemente pasaría por algunas áreas para ver si algo sobresalía para nosotros. La bandera de afuera fue lo primero que vi.

—Bueno, permítanme mostrárselas. ¿Les gustaría comenzar aquí abajo, ir arriba?

—Adelante, la seguiremos —dijo el reverendo Jones.

—Esta es una propiedad única —dijo Elizabeth—. Fue construida en 1905 pero ha sido renovada varias veces. La viuda que se acaba de mudar vivió aquí cincuenta años. Y permítanme decirles, ella es una dama asombrosa.

—Ya no se ve esta clase de trabajo en madera —dijo el reverendo Jones, caminando por la entrada. Pasó la mano por el pasamanos de madera, admiró la artesanía y después levantó la vista—. Ahora, justo allí se ve como que hicieron algún trabajo. Alguna clase de parches en el techo.

Elizabeth sonrió.

—Mi cliente tiene un hijo que era un tanto inquieto, evidentemente. Nunca averigüé qué pasó, pero Clyde fue el que hizo el agujero y ellos tuvieron que repararlo. Puede dársele un nuevo acabado, por supuesto, si es un problema.

—Nosotros tenemos un hijo que fue así —dijo la señora Jones riéndose—. Fue hecho para destrozar las cosas, creo. Qué bueno que se fue a la milicia. Ahora ese es su trabajo de tiempo completo.

—¿Dónde está destacado?

—En Afganistán —dijo orgullosamente el reverendo Jones—. Oramos por él todos los días.

—El esposo de la dueña de la casa también estuvo en la milicia.

—Me lo pregunté cuando vi la bandera al frente —dijo el hombre—. Mi hijo está en el ejército, por lo que definitivamente llamó nuestra atención.

—Pues, permítanme que los lleve arriba —dijo Elizabeth.

Ella y la señora Jones caminaron adelante mientras el reverendo lentamente captaba todo. Elizabeth sabía que una de las buenas señales de cualquier comprador de casa era cuando empezaban a imaginarse a sí mismos en la casa, dónde irían sus pertenencias y quién dormiría dónde. Ella quería darles tanta información como necesitaran sin sobrecargarlos. Solo los dejó caminar tranquilos y sentir la casa.

—Me encantan estas casas antiguas —dijo la señora Jones—. Tienen tanto carácter.

—Oh, estoy de acuerdo. Les enseñaré la habitación principal.

Entraron al cuarto y el reverendo Jones se quedó callado, pensando, mirando a su alrededor. Elizabeth se preguntaba si él era así de tranquilo en el púlpito.

Ella llevó a la señora Jones al baño.

—Bueno, el baño principal fue renovado recientemente, pero ella mantuvo la bañera original. Y toda la cerámica es nueva. Ya sabe, creo que lo mejor de todo es el piso de madera dura original.

—Me encantan los pisos de madera dura —dijo la señora Jones.

—Y, ¿sabe? lo que también es bueno es que el vecindario es maduro y establecido, por eso tiene esa sensación de tranquilidad.

Elizabeth volteó hacia atrás para ver al reverendo Jones en el clóset de Clara. Ya no estaban los papeles en las paredes. La pequeña ventana daba al patio de atrás, pero él no parecía interesado en la vista. A ella le pareció curioso que el hombre estuviera tan ocupado con el clóset. Ella había enseñado muchas casas, pero esto era la primera vez que ocurría.

—¿Cuánto tiempo han estado ustedes en el ministerio? —dijo Elizabeth.

—Charles pastoreó la misma iglesia por treinta y cinco años —dijo la señora Jones—. Nos encantaba, pero sabíamos que era hora de un cambio. Y queríamos estar cerca de nuestros hijos y nietos, para ayudar a orientarlos.

El reverendo Jones volvió a entrar al clóset. La señora Jones lo miró. Finalmente, ya no pudo soportarlo.

—Charles, ¿qué haces?

El hombre retrocedió del clóset como si hubiera estado en un lugar santísimo, luego se volteó a ellas y señaló detrás de él.

—Alguien ha estado orando en este clóset.

Elizabeth no les había dicho nada acerca del cuarto de guerra de Clara. Ella miró al hombre.

—Es cierto. Ese era su clóset de oración. ¿Cómo lo sabía?

El hombre lo pensó por un momento.

—Es casi como si las oraciones estuvieran incrustadas.

El reverendo Jones miró a su esposa y algo fue comunicado entre ellos dos. Algo que solo los años juntos y un matrimonio fuerte podía crear, ese vínculo que los ayudaba a conocer el corazón del otro. La señora Jones le sonrió y asintió con la cabeza. Ellos no comunicaban palabras, sino frases, párrafos, con esas miradas.

—Señora —dijo el reverendo Jones—, nos quedaremos con la casa.

Elizabeth miró a la señora Jones y las dos sonrieron. Ella nunca había tenido una situación como esa. Generalmente eran varios días de mostrar un hogar tras otro, luego de volver y verlo por una segunda o tercera vez hasta que una sobresalía. Esto era sin precedentes. En diez minutos desde que pasaron por la puerta del frente, ya estaban listos para hacer una oferta.

Ellos se pararon en el comedor de Clara, donde Elizabeth había derramado su corazón tan frecuentemente. Este salón tenía sus lágrimas incrustadas. Danielle entró y la señora Jones la abrazó.

—Vamos a comprar una casa de tu mamá —dijo la señora.

Danielle abrió bien los ojos.

—Pero, Mamá, tú dijiste que la gente nunca compra casas el primer día que las ve.

Elizabeth miró tímidamente a sus clientes.

—Pues, nunca había conocido a una pareja como esta.

Condujeron a la oficina de bienes raíces y la pareja firmó el contrato. Cuando terminaron, Elizabeth dijo que presentaría la oferta en persona y que les avisaría tan pronto como tuviera una respuesta.

El reverendo Jones tomó la mano de Elizabeth antes de irse.

—Puedo ver que esta cliente suya ha hecho una gran impresión en su vida.

—Más de lo que usted jamás sabrá —dijo Elizabeth.

Se apresuró a la casa del hijo de Clara para contarle a la señora la buena noticia. Un hombre que usaba lentes abrió la puerta.

—Pues, hola, pase adelante —dijo él con un acento lento—. Usted debe ser Elizabeth.

—Sí, gracias —dijo ella. Había algo familiar en su rostro, y no era solo las fotos que había visto en la repisa de la chimenea de Clara. Ella trató de unir los puntos pero le costó.

—Hola, señorita —le dijo el hombre a Danielle, sonriendo.

Entonces le hizo clic. Su voz. Había oído esa voz en un reporte noticioso durante las últimas semanas. Algo de la aprobación de un decreto en la ciudad y la controversia que había hecho surgir. Bandos opuestos del consejo de la ciudad habían sido unidos por el administrador de la ciudad...

—Usted es C. W. Williams —dijo Elizabeth—. Usted es el administrador de la ciudad.

Él asintió.

—Lo soy.

Las historias que Clara le había contado de su hijo, los problemas en los que había estado, las formas en que la había amargado y enviado a estar de rodillas, lo recordó todo.

—¿Usted es Clyde? —dijo ella con incredulidad.

Él se rió.

—Yo soy Clyde.

—Me está tomando el pelo.

Detrás de ella llegó una voz familiar.

—¡Hola, Elizabeth! —Clara caminó desde la cocina a la entrada con la mirada de una reina—. ¡Hola, Danielle!

—Qué bueno conocerla —dijo Clyde—. Dejaré que se pongan al día.

Elizabeth le estrechó la mano a Clyde y luego caminó hacia su amiga.

—Usted nunca me dijo que su hijo era el administrador de la ciudad.

—¿No te lo dije?

Elizabeth sacudió la cabeza.

—Mi hijo es el administrador de la ciudad —dijo Clara de una manera directa y franca.

Elizabeth no pudo contener la risa. Clara estaba llena de sorpresas y Elizabeth se preguntaba cuándo llegaría al final de ellas.

—Está bien, tengo una buena noticia para usted —dijo ella.

Clara levantó una mano para detenerla. Cerró sus ojos y pensó.

—Apuesto que va a decirme... —Abrió los ojos y miró el techo como si estuviera leyendo un libreto en el cielo—. Que un pastor jubilado de Texas y su esposa quieren comprar mi casa.

Tenía un resplandor en sus ojos cuando volvió a mirar a Elizabeth.

—Pues mire, —dijo Elizabeth—, esa es la clase de relación con Dios que yo quiero. Quiero que Él me hable así. ¿Qué le dijo?

—Pues, en realidad, fue su hija. Ella me envió un mensaje de texto a mi nuevo teléfono inteligente cuando venían para acá.

Elizabeth le lanzó una mirada a Danielle.

—No te enojas, Mamá. No le envió mensajes de texto a casi nadie.

—Y esta cosa es tan útil —dijo Clara, y levantó su teléfono celular—. Ya descargué una aplicación de oración y un par de canciones de *gospel*.

Elizabeth sacudió la cabeza. Ella le mostró a Clara los papeles de la oferta, pero lo único que ella quería saber era quién era el pastor y por qué les había gustado su casa. Cuando ella supo que el hijo del hombre estaba sirviendo en el ejército, Clara empuñó la mano y lo sacudió como si acabara de saber las mejores noticias del mundo.

—Hablaron de hacer *picnics* en el patio de atrás y de orientar a sus nietos en esa casa —dijo Elizabeth.

Clara cerró sus ojos.

—Dios es simplemente asombroso. Yo había orado por algunas cosas específicas y Él hizo aún más de lo que podía imaginar.

Elizabeth se fue a la sala mientras Clara terminaba de hacer café. Pasó por donde estaba una placa en la pared que decía:

*Que el Señor te bendiga y te proteja. Que el Señor sonría sobre ti.
No hay duda de que Él ha hecho eso,* pensó Elizabeth.

La hija de Clyde era un par de años mayor que Danielle. Él abrió el congelador y sacó dos paletas de helado y las desenvolvió. Las niñas se dirigieron al patio de atrás, riéndose.

Luego, Clara caminó lentamente hacia Elizabeth, haciendo equilibrio con las dos tazas humeantes como si fueran una ofrenda.

—Aquí vamos. Dos tazas de café *caliente*.

—Pues si está caliente, entonces yo me lo tomo —dijo Elizabeth.

Clara puso las dos tazas en una mesa de esquina y se acomodó en su silla. Había algo en sus ojos, algo en su corazón que estaba listo para salir. O tal vez era tristeza por la conclusión de un capítulo de su relación.

—Entonces, todavía vamos a reunirnos para nuestras pequeñas pláticas, ¿verdad? —dijo Elizabeth, para tranquilizar a la señora y a sí misma.

—Ah sí. Pero no podremos ser solamente las dos.

—¿Qué quiere decir?

—Oh, usted necesita encontrar una joven en quien invertir. Y yo haré lo mismo. Todos necesitamos ayuda de vez en cuando.

Elizabeth pensó en el cambio de la dinámica. Ella no sabía si podía compartir a Clara. Ella la quería para sí misma. Y así de rápido, pensó en Cynthia, su hermana. Ella no vivía lejos y necesitaba una relación más

profunda con Dios.

—Señora Clara, no puedo decirle realmente cuánto significa su amistad para mí.

—Eso va para las dos.

—No, de verdad. Yo no estaba dispuesta a admitir cuánta ayuda necesitaba. Y necesitaba a alguien que me despertara de la locura de hacer lo mismo una y otra vez. Usted ha sido un regalo de Dios para mí.

Clara sonrió afectuosamente.

—No crea que esto es unilateral. Usted ha significado para mí más de lo que imagina.

—Pues bien. No puedo imaginar cuánto tuvieron que haber significado sus oraciones y su pasión por Dios para su esposo. Me gustaría haberlo conocido.

Después de un momento, Clara miró hacia abajo. Sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas y Elizabeth se dio cuenta de que había tocado un punto sensible en el corazón de Clara. Ella quiso disculparse o retirar las palabras, pero antes de poder decir algo, Clara habló.

—No. No le habría gustado.

Entonces Clara se puso seria, con los labios fruncidos. Elizabeth pensaba que este era un tiempo de celebración, no de lágrimas. Pero dejó que Clara las llevara a recuerdos guardados y escondidos en un cuarto secreto.

—Mire, yo no era la misma mujer entonces —dijo Clara con pesar—. Cuando Leo murió, no teníamos la mejor de las relaciones. Yo siempre me sentía empujada a un segundo plano. Y sentía amargura, Elizabeth. Sentía tanta amargura.

Apretó un puño y acentuó el sentimiento, como si estuviera inundando su alma otra vez.

—Pero incluso entonces Dios me mostraba qué hacer. Él me impulsaba a luchar por Leo, a orar por él y yo me rehusé. Y yo seguí evitándolo y evitándolo, hasta que fue demasiado tarde.

La emoción llegó a su voz entonces y ella liberó palabras que le llegaron muy profundamente a Elizabeth.

—No hay dolor tan grande como negar la verdad hasta que ya es demasiado tarde.

Elizabeth se sintió al borde de un abismo emocional. Las nubes se dividían entre ellas, nubes de todo lo que no sabía de su amiga, de su motivación. La distancia se había cerrado mucho en los últimos meses, pero ahora estaban aún más cerca.

Clara se detuvo, luego continuó con un discurso lento, acentuando las palabras.

—Fue mi orgullo, Elizabeth. ¡Fue mi orgullo egoísta! Y lo confesé y me arrepentí, y le supliqué a Dios que me perdonara. Pero todavía tengo una cicatriz. Y entonces comencé a pasar más tiempo con el Señor y en Su Palabra. Y aprendí a luchar en oración primero.

Cada conversación que Elizabeth podía recordar llevaba de regreso a este tema: la oración. Confiar en el poder de Dios. Buscarlo por encima de todo. Ese era el pasado de donde Clara había llegado, y ella había dejado que el dolor y el pesar hicieran su obra perfecta para impulsarla hacia delante.

—Ahora soy una mujer vieja. Y me di cuenta de que no había transmitido lo que había aprendido. Cuando visité la tumba de Leo esta última vez, le pedí a Dios que me enviara a alguien a quien pudiera ayudar. Alguien a quien pudiera enseñarle a luchar de la manera correcta. Y Él me envió a Elizabeth Jordan.

Elizabeth no pudo contener las lágrimas. Clara tomó sus manos, se inclinó hacia delante y las besó. Luego se sentó y trató de recobrar la compostura, y extendió una mano para tocar suavemente el rostro de Elizabeth.

—Así que, como puede ver, usted fue la respuesta a mi oración.

Elizabeth se sentó en silencio, conmocionada, con lágrimas que corrían por sus mejillas. Clara la había visto en el espejo de la vida, un reflejo de sí misma. Elizabeth no era algún proyecto, sino alguien a quien ayudar a orientarse por un camino distinto al que había elegido. Pero Clara no era la única que estaba mirando en el espejo. Elizabeth también se veía a sí misma y adónde podían llevarla unas cuantas buenas decisiones en la vida. ¡Y qué espejo era! ¡Qué imagen de la gracia de Dios!

Clara no había terminado. Ella parecía lista para remontar otra montaña en la batalla. Y con toda la convicción que pudo reunir, alcanzó a Elizabeth una vez más con sus palabras.

—Pues bien, usted tiene que enseñar a otras esposas jóvenes cómo luchar.

Elizabeth asintió con la cabeza, y su corazón se desbordaba.

—Sí, lo haré —dijo ella, como si aceptara una batuta de un corredor cansado. Y como una oración, volvió a susurrar—: Lo haré.

CAPÍTULO 21



Después del campeonato de salto con doble cuerda, Tony se sintió desanimado. Había estado tan involucrado con Danielle y el equipo que prácticamente vivían en el centro comunitario. Sin trabajo ni oportunidades en el horizonte, aunque había enviado hojas de vida a seis compañías como respuesta a oportunidades de trabajo que había visto en Internet, encontró que cada vez estaba más cerca de Dios y su familia.

Michael se reunió con él para desayunar después de haber terminado un turno de noche.

—He estado pendiente de algún trabajo de saltar la cuerda a tiempo completo, pero todavía no he encontrado nada para ti.

Tony se rió.

—Te enteraste de eso, ¿verdad?

—¿Que me enteré de eso? Es de lo único que hablaba mi hija. Ella estuvo en la competencia y dijo que ustedes dieron vueltas por todo el gimnasio. Saltando de aquí allá y dándole volteretas a Danielle como a una batuta. Ella dijo que ustedes estuvieron buenísimos, esa es la palabra que ella usó, hermano.

—Tuvimos una competencia bastante difícil —dijo Tony.

—No, no lo entiendes. Oye. A mi hija no le gustan los deportes. A ella le gusta leer, hacer dibujos y mirar por la ventana. Pero ella regresó ese día y dijo: “Papá, quiero saltar la cuerda como Danielle y su papá”.

—¿Qué dijiste?

—Le compré una cuerda y le dije que podía comenzar a practicar.

—¿Y tú? ¿Vas a saltar?

—Mi punto es: ella vio lo que ustedes hacían y la hizo querer hacer lo mismo. Tú la motivaste, todo el equipo lo hizo. Ese es un don, Tony.

—Pues, si encuentras un puesto de salto con doble cuerda...

Michael lo interrumpió.

—Mira alrededor de este lugar. ¿De qué se trata? De motivar a la gente a involucrarse en el juego, en el ejercicio, a cuidar de su cuerpo, a mejorar. Es como el punto fuerte de tu vida, ¿me explico?

—¿Qué dices?

—Mi esposa y yo estábamos orando por ti anoche. De repente ella dice: “¿Por qué no solicita Tony el puesto del centro comunitario?”. Hombre, nunca se me había ocurrido, pero encajarías perfectamente.

Tony lo había pensado, por lo menos de paso, pero había estado tan preocupado por Ernie y su despido que había desechado la idea.

—Yo pensaría que ellos estuvieran buscando a alguien que tenga mucha experiencia en el manejo de un lugar como este. Yo no tengo experiencia.

—Tú tienes experiencia en unir a la gente y que ellos trabajen en equipo. Eso es lo que ellos necesitan. No necesitan a un sabelotodo con diez títulos después de su nombre. Ellos necesitan a alguien que pueda motivar a otros para que se encarguen de su vida. ¿Qué daño hay en presentar la solicitud?

Tony no tenía una buena respuesta a eso. No había ningún daño, en absoluto.

—De hecho —dijo Michael—, ahí viene Henry Peterson. Él va a la iglesia y es el presidente de la junta de directores de este lugar.

—¿De veras? Nunca lo había visto.

Michael ladeó su cabeza y lo miró con cara de bobo.

—Hay mucha gente en la iglesia que nunca has visto.

—Pero eso está cambiando —dijo Tony.

—Amén —dijo Michael. Se puso de pie y le hizo señas con la mano a Peterson.

—Michael, ya basta —dijo Tony, de repente nervioso. No estaba vestido para una entrevista.

Peterson llegó a la mesa y le estrechó la mano a Michael. Tony se puso de pie cuando Michael lo presentó.

—Quiero nominar a alguien para director —dijo Michael—. Un tipo que en realidad sería un aporte positivo para el centro comunitario y que uniría a la gente como equipo. Mi amigo, Tony Jordan.

El hombre miró a Tony.

—¿No estuvo usted en la competencia de salto con doble cuerda el fin de semana pasado?

Tony sonrió y asintió con la cabeza.

—Fue una actuación asombrosa.

—¿Estaba usted allí?

—Mi nieto saltó con los Ángeles Veloces.

—Ellos lo hicieron muy bien —dijo Tony.

—Sí, lo hicieron. Pero yo pude ver cómo usted ayudó a todos los chicos de su equipo a trabajar juntos. Hizo un gran trabajo con eso.

Tony dijo que Trish había sido la verdadera entrenadora, y Michael sacudió la cabeza.

—Este es el problema de Tony. Solía ser el que no quería pasar el balón para nada. Ahora se la lanza a todos los demás en la cancha.

—¿Perdón? —dijo el hombre.

Michael se rió.

—Tony Jordan es el mejor, señor. Él podría organizar este lugar y ponerlo a funcionar sin problemas como en una semana. Y en un mes, tendría un plan para el aumento de membresías.

Tony no podía creer lo que oía de Michael, pero mientras más hablaban, más visión tenía para el centro. Estaba cerca de casa y podría montar su bicicleta en los meses de verano. No tendría que viajar, por lo que podría pasar tiempo con Elizabeth y Danielle, como él quería. En unos cuantos minutos había pasado de no tener posibilidades a una grande que apelaba a su corazón.

—¿Y qué dice, Tony? —dijo el hombre— ¿Estaría interesado en el puesto?

—Por supuesto —dijo Tony—. Creo que podría ayudar a poner el lugar en forma de muchas maneras.

El hombre lo pensó por un momento.

—¿Y está empleado actualmente?

—Él acaba de dejar su trabajo en la farmacéutica Brightwell —dijo Michael—. Era uno de sus mejores vendedores.

—Interesante.

Tony sacudió su cabeza.

—No me fui. Me pidieron que me fuera. Debe saberlo de entrada.

—¿Pero se fue en buenos términos?

Tony asintió con la cabeza. —Creo que es aceptable decirlo.

El hombre miró su reloj.

—Si usted era un vendedor destacado, probablemente tenía un buen salario y un paquete de beneficios. El salario aquí no podría compararse a eso.

—¿De cuánto está hablando? —dijo Michael.

Tony lo miró como que no debía meterse. Michael encogió los hombros como si dijera: «*Si tú no se lo preguntas, yo lo haré*».

El hombre le dio el rango salarial y era como la mitad de lo que Tony ganaba en Brightwell. Rápidamente calculó lo que podría llevar a casa cada mes.

—Creo que podría hacer que funcionara —dijo Tony.

Peterson tomó una tarjeta de su billetera y se la entregó a Tony.

—Hay una solicitud en Internet. Llénela hoy y hagamos una cita para hablar en mi oficina mañana. Quiero poner esto en marcha tan pronto como sea posible.

Tony tomó la tarjeta y le estrechó la mano al hombre. Cuando se fue, Michael sonrió.

—Yo sabía que de alguna manera te encontraría un trabajo de tiempo completo de salto con doble cuerda. Felicidades, director.



Elizabeth llegó temprano a la oficina. Con dos ventas programadas ese día en extremos opuestos de la ciudad, tenía que calcular su tiempo y asegurarse de que todos los contratos estaban firmados y listos. El seguro era algo común que demoraba una venta, por lo que se aseguró de que las dos compañías hipotecarias tuvieran lo que necesitaban. Melissa Tabor, su cliente con los

dos niños revoltosos y el esposo representante de *software* ya la había llamado tres veces. Su casa era una de las que se venderían más tarde esa mañana.

Ella había conducido durante todo el día anterior, y además de las ventas, tenía exhibiciones de dos propiedades distintas esa tarde. Estaba contenta por el negocio y agradecida porque Dios le llevaba clientes. Clara ya le había referido dos personas. Pero ella se preguntaba si tendría tiempo para respirar.

Su celular sonó y ella miró la pantalla. Cynthia. Respondió y preguntó cómo estaba su hermana y cómo iba la búsqueda de trabajo para Darren.

—De hecho, él tiene una entrevista hoy —dijo Cynthia—. No es nada seguro, pero por lo menos hay algo de esperanza.

—Estoy muy contenta. Voy a estar orando para que eso le resulte bien. A todos ustedes.

Hubo silencio en la línea. Entonces Cynthia habló.

—Elizabeth, ¿tendrías tiempo para almorzar en algún momento?

Elizabeth casi rechazó la petición inmediatamente. Estaba tan ocupada, tan agotada por su calendario, y Tony y Danielle esperaban que llegara a casa esa noche. Pero algo de la súplica en la voz de su hermana la conmovió.

—Tengo dos ventas esta mañana, e iba a pasar por alto el almuerzo por unas exhibiciones en la tarde, pero, ¿qué te parece la cena? Tengo que avisarle a Tony, pero no debería haber problema.

Cynthia suspiró profundamente.

—Oh, eso sería excelente.

Acordaron reunirse en un restaurante a las cinco y media, y Tony apoyó que se reuniera con Cynthia. Para cuando Elizabeth terminó con la última exhibición, ya era tarde. Cynthia estaba esperando en una mesa en la cadena de restaurantes italianos, comiendo palitos de pan.

Pidieron su comida y Cynthia le habló otra vez a Elizabeth de las luchas financieras, de lo difícil que era para ella y los niños, y la carga pesada que era todo eso para ella.

—Quisiera poder hacer más para ayudar —dijo Elizabeth.

Cynthia sacudió su cabeza.

—Yo sé que ustedes también están luchando, con la pérdida del trabajo de Tony y todo lo demás. En realidad no fue por eso que te pedí que nos reuniéramos.

Elizabeth se inclinó hacia delante.

—Entonces, ¿por qué querías que nos juntáramos?

—Hay algo distinto. Algo ha cambiado en ti. Puedo verlo en tu rostro, en lo que dices cuando llamas. Es como que algo ha cobrado vida dentro de ti y se derrama por todas partes.

Elizabeth sonrió.

—¿Has pensado más en mi ofrecimiento?

Cynthia asintió con la cabeza.

—Al principio no estaba segura, sabes, del asunto de Dios. Es decir, sé que es importante para ti y que es una gran parte de tu transformación...

—No solo es parte de eso —dijo Elizabeth—. Lo es todo. No puedo explicar el cambio en mi vida, en mi matrimonio, simplemente en cómo me siento cuando me despierto en la mañana: todo está relacionado con “el asunto de Dios”, como tú lo llamas.

El mesero les llevó su ensalada y Cynthia le quitó las aceitunas y los pimientos. Elizabeth sonrió. Siempre habían peleado por la comida cuando eran niñas, y allí estaban todos esos años después con algunos de los mismos asuntos. Cynthia comió con hambre hasta que se terminó la ensalada y pidieron otro tazón. Elizabeth sabía que su hermana disfrutaría de la ensalada interminable.

—¿Qué te asusta de mi ofrecimiento?

Cynthia se limpió la boca con la gruesa servilleta verde.

—No lo sé. Que me presiones hacia algo que no quiero.

Elizabeth asintió con la cabeza.

—Ese es un miedo racional, especialmente con nuestra historia.

—O que me intimides por eso. Ya sabes, “lee la Biblia y te ayudaremos con la hipoteca”.

—Yo no quiero que te sientas así nunca. No hay condiciones para esto. La meta solo es leer la Biblia, hacer buenas preguntas acerca de Dios y nuestras vidas, y acercarnos a Él. Ese es mi único plan.

—Lo otro que me asusta es que será como cuando éramos niñas. Que tú lo sabes todo y que yo me sentiré como que no sé nada. Yo odiaba eso.

—Cynthia, si quieres saber la verdad, creo que yo voy a aprender cosas difíciles de mí a través de esto. No se trata de que yo te dé discursos ni que te ganes insignias de las Niñas Exploradoras tratando de ponerte del lado de Dios. Se trata de que las dos nos movamos hacia Dios, una hacia la otra y cada una hacia la verdad. Y el hecho de que seas sincera conmigo y que digas algunas cosas difíciles ahora mismo me dice que en realidad va a ser algo bueno. Para las dos.

—¿Lo crees?

—Lo sé. He conocido a una increíble señora mayor que me ha enseñado mucho de la oración y de la Biblia. Y en todo el proceso pensé que yo era la que crecía, pero ella también crecía. Dios la estaba estirando de maneras que yo no podía saber. Por eso tú me harás un favor espiritual si te reúnes conmigo.

La pasta de Cynthia llegó, y Elizabeth se comió su sopa y su ensalada. Hablaron y se rieron como hermanas que se amaban mutuamente. Eran distintas, estaban a kilómetros de distancia de muchas maneras, pero Elizabeth podía sentir que se estaban acercando.



Tony tenía todo listo a las siete. Cenó y limpió la cocina. Sabía lo que sentiría Elizabeth al entrar y ver los platos sucios en el fregadero. De ninguna manera dejaría que eso ocurriera. Cuando vio las luces del carro de ella en la pared de la sala, puso a correr un poco de agua caliente en una cubeta de metal que ella usaba como adorno.

Elizabeth entró con su traje que usaba para el trabajo, un vestido impresionante. Su cabello todavía se veía bien. Por la forma en que caminaba, él pudo ver que estaba exhausta.

—Hola, ¿qué haces? —dijo ella.

—Hola —dijo Tony suavemente.

—¿Qué pasa?

—Te lo diré en un minuto, ¿de acuerdo? ¿Cómo estuvo la cena?

—Estuvo bien. De hecho, Cynthia aceptó reunirse conmigo regularmente. Vamos a tratar las tardes de los martes, para comenzar.

—¿Me perdonaron por no ayudarlos?

—Ahh, sí, creo que sí. Aunque sabes que apreciaron mucho los quinientos dólares que les dimos. Yo le dije que queríamos hacer más, pero simplemente no podíamos ahora mismo con lo apretadas que están las cosas con el dinero. Ella lo entendió. Pero sí omitimos el postre.

La voz de Elizabeth le parecía más suave, de alguna manera. Tal vez era lo cansada que estaba. Tal vez era el resultado de un poco menos de presión en sus problemas de dinero. O tal vez, ella en realidad se estaba encariñando con él. Estaba confiando otra vez, especialmente por la forma en que le había agradecido antes cuando dijo que sería bueno que se reuniera con Cynthia para cenar. Ella parecía verdaderamente apreciar su comprensión.

—Pues, oye, tengo algo que necesito decirte, ¿está bien? —dijo Tony—. Quiero que lo pienses antes de responder. ¿De acuerdo?

Elizabeth lo interrogó con sus ojos.

—¿De qué se trata?

Tony sonrió.

—Tuve una entrevista hoy. Y me ofrecieron el puesto en ese momento. Su rostro se iluminó.

—¿Para hacer qué?

—Para ser el nuevo director del centro comunitario.

Ella apartó la mirada y él podía ver que ella estaba procesando la noticia. La tomó desprevenida, como había pasado con él el día anterior.

—Liz, conocemos muy bien el lugar. ¿No es verdad? Te lo digo, yo puedo hacer ese trabajo.

Ella pensó un rato más.

—Estarías más cerca de la casa.

—Solamente es la mitad del salario, pero si somos sabios, sé que podemos lograrlo.

Ella tenía una mirada en su rostro que era tan decidida como él estaba de recuperarse de todo el lío y las luchas. Ella se acercó más a él y bajó su voz.

—Escúchame. Prefiero tener un hombre que vaya tras Jesús que una casa llena de cosas.

Eso era exactamente lo que Tony quería oír, lo que necesitaba oír. Sonrió y dijo:

—De acuerdo. Está bien, lo acepto. —La miró de reajo—. ¿Sabes qué? En cierto modo me alegro de que no comieras postre hoy en la cena.

—¿Por qué?

—Ya lo verás. Por qué no te vas simplemente al sofá.

—¿Qué?

—Adelante. Vete al sofá. Estaré allí en un segundo. Llego justo después de ti.

Elizabeth obedeció, aunque era claro que no tenía idea de lo que Tony tenía en mente, lo cual lo emocionaba. Ella se sentó en el sofá y Tony rápidamente tomó la cubeta de metal llena de agua caliente y la llevó a la sala.

—¿Dónde está Danielle? —dijo ella.

—Está en la casa de Jennifer. Se quedará a dormir allí.

Él colocó la cubeta cuidadosamente a sus pies.

—¿Qué es esto? —dijo ella.

Tony se arrodilló y comenzó a quitarle una de sus sandalias.

—No, no, no, Tony —protestó ella—. No toques mis pies.

—Oye, solo sígueme la corriente, ¿de acuerdo? Está bien, vamos ya.

Él le quitó la sandalia y metió su pie en el agua.

Elizabeth cerró los ojos, extasiada.

—Ay, qué maravilla, qué bien se siente.

Tony fue al refrigerador y regresó con un brebaje que había hecho con helado del congelador, un poco de crema batida que había comprado en la tienda y un poco de caramelo y chocolate que había guardado sin que Elizabeth lo viera. Tenía una cuchara en una mano, y, en la otra, un tazón de vidrio con el helado, completo con una cereza encima, y se paró delante de ella.

—Ahora es tiempo de que recibas lo que mereces. Esto es para la mujer... que yo no merezco. Adelante, trabaja en eso y yo voy a comenzar con ese masaje de pies que has estado pidiendo.

Elizabeth tomó el tazón y la cuchara, conmocionada. Miró el helado como si el ganso de oro hubiera puesto un nido lleno de huevos. Entonces metió la cuchara en la parte de arriba y probó un poco.

—¿En serio? ¿En realidad estás haciendo esto por mí?

Tony presionó el botón de inicio en el control remoto del equipo de sonido y la canción favorita de ella comenzó. Cuando él se acercó más a sus pies, ella protestó otra vez.

—Tony, no quiero que huelas mis pies.

—Cariño, mira. Ya te lo dije, yo me encargo. —Sacó una mascarilla blanca de pintor y la levantó para que ella pudiera verla—. Tienes que confiar en mí, ¿de acuerdo?

Elizabeth se rió mientras él se ponía la mascarilla sobre su boca y su nariz, luego tiró de las cuerdas elásticas y las ató en la parte de atrás de su cabeza.

—Estoy listo —dijo, levantando las cejas.

Tomó el jabón aromático que a ella le encantaba y comenzó a enjabonarle los pies, lavándolos y quitándole con el masaje la tensión y, pensó él, todo el pasado. Tony pensó en el pasaje que había leído en el estudio de hombres esa semana con Michael y los demás. Jesús había lavado los pies de sus discípulos, arrodillándose ante cada uno de ellos y haciendo lo que el siervo debe hacer. Eso es lo que Tony estaba llamado a hacer como esposo, a servir a su esposa, a entregarse completamente por ella. Y si él hacía eso, ¿cómo podría ella resistirse a ese amor?

Elizabeth comió un poco de helado y Tony levantó la mirada y la vio riéndose, pero también con una lágrima que corría por su mejilla.

—¿Qué pasa? —dijo él, quitándose la mascarilla.

—Estoy comiendo mi postre favorito mientras mi esposo me frota los pies. ¡Tiene que haber un Dios en el cielo!

Él se rió con ella, y ella se recostó y se relajó, soltándose. Era divertido cómo él podía sentir que sus músculos se aflojaban, como su espíritu. Y mientras masajeara, él le hablaba.

—Mira, va a requerir un poco de tiempo. Y no espero que todo se aclare con un masaje de pies.

—¿Estás hablando de mis pies o de nosotros?

Él sonrió.

—Hablo de todo. En la riqueza y en la pobreza, con pies apestosos y todas las preguntas que tengamos sobre el futuro. Sabes, el otro día pensaba qué difícil sería si tuviéramos que irnos de aquí, si no podemos lograrlo financieramente. Y entonces pensé, si tenemos que vender, conozco a una agente de bienes raíces muy buena.

Elizabeth se rió y comió otro poco de helado.

—Te amo, Elizabeth Jordan. Y simplemente vas a tener que pasar el resto de tu vida permitiendo que te lo demuestre.

Ella se inclinó hacia adelante y lo besó, y él pudo sentir el chocolate, la crema batida y el caramelo en sus labios.

—¿Crees que podría comer un poco de ese helado? —dijo él.

Ella le ofreció una cucharada, pero cuando él se inclinó hacia adelante, se la comió rápidamente.

—Tú, regresa a los pies. Fue muy pícaro de tu parte sacar a Danielle de la casa por la noche. ¿Cuándo se te ocurrió esa idea?

—He estado leyendo Cantares en mi tiempo devocional —dijo él.

Entonces le guiñó el ojo y Elizabeth aulló, y luego lo besó otra vez.

La señora Clara



Clara tenía un bolígrafo en una mano cuando levantó su Biblia de la cama con la otra. Dejó que se abriera sola a un pasaje familiar de 2 Crónicas y leyó las palabras; sabía que habían sido escritas en la Biblia para la nación de Israel, pero también sabía que Dios quería hacer lo mismo con ella y los demás hoy. Ella caminó lentamente a su clóset oscurecido, orando las palabras que había memorizado hacía tanto tiempo.

«Si mi pueblo, que lleva mi nombre, se humilla y ora, busca mi rostro y se aparta de su conducta perversa, yo oiré desde el cielo, perdonaré sus pecados y restauraré su tierra».

Encendió la pequeña luz del cuarto y se arrodilló cuidadosamente al lado de la silla de madera; sus rodillas rechinaban y gemían por la edad. Ella había llevado su bolígrafo para ponerle una marca a la última petición que había sido respondida, la venta de su casa. Pero ella sabía que Dios, que poseía el ganado de mil colinas, podía hacer más que eso. Aun así, ella se lo agradeció.

«Lo hiciste otra vez, Señor. Lo hiciste otra vez. Eres bueno, eres poderoso y eres misericordioso. Y Tú sigues cuidándome cuando no lo merezco. Te alabo, Jesús. Tú eres Señor».

Como un boxeador que baila alrededor del cuadrilátero, y mira a un enemigo feroz, levantó su cabeza, con los ojos todavía bien cerrados.

«Dame otra, Señor. Guíame a quien Tú quieres que ayude. Levanta a más que invoquen Tu nombre. Levanta a los que te aman, te buscan y confían en Ti. Levántalos, Señor, ¡levántalos!».

En su mente ella vio a una familia que unía sus manos en la mesa de la cena para orar. A un hombre en un tractor en medio de su campo. A dos hombres con las cabezas inclinadas, orando delante de un mapa mundial.

«Señor, necesitamos una generación de creyentes que no se avergüencen del evangelio. Necesitamos un ejército de creyentes que detesten ser tibios y que se mantengan firmes en Tu Palabra, por encima de todo lo demás. Levántalos, Señor. Levántalos».

Clara vio corrientes de jóvenes que se dirigían hacia el asta de una bandera, rodeando el área con los ojos cerrados. Otros se dirigían a una iglesia en la distancia, cargando niños pequeños.

«Te pido por unidad entre los que te aman. Oro para que abras sus ojos, para que puedan ver Tu verdad. Te pido Tu mano de protección y guía».

Clara pensó en los oficiales de policía de su ciudad y a lo largo de la nación. De la división entre las razas y las luchas que ella había presenciado a través de los años.

«Levanta a una generación, Señor, que lleve la luz a este mundo. Que no transija bajo presión, que no se acobarde cuando otros desertan. Levántalos, Señor, para que proclamen que hay salvación en el nombre de Jesucristo. Levanta guerreros que peleen de rodillas, que te adoren con todo su corazón. Señor, llámanos a la batalla, ¡que podamos proclamarte Rey de reyes y Señor de señores!».

Clara imaginó a padres orando por sus hijos recién nacidos. Imaginó a hombres y mujeres en lugares de alto poder, arrodillados y orando por dirección. Pensó en los maestros de escuela, en los líderes de negocios, en los trabajadores de las estaciones de gasolina, y en las madres en las reuniones de la asociación de padres y maestros. Pensó en los pastores, en los obreros juveniles y en los misioneros, y todos los rostros se juntaron en sus palabras finales de petición.

«Te pido estas cosas con todo mi corazón... Levántalos, Señor, ¡levántalos!».

RECONOCIMIENTOS

Chris Fabry

Gracias a Alex y a Stephen por permitirme ser parte del proceso de darle vida a este libro. Qué privilegio ha sido. Y a los que oraron por este proyecto y los que serán movilizados a la oración. Con un corazón agradecido.

Alex y Stephen Kendrick

Gracias a Chris Fabry por un trabajo bien hecho. ¡Fue un placer trabajar contigo! Al equipo de Tyndale, ustedes son una bendición. Gracias por creer en estas historias. A nuestras esposas e hijos, los amamos mucho. ¡Es hora de unas vacaciones! A nuestros padres, Larry y Rhonwyn Kendrick, ustedes han demostrado a lo largo de los años que la oración diaria es una prioridad absoluta. No podemos imaginar la vida sin su amor, su apoyo y sus oraciones. Ustedes nos enseñaron a permanecer firmes y a luchar con las armas correctas. ¡Los amamos! A nuestro equipo ministerial, un gracias nunca sería suficiente. Ustedes han trabajado con nosotros, han orado con nosotros y han estado a nuestro lado. ¡Estamos muy agradecidos! Que Dios reciba la gloria, y que el nombre de Jesús sea puesto en alto. ¡Él es Señor!

ACERCA DE LOS AUTORES

Chris Fabry graduó en 1982 de la Escuela de periodismo W. Page Pitt de Marshall University y es oriundo de Virginia Occidental. Se le escucha en los programas de la Radio Moody *Chris Fabry Live!* (¡Chris Fabry en vivo!), *Love Worth Finding* (El amor digno de encontrar) y *Building Relationships* (Desarrollando relaciones) con el Dr. Gary Chapman. Él y su esposa, Andrea, son padres de nueve hijos. Chris ha publicado más de setenta libros para adultos y niños. Sus novelas *Dogwood* (Cornejo), *Almost Heaven* (Casi el cielo) y *Not in the Heart* (No en el corazón) le ganaron premios Christy, y *Almost Heaven* ganó el premio ECPA del libro cristiano del año en el área de ficción.

Puede visitar su sitio web en www.chrisfabry.com.

Alex Kendrick es un autor galardonado, hábil para contar historias de esperanza y redención. Es mejor conocido como actor, escritor y director de las películas de éxito *Fireproof* (A prueba de fuego), *Courageous* (Reto de valientes) y *Facing the Giants* (Desafío a los gigantes) y coautor de los éxitos de mayor ventas del *New York Times*, *The Love Dare* (El desafío del amor), *The Resolution for Men* (La resolución para hombres), y las novelas *Fireproof* (A prueba de fuego) y *Courageous* (Reto de valientes). Alex ha recibido más de veinte premios por sus obras, incluyendo mejor guión cinematográfico, mejor producción y mejor película de largometraje. En 2002, Alex ayudó a fundar Sherwood Pictures y colaboró con su hermano Stephen para inaugurar Kendrick Brothers Productions. Se le ha presentado en FOX News, CNN, *ABC World News Tonight*, *CBS Evening News*, la revista *Time* y el *New York Times*, entre otros. Es egresado de Kennesaw

State University y estudió en un seminario antes de ser ordenado para el ministerio. Alex y su esposa, Christina, viven en Albany, Georgia, con sus seis hijos. Son miembros activos de la iglesia Sherwood.

Stephen Kendrick es orador, productor de películas y autor, con pasión ministerial para la oración y el discipulado. Es coescritor y productor de las películas de éxito *Courageous*, *Facing the Giants* y *Fireproof*, y coautor de los éxitos de mayor venta del *New York Times*, *The Resolution for Men* y *The Love Dare*. *The Love Dare* rápidamente llegó a ser el éxito de ventas número uno del *New York Times* y permaneció en la lista por más de dos años. Stephen es un ministro ordenado y habla en conferencias y eventos para hombres. Asistió al seminario, recibió un título en comunicaciones de Kennesaw State University y ahora trabaja en la junta de Fatherhood CoMission. Ha sido entrevistado por *Fox & Friends*, CNN, el *Washington Post* y *ABC World News Tonight*, entre otros. Stephen y su esposa, Jill, viven con sus seis hijos en Albany, Georgia, donde son miembros activos de la iglesia Sherwood.

www.kendrickbrothers.com

PREGUNTAS DE DISCUSIÓN

1. ¿Qué factores contribuyen a la crisis en el matrimonio de Elizabeth y Tony? ¿Cómo lo mejora la oración? ¿Qué aplicaciones podría tener esto para sus propias relaciones?
2. Al principio de la historia, mientras piensa en su relación con Tony, Elizabeth concluye: «Tal vez esto era todo lo que podía esperar. Tal vez era lo mejor posible que podía ser el matrimonio o, incluso, la vida». ¿Alguna vez se ha visto tentado a renunciar a una situación o a una relación que parece estar atascada? ¿Qué hizo? ¿Qué palabras de ánimo daría usted a Elizabeth o a alguien más que enfrenta circunstancias similares?
3. La señora Clara considera a la oración como «hablar y escuchar, y estar emocionado por pasar tiempo con alguien que lo ama a uno». ¿Cómo definiría usted a la oración? ¿De qué maneras encaja la descripción de Clara con la percepción que tiene usted de la oración?
4. Cuando la señora Clara le lleva a Elizabeth una taza de café tibio, le sirve como una ilustración efectiva de la fe de Elizabeth. ¿Está usted satisfecho con la forma en que describiría su propia fe? (¿Caliente, fría o tibia?). ¿Qué pasos daría para cambiar las cosas?
5. En el mismo momento en que Tony está a punto de tomar una decisión que podría destruir su matrimonio, lo detiene un ataque de enfermedad que coincide con las oraciones de Elizabeth. ¿Se ha sorprendido alguna vez por una respuesta inmediata a la oración? ¿Qué ocurrió?
6. Después de que casi les roban, la señora Clara le dice al policía que está tomando su declaración: «Ahora, cuando anote eso, no deje afuera a Jesús. La gente siempre deja afuera a Jesús. Esa es una de las razones

por las que estamos en el lío en que estamos». ¿A qué cree que se refiere ella? Describa una época de su vida, o de la vida de alguien que usted conozca, en la que a Jesús se le dejó afuera.

7. Cuando mira el clóset de oración de su madre, Danielle decide que quiere uno propio. ¿Qué dice eso en cuanto al efecto que tienen las acciones de los padres en sus hijos? ¿Qué puede hacer para ser un ejemplo de fe para los niños en su vida?
8. La señora Clara les dice a sus amigas en su reunión del viernes: «La meta de la oración no es que Dios cambie de parecer en cuanto a lo que uno quiere. La meta de la oración es cambiar el corazón de uno, que uno quiera lo que Él quiere, para la gloria de Dios». ¿Está de acuerdo con su declaración? ¿Por qué sí o por qué no? ¿Cómo ve que las oraciones de los personajes de *Cuarto de guerra* afectan sus propios corazones? ¿Puede pensar en una época en la que su propio corazón fue transformado de una manera similar?
9. Tony es obligado a tomar una decisión difícil: hablarle a su jefe del crimen que cometió o mantenerlo escondido. ¿Toma él la decisión correcta? ¿Habría sido suficiente que Tony simplemente orara por perdón y guardara su secreto?
10. Cuando Coleman Young decide no llevar a juicio a Tony, Tony se siente comprensiblemente aliviado. ¿Alguna vez se le ha dado a usted la gracia que no merecía? ¿Cómo respondió usted?
11. *Cuarto de guerra* presenta la idea de que la oración es un arma poderosa en la batalla contra el mal. ¿Esta imaginación cambia su perspectiva en cuanto a la oración? ¿Cómo puede ser usada para fortalecer su vida de oración?
12. Clara ora: «Levanta a una generación, Señor, que lleve la luz a este mundo. Que no transija bajo presión, que no se acobarde cuando otros desertan. Levántalos, Señor, para que proclamen que hay salvación en el nombre de Jesucristo. Levanta guerreros que peleen de rodillas, que te

adoren con todo su corazón». ¿Necesita el mundo esta clase de generación? ¿Cómo puede usted ser parte de una generación de guerreros de oración?

CUARTO DE GUERRA

FOTOS INSTANTÁNEAS DE LA PELÍCULA

Todas las fotos por David Whitlow

© 2015 Faithstep Films, LLC. Todos los derechos reservados.



Cuarto de guerra busca crear una nación de guerreros de oración. En esta escena, se resalta al pastor de una iglesia en un montaje de la vida estadounidense.



La pared del hogar de la señora Clara presenta una multitud de recuerdos que significan oraciones respondidas.



Tony Jordan (T. C. Stallings) enfrenta la tentación de varias fuentes, incluso de su trabajo como representante de ventas para un laboratorio farmacéutico.



Beth Moore, en su primer papel de actuación, aparece en *Cuarto de guerra* como Mandy, una agente de bienes raíces y amiga del personaje de Priscilla Shirer, Elizabeth Jordan. Moore es una autora de éxito de ventas del New York Times y es una admirada maestra bíblica y oradora.



Elizabeth Jordan (Priscilla Shirer) hace enmiendas con su hija, Danielle (Alena Pitts).



Michael (Michael Jr.) desafía a Tony a que reconsidere su actitud hacia su esposa.



La señora Clara (Karen Abercrombie) ora con Elizabeth.



La señora Clara hace una oración de alabanza después de recibir buenas noticias de Elizabeth.



Danielle anhela más atención de su padre.



El jefe de Tony, Rick (Scotty Curlee), le da malas noticias a Elizabeth.



Elizabeth estudia su Biblia en su clóset de oración y ora por su hija, por su esposo y por su matrimonio.



Coleman Young (Alex Kendrick) visita el hogar de los Jordan para discutir la falta ética de Tony.



Danielle y su padre, Tony, practican para la competencia de salto de cuerda.

CUARTO DE GUERRA

FOTOS TRAS BAMBALINAS DE LA PELÍCULA



Miembros del elenco y del equipo de cámara de *Cuarto de guerra* oran por la película.



Priscilla Shirer y Beth Moore se preparan para una escena.



Michael Jr. y T. C. Stallings se divierten entre tomas.



El escritor y director Alex Kendrick en el set de la película *Cuarto de guerra* con Rachel Aarhus, participante del programa de la fundación Make-A-Wish® (Pida-Un-Deseo). Rachel ocupó un rol de extra en la película como parte de su deseo.



Alex Kendrick discute una escena de baloncesto con el productor Stephen Kendrick en el escenario de *Cuarto de guerra*.



El Dr. Tony Evans, respetado pastor, autor y orador, habla con Alex Kendrick en el escenario de *Cuarto de guerra*.

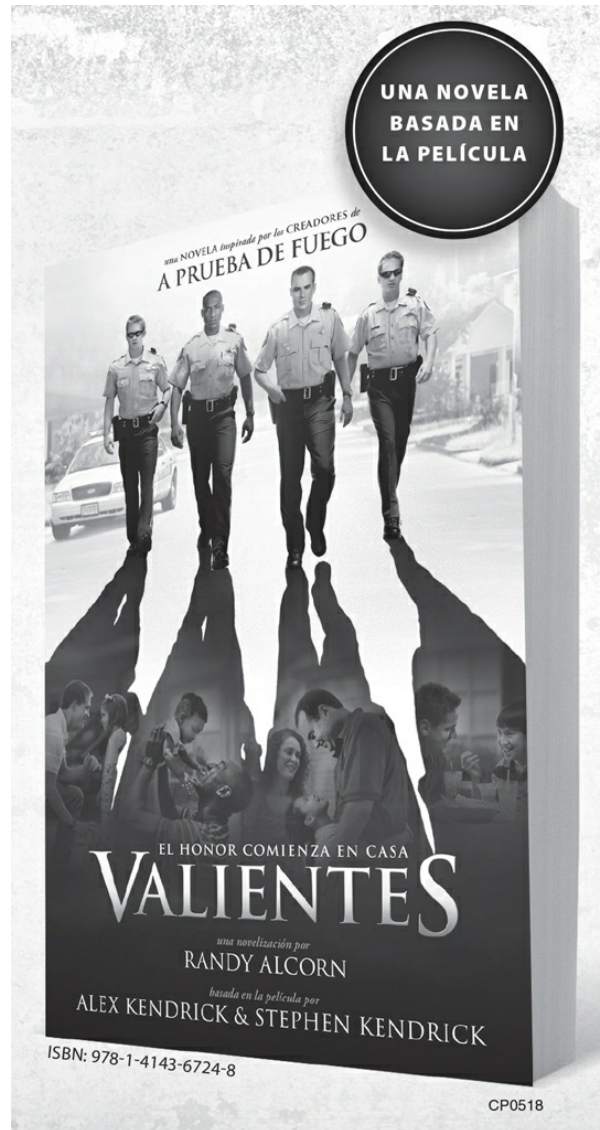


Alex Kendrick se siente en casa en el púlpito, mientras se prepara para dirigir una escena de iglesia en *Cuarto de guerra*.



Alex Kendrick, el Dr. Tony Evans, Beth Moore, Priscilla Shirer y Stephen Kendrick oran por Ángela y Roland Mitchell, los dueños del hogar que sirvió de set para *Cuarto de guerra*, y le piden a Dios que bendiga su hogar en el nombre de Jesús.

EL HONOR COMIENZA EN CASA



[ISBN: 978-1-4143-6724-8](https://www.amazon.com/dp/9781414367248)

El exitoso autor **RANDY ALCORN** convierte este conmovedor drama producido por **Alex Kendrick** y **Stephen Kendrick** en esta inspiradora novela.

Viva la historia de cuatro oficiales de la policía mientras afrontan el desafío más grande de sus vidas: la paternidad. ¿Lograrán servir y proteger a los que ellos tanto aman? Cuando la tragedia toca a sus hogares, estos hombres se encuentran luchando con sus anhelos, sus temores, su fe y con su rol de padres. ¿Podrá esta nueva urgencia ayudarlos a acercarse más a Dios y a sus propios hijos?

INCLUYE IMÁGENES A TODO COLOR DE LA PRODUCCIÓN DE LA
PELÍCULA



Tyndaleespanol.com



AFFIRM FILMS
A Sony Pictures Entertainment Company

